alessandro pronzato

# un cristiano comienza a leer el evangelio de marcos

# II

ediciones sígueme

NUEVA ALIANZA 83


Apartado 332 - Salamanca (España)
Tradujo José Luis Sandoval sobre el original italiano
*Un cristiano comincia a leggere il vangelo di Marco II*
ISBN: 84-301-0890-4 (obra completa)
ISBN: 84-301-0925-0 (tomo II)
Depósito legal: S. 684-1983
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Ortega, S.A.
Polígono El Montalvo - Salamanca, 1983

# PERDON, HA SIDO UN ERROR

Si no fuese irreverente, podría también decir yo «...pero no es todavía el final» (Mc 13, 7). Espero que los lectores no se asusten.

La culpa no es sólo mía sino también de Mc, de su sencillez, de su evangelio reducido al esqueleto y que reserva continuas sorpresas. Cree uno que es suficiente rasparlo con las uñas y te encuentras, sin darte cuenta, a miles de metros de profundidad, porque sale una riqueza insospechada.

Yo pensaba que con un volumen más corto que el anterior[1] llegaria al final discutido de Mc.

Me habian dicho que el tema comunitario estaba mucho más desarrollado en Mt. Por eso pensaba profundizarlo y desarrollarlo ampliamente. Para Mc bastaba con poco, porque apenas lo tocaba.

Pero Mc es «peligroso», da guerra, sobre todo cuando insinúa ciertas cosas, sin detenerse a explicarlas demasiado. Cuando «deja entrever», entonces te encuentras con pensamientos que te llevan muy lejos.

Por esas razones han quedado hechos añicos mis proyectos. La exigencia de seguir a Jesús con la cruz a cuestas, el problema de la grandeza y de los primeros puestos, la cuestión de la riqueza, el asunto de la sal, y todo lo demás, que los comentaristas definian muy a la ligera como «esbozo de reglas comunitarias», me han paralizado, impidiéndome pasar más allá como habria querido.

Eran temas que precisaban las líneas fundamentales del «seguimiento», las condiciones esenciales para ser discípulo de Jesús en cualquier tiempo.

De esta forma me he dado cuenta de que si hubiera añadido también el comentario de la pasión y resurrección, me hubiera salido

1. El primer volúmen, *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, va desde el capítulo 1 al 8, 30.

alessandro pronzato

# un cristiano comienza a leer el evangelio de marcos

# II

ediciones sígueme - salamanca 1983

un volumen más amplio que el primero, a no ser que hubiera esquematizado en unas pocas páginas los capítulos 14-16. Pero no hubiera sido correcto, dada la importancia fundamental que el relato de la pasión tiene en la estructura del evangelio de Mc. Algún estudioso sostiene, incluso, que Mc ha escrito una historia de la pasión precedida de una larga introducción.

Por tanto me veo obligado a animar a los lectores, al menos a los que han tenido la constancia de seguirme hasta aqui, a leer un tercer volumen, aunque esto pueda resultar incómodo, por muchos motivos.

El volumen final contendrá, además de una interpretación en profundidad de las páginas de la pasión y resurrección, algunos capítulos —los que los estudiosos llaman *excursus*— sobre los principales problemas que surgen de la lectura del evangelio de Mc ya insinuados antes. Por ejemplo:

— Los varios «partidos» del tiempo de Jesús.
— Líneas fundamentales de la religiosidad hebrea.
— Demonios, obsesos y exorcismos en el evangelio de Mc.
— Significado de los milagros para el hombre de hoy.
— El secreto mesiánico.
— Las exigencias del seguimiento, es decir el radicalismo evangélico.
— Cómo ha «visto» Jesús su propia muerte.
— La teología de Mc.

Había dicho al principio de este gozoso esfuerzo que me sentía un «principiante».

El que no jugase a hacerme el humilde, lo demuestra esta corrección al esquema primitivo del trabajo.

A pesar del inconveniente técnico, que entre otras cosas puede resultar *caro* en el sentido literal de la palabra para los lectores, espero encontrarme junto a otros «principiantes» con los que será interesante llegar al término.

«...Pero no es todavía el final».

Por tanto, en definitiva, habrá un nuevo comienzo.

# Descripción de la segunda parte del evangelio de Marcos
(8, 31-13, 37)

# CUARTA ETAPA
## (8, 31-10, 52)

*Seguimiento del Hijo del hombre en el camino hacia Jerusalén*

# I. El cambio de rumbo (8, 31-9, 29)

## Primer anuncio de la pasión y resurrección. Oposición y reprobación de Pedro.

8, 31-33[1].

31. *Y empezó a enseñarles que*
*el hijo del hombre debía sufrir*[2] *mucho*[3]*:*
*y ser rechazado*[4] *por los ancianos,*
*los sumos sacerdotes y los escribas,*
*ser condenado y resucitar a los tres días.*

32. *Se lo explicaba con toda claridad.*
*Entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle.*

33. *Jesús se volvió y, mirando a los discípulos,*
*reprendió a Pedro diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás!»*[5]*,*
*porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.*

*Empieza una enseñanza nueva*

Hay que empezar precisamente por el verbo «empezó» (v. 31) y no se trata de un juego de palabras, todo lo contrario: nos encontramos ante algo terriblemente serio.

Estamos ante un cambio de rumbo. No sólo en la vida de Jesús, sino también en la de los discípulos.

La proclamación de Pedro, cierra la primera fase del evangelio. Ahora se abre un capitulo nuevo, el decisivo. Mt (16, 22) lo subraya aún más claramente con la expresión «desde entonces».

Hasta este momento Jesús ha insistido en su predicación sobre todo en el reino de Dios —aunque sus palabras y sus gestos implicita-

1. Cf. Mt 16, 21-23; Lc 9, 22.
2. Literalmente: soportar.
3. Literalmente: muchas cosas. Explica G. Nolli: «Se trata de cosas aún indeterminadas aunque se sepa que son "muchas": pero probablemente hay que entenderlo en sentido adverbial, más de cualidad que de cantidad: *intensamente*».
4. Repelido, rehusado, reprobado.
5. O bien según algunos: «lejos de mí, Satanás».

mente planteaban la pregunta fundamental: ¿quién es este?— A partir de ahora su enseñanza se referirá más explicitamente al misterio de su persona y de su destino.

El reconocimiento de Pedro concluye la pregunta sobre las opiniones de la gente y de sus discípulos. Pedro atribuye a Jesús el titulo más grande que conoce: Mesias.

El Maestro en este momento se decide a revelar el propio secreto.

No hay duda. Es una jornada decisiva.

«Comenzó a enseñarles...» No es sencillamente un suplemento de información que se inserta en lo que los discipulos saben ya. Es el principio de una enseñanza nueva, que contrasta, en cierto modo, con los datos y, sobre todo, con las esperanzas que poseian los apóstoles.

Anota puntualmente J. Delorme: «así comienza el debate central del libro. Se trata nada menos que de la correcta interpretación de la misión de Jesús, según el punto de vista de Dios».

No basta ver. Hay que ver en la perspectiva de Dios. Los discipulos van curándose, poco a poco, de la ceguera que tienen. Su curación será total cuando vean las cosas desde el punto de vista de Dios.

Jesús sustituye el titulo de Mesias —aún prematuro, porque sería fuente de malentendidos— por otro más arcaico y menos cargado de aspiraciones terrestres e inmediatas, como hijo del hombre, y aclara su itinerario, decididamente desconcertante:

— *Rechazo* oficial por parte de la clase dirigente, compuesta de ancianos (exponentes de la aristocracia laica), sumos sacerdotes (es decir, los representantes de las familias sacerdotales— el elemento más conservador de la nación, según Lagrange—), letrados (los teólogos de entonces, los maestros de la más rígida ortodoxia). En otras palabras: Jesús es «rechazado» por la gente que cuenta. Y este rechazo incluye un elemento de desprecio.

*Muerte violenta*

— *Resurrección.* La expresión «a los tres dias» en el lenguaje religioso hebreo, indica comúnmente un breve periodo de prueba y de sufrimiento, al que sigue una vuelta de la situación en sentido positivo y se manifiesta la intervención salvífica por parte de Dios. «El tercer dia lleva consigo una situación nueva y mejor que la precedente, en donde la misericordia de Dios y su justicia crean un renovado tiempo de salvación, de vida y de victoria» (K. Lehmann). Por ejemplo: «En dos dias nos hará revivir, al tercer dia nos restablecerá y viviremos en su presencia» (Os 6, 2).

*«Debia»*

Lo que caracteriza este primer anuncio son dos elementos. En primer lugar la claridad del lenguaje. Cristo no habla más en «parábolas» (4, 11, 33), sino «con toda claridad» (v. 32), para desbrozar el terreno de todos los equívocos acerca de la interpretación del sentido de su misión y de la suerte que correrá.

El otro elemento viene dado por el «debia» (v. 31) Podriamos decir «es necesario».

Con una simple valoración humana de los hechos era lógico esperarse que el contraste entre Jesús y el partido dirigente desembocase en un drama.

Pero lo que forma la novedad paradógica de la revelación es que este drama no se debe a una cruel fatalidad, a un destino ciego ligado a la maldad de los hombres —atrincherados en sus prejuicios— sino que forma parte del plan de salvación querido por Dios y que puede leerse a la luz de la Escritura.

«Jesús no pensaba ser el Mesias *aunque* debiera sufrir; pensaba ser el Mesías *porque* debia sufrir. Esta es la gran paradoja, la gran originalidad de su evangelio» (Goguel).

Hay que tener presente además que el lenguaje utilizado en la profecia de la pasión, muerte y resurrección del hijo del hombre está claramente emparentado con el de la predicación cristiana y representa el núcleo del kerigma primitivo. Esto no prejuzga, de hecho, la posibilidad de que Jesús haya efectivamente preparado a los apóstoles en este sentido, aunque hubiere sido con expresiones diversas. Es decir, los acontecimientos históricos siguientes pueden haber influido en la formulación de la profecia, no en su sustancia.

*Pedro, corazón y presunción*

La reacción de Pedro resulta bastante previsible.

Hay que entenderlo. Gracias a lo que ha visto, ha podido leer los signos del mesianismo de Jesús. Ha utilizado las pruebas, más que convincentes, que se le habian ofrecido para declarar «Tú eres el Mesías». Es natural que el ideal mesiánico de Pedro esté contaminado por elementos mundanos, desde el momento que coincide con el de su pueblo. El espera que Jesús ejerza el poder en una dirección temporalista, de éxito, de victoria. No puede ciertamente imaginar que aquella gloria —de la que ha tenido intuición— *tenga que* ser conseguida a través de la ignominia de la cruz. Que la exaltación sea la consecuencia del rebajamiento.

Sobre todo es natural que Pedro encuentre absurdo el hecho de que Cristo sea rechazado y muerto precisamente por los jefes de aquel pueblo, que debe unificar y salvar. Percibe en esto una contradicción insalvable.

«Entonces, Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle» (v. 32). Frente al hablar a las claras de Jesús, contrasta el hablar de Pedro a solas. Alguno interpreta como «apartado» de la gente; pero es probable que se refiera a los compañeros. Pedro no quiere regañar al Maestro en presencia de los demás discípulos.

Su gesto, que parece protector, tiene una discreta dosis de presunción. Paternalista y presuntuoso al mismo tiempo.

La reacción de Jesús es durísima. El epiteto «Satanás», pone en evidencia la tentación de Pedro de hacer volver a Cristo al camino de los hombres, en el sentido de los deseos terrenos, de las ambiciones triunfalistas, desviándole del camino querido por el Padre y aceptado por amor.

No olvidemos que Mt más... diplomático, coloca la expresión en boca de Jesús, pero anticipándola al momento de las tentaciones en el desierto y dirigiéndola al demonio.

Es significativo el detalle «se volvió y, mirando a los discípulos...» (v. 33). Jesús dirige su reprimenda a Pedro, sin embargo quiere advertir también a los demás. Es un momento delicado. Se trata de un punto capital de su pedagogía.

Intencionadamente se utiliza el mismo verbo «reprender». A la reprimenda de Pedro corresponde otra, mucho más dura, del Maestro.

El «quítate» indica antes de nada el mandato de despejar el camino. Pedro no puede ser un obstáculo para seguir el camino trazado por el Padre, sin intercalar obstáculos.

También es importante el interpretar este «quítate de mi vista» como «ponte detrás de mí». El discípulo tiene la obligación de seguir al Maestro, no debe pretender ir delante, ni mucho menos enseñarle el camino.

Por tanto Jesús establece una contraposición muy clara entre los pensamientos de Dios y los pensamientos de los hombres (v. 33). Se trata del pensamiento traducido en actitudes prácticas, en elecciones concretas.

Podríamos traducir libremente pero con igual exactitud en cuanto a la substancia: *mentalidad*. Hay una mentalidad según Dios —capaz de calcar los designios y descubrir las intenciones— y una mentalidad según los hombres— que valora según criterios que no son los de Dios—. Entre las dos existe una oposición, inconciliabilidad radical.

De tal modo que la mentalidad según los hombres puede ser parangonada a una tentación demoniaca.

El hijo del hombre, por su parte, se adhiere totalmente a la manera de pensar de Dios, acepta su voluntad, sigue el camino «querido» por él: el camino de la pasión.

La ambigüedad de la posición de Pedro consiste en que se detiene únicamente en el aspecto del dolor, la humillación, la derrota, sin tener en cuenta el anuncio de la resurrección.

Evidentemente para él los «tres dias» constituyen un tiempo demasiado largo respecto al trauma inmediato, provocado por el impacto de una perspectiva de desprecio. Pedro advierte sólo el escozor de las heridas, la confusión por la ruina de sus proyectos, la oscuridad porque se apagan sus esperanzas humanas y no capta la luz de la Pascua, que ya en este momento empieza a vislumbrarse.

Además, y aún es más paradójico, Pedro está convencido de que habla desde el punto de vista de Dios, de su honor, de su gloria. Según la mentalidad del discípulo, la idea de un Mesias sufriente, rechazado, es contraria al honor de Dios, es algo impío, un atentado a la grandeza divina.

Por ello Pedro debe sufrir un choque increíble cuando escucha a Jesús decirle que lejos de ser defensor de los derechos de Dios, como él se creia, está en cambio de parte de su «adversario».

Hay aún otros dos anuncios de la pasión (9, 30-32; 10, 32-34). Pues es probable que Cristo haya tenido que remachar frecuentemente este clavo que se resistía a entrar. «¿Quién podrá precisar el número de veces que Jesús, ante sus discipulos, habrá hablado directa o indirectamente de su itinerario hacia la humillante condena a muerte?» (K. Gutbrod).

Cristo deberá echar mano de todos los resortes de su propia pedagogía para educar a los discípulos en el modo de pensar de Dios.

### *Hijo del hombre*

Para nuestra mentalidad es el titulo más misterioso. A pesar de ello aparece numerosas veces en los evangelios —y no aparece en ningún otro texto del nuevo testamento, excepto una vez en los Hechos de los apóstoles—. Jesús se atribuye a sí mismo este titulo, aunque lo hace en tercera persona —no dice nunca «yo soy el hijo del hombre», sino «el hijo del hombre tiene que... será entregado... aparecerá»—.

Los problemas que se plantean son muchos y las discusiones están todavía abiertas, dando origen a una variedad de hipótesis, ninguna

de las cuales resulta totalmente convincente. La literatura sobre el tema es inmensa[6].

Casi todos los estudiosos están de acuerdo en agrupar los textos en torno a tres núcleos:

— En el primero, el hijo del hombre aparece como proyección futura, cual juez escatológico. Esta figura es típica de la literatura apocalíptica. Es famosa en este sentido la visión de Daniel, que presenta al hijo del hombre como juez de los imperios de la tierra simbolizados en las cuatro bestias (Dan 7, 13).

— El segundo grupo hace referencia a la actividad presente del hijo del hombre.

— En el tercer grupo, la figura del hijo del hombre se relaciona con la pasión y la muerte.

Desde un punto de vista filológico la denominación no dice gran cosa. El término arameo *bar-nasha* significa sencillamente el hombre o un hombre. Indica, genéricamente, a quien pertenece a la raza humana.

Limitémonos al uso que hace Mc o mejor el Jesús de Mc.

En este evangelio el término aparece catorce veces.

Más detalladamente: tres veces en clave escatológica —juez final—.

Dos veces para precisar la misión de Jesús en medio de los hombres: el hijo del hombre es aquel que «tiene potestad en la tierra para perdonar pecados» (2, 1-12) y esto le vale la acusación de blasfemia, un crimen penado con la muerte[7]. Además es «señor del sábado» (2, 23-28). En esta perspectiva, el hijo del hombre reivindica para sí un poder soberano, da pruebas de «escandalosa» libertad y dispone de una palabra de gracia en oposición a la palabra rígidamente legalista que detentan los escribas.

Pero el título de hijo del hombre, en el evangelio de Mc, aparece nueve veces en relación con la pasión, muerte y resurrección de Jesús. En la página que hemos comentado, aparece por primera vez en este sentido. Nota C. Masson: «Cuanto más detallados son los anuncios de la pasión, hasta llegar en el tercero a un auténtico compendio (10, 33 s), más el hijo del hombre ha medido anticipadamente el horror de la propia muerte y más crece su obediencia, acto de soberana libertad. Todo anuncio de la pasión se concluye con el anuncio de la resurrec-

6. Cf. entre otros, C. Masson, *L'Evangile de Marc et l'eglise de Rome*, 58 s; H. Conzelmann, *Teologia del Nuovo Testamento*, 173 s; G. Schneider, *Cristologia del Nuovo Testamento*, 99 s; Minette de Tillesse, *Le secret messianique dans l'évangile de Marc*, 367 s; B. Vawter, *Un uomo chiamato Gesù*, 99 s; J. Jeremias, *Teología del nuevo testamento*, I, Salamanca [4]1981, 299 s.

7. En realidad, durante el proceso ante el sanedrín, el sumo sacerdote tomará la misma acusación de blasfemia: «Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece? Todos sin excepción pronunciaron sentencia de muerte» (Mc 14, 64).

ción del hijo del hombre «después de tres días». Se trata de algo muy importante, porque sólo esta resurrección testifica la victoria del hijo del hombre en su aparente derrota».

Es significativo el hecho de que en el evangelio de Mc se hable siempre de la muerte redentora de Jesús en cuanto hijo del hombre. Jesús es el que a través de su humanidad está unido a todos los hombres. Y todos los hombres se pueden reconocer en él.

Pero hemos de precisar en qué sentido se aplica Jesús esta figura del hijo del hombre, refiriéndonos a la tradición bíblica.

Me parece que hay que tener en cuenta la hipótesis propuesta por E. Schweizer, quien sostiene que el personaje, no es tanto el familiar de las visiones apocalípticas —Daniel, Esdras, Enoc—, sino más bien el de Ezequiel. Este profeta es llamado 87 veces «hijo del hombre». Y se presenta con las siguientes características: animado por el espíritu de Dios, tiene el oficio de centinela de Israel, medita y asimila la palabra de Dios para devolverla después al pueblo, está encargado de tener ojos por aquellos que no ven, de tener oídos por los que no escuchan, tiene que hablar aunque no le tomen en serio, anuncia el juicio, pero también la salvación.

Además de con esta figura, Cristo se ha identificado con el justo sufriente, con el siervo obediente (Is 53) sabiendo que la obediencia a Dios lleva necesariamente al sufrimiento y a la muerte.

Naturalmente, como observa también E. Schweizer, Jesús interpreta su propia misión más allá del itinerario indicado por Ezequiel e Isaías. «El tenía que llevar a término los sufrimientos de Israel, de sus profetas y de sus justos».

Pero en el destino del justo sufriente está implícita también la idea de juicio. El que se ha identificado con los hombres, en el juicio tomará partido a favor o en contra de aquellos que le han reconocido o rechazado.

«La espera de un hombre justo que después se mostraría como el siervo y el Hijo de Dios mediante el sufrimiento inocente, que habria sido rechazado y muerto por los hombres pero exaltado por Dios y que habría aparecido para juzgar a sus enemigos, estaba ya difundida en el judaismo antes de Jesús (Sab 2, 12-20; 4, 10-17; 5, 1-5). Naturalmente Jesús no se ha considerado jamás como uno de tantos, sino como aquel que habría llevado sobre sí y para siempre los sufrimientos de Israel. En este sentido él es el «hijo del hombre», el «Hombre» en quien la ceguera de los hombres ante la realidad de Dios y su lucha contra él llega a su punto culminante, el «Hombre» que ellos encontrarán de nuevo en el juicio. El reino de Dios es sólo de Dios y será inaugurado por él. Sin embargo el hijo del hombre intercederá por sus seguidores y testificará contra quienes no han reconocido abiertamente a Dios. El será quien pronuncie el juicio. Es fácil entonces compren-

der cómo en la tradición posterior fue identificado con el juez mismo que llegaba sobre las nubes del cielo» (E. Schweizer).

Precisamente en la escena del juicio final descrita por Mt (25, 31 s). Jesús aparece como hijo del hombre que juzga a los que le han acogido o rechazado como pobre, hambriento, sufriente, perseguido. El comportamiento de los hombres ante los pequeños y humildes determina la actitud que el hijo del hombre tendrá el último día ante ellos.

De esta forma, según esa hipótesis, la idea del hijo del hombre contiene en si, tanto la idea de humillación como de glorificación, de sufrimiento como de juicio.

«Exactamente como el justo sufriente, rechazado y humillado por los hombres, al final, un día, exaltado junto a Dios, se sentará para el juicio frente a los que lo han aceptado o rechazado» (E. Schweizer).

Vamos a exponer aún algunas observaciones generales:

— Que Jesús hable del hijo del hombre siempre en tercera persona y jamás en primera, no prueba de hecho, como quisieran algunos estudiosos radicales, que piense en una persona distinta de él. Las pruebas aducidas para sostener esta tesis no son nada convincentes. Pero ni siquiera las explicaciones dadas para explicar la distinción —expresada por el uso de la tercera persona— me parece satisfactoria. Jeremias, por ejemplo, dice: «La tercera persona expresa la «misteriosa relación» entre Jesús y el hijo del hombre: él no es todavía el hijo del hombre, pero lo será cuando sea glorificado». En tal caso no se explicaría, al menos, la utilización del término respecto a la actividad presente de Jesús. Será mejor dejar abierto el problema.

— J. Guillet[8] advierte que el uso del titulo hijo del hombre está siempre asociado a una acción hecha o sufrida. Jamás se emplea la palabra para definir la esencia de Jesús, su identidad, sino siempre para decir lo que hace, lo que deberá padecer, lo que hará o dirá.

— La relación entre los gestos del hijo del hombre sobre la tierra y los que se sitúan en el cielo se podría definir como «simetría al revés». Es decir, rebajamiento-exaltación en el trono; humillación-gloria; rechazado-triunfador, acusado-juez, debilidad-poder...

— En los tres grupos de textos relativos al hijo del hombre —en clave de parusía, pasión, actividad presente—, se nota una absoluta independencia. Por ejemplo, los textos que anuncian su aparición final no aluden para nada a la pasión. Y los que anuncian la pasión no contienen ninguna indicación acerca del papel de juez universal.

— «No sería pertinente querer ver expresada en este título, a diferencia del titulo de hijo de Dios, la verdadera humanidad de Jesús. De cualquier modo el título no se puede interpretar en el sentido de la

8. *Jèsus devant sa vie et sa mort*, 137 s.

doctrina de las dos naturalezas, porque «hijo del hombre» e «hijo de Dios» como predicados cristológicos, han nacido independientes uno del otro. Es cierto, sin embargo, que en este título se expresan al mismo tiempo tanto la exaltación como la humillación de Jesús» (G. Schneider).

— La opinión según la cual el titulo de hijo del hombre se debería atribuir a la iglesia primitiva tropieza con muchas dificultades. La primera, esta: la expresión en los evangelios se pone única y exclusivamente en boca de Jesús. Nadie lo llama de esta forma. Por eso concluye Cullmann: «Jamás ellos le llaman asi y jamás quien habla con Jesús se dirige a él con este apelativo. Esto sería inexplicable si hubieran sido ellos los que atribuyeron a Jesús esta autodenominación. En realidad han conservado con memoria precisa el hecho de que sólo Jesús mismo se ha llamado así»[9].

Más bien es cierto que en tiempos de la primera comunidad cristiana, la expresión resultaba bastante difícil de comprender. De hecho no la encontramos en ninguna profesión de fe ni en ninguna plegaria litúrgica. Que se haya conservado en los evangelios, a pesar de la dificultad para entender su sentido exacto, quiere decir sólo que se sabía claramente que tal denominación habia sido empleada por Jesús.

Por qué Jesús eligió preferentemente este título más bien obscuro, es un problema hasta ahora insoluble. Quizá también esto forma parte del comienzo de una enseñanza nueva. El término «Mesías» servía poco a este cambio de enseñanza, porque estaba cargado de demasiadas hipótesis temporalistas, dificiles de eliminar.

Se puede sólo concluir, con toda probabilidad, que hijo del hombre es un «título de gloria». El que lo sea, a pesar de las apariencias en contrario, forma parte del misterio de la persona y de la misión de Jesús, sobre el cual no sólo los discípulos, sino también nosotros estamos llamados continuamente a preguntarnos.

## PROVOCACIONES

1. Algunos estudiosos niegan que Jesús haya tenido conciencia de la propia muerte y por tanto haya podido hablar de ella, al principio, de manera explícita. Los tres anuncios serian, por así decir, profecias al revés, *ex eventu*, es decir habrían sido formulados por la comunidad cristiana después que se habían realizado los hechos.

Personalmente creo lo contrario. Es más, creo que, incluso desde un punto de vista humano, Jesús advertía hacia dónde iba. Las

9. *Cristología del nuevo testamento.*

oposiciones y los contrastes que se profundizaban cada vez más, entre él y los notables, encaramados en la defensa de sus privilegios, amenazados por la novedad, eran avisos, bastante claros, del trato que le darían.

Mi opinión cuenta poco. Más bien me parece que la insistencia de Jesús no se dirigía exclusivamente a los discípulos. También la iglesia primitiva, que asimismo era azotada por los primeros vendavales, encontraba terriblemente difícil el «digerir» aquellos anuncios.

Incluso *post eventum*, es decir al realizarse la profecía de Cristo, tanto en los acontecimientos de su vida como en los de sus miembros, los primeros cristianos eran refractarios a aceptar aquellas profecías y esperaban siempre que hubieran comprendido mal.

Sí, de acuerdo, la resurrección. Pero la dificultad estaba en el camino para llegar. Era el *a través de* lo que molestaba. Era el «debía» lo que se intentaba descartar. ¿Era posible que no se pudiera llegar a la gloria sin pasar a través del rebajamiento, encontrarse inmersos en la luz sin tener que atravesar las tinieblas?

Sin embargo, Jesús continuaba hablando «abiertamente» a través de las persecuciones, las tribulaciones de toda clase, las tempestades que descargaban sobre las primeras comunidades cristianas.

Es siempre difícil aceptar la evidencia de las cosas que no son de nuestro gusto.

Es arduo admitir las razones que no nos dan la razón, los argumentos que desbaratan nuestros sueños, las pruebas que destruyen nuestras ilusiones.

Las profecías que contrastan con nuestros deseos, aunque se cumplan, las acogemos con desconfianza y nos resistimos a reconocerlas, esperamos siempre que se trate de una equivocación.

Quizá nos fiamos del primer mago falso que pasa junto a nosotros y alimentamos dudas sobre si Jesús habrá dicho la palabra exacta, o si habrá exagerado.

Nos alimentamos de mentiras, justificamos las hipótesis más absurdas, acariciamos ilusiones vanas, miramos inexorablemente en dirección de lo improbable y no nos decidimos a acoger el categórico «debía» de Dios.

También nosotros, como Pedro, dispuestos a todas las aperturas, menos a la de ingerir ese indigesto «es necesario».

Qué difícil es dar la razón a Dios cuando descubrimos con despecho que él no tiene en cuenta lo que nosotros pensamos; que al trazar sus designios no consulta primero con nosotros, seguros proyectistas de caminos (equivocados) de Dios.

2. A propósito de construcciones. El verbo utilizado por Jesús «ser rechazado» (v. 31) hace referencia a una imagen famosa del salmo 117:

> La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular: es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente (v. 22-23).

Advierte agudamente un autor: «Antes de hacer una *cristología* —es decir expresar su fe en Jesús a partir del título de «Cristo»— los cristianos han hecho una *petralogía,* es decir han expresado su fe a partir de la piedra» [10].

Los expertos en doctrina religiosa, las personas influyentes de entonces, los letrados no han sabido qué hacer con Jesús. Su palacio estaba ya rematado. Aquella piedra no tenía ya sitio en una construcción acabada. Además no aceptaba ser una piedra ornamental, un añadido superfluo al edificio —para esto siempre habría un arreglo adecuado—, sino que pretendía ser colocada como cimiento, piedra angular. Cuando uno se ha instalado cómodamente en el palacio, ¿cómo puede tener ganas de cambiar todo, comenzar de nuevo?

Ciertos retoques al edificio pase, pero esa piedra pretende una colocación que pondría todo en discusión...

Sin embargo, ésta es precisamente la línea de separación entre el pensar a la manera de Dios y el pensar a la manera de los hombres.

Discípulo es quien acepta colocar a Cristo como piedra angular de la propia construcción. Y esto también cuando el material ofrecido por él es el que normalmente es descartado y rechazado por los hombres —y que también yo estoy tentado frecuentemente a rechazar—.

Cristiano es el que edifica con una piedra descartada por los sabios de este mundo. Por ello su construcción tiene una característica de solidez. Y también por eso puede dar gracias por una obra maravillosa que no es debida a mano de hombre.

Dios no sólo es capaz de escribir derecho con líneas torcidas.

Es capaz de fabricar cosas importantes con piedras inútiles.

3. Pedro ha superado brillantemente el examen de ortodoxia. Ha reconocido en Jesús al Mesías. Sin embargo, se ha ganado el título de «Satanás». Antes de él hasta los demonios habían llegado a tal reconocimiento, incluso habían llegado más lejos. A este nivel Pedro no tiene nada que hacer con el Maestro.

El examen decisivo es el de la mentalidad.

10. Cf. P. M. Beaude, *Selon les Ecritures*, Cahier Evangile 12.

4. Continuemos con el contraste entre el Maestro y el portavoz de sus discípulos.

Pedro no se equivoca acerca de la identidad de Jesús.

En donde se equivoca de medio a medio es en el *modo* de entender su misión.

El error de fondo no se refiere a la gloria, sino al camino para llegar.

Pedro está ciego, no porque no perciba la luz, sino porque es incapaz de soportar la obscuridad.

Pienso que su actitud se prolonga hasta hoy y determina la radical oposición entre la mentalidad de Cristo y la de muchos que dicen seguirle y se definen como «suyos».

No basta que los fines sean santos y píos, que las intenciones sean buenas y dignas de alabanza. Es necesario que los *medios* empleados sean los adoptados por Cristo.

No basta que las batallas sean justas, es necesario combatirlas con los medios «pobres» elegidos por Jesús: debilidad, humillación, sufrimiento, derrota, inconsideración, oposición por parte de los jefes de este mundo.

No basta estar de parte de Dios, proclamar su gloria, reivindicar sus derechos. Hay que pasar *a través del* mismo camino por el cual ha pasado él: la pasión.

No basta decir «voluntad de Dios», o «Dios está con nosotros». Tengamos presente que Dios está con nosotros sólo cuando nosotros estamos con él, es decir cuando nos colocamos en su mismo itinerario de pequeñez, de amor que acepta el riesgo de ser rechazado y no recurre jamás a la fuerza para imponerse.

Cuando se deja la cruz, aunque nos introduzcamos en el esplendor deslumbrante del éxito, no nos engañemos: aquella no es la gloria de Dios, sino la mofa del «adversario».

Jesús no tiene nada que decir sobre nuestra verdad. Pero con frecuencia tiene bastante que decir sobre nuestro modo de afirmarla.

Casi siempre nos puede aprobar en ortodoxia. Lo cual no impide el que tengamos un suspenso en mentalidad.

5. Algunos exegetas de gran fama sostienén que Mt se ha servido de la expresión: «¡Quítate de mi vista, Satanás!», dirigida originariamente a Pedro, retrotrayéndola al episodio de las tentaciones en el desierto y dirigiéndola al mismo demonio. Se trataría en este caso de una transposición más bien inquietante y sobre la que, por desgracia, si observo dentro de mí, no puedo estar de acuerdo.

Es decir: para hablar del *adversario,* Jesús no tiene nada más que mirar en su casa...

6. Se dice pronto «mentalidad» según Dios y no según los hombres, pero no es una cosa que se improvisa. Ni fácil de aceptar.

Se trata de un largo y doloroso trabajo de purificación.

Es necesario que desaparezcan de nuestras agendas los cálculos de la prudencia humana, los atajos de la facilidad, los itinerarios que tenemos la pretensión de imponer a Dios, las imágenes que nos hemos construido de él, de su gloria y de su honor.

Solamente cuando desaparecen nuestros «es mejor», «se podría», «sería oportuno», en definitiva toda la gramática de las buenas maneras y de la comodidad, aparece nítidamente el «tiene que» de Dios. Y siempre es una sacudida de nuestro orgullo.

Pero todo esto no llega de improviso. El categórico «es necesario» de Dios se sobrepone y no se mezcla con mis palabras usuales —con el riesgo de quedar confundido con ellas o incluso engullido por ellas—. Ese es un imperativo que resuena sólo cuando se callan otras voces, cuando somos realmente pobres de espíritu, desprovistos de consejos que dar a Dios.

Ciertamente en este campo la seguridad no se consigue jamás.

Sin embargo, se pueden dar grandes pasos en esa dirección.

El primero consiste en reconocer que los pensamientos según la mentalidad de los hombres no son los de los otros, sino los míos.

El segundo puede ser el miedo cuando parece que Dios está de acuerdo conmigo. No. El Dios que está de acuerdo conmigo no es Dios, sino su «enemigo». Y hay que ponerse a salvo.

## Confrontaciones

### *Cuando Dios es Dios*

Dios es Dios en cuanto hace lo que el hombre no puede hacer: dejarse rechazar, rebajarse y hacerse pequeño, sin dejarse invadir por un complejo de inferioridad, que sería en realidad una prueba del deseo opuesto, de la aspiración a una mayor grandeza.

Quien entiende la pasión del hijo del hombre ha entendido a Dios; en ella y no en el esplendor celeste es donde se puede ver el corazón de Dios (E. Schweizer, *Das Evangelium nach Markus*, Göttingen [15]1978).

### *Un cambio de rumbo decisivo*

Los evangelios subrayan como un cambio de rumbo decisivo en la vida de Jesús, el momento en que ha comenzado a anunciar abiertamente a sus propios discipulos que debia sufrir y morir victima de sus

adversarios. Este momento coincide con la confesión de Cesarea: la revelación del Mesías no sería otra cosa que ilusión si se rechazase el aceptar su auténtico rostro, destinado al odio y a la muerte... Los evangelistas suponen como un hecho cierto y subrayan como una enseñanza fundamental, que Jesús tenía conciencia de la suerte que le estaba reservada y del sentido de ese acontecimiento. Hoy nosotros nos interrogamos sobre esta conciencia que nos parece constituir un atentado a su humanidad y a la realidad concreta de su vida y de su muerte. Si Jesús conoce ya previamente lo que va a sucederle, entonces todo estaba ya decidido para él, y su pasión sería sólo un momento terrible que hay que pasar, un túnel en el que ya se vislumbra la salida con luz. Pero esta perspectiva simplista no es la que dimana de los evangelios: la visión que Jesús tiene de su propia pasión, el anuncio que nos da es, por una parte, cierto, porque se refiere al hecho, dependiente de las previsiones y de las intuiciones naturales sobre el desarrollo del acontecimiento futuro, y misterioso, porque se refiere al significado de este acontecimiento.

Si se tienen en cuenta los procedimientos literarios y la composición de los evangelios, el lenguaje de Jesús que anuncia la propia pasión implica, sin duda, un acento y realce únicos y supone una conciencia cuyo misterio nos supera; sin embargo esta conciencia es la de un hombre y nosotros podemos acceder a ella (J. Guillet, *Jésus devant sa vie et sa morte*).

# Para seguir a Jesús

## 8, 34-9, 1[1]

34. *Después llamó a la gente con sus discípulos, y les dijo:*
*«Si alguno quiere venir[2] en pos de mí,*
*que reniegue de sí mismo,*
*que cargue con su cruz y me siga».*

35. *Porque quien quiera salvar su vida, la perderá[3],*
*pero el que pierda su vida por mí[4]*
*y por el evangelio, la salvará.*

36. *Pues, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero,*
*si malogra su vida?*

37. *Y ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?*

38. *Pues quien se avergüenze de mí y de mis palabras*
*en esta generación adúltera y pecadora,*
*también el hijo del hombre se avergonzará de él*
*cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.*

1. *Y añadió:*
*«Os seguro que algunos de los aquí presentes*
*no gustarán la muerte[5]*
*sin haber visto que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza».*

*No hay dos caminos*

«El camino trazado por Dios al hijo del hombre determina también el camino del discípulo, de quien se adhiere a Jesús y le sigue» (K. Gutbrod). La figura del discípulo se caracteriza por un esfuerzo de conformidad con las elecciones, actitudes y estilo de vida del Maestro.

No hay dos caminos. El único camino es el recorrido por el hijo del hombre. Al cristiano no se le permite inventar otro.

Las vicisitudes del hijo del hombre, en cierto sentido, deben prolongarse en la existencia de todos aquellos que se empeñan en vivir las exigencias del evangelio.

1. Cf. Mt 16, 24-28; Lc 9, 23-27.
2. «El indicativo presente expresa una determinación seria y continuada» (G. Nolli).
3. Literalmente: arruinar, destruir.
4. Por amor hacia mí.
5. La expresión hebrea metafórica: no morirán sin antes...

Desde el principio se da la circunstancia de que las palabras de Jesús no se dirigen sólo al grupo reducido de los suyos, sino también a la gente.

Todos están llamados a ser discipulos, es decir —si de privilegio se trata— a entrar en el círculo de los privilegiados de la cruz, siguiendo a Jesús. No hay dos categorías de cristianos. Aquellos a los que se pide más y de los que se pretende menos. Las exigencias de Cristo son iguales para todos.

Estos «dichos» constituyen la verificación más comprometida de la distinción entre el pensar a la manera de Dios y el pensar a la manera de los hombres. Es una distinción que no puede definitivamente tranquilizar a nadie (los pensamientos, de hecho, pueden pasar fácilmente de un campo a otro) y que quiebra muchas otras menos comprometidas y más rígidas.

Cristo habia presentado su propio destino en tres momentos: ser rechazado, muerte, resurrección.

Luego la trayectoria del discipulo debe tocar estas tres fases. Puede encontrarse en contraste con la mentalidad corriente y ser rechazado a causa de su testimonio por Cristo. También se indica un elemento de muerte (comenzando por la muerte del propio yo, para llegar a «dar» la vida). Y existe también la «glorificación», siempre que el discipulo no se avergüence jamás ante nadie de su propia pertenencia al hijo del hombre.

Esta trayectoria se expresa en cinco «dichos». Son máximas que Cristo probablemente ha pronunciado en momentos y situaciones diversas y que Mc ha puesto juntas en un perfecto trabajo de montaje. Incluso la colocación (después de la confesión de Cesarea y el primer anuncio de la pasión) resulta particularmente atinada.

Se tiene la impresión de que se encuentran en el lugar exacto y sirven para ilustrar perfectamente este concepto: la revelación progresiva del misterio relativo a la misión de Jesús, se desenvuelve paralelamente con la revelación de itinerario que deberá seguir el discipulo.

Son cinco sentencias que expresan otras tantas consecuencias de un compromiso de fondo que podemos expresar con el término «fidelidad».

Examinémoslas detalladamente, una a una.

### 1. *Renuncia y cruz* (v. 35)

¿Qué significa renegar de si mismo? Literalmente el verbo quiere decir «no reconocer», «considerar como extranjero», «no tener nada que ver con alguien», «desaprobar».

Viene a la mente la escena de la negación de Pedro: «No conozco a ese hombre» (Mc 14, 71).

Se subraya aquí la exigencia de no reconocerse más en aquello que se ha sido hasta ahora, no querer saber nada de un sí mismo con intereses concretos, ideales, valores. Es decir, un cambio radical en la propia vida, que toca al ser en su profundidad. Algo así como «pero vivo... no yo» (Gál 2, 19). Una especie de «descentramiento y libertad de sí mismos» (R. Fabris), que lleva a establecer otro centro de la vida que no sea el yo.

Como puede verse mucho más que un simple «perderse de vista a uno mismo», como interpretan algunos. No. Se trata de una orientación absolutamente nueva de la existencia, con consecuencias incalculables.

Dice E. Schweizer: «Se quiere indicar una libertad de sí mismos y de todas las seguridades (bien sean bienes terrenos o la consecución de una recompensa celeste), en la que no se quiere ya reconocer al propio yo; una libertad que es posible en donde el hombre se abandona completamente a Dios. Pablo la llama crucifixión de la carne en una vida según el Espíritu (Gál 5, 24 s). Juan un ser nacidos de los alto y no de la carne (3, 5 s). Algo parecido ha ocurrido cuando los discípulos han abandonado barca, familia, oficio de recaudadores, para recibir la oferta de una nueva vida siguiendo a Jesús. Sólo con esta actitud se puede captar un discurso que hable de Dios de modo no figurado».

E. J. Radermakers precisa: «Negarse no significa rechazar lo que Dios nos concede ser, sino precisamente aceptar el recibir la propia vida de él y llevar, día a día, el peso de los acontecimientos humanos, unido al de la voluntad salvadora de Dios».

Se trata precisamente de no conocerse más. Renunciar al propio proyecto para asumir el proyecto de Jesús, que da la vuelta a todas las valoraciones precedentes, toda perspectiva humana y deseo de autoafirmación. Es la verdadera conversión, la que toca las raíces del ser, que cambia la orientación de fondo de mi existencia.

«Cargue con su cruz...» Es una de las expresiones más citadas del evangelio. De tal modo se ha usado y abusado que ha sido vaciada de su sustancia más ruda. Así como la cruz puede convertirse en un objeto ornamental, así «llevar la cruz» puede convertirse en un modo de hablar, una frase que no cuesta nada (pronunciarla se entiende), de la que ha desaparecido el peso real del objeto que, en cambio, debería doblar la espalda.

Intentemos redescubrirla en su originalidad.

Antes de nada, el verbo utilizado indica el gesto de «levantar», «alzar».

Algún comentador retiene como anacrónico que Jesús hable aquí de cruz. En las mismas profecías de la pasión, incluso muy precisas, no se hace mención jamás de la cruz. Seria la comunidad primitiva que refiriéndose a la pasión de Cristo, habria añadido esta exhortación a la precedente de negarse a sí mismo.

Puede ser. Sin embargo, no hemos de olvidar que para los que escuchaban a Jesús, la imagen evoca una escena más bien frecuente y asumía a sus ojos los contornos de una realidad cruel en toda su evidencia. Muchos, sin duda, habian asistido al espectáculo de un condenado —malhechor o agitador politico— cargado con el peso de la cruz (el madero transversal) que se encaminaba, entre dos filas de gente curiosa, hacia el lugar del suplicio para ser después clavado y alzado en el patíbulo en medio del escarnio de los espectadores[6].

En esta perspectiva el discípulo es un condenado por la mentalidad de los hombres, por el buen sentido de los sabios, uno que puede ser objeto de abandono, expuesto al linchamiento de los bienpensantes, considerado como un renegado, un fracasado o peligroso para la sociedad y, por tanto, marginado, desaprobado, alejado de la «ciudad», mandado a morir fuera de las murallas.

Algunos estudiosos observan una tautología en las dos frases «si alguno quiere venir en pos de mí»... «me siga». Me parece, en cambio, una llamada de Jesús a ponderar bien la decisión: antes de decidirte a ser discípulo, valora bien todos los riesgos que corres, examina las exigencias de semejante elección, toma conciencia de lo que te puede tocar. Se trata de algo extremadamente serio, no es un juego... Y ahora, si eres capaz, sígueme...

## 2. *Salvar o perder la vida* (v. 35)

El término griego empleado —*psyché*— se traduce habitualmente por «alma». Pero «esta palabra puede indicar la *vida física* o la persona en sentido espiritual: aquí parecen entendidos y fundidos los dos significados» (G. Nolli).

Sería abusivo ver una contraposición entre cuerpo (mortal) y alma (inmortal), un dualismo tipico de la filosofía griega, pero totalmente ajeno a la concepción antropológica de la Biblia. Si existe alguna

6. Algunos estudiosos sostienen, en cambio, que la imagen usada por Jesús podría referirse a la letra Taw del alfabeto hebreo, o bien a la griega Tau, que tenían forma de cruz. En la tradición bíblica, este signo indicaba una especial dependencia de la divinidad, del que se derivaba una dedicación completa y una garantía de protección. Significaría, por tanto, estar señalado por Dios y ponerse totalmente a su servicio.

contraposición, ésta se coloca entre vida «dada» a Dios y vida «tenida» para si.

No olvidemos que Jesús no habla como un filósofo griego. La concepción semítica del hombre, en la que se inspira el Maestro, no es dualista, sino que considera la persona humana en su totalidad, alma y cuerpo juntos, la vida en su unidad.

El término hebreo correspondiente a alma puede ser *nefes,* que puede traducirse por *vida* y que es un término fundamental de la antropologia biblica.

Veamos, por ejemplo, lo que dice la Sabiduría:

> «Quien me alcanza, alcanza la vida *(nefes)*
> y goza del favor del Señor.
> Pero quien me ofende, hace daño a su alma *(nefes);*
> los que me odian aman la muerte» (Prov 8, 35-36).

Cito solamente dos de las interpretaciones más acertadas del pasaje.

R. Schnackenburg: «... Su significado es el del hombre todo entero con su exuberancia, sus ganas de vivir, las propias manifestaciones de todos los días o, para decirlo en términos modernos, con la propia existencia. Quien únicamente se preocupa de dar vueltas a su yo o de poner a salvo su propia existencia por amor de sí mismo, perderá su vida y errará la meta a que esta tiende, sin esperanza de recuperación. En cambio, quien estima el seguimiento de Cristo mucho más que el vivir terreno y le sacrifica a éste por aquel, salvará la propia vida logrando con ella su verdadera meta».

E. Schweizer: «En el seguimiento de Jesús aparece, por tanto, un cambio de valores: afirmarse a sí mismo lleva a la pérdida, renunciar a sí lleva a la ganancia de la vida. La palabra griega *pyché* así como su equivalente semita, significa tanto el alma como la vida. Es, por tanto, claro que no se puede sencillamente separar la vida natural y la vida religiosa. El dicho de Jesús afirma que la verdadera vida, incluso en el plano terreno, natural, se encuentra sólo en el don de sí mismos. Precisamente el que quiere aferrar para sí solo la vida, pierde la posibilidad de una auténtica vida que le haga feliz. La vida, en el sentido en que la ha concebido el Creador, sólo se puede encontrar en el don de si mismos; sólo así es una vida libre, desinteresada, abierta, a la que Dios y el prójimo tienen acceso. Una vida de este género no cesa al morir, porque pertenece a Dios y él permanecerá cercano incluso en la muerte».

El Talmud conoce una paradoja equivalente a la de Jesús: «¿Qué debe hacer el hombre para vivir? Morir a sí mismo ¿Qué debe hacer el hombre para morir? Vivir a sí mismo».

Lo que es nuevo en Jesús es la motivación: «por mí y por el evangelio».

«Por el evangelio», usado en sentido absoluto, es una expresión exclusiva de Mc y puede considerarse un añadido propio. Quizá haya pensado en la comunidad primitiva que, a diferencia de los apóstoles, no estaba ya en relación personal con Jesús.

Es impresionante, sin embargo, la equivalencia entre «por mí» y «por el evangelio». Pero hay que explicar qué se entiende con esta última expresión. Explica J. Delorme: «Observamos que aquí «evangelio» presenta el sentido dinámico de la acción a la que es necesario dedicarse. No se trata sólo de perder la propia vida por la fe en el evangelio o en el mensaje recibido, sino por el evangelio que nosotros debemos anunciar».

E. Trocmé: «No basta estar convencidos de la mesianidad de Jesús, sino seguir a Jesús por el camino al que lleva la gran noticia, es decir convertirnos nosotros en evangelistas, cualquiera que sea el precio. Recordando la misión de la que Jesús estaba encargado, Mc quiere arrancar a los lectores de una vana especulación y empujarles a esa misión».

B. Maggioni, después de haber sintetizado la tarea del discípulo que consiste en «proyectar la existencia en términos de donación, no posesión», pone en guardia contra otro tipo de interpretación dualista de este pasaje, según la cual seria necesario «renunciar a la vida terrena por la celeste, a los valores materiales en favor de los espirituales. Nada de esto. Jesús afirma que la vida entera, material y espiritual, se posee únicamente en el don de sí. Merece la pena insistir: Jesús no manda la renuncia a la vida —a *esta* vida para conseguir otra—, sino que exige que se cambie el proyecto de *esta* vida. No renuncia a la vida, sino proyección de ella en la linea del amor».

Como conclusión hay que decir que esta paradoja evangélica se puede comprender sólo a la luz del modelo ofrecido por la muerte y resurrección de Cristo.

### 3. *El ganador del juego, es decir, una elección entre plenitud y vacío* (v. 36-37)

Refiriéndose probablemente a un proverbio popular, Jesús saca las consecuencias de los principios antes enunciados.

Si el seguimiento-fidelidad, si la vida-don representan el valor supremo, todos los otros valores palidecen o al menos están subordinados a este.

Sobre todo las riquezas, las conquistas terrenas, los éxitos mundanos amenazan con perder lo más importante, la única ocasión que se le ofrece al hombre: vivir en plenitud.

Uno puede jugarse todo a la afirmación de sí mismo, al goce, a abrirse camino por cualquier medio, a apostar por sobresalir sobre los demás a cualquier precio. Y puede incluso tener éxito, según el parecer humano. Al final, sin embargo, se encontrará con que ha perdido la vida. El que apuesta sobre los bienes terrenos, resultará necesariamente un jugador que pierde, a pesar de la apariencia de éxito.

La muerte le sorprenderá con un cúmulo de cosas inútiles, con una vida fallida, no vivida verdaderamente, frustrada en sus objetivos esenciales.

Ha hecho el tonto, porque ha ganado todo lo que no sirve para la vida. Asi, en el juicio, no tendrá nada que ofrecer a Dios para obtener una vida irremediablemente «perdida» (v. 37). Este último versiculo hace referencia al salmo 48:

«... nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate.

Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente... (v. 8-10).

Hay que advertir que el término *mundo (kosmos)* en las palabras de Jesús no indica el mundo ordenado según la razón y los valores morales y religiosos, sino más bien el complejo de los valores económicos y sociales, los bienes materiales y las alegrias que procuran.

En la misma frase de Cristo se puede leer también la idea de que el dinero no sirve para adquirir la verdadera vida. Esta se compra sólo con la pérdida de si.

Como se ve, el problema de fondo consiste en el ser o no ser del hombre, en una vida realizada o fracasada.

El que apuesta todo en el tener queda empobrecido en el ser, quien vive en el horizonte restringido de lo inmediato suprime el porvenir, la vida futura le está vedada. Y todo esto repercute necesariamente también en el presente.

Advierte justamente B. Maggioni: «Ninguna oposición entre alma y cuerpo, espíritu y materia. La oposición está entre el proyecto del hombre y el proyecto de Dios, entre dos modos posibles de realizar la existencia. No está en juego una vida por otra; la elección no es precisamente entre la vida presente y la futura. Está en juego *toda* la existencia; la elección entre una vida plena y una vida vacía. Puedes jugarte la existencia apostando por la posesión, en la lógica del tener siempre más; o bien puedes jugarte la existencia apostando por la solidaridad, según la lógica del discipulo. La primera elección, a pesar de las apariencias, contiene la negación de la vida: porque en su entramado más profundo el hombre está hecho de amor y no de soledad. La segunda, aunque aparentemente sea un fracaso, contiene la *plenitud* de la vida».

4. *Reconocer para ser reconocidos* (v. 38)

Aquí Jesús parece que da marcha atrás y hace referencia a la decisión inicial del discípulo.

Se trata de tomar posición en favor de Jesús. Y esta determinación no puede cesar o ser atenuada o puesta en discusión al verificarse situaciones desfavorables.

Quien se avergüenza o abochorna de Jesús ante los hombres —es decir no se compromete por él— en el juicio también el hijo del hombre se avergonzará de él. Quien, en ciertos casos, no quiere saber nada con el maestro, tendrá la sorpresa de encontrar a un maestro que en el último día tomará distancias respecto de él. Es decir, la toma clara de posición en favor de Jesús, con todos los riesgos que comporta, determina y decide el destino último del creyente.

«La fe no es una cuestión privada y en modo alguno obligante, sino que exige el testimonio en favor de Jesús y su reconocimiento ante los hombres, incluso cuando ello comporta dolor y muerte. La fe debe ser una fuerza que rige la entera existencia humana, no es posible deshacerse de ella como si fuese un hábito molesto al llegar la hora de la prueba» (R. Schnackenburg).

En este «dicho», la referencia al martirio, al testimonio supremo, no es algo vago. Aquí asume una cruda evidencia la necesidad de «perder la vida» a causa de Jesús.

La expresión «generación adúltera» significa «lejana de Dios». La tradición biblica habla de las relaciones de Dios y su pueblo en términos de unión esponsal. Por ello toda ruptura de los compromisos de la alianza se convierte en infidelidad, traición, prostitución.

De esa forma la fidelidad a Jesús se traduce esencialmente en el *coraje de la propia fe*, en la capacidad de *confesarlo* incluso cuando lleva consigo burlas, ultrajes, persecuciones.

Quizá este «dicho» se refiere explícitamente al primero. De hecho, el hombre en su debilidad está más próximo a renegar de Jesús, a no reconocerle, que a renegar de sí mismo, especialmente cuando se vislumbran en el horizonte las amenazas de la tormenta. Es lo contrario de las exigencias del seguimiento. La adhesión a uno mismo prevalece con demasiada frecuencia sobre la adhesión al Maestro en situaciones difíciles.

## 5. *El que ve el reino* (9, 1)

La última máxima es la más difícil y continúa suscitando un sinfín de polémicas.

Jesús, cuando habla de algunos presentes que nos gustarán o probarán la muerte «sin haber visto que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza», parece entender un acontecimiento inminente. ¿Se ha engañado? ¿Ha aproximado demasiado el tiempo de la venida «con fuerza»? En todo caso, ¿qué entendía con esta frase misteriosa y desmentida por la realidad de los hechos?

El que el «dicho» sea introducido por la fórmula tipicamente marciana «y añadió», indica ya, que la unión con lo anterior es bastante problemática. Por otra parte, la fórmula expresa una afirmación solemne.

Alguno resuelve este espinoso problema refiriéndose al episodio de la transfiguración, que sigue inmediatamente. De esta forma, los tres apóstoles privilegiados serían aquellos a quienes es concedido ver el reino en el esplendor de su fuerza, sólo seis dias más tarde.

Algún otro sostiene que no se trata de una palabra auténtica del Señor, sino de una formulación de la comunidad necesitada de consuelo en medio de las pruebas más atroces, que hacían disminuir la esperanza y crecer la impaciencia en muchos cristianos.

Existen aún otras soluciones más convincentes. Cito algunas que me parecen especialmente significativas.

J. Radermakers: «Desde aquí y ahora el hombre se juega el destino: toda acción tiene un valor decisivo para el reino y en la sucesión histórica de los compromisos de cada uno, se realiza la venida del hijo del hombre en la gloria del Padre. Adherirse a Cristo significa, por tanto, estar seguros de no gustar la muerte sin haber visto que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza. No es una promesa de huida de la muerte física, sino una certeza dada al discipulo que se compromete a seguir al Maestro: la certeza de compartir desde ahora su sufrimiento y su muerte y de esperar de forma decisiva la fuerza de su resurrección».

R. Fabris: «Antes de nada hay que considerar la honestidad de la tradición evangélica, que ha conservado una sentencia de Jesús a pesar de su obscuridad y la contradicción con la experiencia histórica. Segundo, el lenguaje usado es típico de la tradición profética y apocalíptica, por tanto, la interpretación tiene que tener en cuenta aquella perspectiva y mentalidad. Cuando los profetas quieren poner en evidencia la seriedad de la respuesta humana a la llamada de Dios o la certeza de la intervención divina, sobreponen las perspectivas de tiempo y espacio: Dios está aquí ahora.

«...En la sentencia de Jesús el acento está puesto en la seriedad o urgencia de la decisión y en el contraste entre el reino de Dios, que se revela de forma oscura y embrional en los signos, gestos y palabras de Jesús y su manifestación definitiva. La colocación que Mc ha dado a esta sentencia en el centro de su evangelio, después de la revelación histórica del proyecto de Jesús que culmina en su muerte y resurrección, nos invita a no congelar el reino de Dios en un venerable pasado de recuerdos, ni a alejarlo en un evanescente y fantástico porvenir, sino a tenerlo presente para dejarse plasmar por su fuerza crítica y estimulante. En el presente de la vida de sus discípulos, el hijo del hombre continúa su destino de muerte y resurrección; y en el presente histórico de la comunidad, el reino con fuerza determina la seriedad del compromiso y de la decisión».

E. Schweizer: «Para nosotros la dificultad viene dada por el hecho de que las cosas no han sido asi, pero quien tiene una confianza viva en la intervención de Dios no puede rechazarlo en una lejanía infinita, como si no fuese algo para tomarse en serio. Por esta razón también los profetas han visto siempre el día del Señor en el futuro inmediato y en estrecha relación con los acontecimientos de la historia contemporánea, un poco como nosotros, mirando desde un punto panorámico, vemos las cadenas de montes, que con frecuencia distan muchos kilómetros una de otra, como si estuvieran todas adosadas una a la otra. Jesús no habla con la perspectiva de 9, 1, sino que enseñaba que el acontecimiento *futuro* se decide *ahora*, cuando la palabra de Jesús llega al hombre (8, 38). El sentido de 9, 1 es el mismo: el hombre no debe engañarse respecto a la cercania inminente de Dios. La forma del enunciado, sin embargo, que responde a la mentalidad de la época, no puede ser lo mismo que en nuestro tiempo».

Finalmente, me parece muy bella esta página de G. Dehn: «Hay que luchar con esta afirmación hasta que honestamente se llegue a esta alternativa: o poner a Jesús entre la fila de sus compatriotas, con las ideas de su tiempo, que para nosotros son completamente extrañas, o ver en estas palabras la clave misma del evangelio. Precisamente el acento puesto en la proximidad del retorno nos indica de qué se trata. De esto: Jeśus no es el punto culminante de un desarrollo humano-historico, ni siquiera el punto de llegada de un lejano futuro hacia el que la humanidad se esforzaría progresivamente, sino más bien el cambio, el fin de cada cosa, el principio radicalmente nuevo que viene de Dios. Si hubiera dejado su retorno para un futuro lejano, esto no habría significado para la cristiandad antigua nada más que lo que significa habitualmente para la mayor parte de nosotros: la última conclusión que corona un gran desarrollo religioso, es decir, en el fondo, el espiritu humano llegado a la posesión interior de si mismo. Pero este no es el sentido del mensaje evangélico, que no

quiere elevar al hombre sobre la cima de su conciencia religiosa, sino hacerlo descender de esa cima para ponerlo sólo ante la gracia de Dios. Nada nos haría comprender mejor este pensamiento que el anuncio de la venida de Dios, inminente, no situada en un futuro lejano, sino preparada en cada instante para abolir el mundo de los hombres tanto en lo que tiene de bueno y grande como en su maldad y en su pequeñez, para crear uno nuevo».

## PROVOCACIONES

1. «Después llamó a la gente...» Lo sé, muchos no saben dónde colocar a esta gente. Dicen que no cabe, que no entra. Está fuera de lugar.

Estoy convencido, en cambio, de que la gente aquí es necesaria. Por dos motivos.

En primer lugar, como testigo.

Los discípulos, además de estar comprometidos con Jesús, lo están con la gente. Debe ser revelado a todos el misterio de su misión.

Todos deben saber qué es lo que comporta, en cuanto a conducta, a comportamientos prácticos, seguir al Maestro.

Es justo que todos tengan a mano los elementos para juzgar quién es discípulo y quién aparenta serlo. Para distinguir quién tiene el nombre de Jesús en los labios de quien tiene la cruz sobre la espalda.

Todos son informados de que cualquier otro camino, fuera del recorrido por Jesús, es un camino abusivo, equivocado.

Así, el ser discípulo significa quedar expuesto al juicio y al reconocimiento de la gente, además de el del Maestro.

El desertor, gracias a estas informaciones, puede ser descubierto en todo momento, a pesar de los disfraces y los documentos en regla.

Cualquiera, a partir de ahora, tiene capacidad para acertar si uno sigue a Jesús o sólo va de paseo, si está de su parte o sigue sus intereses, si uno lo confiesa o no tiene nada que ver con él.

Dime a dónde vas y te diré quién eres.

Discípulo, el condenado a la libertad de un solo camino...

Pero la gente no es sólo la que está allí. Se pueden ver las innumerables personas a las que, en todos los tiempos, continúa dirigiéndose la invitación de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí...».

Yo también soy uno de aquella gente. También yo estoy «convocado», hoy. Llamado a tomar una decisión clara, hoy. Invitado, sobre todo, a valorar las consecuencias de mi gesto, sabedor de que este es un momento «irreparable» que lleva lejos.

Quizá esperase que él me sacase fuera, a la fuerza, me echase a la espalda aquel palo transversal.

En cambio, él continúa repitiendo: «Si alguno *quiere...*» Por eso me siento terriblemente molesto. Si él quisiera por mí, en mi puesto, no pondria tantas dificultades.

Siempre estamos desprevenidos para una propuesta, cogidos de improviso ante una invitación.

Ante alguien que no se impone por la fuerza, sino que respeta la libertad, no se sabe nunca qué hacer. Siempre se llega con retraso.

Mucho más si aquel no pretende algo para él, sino para ti. Esto complica endiabladamente las cosas.

2. A pesar de todo creo que sé por qué dudo tanto en salir de entre la gente.

Jesús ha pronunciado cinco «máximas». Y yo espero la sexta, menos comprometida, más tranquilizante.

Ha indicado un camino. Pero yo espero que tenga uno de reserva para mí, destinado a los que tienen miedo de no ser capaces; un atajo que evite el punto escabroso, aquel «paso» peligroso, aquel encuentro desagradable.

En definitiva, una especie de examen de suficiencia —con menos exigencias— para discípulos no muy dotados.

Este es otro modo de perder la vida, de dejar escapar la ocasión favorable el esperar que él mitigue las propias exigencias, cierre los ojos ante uno que no respeta las reglas del juego y evita el itinerario obligatorio.

Pero el que dice «si alguno quiere», es por desgracia el mismo que dice «puedes».

Si no se mueve, si continúa únicamente «llamando» y esperando, es por que sabe que «puedo». Y esto es lo que me molesta. Esto es lo que no quiero.

¡Qué diferencia con muchos hombres que tienen poder! Estos, desde el momento que tienen el poder, *quieren*. Diré que tienen solamente el poder de querer: de mí y a mí. Yo después, *debo querer*. Porque ellos quieren.

Jesús, en cambio, da la vuelta a las cosas. Debo ser yo el que quiere. «Si alguno quiere...». El poder queda en él. Pero es un poder-debilidad porque está inscrito en una lógica de amor y condicionado por mi decisión libre. En el sentido de que *si* yo quiero (y sólo si yo quiero) el poder —en el sentido de posibilidad— me lo ofrece él, me lo pone él a disposición.

No quiere por mí.

Pero está dispuesto a *poder* por mi y conmigo.

Lo contrario. Los hombres ponen el querer y pretenden de mí el poder.

Jesús pone el poder y espera de mí el querer.

Algo insoportable para quien busca siempre excusas para dispensarse del hacer.

Solamente que en el primer caso yo puedo tener todas las razones.

Mientras que con Jesús quedan abolidas las exigencias.

Quedándome perdido entre la gente puedo cultivar una vocación sin compromiso.

Con Jesús, por desgracia, estoy llamado a responder, gozosamente, a la invitación.

3. No. No me prohibe realizarme, no me impide afirmarme.

Sólo que la realización pasa a través de la renuncia, la afirmación a través de la negación de mí mismo.

Debo tener una personalidad, sin duda. Pero es la que recibo de él, en él.

Ciertamente, debo vivir en plenitud. Pero antes he de morir al vacío.

Jesús no me impide, de hecho, que me abra camino.

Sólo que el camino debo hacérmele con la cruz, no con otros medios.

4. «Pues quien se avergüenze de mi y de mis palabras...».

Me parece que Jesús no ha previsto la malicia de cierta gente, sea dicho con toda reverencia.

Hay individuos que de palabra no se avergüenzan para nada de él. Es más, tienen siempre su nombre en la boca.

En algunos casos, ese nombre les autoriza a dominar a los demás, a instrumentalizarlos, a hacerles chantage, a juzgarlos (en contradicción con el discurso de Jesús, que habla de ser juzgados por causa de él y no de autorizar a juzgar a los otros en nombre suyo...).

Existen personas que empiezan y acaban impecablemente un discurso en su nombre. Sólo que dentro introducen falsedades, maldades, palabras lejanas al evangelio.

Cristianos que se declaran como tales, que no soñarían en renegar jamás de Cristo, de palabra. Pero que sus comportamientos no tienen nada que ver con su enseñanza.

Astutos que utilizan su nombre para sacar más partido a sus negocios.

Todos estos no se avergüenzan de él.

Y son condenados precisamente porque no se avergüenzan.

Un poco de sonrojo, una duda en utilizar ese nombre, sería el principio de la salvación para ellos.

5. La solución del enigma de 9, 1 no puede confiarse a los estudiosos, éste no es su campo; sea dicho sin ofensa.

Cada uno de nosotros posee la clave del misterio.

Cada uno de nosotros, si es honesto, debe reconocer que Jesús ha visto con precisión, no se ha equivocado en sus cálculos, no ha tenido demasiada prisa.

Somos nosotros los que pecamos de excesiva lentitud.

El no está adelantado; sino que nosotros vamos con retraso.

Si el reino no está cercano, la culpa es nuestra que estamos lejos, lo tenemos distante.

Por parte de Cristo, el reino es siempre inminente, aquí, ahora. *Hoy* quiere ofrecernos la posibilidad de gustar su poder, de captar su esplendor, de experimentar la realidad.

Solamente que nosotros hemos establecido que será «después»...

(Y tenemos incluso la osadía de sostener que no ha visto con precisión, que ha exagerado, que no ha calculado bien las fechas. Es nuestro antiguo juego de juzgar como retrasos de Dios nuestras indecisiones, de retardar las citas decisivas y después lamentarnos porque no le vemos, de huir y después porfiar que él está lejano, ausente...).

6. Quizá solamente desde esta perspectiva se aclara definitivamente el significado de la curación del ciego de Betsaida.

«¿Ves algo?...» (Mc 8, 23).

Si somos capaces de «ver» la cruz, no hay duda, estamos totalmente curados.

Y podemos comenzar a caminar.

7. El aspecto paradójico de estos «dichos» no está en su contenido: cruz, perder la vida, comprometerse por Jesús, arriesgar la propia existencia por él.

La paradoja consiste en el hecho de que, según la manera de pensar de Dios, a todas estas realidades escandalosas según la mentalidad de los hombres *es necesario* darles un nombre: vida.

El discípulo es un condenado a la vida.

El que carga la cruz a sus espaldas es quien se dirige hacia la gloria, el poder.

El que entiende algo de esto es... cristiano.

## CONFRONTACIONES

### *Un dinamismo paradójico de salvación*

Incluso la psicología moderna reconoce que el dinamismo que conduce a la madurez y salva de la neurosis y descentramiento es una actitud oblativa. La vida retomada en la personalidad consciente y libre no es un bien que conservar para si, sino para dar. Pero sólo el compromiso y la solidaridad radical con Cristo y su tarea histórica, que se prolonga en la comunidad, hacen posible al hombre este dinamismo paradójico de salvación. No sólo le hacen posible sino que le ofrecen el modelo y la garantía histórica: Jesús, que se ha desprendido de sí, de su vida, la encuentra en plenitud en el esplendor de la resurrección. La misma ley y el mismo compromiso vale para el discípulo, que debe continuamente confrontar su fidelidad a Jesús y al evangelio con las persecuciones y las resistencias interiores (R. Fabris, *Il vangelo di Marco*, en *I vangeli*, Assisi 1978).

### *Un hombre sobre el que se ha hecho una cruz*

Se podría entender esa expresión de Jesús en sentido muy genérico, partiendo de la imagen de la cruz: la cruz es un madero al que se clava otro, el transversal. El seguidor de Jesús es por tanto un hombre sobre el que se ha hecho una cruz. El hombre, en su actitud natural, no es una cruz, es más bien una cuña, no es un hombre sobre el que se hace una cruz, sino un hombre que se expande, que busca penetrar en la masa para ganarse un puesto.

El seguidor de Jesús no puede tener nada en común con este tipo de hombre. Para él la orden de mando no es: afirmarse, sino sacrificarse. El «renuncia a si mismo». Como Pedro, al traicionar a Jesús, se obstina en su «yo no conozco a este hombre», así el seguidor no tiene ya nada que ver consigo mismo, no se conoce ya a sí mismo. Si se puede hablar así, es alguien que ha cambiado su orientación, que ha sufrido una conversión de 180 grados en su actitud interior: ha perdido lo que en la vida de los hombres es el centro de todo pensamiento, el propio yo no le interesa ya.

Pero no se malentienda la imagen del hombre sobre el que se ha hecho una cruz: no se convierte en un hombre anonadado, cerrado, destruido. Las concepciones budistas son extrañas al pensamiento bíblico. Seguir significa recibir el don de la vida eterna, que Dios promete a quien ha renunciado a sí mismo (G. Dehn, *Der Gottessohn. Eine Einfürung in das Evangelium des Markus*, Hamburg [6]1953).

*No cualquier cruz*

La cruz no es el mal y el destino penoso, sino el sufrimiento que resulta para nosotros únicamente del hecho de estar vinculados a Jesús. La cruz no es un sufrimiento fortuito, sino necesario. La cruz es un sufrimiento vinculado no a la existencia natural, sino al hecho de ser cristianos. La cruz, no es sólo y esencialmente sufrimiento, sino sufrir y ser rechazado; y, estrictamente, se trata de ser rechazado por amor a Jesucristo y no a causa de cualquier otra conducta o de cualquier otra confesión de fe. Un cristianismo que no tomaba en serio el seguimiento, que había hecho del evangelio sólo un consuelo barato de la fe, y para el que la existencia natural y la cristiana se entremezclaban indistintamente, debía entender la cruz como un mal cotidiano, como la miseria, y el miedo de nuestra vida natural. Olvidaba que la cruz siempre significa ser rechazado... (D. Bonhoeffer, *El precio de la Gracia,* Salamanca [3]1983).

*Está preparada, hay que llevarla*

Está preparada desde el principio, sólo falta llevarla. Pero nadie piense que debe buscarse una cruz cualquiera... dice Jesús; cada uno tiene preparada *su* cruz, que Dios le destina y prepara a su medida. Debe llevar la parte de sufrimiento y de repulsa que le ha sido prescrita. La medida es diferente para cada uno. Dios honra a éste con un gran sufrimiento, le concede la gracia del martirio; a otro no le permite que sea tentado por encima de sus fuerzas. Sin embargo, es la misma cruz. Es impuesta a todo cristiano *(Ibid.)*.

*Varias cruces*

Estará bien que la teología de la cruz aprenda a distinguir, conforme a lo que se dice de la cruz de Cristo, que murió por los impíos, entre las siguientes realidades:

1. Entre la cruz apostólica de la implantación de la obediencia a la fe en un mundo lleno de ídolos, demonios, fetiches y supersticiones.

2. Entre la cruz de los mártires, que testifican corporalmente ante los dominadores del mundo el señorío del Crucificado,

3. Entre el sufrimiento del amor a los abandonados, despreciados y traicionados,

4. Entre los «sufrimientos de este tiempo», el gemido de la criatura esclavizada, la tristeza apocalíptica de un mundo impío.

La teología de la cruz tiene que hacer estas distinciones, para descubrir y realizar las relaciones de un modo auténtico y lleno de esperanza en el sentido de la liberación escatológica del mundo. El cristiano se encuentra en el entretejido de estos cuatro sufrimientos distintos, teniendo que representar en ellos teórica y prácticamente el significado de la cruz de Cristo, si es que quiere responder adecuadamente a la cruz sobre el Gólgota en el horizonte del mundo (J. Moltmann, *El Dios crucificado*, Salamanca [2]1977).

# La Transfiguración

## 9, 2-10[1]

2. *Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan y subió con ellos solos a una montaña alta y apartada. Allí se transfiguró delante de ellos.*

3. *Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no es capaz de blanquearlos ningún batanero del mundo.*

4. *Se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús.*

5. *Intervino entonces Pedro y le dijo a Jesús: «Maestro[2] ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».*

6. *Estaban tan espantados que no sabía lo que decía.*

7. *Entonces se formó una nube que los cubrió con su sombra[3], y salió una voz de la nube; «Este es mi Hijo amado, escuchadlo».*

8. *De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.*

9. *Mientras bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos».*

10. *Ellos observaron esta recomendación[4], aunque discutían[5] qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».*

1. Cf. Mt 17, 1-9; Lc 9, 28-36.
2. Rabí, palabra hebrea. Un título que normalmente era dado a los maestros y, en general, a las personas que se imponían por su doctrina. Literalmente: «Mi gran (hombre)».
3. El texto utiliza el participio de presente, como si indicase el alargarse progresivo de la nube.
4. Literalmente: la palabra, es decir el hecho. Pero también se puede traducir de otra forma: se atuvieron a esta palabra, a esta disposición.
5. Buscando, es decir continuaban preguntándose e interrogándose.

### *En la montaña los instrumentos «enloquecen»*

Lo confieso. Esta vez los estudiosos me han desilusionado. Este episodio les resulta embarazoso, les aparta de sus perspectivas habituales. Se diría que se encuentran cansados, sin resuello para subir a este «monte alto». Y una vez que han llegado arriba, los instrumentos «enloquecen», no sirven para medir la luz y para registrar la voz.

No quisiera ser injusto con ellos. Pero tengo la impresión de que del episodio de la transfiguración pasarían de largo con gusto. Existen excepciones, naturalmente[6].

La lástima es que el Señor decide a causa de las exigencias de la propia misión y de sus discípulos y no parece preocuparse demasiado de las molestias causadas a quienes deberán comentar ciertos acontecimientos.

Les vemos discutir sobre la naturaleza del episodio: hecho real, alucinación, sugestión de los discípulos, visión parecida a la de Juana de Arco, leyenda, narración simbólica...

No vamos a examinar las distintas hipótesis. Me limitaré a una consideración elemental.

Toda interpretación que se proponga tiene necesidad, para sostenerse, de eliminar alguna parte de la narración que no está de acuerdo con la explicación aducida.

He intentado hacer un experimento sencillísimo: tachando, uno a uno, todos los elementos «inconciliables» con las distintas tesis, se descubre finalmente que de la narración se salvan solamente los nombres de Jesús, Pedro, Santiago y Juan, además de los de Moisés y Elías (pero estos últimos encuentran dificultades de colocación).

¿No sería mejor, entonces, aceptar sin tantas complicaciones, el hecho histórico que además tendría la ventaja de estar de acuerdo con todos los detalles de la narración?

Por supuesto no es necesario ser ningún experto para darse cuenta de que las palabras de Pedro, con su timbre de ingenuidad, se asemejan bastante a su temperamento y no se adaptarían a una narración en clave mitológica o simbólica (por otra parte, en caso de invención se esperaría el apelativo «Señor» y no «Maestro» como se encuentra en la narración de Marcos). Esa frase tan espontánea, tan «equivocada», tan fuera de lugar, como ciertamente el comentario no muy lisonjero que provoca («no sabía lo que decía»), se adaptan

6. Entre los distintos estudios, quisiera señalar: G. Habra, *La transfiguration selon les Pères grecs,* Paris 1973; M. M. Davy, *La lumière dans le christianisme*, en *Le thème de la lumière dans le Judaïsme, le Christianisme et l'Islam,* Berg International; X. L. Dufour, *Etudes d'Evangile,* 83 s; G. Becquet, *Lecture d'Evangiles, année B,* 183 s; R. Bernard, *Le mystère de Jésus,* I, 529 s.

perfectamente sólo a un episodio acaecido realmente y que es narrado tal como ha sucedido.

Incluso la duda, propuesta por alguno, de que se trata de una aparición pascual, «anticipada» aqui por Mc por razones teológicas, se deshoja en distintas lecturas de los textos. En aquellas apariciones, de hecho Jesús ocupa totalmente la escena en el papel de protagonista, en el sentido de que es él quien interviene, habla, explica, pregunta, actúa. Aqui en cambio no actúa (el verbo es significativamente pasivo), sólo habla después que ha pasado todo, no existe ningún anuncio de la pasión, muerte y resurrección.

Finalmente, los hay que niegan la autenticidad de esta página resaltando que la narración evangélica sufre aquí una brusca interrupción. Cualquiera de nosotros puede darse cuenta de que si se parte del v. 9, 1 se comprueba inmediatamente que la narración se desenvuelve con mayor continuidad uniendo a este versículo la pregunta sobre la venida de Elias (9, 11) y saltando por tanto la transfiguración. Por lo que efectivamente el episodio interrumpe el hilo lógico de la narración.

El hecho es que el episodio reivindica la caracteristica esencial de «interrupción». Sólo se le puede explicar en este sentido.

## *La transfiguración como interrupción*

Bastará con una aproximación. Después de la vuelta de los doce, Jesús dice: «Venid *vosotros solos* a un sitio tranquilo y descansad un poco...» (6, 31).

Aqui tenemos: «... subió con *ellos solos* a una montaña alta y apartada» (9, 2).

Quizá no es casual la coincidencia entre el «vosotros solos a un sitio tranquilo...» y este «ellos solos a una montaña alta y apartada».

El motivo puede ser el mismo: el cansancio y la consiguiente necesidad de descanso.

En el primer caso es el cansancio fisico después de la misión apostólica. Aquí es otro cansancio, al que podemos dar el nombre de desilusión, abatimiento, desconcierto, incertidumbre. Jesús ha hablado con extrema claridad de la propia pasión y muerte, ha subrayado sin medias tintas la exigencia para los discípulos de recorrer el mismo itinerario doloroso.

El choque provocado por aquel anuncio debió ser fuerte y no había sido aún asumido. Los apóstoles tienen necesidad de «rehacerse», reanimarse, recobrar fuerza y coraje, de ser capaces de un «sí» después de este cambio imprevisto. Asi también en esta circunstancia, como en la anterior, el descanso se da en torno al Maestro.

Que se trata de un reposo benéfico y agradable en todos los sentidos, lo demuestra Pedro, que querría prolongarlo quién sabe por cuanto tiempo.

Por tanto, interrupción-pausa en vista de un largo itinerario.

En este sentido se puede también interpretar la presencia de Moisés y Elias, dos personajes que han tenido una experiencia excepcionalmente intima de la divinidad en momentos dramáticos, de cansancio, incluso de crisis, de su misión.

Interrupción pero también *inicio*. El anuncio explicito de la pasión señala, como hemos dicho, un cambio decisivo en el ministerio de Jesús, asi como en el seguimiento de sus discipulos.

Al comienzo de la primera fase se coloca el bautismo. Aquí la transfiguración. Dos manifestaciones epifánicas.

Los puntos comunes entre los dos episodios son numerosos. Sobre todo hay un elemento central: la voz-relación. El Padre es siempre quien acredita a Jesús como Hijo, *el amado (agapetos)* y quien garantiza, por tanto, su misión divina. La única diferencia es que se pasa de la segunda persona («tú eres mi Hijo») a la tercera («éste es mi Hijo»). En el bautismo la revelación se diria que está destinada esencialmente a Jesús. Aqui es, sobre todo, para los discipulos, que tienen necesidad de ser «confirmados» para seguir al Maestro a lo largo de ese camino extraño a su mentalidad y a sus perspectivas, que habia sido indicado hacia poco.

Muy bonito es el comentario de X. L. Dufour: «Es Dios quien responde al anuncio de la pasión que Jesús ha hecho un poco antes. Con ocasión del bautismo Dios habia declarado que Jesús, presentado ante Juan Bautista como cualquier otro pecador israelita, era auténticamente el propio hijo predilecto. En la transfiguración, a los discípulos que habian comprendido hacía poco cómo Jesús se atribuia el destino del siervo sufriente, Dios les confirma que es realmente su propio hijo».

Otro paralelismo digno de tener en cuenta. El episodio del bautismo va seguido del de la tentación por parte del diablo en el desierto. Después de la narración de la transfiguración, tenemos el episodio del muchacho epiléptico *poseído por un espíritu mudo*. En ambos casos, después de la teofanía, Jesús afronta las fuerzas del mal.

### *Las precisiones sirven para... esconder el misterio*

Mc introduce el episodio con dos precisiones, una cronológica, otra de carácter geográfico. Pero esto no satisface nuestra curiosidad, al contrario.

«Seis días después...» Es el único dato exacto dado por Mc en todo su evangelio, si exceptuamos el relato de la pasión. Pero esto no nos ayuda mucho:

Seis días después de qué. ¿Hay que partir de la proclamación de Pedro o más bien del anuncio de la pasión y resurrección?

Personalmente creo más probable esta segunda hipótesis, especialmente si se considera el versículo 8, 31 como el núcleo esencial del evangelio de Mc [7].

Tampoco la «montaña alta» es fácilmente identificable. La tradición sucesivamente —a partir sobre todo del siglo IV— ha creído reconocerla en el Tabor, que se encuentra en Galilea hacia el suroeste del lago, una colina que no supera los seiscientos metros, pero que ofrece una panorámica excepcional, desde la que se domina la llanura del Esdrelón. Observa R. Schnackenburg, que debe sentir debilidad por este lugar: «El monte, que se alza sugestivo desde una vasta altiplanicie (562 metros), da verdaderamente la sensación, a quienes lo suben, de llevarles hacia lo alto, fuera de las bajezas y del bullicio de la vida, cercanos al cielo, en un clima de soledad, de luminosidad y de espacio, muy adaptado para una semejante revelación del mundo celeste».

El único inconveniente que se presentaba en tiempos de Jesús, eran las fortificaciones militares. A pesar de todo no debia ser muy difícil encontrar arriba un lugar apartado.

Otros, en cambio, proponen el Hermón, no lejos de Cesarea de Filipo, por el hecho de que no se dice explícitamente que Jesús haya vuelto a Galilea. Este monte tendría la ventaja de una altura considerable, que se acerca a los tres mil metros. Pero la referencia a la presencia de los escribas (improbable en aquella región prevalentemente pagana) en el episodio inmediatamente después de la bajada del monte, hace tambalear un poco esta hipótesis.

Quizá el silencio de los evangelistas es consciente y tiene su significado. También la indeterminación del lugar sirve para conservar la característica de misterio que es peculiar de este episodio.

El único hecho cierto es que no es la colina sobre la que está construida Jerusalén. Dios ha rechazado el monte Sión, que hasta entonces había sido el lugar privilegiado de la presencia de Yahvé en medio de su pueblo.

Los tres discipulos son los mismos que serán testigos «adormilados» de la agonia de Jesús, en Getsemani, epifanía de la humillación del hijo del hombre. También habían asistido a la resurrección de la hija de Jairo. «Siempre que aparecen como comparsa en estas escenas

7. Algunos ven una referencia a los «seis días» de espera que pasó Moisés antes de la revelación en el Sinaí.

es porque se da siempre una revelación importante y secreta concerniente a la persona de Jesús. En estos tres pasajes se trata siempre de cuestiones de pasión y muerte» (G. Becquet).

## *Los elementos de la teofania*

Es evidente que la tradición primitiva, reviviendo el hecho histórico vivido por Pedro, Santiago y Juan, un hecho que para la iglesia de los primeros siglos adquiria un significado del todo particular, y debiéndolo conservar, no ha podido por menos de contarlo sirviéndose del esquema clásico ofrecido por las teofanias y por las revelaciones apocalipticas.

He aqui los distintos elementos, característicos de este tipo de relatos:

— montaña (lugar privilegiado del encuentro con Dios, punto de contacto entre el cielo y la tierra)
— gloria
— presencia de personajes-testigos, como garantizadores de la verdad de la revelación
— nube luminosa
— temor sagrado
— palabra reveladora.

Veámoslos más detalladamente.

El prodigio es expresado con el característico verbo pasivo «se transfiguró» (v. 2). La expresión significa, literalmente, cambio de forma, de semblante. Indica, por tanto, que Jesús aparece bajo un aspecto diverso del habitual.

Pero es algo más que una irradiación de luz, como podia ser el caso de Moisés cuando bajó del monte con el rostro radiante. Jesús no refleja simplemente un rayo de la luz divina. Revela, más bien, su ser profundo, la propia naturaleza divina.

«Decir que Jesús se ha transfigurado significa expresar su vida íntima; la realidad profunda de lo que se transparenta a través de su humanidad» (G. Becquet).

La gloria de Jesús es expresada mediante el candor deslumbrante de los vestidos [8]. Mc no hace referencia a la cara.

El detalle «como no es capaz de blanquearlos ningún batanero del mundo» (v. 3) quiere subrayar que esta luminosidad es de origen celeste. «Penetrando hasta los vestidos, esta gloria significa que la carne de Jesús es su vestido», como en el paraíso, antes de la caida (X. L. Dufour).

8. E. Haulotte, *Symbolique du vêtement selon la Bible*, 200.

Estamos ante el fulgor de las realidades celestes. La gloria pertenece únicamente a Dios porque él solo es santo.

Algunos ven también un signo de las dos naturalezas asumidas por la persona del hijo de Dios: «Hoy, sobre la montaña, el que se habia revestido de estas miserables y tristes túnicas de piel, se ha puesto un vestido divino, "la luz le envuelve como un manto" (Sal 103, 2)» (san Anastasio el Sinaíta).

Jesús aparece como el «Señor de la gloria» (1 Tim 3, 16).

Esteban podrá contemplarlo así durante el propio martirio y Saulo será deslumbrado en el camino de Damasco.

Pero de esta gloria pueden también participar los creyentes, llamados a «revestirse de Cristo» (Gál 3, 27).

Se realiza ya en esta tierra la profecía descrita por el Libro de Enoc para el juicio universal: «Y el Señor de los espíritus vendrá a habitar en medio de ellos. Y comerán, se sentarán y tendrán un sitio con este hijo del hombre. Y los justos y los elegidos serán levantados de su postración en tierra y serán *revestidos con el vestido de gloria*. Porque así será su vestido: el *vestido de vida* del Señor de los espiritus. Y su vestido no envejecerá y su gloria no pasará ante el Señor de los espíritus» (62, 14-16).

El blanco será también el color de los salvados. «Es el color de los seres transfigurados, de los santos que, purificados de su pecado, blanqueados con la sangre del cordero, participan del ser glorioso de Dios. Ellos forman la "blanca escolta" del vencedor, multitud inmensa y triunfante que exterioriza su alegría en una eterna fiesta de luz: el cordero se une a la esposa revestida de "lino de un candor esplendoroso"».

La liturgia ha adoptado siempre el lino blanco como vestido e impone una vestidura blanca al neobautizado que, por medio de la gracia, participa en la gloria del estado celeste con la inocencia y la alegría que eso implica [9].

Las figuras de Moisés y Elias aparecen aqui, no solamente porque estos dos personajes han subido a la montaña santa de la revelación (Horeb o Sinaí) y ni siquiera porque, según la literatura biblica, eran esperados para el final de los tiempos. Sino que, a mi juicio, estas dos figuras sirven para concentrar mayormente la atención sobre el personaje principal. Jesús es la realización de las promesas de Dios, el compendio de la Ley, la actuación de las profecias. El plan de Dios encuentra en él su cumplimiento.

La «conversación» entre ellos quizá nos indique la continuidad del designio divino, el paso de la antigua a la nueva alianza. La arquitectura del plan divino de salvación encuentra aquí su perfecta unidad.

9. *Dizionario di teologia biblica*, 118.

«Las dos grandes figuras del Antiguo Testamento se inclinan ante el hijo del hombre; la ley y las profecías rinden homenaje al evangelio» (Loisy).

*Pedro proyectista*

La frase-planchazo de Pedro «Maestro, ¡qué bien se está aquí!», hay que entenderla sobre todo en el sentido literal según se desprende del texto original: *es bueno que nosotros estemos aquí.* Es decir, afirma la utilidad de su presencia junto a la de los tres compañeros para poder alzar tres tiendas. En definitiva, sería una propuesta totalmente natural, de hospitalidad.

Junto a esto, también es evidente un sentido de plenitud y de felicidad que quisiera prolongar. Es el deseo de «eternizar un momento privilegiado» (X. L. Dufour).

La tienda es entendida frecuentemente como habitación de la divinidad (Ex 26, 7).

Podemos pensar en la intención de David de construir a Dios una vivienda semejante a la propia casa.

Hay algunos que vislumbran una referencia a la fiesta de los tabernáculos o de las cabañas. Era la fiesta por excelencia de los hebreos y duraba siete días. Al principio era una celebración agrícola, que más tarde se transformó incluyendo el recuerdo de un acontecimiento salvífico (la estancia «bajo las tiendas» durante el éxodo). Se celebraba al comienzo del otoño. Cada familia dejaba la propia casa e iba a habitar en cabañas hechas con ramas entrecruzadas y no bajo las tiendas [10].

Se daba también una interpretación sugestiva en clave mística de esta permanencia familiar bajo las cabañas: «Desde el momento en que el hombre va a residir en esta morada, la Shekinah (es decir, la presencia de Dios) extiende las propias alas sobre la cabaña y se instala allí en compañía de siete personajes bíblicos: Abraham, Isaac, Jacob, patriarcas, José el justo, Moisés el profeta, Aarón el sacerdote y el rey David. Cada tarde el fiel invita a uno, comenzando por Abraham y terminando en David. Estas almas santas le acompañan por turno durante los siete días que dura la fiesta. La cabaña reviste de este modo el aspecto de "templo de la espiritualidad"» [11].

«No sabía lo que decía...». En otras palabras, lo que sucedía ante sus ojos era incomprensible para él.

10. Cf. sobre el tema, *Encyclopédie de la mystique juive,* Berg International, col. 1387-1388; A. Segre, *Sukkot,* Unione delle Comunità Israelitiche Italiane, Roma.
11. Zohar III, 103b, 104 a.

Pedro intervino sin que nadie le hubiera dirigido la palabra.

En cierto modo Mc excusa su salida intempestiva mezclando también a los demás: «estaban tan espantados». Es el terror que atenaza al hombre ante las manifestaciones de lo divino.

La expresión es semejante a la que se empleará con ocasión de la agonía en el Getsemaní: «y no sabían qué contestarle» (14, 40) Y repite un motivo muy grato a Mc: la incompresión de los discípulos.

«Las dos escenas están emparentadas: los mismos testigos privilegiados, el mismo estupor ante la gloria y ante la humillación de Jesús. En los dos casos los discípulos están en presencia de un misterio incomprensible» (X. L. Dufour).

En vez de tiendas, hechas por mano del hombre, está la nube —obscura y luminosa— que, como en el éxodo, manifiesta la presencia de Dios en medio de su pueblo, la indica y la esconde al mismo tiempo.

«Se formó una nube que los cubrió con su sombra». Una especie de respuesta divina a la ingenua propuesta de Pedro. También los tres discípulos fueron «envueltos» por la nube, es decir fueron implicados en el acontecimiento.

Quizá la nube sirve aquí también para esconder parcialmente, una especie de pantalla protectora (un poco como la mano de Dios que cubre el rostro de Moisés en la cavidad de la roca), porque los ojos humanos no pueden soportar toda aquella luz.

«Y salió una voz de la nube: "Este es mi Hijo amado, escuchadlo"» (v. 7).

La palabra celeste constituye el punto culminante de todo el acontecimiento. Además de renovar el reconocimiento divino del propio Hijo —como en el bautismo—, se inserta un elemento nuevo: «escuchadlo».

Se realiza aquí el anuncio profético: «Un profeta de los tuyos, de tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios; a él le escucharéis» (Dt 18, 15).

Dios en persona ofrece la propia garantía a los representantes de los discípulos: Jesús, su hijo, el amado, es el profeta que deben escuchar (escucha-obediencia). Deben tomar en serio sus palabras, incluso cuando habla de sufrimiento. Deben seguirlo en un camino que a través de la cruz, conduce a la gloria.

Quizá en este momento Pedro comienza a comprender el absurdo de su palabra que quería disuadir a Jesús de comenzar aquel itinerario doloroso.

«De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos» (v. 8).

Miraban alrededor porque probablemente esperaban aún alguna otra manifestación excepcional. Pero volviendo a mirar a Jesús le encontraron «solo», no ya triunfante sino en su aspecto ordinario.

El velo que —como nota V. Taylor— está siempre extendido sobre la persona de Jesús, ha sido arrancado por Dios. Por un momento los apóstoles han vislumbrado el secreto de su grandeza. Ahora el velo vuelve a correrse.

La peregrinación continúa. Pero a partir de ahora el camino será iluminado por este rayo de luz que han captado en el monte.

Hay que bajar. Quizá sea más costoso que subir.

Todo continúa como antes. Ellos continúan no comprendiendo («discutian qué querria decir aquello de "resucitar de entre los muertos"»).

Sin embargo, aquel rayo, unido a la luz que recibirán después de pascua, constituirá un elemento importante de la curación de su ceguera y les ayudará a familiarizarse siempre más con el misterio.

Las realidades dolorosas no son en ningún modo eliminadas, más bien confirmadas. Sin embargo, no podrán ya ser separadas de aquella luz.

Los apóstoles, sobre todo, se dan cuenta de que la experiencia hecha, a pesar de ser algo decisivo, no podrá jamás considerarse terminada.

## PROVOCACIONES

1. No hay comparación. Mejor sin duda las páginas de san Juan de la Cruz que las de algunos estudiosos. Los místicos se encuentran mucho más a su aire en el monte de la transfiguración que los estudiosos. Sus balbuceos resultan mucho más convincentes que las doctas y complicadas explicaciones de los expertos.

Sobre el Tabor los contemplativos están en su ambiente familiar. Los exegetas, en cambio, se mueven con dificultad y no ven la hora de cerrar esta divagación entre las nubes.

El motivo me parece bastante evidente.

El estudioso parte del propio cerebro para penetrar e iluminar el misterio.

El místico parte del misterio para ayudar y esclarecer la propia inteligencia.

Por eso el primero ante el misterio se encuentra la obscuridad.

Mientras el segundo se siente aturdido, fuera de sí, pero con un exceso de luz.

El doctor se lamenta porque no se entiende nada y por eso se esfuerza por explicar, discutir, analizar, clarificar, sistematizar.

El contemplativo normalmente calla, porque lo que vive no es expresable en palabras.

2. Extraño destino el de Pedro «proyectista». Se diría que no da una.

Traza para Jesús un camino «distinto», no siendo capaz de captar que el camino está ya trazado anticipadamente por Dios.

Propone la instalación de tres tiendas, sin darse cuenta de que la nube está más adaptada para este fin.

Interpreta la señal como una señal de reposo (y quiere organizarse en tal sentido) mientras ésta constituye una señal de partida, una invitación a caminar (mientras él no está preparado).

No tenemos que escandalizarnos si aqui se añade otro rasgo caracteristico del discípulo: además de ser «alguien que no entiende» es también «uno que no sabe lo que dice».

No. No es cuestión de humillar al discípulo. Sencillamente se trata de precisar y corregir continuamente su posición respecto del Maestro.

«Escuchadlo».

Auténtico discípulo es el que sabe lo que dice el Maestro.

3. El rabi Judah solía explicar: «La luz que el Santo Bendito creó el primer día debería servir al hombre para contemplar el mundo de un extremo al otro. Pero el Santo Bendito vio la generación del diluvio y la generación de la torre de Babel, cuya conducta era degenerada; entonces decidió esconderla y reservarla a los justos para el mundo futuro».

Señor, no pertenezco a la generación del diluvio.

Pero tampoco tengo la pretensión de estar en la categoría de los justos.

En cuanto a la torre de Babel hace tiempo que renuncié a ese proyecto.

¿Podrías darme una pequeña cantidad de esa luz que tienes escondida e inutilizada? Me sobra con poca. Una luz suficiente para desenvolverme en la confusión de mi vida.

En el mundo futuro pienso que habrá suficiente luz. En el presente tenemos en cambio una terrible escasez.

Señor, reconocer que se está en la obscuridad ¿es ya un don de luz?

4. El equívoco de Pedro quizá tenga un nombre: separación.

El cree que la luz elimina completamente las tinieblas (pasión, humillación, muerte, sufrimiento). Y piensa que la obscuridad no tiene ninguna relación con la luz.

En definitiva entiende la propia existencia en términos o de luz o de obscuridad.

El episodio de la transfiguración sirve para hacerle comprender que la luz no elimina definitivamente las tinieblas. Aquella luz le ha sido regalada más bien para que sea capaz de caminar en la obscuridad.

¿Seré capaz de convencerme de que el cristiano debe llegar a la luz sin pretender evitar la obscuridad? ¿Que la luz es un punto de llegada, no un confort habitual? ¿Que debo recurrir a ella con mucha frecuencia no para estancarme, sino para salir y afrontar el mundo de la sombra y caminar en la esperanza de encontrarla?

Señor, haz que un rayo me baste para vivir sin miedo la noche interminable.

Que la memoria del acontecimiento sea suficiente para guiarme hacia el futuro, sin dudar.

5. Es curioso cómo el hombre se preocupa siempre de construir una casa a Dios que, en cambio, ha descendido sobre la tierra precisamente para habitar en la casa del hombre.

Mucha gente religiosa, cuando quiere honrar a Dios, cuando cree agradarle, no encuentra nada mejor que construirle una iglesia. No se les pasa por la imaginación que él quiere instalarse en nuestra casa, en nuestra vida, en el centro de nuestros «trabajos» cotidianos.

«Dios tiene necesidad de metros cuadrados» se leía en un anuncio publicitario, aparecido en los periódicos para la construcción de nuevas iglesias.

Es probable que se contente con menos y, al mismo tiempo, exija mucho más. El corazón del hombre es el «lugar» preferido por Dios. Y no es cuestión de ladrillos ni de metros cuadrados.

«No encontraron sitio en la posada» (Lc 2, 7). Hay gente que evidentemente se siente aún culpable de aquella descortesía y quisiera compensar.

Pero Jesús en este momento no acepta ya posada. La hospitalidad que pretende es la doméstica.

El proyecto de la tienda quizá responde al deseo inconsciente de tener a Dios a distancia, circunscribir su presencia en lugares y tiempos bien definidos.

Pero él no sigue nuestro juego. Con la encarnación ha elegido otro juego, que es más bien serio, el de nuestra realidad de todos los días.

Me decía un cura viejo: «Créeme, el misterio más difícil de digerir no es el de la Trinidad —no cuesta nada—, sino la encarnación. Comprende, quien acepta tener un Dios siempre entre manos...».

Probablemente tenía razón.

Demasiados cristianos prefieren ir a buscar a Dios en su casa, más bien que dejarse encontrar por él en la propia habitación miserable.

Prefieren permanecer de rodillas por un cierto tiempo y después, una vez que se han levantado, hacer su vida sin el riesgo de encontrárselo cerca a cada momento.

Ciertamente, un Dios bajo la tienda no se interfiere ni estorba a nadie.

Permanecer con Dios en la montaña puede ser bonito.

La pena es que él desciende rápido. Nos lleva al asfalto, al olor de los tubos de escape, a la multitud que te pisa.

Y en medio de esa confusión, te lanza alli una propuesta: «Me gusta estar aquí» (o «es bueno que yo esté aqui contigo»). «Si quieres, entro bajo tu tienda...».

El sabe lo que dice...

Quizá por esto me molesta.

## CONFRONTACIONES

### *Las dos caras del misterio*

Tanto se trate del destino ejemplar del Maestro o de la suerte de los discipulos, el misterio es presentado con sus dos caras, tenebrosa y gloriosa.

Siempre los discipulos chocan contra la cara tenebrosa de la revelación y siempre Jesús permanece inflexible y asocia al propio destino, presente y futuro, a quien quiera seguirle. La situación está haciéndose trágica. La subida a Jerusalén que para Jesús es indisolublemente una marcha hacia la gloria, es a los ojos de los discípulos un camino hacia la muerte. Lo que Jesús sabe en el secreto de su comunión con el Padre, los discípulos no llegan a comprenderlo. A pesar de todo lo que Jesús ha dicho y hecho en su presencia, ellos permanecen cerrados al designio de Dios, chocan contra el muro del sufrimiento y de la muerte, incapaces de superarlo para encontrar a Dios...

¿Cómo eliminar el escándalo? Manifestando el modo como superarlo: el único camino que Jesús abre a sus discipulos; al mismo tiempo proclama tanto la humillación como la gloria que seguirá...

...Muerte y resurrección, humillación y gloria: Jesús no separa las dos caras del misterio de la salvación; sus profecías no disocian los dos acontecimientos que deberán suceder, tanto para él como para sus discípulos. Pero, antes de pascua y de pentecostés, hasta que Jesús no haya asumido el escándalo viviéndolo de una manera típica, hasta que no le haya sido donado el Espíritu Santo, esta enseñanza perma-

nece ineficaz; antes del dia que lo verá atravesar las tinieblas de la muerte y levantarse en la luz de la resurrección, Jesús no puede realmente quitar el escándalo.

El Padre, sin embargo, tiene la posibilidad de dejar entrever la respuesta y antes del acontecimiento pascual hacer que los tres discípulos privilegiados puedan contemplar, en el espacio de un instante fugaz, la gloria misma de su Hijo (X. L. Dufour, *Estudios del evangelio,* Barcelona 1969).

### *La transfiguración, una confirmación*

Podemos parangonar la transfiguración a lo que nosotros llamamos las «confirmaciones», momentos claros que a veces encontramos en el viaje de la fe, momentos gozosos dentro del cansancio cristiano. No son momentos que se encuentran automáticamente y en cualquier parte: hay que saber percibirles. Y, sobre todo, no hay que olvidar que su presencia es fugaz y provisional. El discipulo debe saber contentarse. Estas experiencias tienen que ser pocas y breves. Pedro deseaba eternizar aquella imprevista y clara visión, aquella gozosa experiencia. Es un deseo que manifiesta una incomprensión del acontecimiento, que no es el comienzo del definitivo, no es la meta, sino sólo un anticipo profético de ella. El camino del discípulo es aún el de la cruz. Dios ofrece una confirmación, unas arras: después hay que darle crédito sin límites (B. Maggioni, *El relato de Marcos,* Madrid 1982).

### *El discípulo no es un original*

La escucha es lo que define al discípulo. Su ambición no es la de ser original, sino la de ser esclavo de la verdad, en actitud de escucha.

De acuerdo con toda la concepción bíblica, la palabra de Dios que hay que escuchar no tiene sólo un aspecto *cognoscitivo,* vehículo de ideas y conocimientos (en este sentido revela el plan de Dios: quién es Dios, quién somos nosotros, cuál es el sentido de la historia en la que estamos insertos); sino también, como consecuencia, un aspecto *imperativo* (lo que tenemos que hacer, la regla a seguir, el punto de vista que hay que asumir ante nosotros y ante la historia); finalmente la palabra de Dios es una *fuerza,* una promesa fiel que logra, a pesar de todos los obstáculos, su objetivo. Comprendemos entonces cómo la escucha de la que se habla es el resultado de la obediencia, conversión y esperanza. Requiere no sólo inteligencia para comprender, sino coraje para decidirse: la palabra que escuchas es de hecho una palabra que te envuelve y te arranca de ti mismo *(Ibid.).*

*Dios deja los viejos métodos de enseñanza*

A todas las peticiones para salir del silencio con revelaciones particulares, Dios podría ahora responder: «Como te he dicho ya todo en mi palabra, que es mi Hijo, no tengo otra palabra que pueda revelarte algo más. Pon los ojos en él, porque en él te he dicho todo, te he revelado todo. Más aún, en él encontrarás todavia más de cuanto pides y deseas... Si te fijas bien en él, encontrarás todo, pues él es toda mi palabra y mi respuesta. El es toda mi visión y toda mi revelación; todo por tanto ya ha sido dicho, respondido, manifestado y revelado, cuando yo os lo he dado como hermano, compañero y maestro, precio de vuestro rescate y recompensa.

Desde el día en que bajé con mi Espiritu, en el monte Tabor diciendo: «Este es mi Hijo, el elegido, en el que me he complacido: *escuchadlo*», yo he dejado todos los antiguos métodos de enseñanza y de respuesta; le he dado todo a él: *escuchadlo,* porque yo no tengo otra fe que revelar ni otras cosas que manifestar. Si he hablado antes de que él viniera, era para prometeros a Cristo; y si me preguntaban, siempre afloraba la pregunta y la espectativa de Cristo, de ese Cristo en que se encontraria todo, como declara ahora la doctrina de los evangelios y de los apóstoles (R.L. Bruckberger, *La historia de Jesucristo,* Barcelona 1966).

*Te he regalado un rayo*

Te he regalado mi voz, después... un rayo.
Me he manifestado a ti en mi amor como un resplandor.
Después me he convertido en pequeña nube que parecía de fuego.
Viniendo de arriba y parándome sobre tu cabeza,
te otorgaba sólo contemplar esta apariencia.
Consumía la opacidad de tu carne, la obscuridad de tu cabeza...
se difundió un olor,
olor de carne quemada al fuego...

(Simeón el nuevo teólogo)

# Diálogo sobre Elías. Curación de un muchacho epiléptico

9, 11-29[1]

11. *Le preguntaron:*
*«¿Cómo es que dicen los escribas que*
*primero tiene que venir Elías?».*

12. *El les contestó:*
*«Elías vendrá primero y restablecerá todo»;*
*mas, ¿cómo está escrito del hijo del hombre*
*que tiene que padecer mucho y ser despreciado?*

13. *No, os digo que también Elías ha venido ya,*
*y han hecho con él cuanto han querido*[2]*,*
*como estaba escrito de él.*

14. *Al llegar adonde estaban los otros discípulos*
*vieron mucha gente alrededor*
*y a unos escribas discutiendo con ellos.*

15. *Toda la gente, al verle,*
*quedó sorprendida y corrieron a saludarlo.*

16. *El les preguntó:*
*«¿De qué discutís?».*

17. *De entre la gente le contestó uno:*
*«Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo;*

18. *Cada vez que lo agarra lo tira al suelo,*
*echa espumarajos, rechina los dientes y se queda tieso.*
*He pedido a tus discípulos que lo echen, y no han podido».*

19. *El les contestó:*
*«¡Gente sin fe! ¿Hasta cuándo tendré que estar entre vosotros?*
*¿Hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo*[3]*».*

1. Cf. Mt 17, 9-21; Lc 9, 37-43.
2. Lo han tratado como han querido.
3. Este imperativo, como observa G. Nolli, tiene casi un sentido concesivo, es decir constituye una respuesta a lo que querían: «está bien, traédmelo».

20. *Se lo llevaron. En cuanto el espíritu vio a Jesús,*
*agitó violentamente al muchacho*[4]*;*
*cayó por tierra y rodaba echando espumarajos.*

21. *Jesús preguntó al padre:*
*—«¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?».*
*Contestó:*
*—«Desde pequeño.*

22. *Y muchas veces lo ha tirado al fuego y al agua*[5]
*para acabar con él.*
*Si algo puedes, ten lástima de nosotros y ayúdanos»*[6].

23. *Jesús le replicó:*
*—«¡Ese "si puedes"! Todo es posible para el que tiene fe».*

24. *Entonces el padre del muchacho gritó:*
*«¡Creo, ayuda a mi poca fe!».*

25. *Jesús, al ver que acudía gente corriendo,*
*increpó al espíritu inmundo, diciéndole:*
*—«Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando:*
*sal de él y no vuelvas a entrar en él».*

26. *Entre gritos y violentas convulsiones salió.*
*El muchacho quedó como muerto,*
*de modo que la mayoría decía que estaba muerto.*

27. *Pero Jesús lo levantó, cogiéndolo de la mano,*
*y el muchacho se puso en pie*[7].

28. *Al entrar en casa sus discípulos le preguntaron aparte:*
*—«¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?».*

29. *El les respondió:*
*«Esta ralea con nada puede ser arrojada*
*sino con la oración y el ayuno».*

4. Literalmente: le retorció con violencia; le convulsionó.
5. Literalmente: a las aguas.
6. Literalmente: socórrenos, ten piedad de nosotros.
7. Literalmente: le despertó y le resucitó.

*Una corrección más*

Al bajar de la montaña los tres privilegiados han recibido la imposición del secreto. Esta vez el silencio afecta a lo que han visto y está limitado a un tiempo: «hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos».

Podemos preguntarnos por el motivo de esta orden. Lagrange dice que divulgando a los otros nueve el hecho de la transfiguración, sería aún más difícil el aceptar los sufrimientos del hijo del hombre. No es del todo convincente. Y mucho menos porque se podría tranquilamente, con otros motivos válidos, dar la vuelta a la argumentación. Será mejor dejar esta orden, junto con el acontecimiento, envueltos en el misterio.

Queda, de todas formas, una comprobación válida para todos: sólo a la luz de pascua es posible comprender en toda la profundidad, en su significado más completo, y por tanto «divulgar», el hecho de la transfiguración.

Los apóstoles, siguiendo el hilo de su obscuro hablar sobre el sentido de la expresión «resucitar de entre los muertos», se enzarzan en una animada conversación sobre el final de los tiempos. Y, naturalmente, se comenta la opinión de los escribas según la cual el acontecimiento decisivo estaría precedido por la venida de Elías[8]. Una discusión semejante debió darse entre la comunidad primitiva en contacto con ambientes judíos.

Preguntan, por tanto, a Jesús sobre este tema. La respuesta es sorprendente. La opinión es exacta. Pero es equivocado su modo de entender el papel de Elías. En realidad Elias ha venido ya, bien históricamente o bien en la figura del Bautista. Su tarea no era, sin embargo, la de «ponerlo todo en orden» (o sea, instaurar la paz), obteniendo consensos y triunfos, sino siendo maltratado (como le ha sucedido a Elías, cf. 1 Re 19, 2. 10) y muerto (martirio de Juan Bautista, Mc 6, 17-29). Advierte con agudeza J. Schmid: «El texto del antiguo testamento (1 Re 19) referido al Elías histórico, es decir, el relato de la persecución de Elías por parte de Jezabel, puede haber sido referido *tipológicamente* al Bautista, que ha encontrado en Herodías su Jezabel».

En la respuesta de Jesús, de todas formas, hay varias dificultades sobre todo en relación con el «está escrito». En efecto, en ningún pasaje del antiguo testamento «está escrito» que el hijo del hombre deba sufrir. Como tampoco podemos encontrar alguna alusión a la necesidad de que Elías en cuanto precursor deba sufrir (como hemos

8. Los doctores de la ley se referían sobre todo al texto de Mal 3, 23 s.

indicado, hay sólo una referencia a las «pruebas» que realmente encontró en su misión profética).

Más allá de estos problemas permanece el sentido de la respuesta de Jesús: si Elías, como vosotros pensáis, hubiese tenido la tarea de realizar una reconciliación general, no habria ya... puesto para un hijo del hombre despreciado y rechazado. En cambio, el mismo trato dado al precursor será destinado, en medida aún mayor, al Mesias.

Una vez más, en definitiva, Jesús se ve obligado a corregir las perspectivas de los discípulos en relación con su propia misión. Ellos se ilusionan con que el Mesías deberá ser acogido necesariamente por todos, para llevar a cabo su propia obra de salvación. Jesús, en cambio, se empeña en presentar al hijo del hombre como blanco de persecución y violencia, tanto en él como en quien le debía preceder.

«Ciertamente Jesús es el hijo del hombre, pero no según las esperanzas apocalípticas. El elude las aspiraciones sectarias que expresan necesidades de comprensión religiosa. Es el hijo del hombre glorioso, que viene como juez, pero a través de la condena y de la eliminación pública, lleva la cruz de todos los perseguidos de la historia, de todos los hijos de los hombres que aún continúan su destino; su justicia es la fidelidad y solidaridad con los hombres valientes y libres, con los que pierden su vida para salvarla» (R. Fabris).

### *Una narración en tres cuadros*

Sigue el episodio de la curación del chico epiléptico.

La narración de Mc es más detallada que la de los otros sinópticos. Menos homogéneo quizá desde el punto de vista literario (hay algunos hilos sueltos, algún cosido; y también varios dobles: la gente va corriendo dos veces, la enfermedad es descrita dos veces por el padre, dos veces Jesús interroga al padre...). Sin embargo no se puede negar que está caracterizada por una robusta estructura unitaria en cuanto a su significado.

La impresión que nos causa en una primera lectura es la de una narración «dramática». El diálogo, además, tiene una importancia particular.

X. L. Dufour[9] distingue tres partes compuestas por algunos elementos idénticos: una escena y un diálogo dirigido por Jesús.

Puede invocarse en esta página de Mc la técnica cinematográfica, sin abusar ciertamente de ella.

9. Sigo sobre todo su análisis contenido en el volumen *Etudes d'Evangile*, 183 s.

Diálogo y lecciones a los discípulos se entrecruzan en el episodio. Hay una narración de una curación, pero también una magnifica catequesis sobre la fe.

He aqui la composición en las distintas secuencias:

*Primer cuadro* (14-19c)

La escena se abre con Jesús que cuando es visto por la gente, después de un momento de sorpresa, corre a saludarle. Sigue una pregunta de Jesús, por tanto su primer diálogo con el hombre.

*Segundo cuadro* (19d-24)

La escena comprende el encuentro directo de Jesús con el poseso que le han llevado delante siguiendo su indicación, y un segundo diálogo con el padre (21-24). Este segundo diálogo sirve para dar detalles de los sintomas del mal. Pero, en la segunda parte, sirve para que Jesús lleve al hombre de una fe aún débil a un acto de fe capaz de obtener la curación.

*Tercer cuadro* (25-29)

Es la escena que describe el exorcismo en sus distintas fases y en los comentarios de la gente, hasta el gesto de tomar de la mano al muchacho y levantarlo. Después la escena se presenta en el interior de la casa. Y aquí aparece un tercer diálogo con los discipulos (28-29), que sirve para precisar el significado auténtico del episodio.

*Los protagonistas*

La escena está llena de distintas personas que desempeñan un papel especifico.

*La gente.* Este es un milagro hecho en público. La gente tiene un papel importante de testigo: testigo del fracaso de los discípulos, de la aparente muerte del muchacho, de la curación posterior. El triunfo de Jesús sobre Satanás queda patente a los ojos de todos.

*Los escribas.* Son citados al principio, pero desaparecen en seguida. Quizá fueron capaces de sostener una disputa con los discipu-

los. Pero no están suficientemente seguros para enfrentarse con Jesús («¿De qué discutis?», v. 16). Sobre todo porque Jesús responde con hechos.

*Los discípulos.* Están un poco en penumbra. Quizá sea el rubor del fracaso sufrido lo que les hace estar aparte.

*El demonio.* Parece una sola cosa con el muchacho poseso. De tal forma que el v. 18b («echa espumarajos, rechina los dientes y se queda tieso») no se puede distinguir si se trata de acciones del muchacho o del espíritu inmundo. Es un espiritu mudo (según el diagnóstico del padre), pero también sordo (según la intervención siguiente de Jesús). Dotado de una fuerza espantosa. Pero, como los escribas, también tiene que habérselas con el «más fuerte».

*El padre.* Desempeña un papel de primer plano. Emprende un doble camino de fe: hacia los discípulos, y después desde los discípulos a Jesús.

Sin embargo, en su fe hay cabida para la duda: «si algo puedes...» (v. 22). El diálogo con Jesús sirve para conducirle a una fe más completa. Aquel hombre salta con una de las profesiones de fe más estupendas que se conocen y que ha merecido ser recordada en todos los comentarios del evangelio.

*Jesús.* El es, por supuesto, el verdadero protagonista de la narración. A él corre la gente cuanto lo divisa de lejos. A él se dirige el padre. Quiere que le lleven ante el niño. En efecto, es a él a quien llevan el epiléptico. Y también es Jesús quien pregunta, se informa de la situación, pone en evidencia su escasa fe, se muestra irritado... Finalmente es Jesús quien ordena al demonio, que en un primer momento parece salir victorioso en la confrontación, porque deja al chico como muerto, pero realmente es obligado a abandonar la presa. Y de nuevo Jesús que levanta (¡resucita!) al muchacho. Hay que notar que la iniciativa de Jesús está muy acentuada especialmente en las narraciones de los exorcismos (como si quisiera jugar anticipadamente con el adversario). Y la escena final: siempre Jesús en primer plano que ofrece las explicaciones pedidas por los apóstoles.

Se diría que toda la narración, en sus numerosos detalles, encuentra su unidad en la convergencia de todos los elementos hacia la persona de Jesús.

*Incapacidad de los discípulos, fuerza de la fe*

«...Discutiendo con ellos» (v. 14). Hay una reunión de gente, la discusión debe asumir tonos más bien elevados. El tema se puede deducir tanto de la intervención del padre —«he pedido a tus discípulos que lo echen, y no han podido» (v. 18)— como de la interrogación *privada* con que concluye la narración —«¿por qué no pudimos echarlo nosotros?» (v. 28)—.

Por tanto, probablemente, los escribas están poniendo en duda la eficacia del poder otorgado a los apóstoles.

No se precisa, en cambio, a quién se dirige la pregunta hecha por Jesús: «¿De qué discutís?» (v. 16).

Como nadie responde, se adelanta uno de entre la gente, que resulta ser el padre del epiléptico, el cual a las claras informa detalladamente al Maestro sobre el hecho que ha dado origen a la polémica, denunciando amablemente la incapacidad de los discipulos (no me parece que haya que hablar, como querria alguno, de una acusación impregnada de animosidad, ni mucho menos la intención de hacer recaer el reproche sobre el Maestro), y describiendo las manifestaciones del mal.

Mc hablará explícitamente de epilepsia. En efecto, los síntomas son claros. Son expresados con cinco verbos: lo agarra, lo tira al suelo (y después también al agua y al fuego), echa espumarajos, rechina los dientes y se queda tieso.

Ante un cuadro tan lamentable, sorprende en gran manera la respuesta de Jesús: «¡Gente sin fe! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros?, ¿hasta cuándo tendré que soportaros?» (v. 19). Se puede encontrar en la Biblia algún paralelo con esta exclamación. Podremos decir: el lamento y el desahogo del profeta.

El presente lamento-cansancio de Jesús no está en relación sólo con la situación especifica que tiene ante sus ojos, sino que abarca y casi compendia el conjunto de su misión, que va siempre a estrellarse contra la incredulidad de los hombres.

Comenta con mucha eficacia R. Schnackenburg: «Se diría que Jesús quisiera huir de los hombres y que está cansado, lo mismo que en otro tiempo los profetas se dolían y se mostraban exacerbados de tener que desarrollar su misión en medio de aquel pueblo recalcitrante (cf. Jer 5, 23; 9, 1 s). El pesimista juicio de Jesús sobre sus contemporáneos, sobre *esta generación* que no tiene intención de convertirse (Mt 12, 41 s) acumulando culpa sobre culpa (Lc 1, 49 s) explica a la comunidad sus mismas experiencias amargas y al mismo tiempo se

convierte en una admonición para no caer en la misma actitud de torpeza y obstinación.

«Por su parte Jesús, ante la resistencia y torpeza de los hombres, no se deja sorprender por una resignación pasiva, sino que permanece fiel a la divina misión de anunciar la salvación y de conducirla a cumplimiento. Un suspiro apenas perceptible, causado por su naturaleza humana, sale casi involuntariamente del corazón: él sufre ante esta humanidad y, sin embargo, se dirige inmediatamente a ella ofreciéndole una vez más la misericordia y el perdón. Es una invitación a los predicadores y, en general, a todos los fieles, a no rendirse ante la obstinada oposición promovida por el mundo circundante y a no admitir decaimientos dentro del propio corazón. Por esta razón Jesús hace que le lleven ante el chico enfermo...».

Es decir, después del desahogo, más que comprensible, a través del cual se transparenta un rasgo de la humanidad de Jesús —y también su juicio preciso sobre el verdadero mal que debe afrontar y ante el cual, en cierto sentido, se siente impotente, es decir la incredulidad— Jesús se inclina de nuevo sobre las miserias del hombre. Está cansado, pero sólo para comenzar de nuevo...

## *Depende de ti*

El diálogo con el padre constituye una de las perlas del evangelio. Jesús quiere que el hombre tome conciencia de su poca fe. Y su pedagogía consiste en empujarle a descubrir que, para aumentar la fe, hay que darse cuenta antes de que no se tiene.

Por otra parte, la fe una vez más representa la condición indispensable para el milagro.

En este sentido Jesús impide que el padre atribuya exclusivamente a los discípulos la responsabilidad de su fracaso. *Tampoco él es capaz* de curar al hijo a causa de su incredulidad.

«Si algo puedes...» (v. 22). Es decir, si realmente puedes, como dicen todos.

Es significativo el que Jesús dé la vuelta a las partes. Mira que no depende de mi sino de ti.

Comenta en este sentido E. Bianchi: «Jesús no responde "tú deberías saber que todo me es posible" sino "todo es posible para el que tiene fe": Si tienes fe, todo es posible para ti. No desafía al padre sino que le hace una oferta: te basta creer» [10].

10. *Discepolato e sequela*, «Spiritualità biblica N. 1», Comunità di Bose: apuntes dactilografiados, ahora presentados en la edición *Qualità e dignità della vita cristiana*, 1979.

Este se aferra inmediatamente a la oferta, aunque se da cuenta de su propia debilidad e implora que Jesús le ayude en su poca fe. En este momento parece casi que el enfermo, a quien hay que socorrer, sea él.

«El grito del padre revela su miseria: de esta nace su respuesta que quizá sea la mejor que pueda darse a esta pregunta. Quien se atreve a decir "yo creo" debe añadir, al mismo tiempo, que puede decirlo sólo como uno que tiene confianza en que Dios volverá a ayudarle a tener fe; que, por tanto, el sujeto último de esa fe puede ser solamente Dios, no "yo". Sólo siendo conscientes de la propia incredulidad se puede reconocer el don divino de la fe con alegría y con confianza; porque esta es cierta sólo cuando está fundada sobre un acto de Dios. La fe es, por consiguiente, una apertura incondicionada al acto de Dios, una firme espera por parte de quien, mirándose a sí mismo, podría siempre sólo afirmar la falta de fe, pero mirando a Dios reconoce, con alegria y certeza, que Dios vuelve siempre a sanar esa falta» (E. Schweizer).

En la narración de la auténtica y propia curación, Mc usa algunos términos que, en la comunidad primitiva, habitualmente eran usados al referirse al Jesús resucitado: *egeire,* en efecto, significa literalmente «despertar» y *anistemi* «resucitar». Por tanto, lo despertó —de hecho estaba como muerto y así aparecía a los ojos de la gente[11]— y lo resucitó.

Además, el gesto de tomar de la mano al muchacho es el mismo que hemos ya visto con ocasión de la curación de la suegra de Simón (1, 31) y de la resurrección de la hija de Jairo (5, 41).

También hay que subrayar el verbo «increpar», que es típico de las narraciones de exorcismos, como si indicase que Jesús entabla una cerrada lucha contra el adversario[12].

## *Por qué no han tenido fuerza*

La escena final se desarrolla en casa. Y el diálogo es privado (v. 28). Los discípulos, que hasta entonces habian permanecido callados (probablemente aún humillados por no haber sido capaces de triunfar sobre un demonio mudo) ahora preguntan al Maestro sobre las razones de su fracaso.

¿Por qué *no hemos tenido fuerza?*

11. Alguno interpreta este detalle como un comentario simbólico a 8, 35. El niño parecía perder la vida y en realidad la encuentra en Jesús.

12. Cf., por ejemplo, la liberación del endemoniado en la sinagoga de Cafarnaún (1, 25) y el episodio de la tempestad calmada (4, 39), *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos;* I, 82 s y 238 s.

La pregunta es legítima desde el momento en que Jesús les había concedido precisamente este poder (6, 7) y en otras ocasiones habia dado resultado (6, 13).

Aquí se podria encontrar una dificultad imprevista en el hecho de que, tratándose de un demonio mudo y sordo, no se podía entablar un diálogo con él, que constituía un elemento fundamental del exorcismo.

Jesús, de hecho, admite que se trata de una raza particular de demonios, para la que se requiere una fuerza especial, que se puede obtener sólo con la oración (v. 29)

Algunos manuscritos añaden «y con el ayuno». Puede ser un añadido de la iglesia primitiva. Aunque resulta perfectamente coherente con el espíritu de la enseñanza impartida por Jesús en esta materia.

En efecto, el ayuno es un signo muy elocuente de que Dios es nuestro alimento y que él solo puede saciar nuestra hambre, él solo puede venir en ayuda de nuestra debilidad. No, no sirve —como querrían algunos— para *merecer* la fuerza por parte de Dios. Esta es un don gratuito y no puede ser comprada con nuestras prácticas. Sin embargo, el ayuno es signo de nuestra espera y de nuestra esperanza.

«Abstenerse de comer durante todo un día, mientras se considera el sustento don de Dios, significa manifestar que se espera todo de él y no de los recursos humanos» (X. L. Dufour).

La Iglesia primitiva que luchaba a todas horas con una raza especial de demonios que intentaba «tirarla por tierra» y «acabar con ella» con el fuego de las persecuciones, no consideraba en realidad el ayuno como algo «extraño», sino como una necesidad y estaba convencida de su significado en relación con la oración[13].

Probablemente también hoy nosotros tenemos necesidad de recuperar este sentido de oración e incluso de ayuno, si no queremos encontrarnos faltos de fuerza.

Jesús no revela a los discípulos una técnica segura para exorcizar demonios, pero ofrece una enseñanza «aún más profunda, que invita a la comunidad cristiana a confiar únicamente en Dios en todas las adversidades y necesidades. Será precisamente dándose cuenta de la debilidad de la propia fe, con la clara percepción de la propia incapacidad, como se producirá en la oración un auténtico acto de fe» (R. Schnackenburg).

13. Frecuentemente, en la tradición bíblica, encontramos asociadas estas dos prácticas, penitencia y ayuno. Cf. Sal 34, 13; Lc 2, 37; Hech 13, 3.

PROVOCACIONES

1. «¿Hasta cuándo tendré que soportaros?».

En el lamento de Jesús hay ciertamente muchas cosas: la hostilidad de los doctores de la ley, la insaciabilidad de la gente en cuanto a prodigios, la incomprensión de los discípulos, la indiferencia y el rechazo de mucha gente.

Pero también soy yo la causa de este cansancio.

También yo formo parte de la «gente sin fe».

Yo, cansancio de Dios.

«¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros?».

Por supuesto hasta que desaparezca nuestra incredulidad.

«Traédmelo».

Te darás cuenta de que no puedes ir tan deprisa.

El médico tiene todavía mucho que hacer.

Por otra parte, Cristo no ha venido a la tierra de vacaciones.

La encarnación documenta la realidad de un Dios que está insatisfecho del hombre.

Ha venido porque no estaba satisfecho.

Pedro estaba bien, arriba, en la montaña. «Maestro, qué bien se está aquí».

«¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros?».

Adelante, quizá sea este el momento para construir la tienda.

2. Es fácil reconocerse en el desahogo de Jesús. ¡Cuántas veces no hemos sido atenazados por la desconfianza; nos hemos encontrado como vaciados por un sentido de inutilidad! Y hemos concluido que no valía la pena continuar, no había que insistir, mejor dejarlo en paz, para lo que se obtenía...

Solamente que Jesús, cuando está cansado, comienza de nuevo a luchar.

Mientras nosotros, muchas veces, nos sentimos cansados por el miedo de tener que afrontar la lucha.

Tenemos que aprender también esta lección de Jesús que, cansado de los hombres, hasta no poder más, comienza a trabajar para hacerles distintos.

«Traédmelo».

No puede soportarnos más.

Por eso decide mirarnos un poco más de cerca.

3. Pienso en aquel padre. Suerte que su hijo ha sido liberado. De otro modo, aquella tarde, al volver a casa, no habría podido decir que aquel Maestro y sus amigos no habían sido capaces de curarlo. Tendría que haber admitido: es culpa mía.

Yo, en cambio, puedo coleccionar, impertérrito, fracasos en serie, fallar en todos los frentes. Pero siempre hay algo o alguien a quien echar la culpa. Jamás una sola vez se me pasa por la imaginación que lo que ha sucedido puede ser debido a mi poca fe.

Capaz de llamar a Dios en ayuda por los motivos más diversos.

Ni una vez le he llamado en ayuda de mi incredulidad.

Sin embargo, si la fe significa estar unidos a él, la falta de fe, reconocida, no es lejanía de Dios, sino un acudir de Dios hacia mí.

No me siento seguro porque creo.

Puedo estar seguro sólo cuando Dios viene en ayuda de mi incredulidad.

4. Los discipulos se ilusionaban ya con creerse los poseedores de un poder del que habrían podido disponer casi automáticamente —y autónomamente— en cualquier ocasión.

El fracaso y la sucesiva lección del Maestro les convence de que no basta haber recibido un poder para que este se revele necesariamente eficaz. Sin fe, sin oración y sin ayuno, es decir, sin una referencia continua a Dios, sin una dependencia total de él el poder no sirve. Permanece como bloqueado. Le tienen, pero no son *capaces* de actuarlo. Lo usan en nombre propio. Es decir, lo usan en vacio.

Mis incapacidades, en el fondo, son faltas, en el sentido literal del término: faltas de fe y de oración.

Yo soy capaz solamente en Dios.

## Confrontaciones

### *La obstinación, grandeza de Dios*

«¡Gente sin fe! ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros?, ¿hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo». Esta primera palabra de Jesús no está dirigida sólo al padre, sino también a los discípulos y a la gente. Ni siquiera se limita al caso preciso: parece, más bien, una valoración de todo lo que Jesús ha hecho hasta ahora. ¿Qué resultado ha dado su predicación, su paciencia, los muchos signos realizados? Ninguno. Los discipulos no tienen la fe suficiente para echar un demonio (¡pobres discípulos perennemente derrotados!). La gente está ávida de prodigios, como siempre, pero a pesar de haber visto muchos no entiende nunca la lección. Los escribas tienen siempre pruebas —parece verles sonreir con suficiencia ante la inútil tentativa de los discípulos— para ponerlo en discusión. El reproche de Jesús no significa rabia y mucho menos maravilla, sino más bien sufrimiento y cansancio. Algunos comentaristas perciben en la excla-

mación de Jesús una alusión a algunos textos célebres del antiguo testamento, como Is 42, 14; 46, 4; 63, 15. Es el lamento del profeta que se siente cansado de su situación —una situación que parece repetirse sin fin, monótona, sin salidas— y desilusionado ante Dios que esconde su poder.

Pero con todo esto Jesús comienza de nuevo: no se retira, no rechaza su ayuda. Dice: traédmelo.

En esta obstinación está la grandeza de Dios (B. Maggioni, *o. c.*).

*La fe no es el producto del esfuerzo humano*

Jesús subraya el «si puedes» del padre, para descubrir el sentido: La posibilidad de Dios no tiene otros límites que la condescendencia del hombre, la cual también es un don que hay que recibir. La fe recibe su fuerza de Dios, cuyo poder se manifiesta en la debilidad confiada de los creyentes, arrancando el grito: ««¡Creo, ayuda a mi poca fe!» (9, 24). ¿Contradicción o paradoja? Nada de todo esto. Sino el descubrimiento de que la fe es un don que hay que acoger en medio de titubeos y dudas, más que el producto del esfuerzo humano. Es la palabra de Dios acogida, confiada a la tierra como una semilla, destinada a un crecimiento, a un florecimiento insospechado: lo que es imposible para el hombre, lo puede hacer Dios (Radermakers, *Il vangelo di Gesù secondo Marco,* Bologna 1975).

*Qué es fe*

Fe es creer que allí donde el hombre comprueba sus límites, su impotencia, su pecado, Dios puede manifestar su poder. Fe es, por tanto, cesar de confiar en el hombre para poner la confianza en Dios...

...La fe es el acto con el que el hombre renuncia a contar consigo mismo, a buscar su realización, a fiarse de sí mismo y *se declara pronto a recibir todo de Dios.*

No es, pues, el hombre quien a través de la fe actúa sobre su salvación, sobre su vida: es Dios el que actúa. Pero el acto de fe es necesario para la intervención de Dios y Jesús une ambos: «tu fe te ha salvado». El hombre es incapaz de valorar la fe de forma adecuada y lo que el hombre llama poca fe, incredulidad, *apistia,* puede ser a los ojos de Jesús ya fe. La fe no es medible, pues la fe débil es ya fe en su totalidad: no es la grandeza de la fe la que obtiene el milagro, sino la potencia de Dios que obra en Jesucristo (E. Bianchi, *Discepolato e Sequela,* Spiritualità Biblica n. 1, Comunità di Bose; apuntes dactilografiados y ahora recogidos en el volumen: *Qualità e dignità della vita cristiana,* Torino 1979).

# II. REGLAS COMUNITARIAS (9, 30-50)

## Segundo anuncio de la pasión y resurrección

9, 30-32[1]

30. *Se marcharon de allí y atravesaron Galilea,*
*no queriendo que nadie se enterase.*

31. *Porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía:*
*—«Al hijo del hombre lo van a entregar*[2]
*en manos de los hombres, y lo matarán;*
*pero, después que lo maten, a los tres días resucitará».*

32. *Ellos no entendían sus palabras,*
*y les daba miedo preguntarle.*

*El poder está en manos de la maldad*

Jesús recorre Galilea de incógnito, porque desea impartir algunas enseñanzas reservadas de modo especial a los discípulos.

El dicho sobre la pasión seria, según algunos, el más antiguo, el más original de los tres y «uno de los mejor documentados y significativos» (Cadoux).

El punto central está constituido por la afirmación según la cual el hijo del hombre debe ser *entregado,* por Dios (el verbo, en efecto, está en pasiva, la llamada «pasiva divina») en las manos de los hombres.

Weiss afirma con seguridad que «Jesús piensa caer en manos de fanáticos excitados. Está fuera de dudas que él no tenia en mente la crucifixión sino la lapidación por parte de la plebe». Este «fuera de dudas» confirma que el estudioso debe haber tenido informaciones precisas sobre ello, que nosotros desconocemos...

Es improbable que Jesús se refiera aquí a la traición de Judas.

1. Cf. Mt 17, 22-23; Lc 9, 43b-45.
2. El verbo está en presente, pero en realidad indica una acción futura con una característica clara de certeza: es decir, sucederá con toda seguridad.

Nos viene a la mente más bien la expresión de Pablo: «Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom 8, 32).

En el *lo van a entregar* hay indudablemente una sensación de impotencia y de horror.

Puede ser un acercamiento a lo que Jesús, poco antes, había dicho a propósito de Elías: «Lo han tratado a su antojo» (9, 13).

Jesús tiene conciencia de ir al encuentro de una muerte cruel.

Advierte J. Guillet: esta conciencia no hay que entenderla como «una lectura a distancia de los acontecimientos futuros. Tampoco los tres anuncios más precisos... implican, necesariamente, que para formularlos Jesús haya tenido necesidad de ver desarrollarse ante sus propios ojos, el escenario futuro. Existen razones bastante serias para pensar que estos tres textos han sido redactados por autores que conocían este escenario y estaban familiarizados con un relato de la pasión, pero son razones de orden literario...

El lenguaje del Jesús de los evangelios no es el de un vidente que descifra un porvenir que se va a desarrollar delante de él, sino el de un enviado por Dios consciente de su propia misión y del final que ella comporta y que, a esta luz, interpreta los acontecimientos que le suceden y al igual que todos ve lo que se le echa encima...» [3].

## *Verdadero hombre, no un vidente*

Aquí se plantea el problema de cómo se puede conciliar la clara conciencia, por parte de Jesús, de lo que le espera, con su condición humana, con el hecho de que es un hombre real y no un Dios que aparenta ser hombre.

Dice H. Urs von Balthasar: «Jesús es un hombre auténtico. Ahora bien, la nobleza inalienable del hombre consiste en el poder, e incluso en el deber proyectar libremente el plan de la propia existencia en un porvenir que le queda desconocido. Si este hombre es un creyente, el porvenir en el que se abandona y se proyecta es Dios en su libertad y en su inmensidad. Privar a Jesús de esta posibilidad y hacerlo avanzar hacia una meta conocida anticipadamente y distante sólo en el tiempo, esto equivale a despojarle de su dignidad de hombre» [4].

En otras palabras no debemos entender a Jesús como alguien que posee el porvenir enrollado en una tela en donde están representadas con precisión todas las escenas que deberán representarse, como un

3. *Jésus devant sa vie et sa mort*, 165. Pero es interesante todo el capítulo dedicado a «Les annonces de la Passion», 159 s.

4. *La foi du Christ*.

actor que conoce perfectamente su papel y cuyo objetivo es mantener al público en la incertidumbre, pero él sabe ya cómo acabará todo...

«El es el Señor del porvenir no porque tenga reservado, detrás de los telones que cierran nuestro horizonte, un espectáculo que constituye un desafío a la imaginación, sino porque en el instante presente, de muertos abatidos bajo su pasado, hace surgir hombres libres, vencedores del miedo, humildemente preparados para todos los acontecimientos.

Esta manera única y divina de dominar el porvenir dejándolo acercarse por sí mismo, se intuye en estado puro, en los anuncios de la pasión. Paradoja que sorprende: Jesús aparece como alguién que domina el futuro, sabe lo que le reserva y dónde le conduce, y al mismo tiempo está privado del propio poder, abandonado a la potencia más temible, el odio de los enemigos. Nada expresa mejor esta coincidencia entre su potencia soberana y su radical impotencia, que las declaraciones acerca del hijo del hombre venido para ser entregado a la crueldad de los hombres».

Sin embargo el problema no queda resuelto, el misterio permanece sin descifrar. Para nosotros resulta extremadamente difícil poner de acuerdo la clara conciencia de Jesús ante el propio destino de sufrimiento y de muerte —expresada en los tres anuncios— con la realidad de su condición humana. Conservar en esa conciencia una característica de unicidad sin hacerle perder su dimensión humana, esto representa para nosotros una dificultad no fácilmente superable.

Muy interesante, a este respecto, es la conclusión de J. Guillet: «Igual que su conducta, también su conciencia es coherente. Esta nace de una profundidad en donde nuestra vista se pierde y, sin embargo, nos revela un ser auténtico. Esta no es una construcción mitica, sino misterio que se nos revela y ofrece».

Los discípulos, sin embargo, no entienden y no osan interrogarle.

Esto contrasta con el hecho de que Jesús les separa de los demás y les reserva una enseñanza particular.

Con su incomprensión los discípulos se colocan una vez más de parte de la gente, de los que «están fuera».

Sus pensamientos permanecen «en lo humano» (8, 33).

## Provocaciones

1. G. Dehn traduce «atravesaron Galilea» (v. 30) por «pasaban ante las casas de los hombres», o «pasaban de lejos ante la casa de los hombres».

No puedo decir si tiene razón desde un punto de vista rigurosamente filológico.

Pero el sentido me parece muy sugestivo.

Para captar la enseñanza de Jesús, no hay que pararse, es necesario pasar de largo ante las casas de los hombres, las academias, los palacios de los poderosos, los teatros de las representaciones mundanas.

La paradoja cristiana no tolera el ser domesticada. Las exigencias evangélicas pueden ser comprendidas sólo en una lógica de superación de los muros de casa, de las categorías del buen sentido, de la prudencia y de la racionalidad.

La verdad de Cristo es un ir más allá.

Entretenerse un instante para razonar, para discutir, para sutilizar, significa cavar una distancia incolmable.

Pararse en conciliar, poner de acuerdo, atenuar, equivale a fijar una extrañeza total.

Su palabra ha venido a habitar en medio de nosotros. Pero no pretende ser una nana tranquilizante de nuestra digestión o de nuestro sueño, un transfondo sugestivo para nuestras representaciones habituales.

Es, en cambio, una invitación perentoria para salir fuera, orden molesta de traslado, señal lacerante para abandonar los reparos.

2. «Ellos no entendían sus palabras, y les daba miedo preguntarle» (v. 32). Chouraqui traduce: «No *penetraban* su palabra». Sí, se quedan en la superficie. No quieren profundizar. Prefieren apretar filas en aquella zona exterior. Con la ingenua ilusión de que la no-comprensión les dispense de la tarea de enrolarse en aquel itinerario obscuro.

Quizá por esta razón temen preguntarle.

No por miedo a ser reprochados por su escasa inteligencia.

Es el miedo a que, a través de la claridad, se les quite la coartada de la ignorancia y por tanto se impida la huida.

Como nosotros los hombres, siempre refractarios ante lo que no nos gusta, también ellos buscan no la profundización en una verdad desagradable, sino el mantenimiento de sus propias ilusiones.

¡Sobre todo... no quitarles los pretextos!

## CONFRONTACIONES

### *Este es el Jesús de los evangelios*

Este es Jesús tal como aparece en los evangelios. Habla en vistas del porvenir, anuncia el reino; compromete el porvenir, se rodea de discípulos; juega toda su existencia sobre el porvenir, será él mismo

sólo el dia en que aparezca el Hijo del hombre, sin embargo no hace ni planes ni cálculos. No se abandona a la fantasía o a los impulsos, está siempre disponible porque es siempre él mismo. En cualquier circunstancia, le ocurra lo que le ocurra, encuentra en sí elementos para reaccionar y responder. Se le puede sorprender, jamás confundir. Es posible golpearle y herirle de muerte, es infinitamente vulnerable, pero nunca es más él mismo que cuando está prisionero y agonizante, jamás tan abierto a los hombres como el día en que muere, rechazado por todos. ¿Ser libre de este modo, en un mundo roto por tantas esclavitudes, no será quizá ser Dios?... (J. Guillet, *o. c.*).

# Quién es el mayor

## 9, 33-37[1]

33. *Llegaron a Cafarnaún,*
*y una vez en casa les preguntó:*
*«¿De qué discutíais por el camino?».*

34. *Ellos callaban, pues por el camino habían discutido*
*quién era el mayor.*

35. *Jesús se sentó, llamó a los doce y les dijo:*
*«Quién quiera ser el primero,*
*que sea el último de todos y el servidor de todos».*

36. *Y cogiendo a un niño, lo puso en medio,*
*lo abrazó y les dijo:*
*«El que acoge a un niño como este por causa mía, me acoge a mí;*
*y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge,*
*sino al que me ha enviado.*

*Reglas para la comunidad*

Jesús se dirige ahora hacia Jerusalén. Se detiene por última vez en Cafarnaún, que en el fondo puede considerarse «su» ciudad, punto de partida y de referencia de su misión en Galilea.

Es probable que la casa sea también la de Simón y Andrés. Esta es un poco «su» casa.

Casi siempre los apóstoles son los que preguntan a Jesús en casa, privadamente. Aquí es él quien tiene necesidad de saber.

«¿De qué discutíais por el camino?» (v. 33).

Se callan, embarazados, porque no pueden estar orgullosos del tema de su animada discusión, que era lo opuesto a cuanto poco antes el hijo del hombre había anunciado acerca del propio itinerario de humillación.

Como después del primer anuncio había saltado la protesta de Pedro, que manifestaba cómo no razonaba «al modo de Dios», así también después del segundo anuncio, la polémica que envuelve a los discípulos demuestra cómo sus pensamientos y sus preocupaciones son «al modo de los hombres».

«Por el camino habían discutido quién era el mayor» (v. 34).

1. Cf. Mt 18, 1-5; Lc 9, 46-48.

Una vez más Jesús tiene que explicar que el camino del discípulo no puede ser distinto del de su Maestro. Una vez más se ve obligado a precisar las rudas exigencias del seguimiento. No basta caminar con él. Hay que «cargarse» además de con la cruz, también con su escala de valores, que constituye un cambio radical de las posiciones y de las precedencias establecidas en el mundo.

Tengamos presente que la cuestión de las precedencias no denuncia —como podríamos creer— una preocupación de tipo mundano, sino que era un problema tipico de la mentalidad religiosa del tiempo. «La aspiración a ser "grandes" impregnaba enteramente la piedad palestina. En cualquier ocasión, en las asambleas religiosas, en la administración de la justicia, en la mesa común, en cualquier actividad, salía continuamente el problema de quién era el más grande. La valoración de la dignidad, del puesto que le correspondía a cada uno, era objeto de asidua atención y se le daba una notable importancia» (Sclatter).

Especialmente en las comunidades religiosas el rango de cada uno de los miembros daba lugar a interminables y vivaces diatribas, que desembocaban en minuciosas prescripciones. Basta leer, a este propósito, algunos textos de Qumrâm.

«Se sentó, llamó a los doce...» (v. 35).

Se sienta como una postura característica del Maestro o quizá porque está cansado del viaje. El llamar hacia sí no es superfluo, pretende subrayar que se trata de una enseñanza fundamental.

En realidad Jesús, partiendo de la disputa sobre las precedencias, *pretende instaurar otro orden de cosas.*

Se inicia así lo que se llama comúnmente, un esbozo de reglas comunitarias —que estará mucho más desarrollado en Mt— y que viene señalado por algunas palabras-clave (en mi nombre, siervo, escándalo, fuego) las cuales, a través de un «procedimiento de encaje» sirven para introducir el tema sucesivo y facilitar la memoria[2].

Esta primera lección está compuesta de dos partes (33-35 y 36-37) aparentemente desunidas y que quizá Mc ha recibido de contextos diversos, pero que se unen entre sí de manera bastante coherente. En realidad, las dos constituyen una respuesta al problema de las precedencias, a través de un cambio de los valores: el primero es el último y

2. Las palabras de Jesús, como observa J. Delorme «aparecen agrupadas según un procedimiento mnemotécnico habitual en las civilizaciones orales, que consiste en unir dos frases independientes por medio de una palabra que se encuentra empleada en ambas (procedimiento de las "palabras-eslabón")».

Hay que advertir además que en arameo el mismo término *talya* sirve para indicar el siervo o el niño, es decir permitiría la articulación entre el dicho sobre el siervo y la escena sucesiva del niño.

el siervo de todos (v. 35). Además, el niño, es decir lo que no tiene importancia a los ojos de los hombres, lo que es pequeño, es grande a los ojos de Dios (v. 37).

### *Una respuesta en dos partes*

Está muy clara la primera parte: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos».

Ningún otro texto paralelo del evangelio refiere de esta forma la antitesis que aquí es presentada: primero-último. Y solamente este deberia ser el *logion* primitivo, mientras la noción de servicio tiene todo el aire de ser un añadido, que estropea un poco el paralelismo, aunque esté en perfecta armonía con el significado de la sentencia.

El ejemplo más significativo de esta enseñanza le tienen ante sus ojos: Jesús es el primero que se ha hecho último y siervo.

Más ardua es la interpretación de la segunda parte[3]. Jesús coloca en medio un niño, lo abraza y dice: «El que acoge a un niño como éste por causa mía, me acoge a mí» (v. 37).

Es importante clarificar que el mensaje de Mc en este punto se separa bastante del de Mt, que resuelve el episodio en clave moral, insistiendo en la exigencia de hacerse pequeños. Es decir, el niño como modelo de humildad, de naturalidad, de simplicidad, condiciones indispensables para entrar en el reino. Nada de esto hay en Mc, que insiste en cambio en la *acogida* del niño en nombre de Jesús. Es decir, viene aqui subrayada la eminente dignidad del niño.

Tengamos presente que la condición del niño, en la sociedad palestina del tiempo de Jesús, era muy distinta de la nuestra. Hoy, más bien, el niño corre el peligro de ser mimado, idolatrado y considerado casi como «objeto de lujo».

Según la mentalidad hebrea, los hijos eran acogidos indudablemente como una bendición de Dios para la familia, sobre todo los varones. En las ceremonias nupciales, ante el umbral de la casa o de la tienda de los esposos, frecuentemente se partia una granada para que los granos apareciesen simbolizando los numerosos hijos que se deseaban a la pareja. A pesar de todo, los niños no gozaban de especiales derechos y privilegios. Podríamos decir que eran considerados más por el número que por su importancia particular.

Por tanto, en la presente sentencia, el niño simboliza la realidad más insignificante a los ojos de los hombres, todo lo que no tiene importancia, no cuenta, no es digno de atención, se encuentra en una situación de inferioridad.

3. Cf. Sobre el tema, S. Légasse, *Jésus et l'enfant*, 23 s.

Jesús, por consiguiente, se identifica con quien es «irrelevante», no tiene prestigio, es débil e indefenso, necesita asistencia.

En este sentido —como resalta Schnackenburg—, la escena presentada por Mc se asemeja a la del juicio universal descrita por Mt (25, 31-46) en la que Jesús se identifica con los necesitados y los últimos.

La atención del discípulo —centrada en las precedencias y en la grandeza— es desviada a la exigencia de acoger a alguien que es «grande» porque es objeto de la atención de Dios.

Una última noticia. Según una pía tradición, el niño de quien se habla en estas páginas habría llegado a obispo y mártir de Antioquía: san Ignacio. La identificación se ha hecho jugando con el nombre griego (que de portador-de-Dios se ha convertido en portado-por-Dios). Otros, en cambio, piensan en san Marcial.

## Provocaciones

1. Nos podemos preguntar qué relación existe entre la acogida y la disputa inicial sobre las precedencias.

Como de costumbre, Jesús no resuelve nuestros lios ni se mezcla en nuestras ridículas bagatelas. No da recetas preparadas. Más bien desvía el problema a otro plano y, podriamos decir, lo complica más, aumenta la dificultad.

Ciertamente parte de las precedencias, pero invierte los términos de la cuestión.

Como si dijera: está bien que os ocupéis de precedencias. Sólo que las precedencias no se refieren a vosotros, sino a los demás. Buscad, por tanto, quién tiene derechos a la precedencia en vuestra hospitalidad.

Es justo que habléis de primeros puestos. Pero daos cuenta de aclarar quién debe ocupar el primer puesto de vuestra atención.

Es más que legitima la pregunta sobre quién es grande. Pero tened cuidado de honrar y amar a los grandes según Dios: es decir los que son pequeños y con los que él se identifica.

Progresad; pero no para imponeros a los demás, para estar por encima de ellos, sino para recibir a aquellos de quien nadie se ocupa.

Acogiéndoles a ellos, me acogéis a mí. Y acogiéndome a mí acogéis al Padre que me ha enviado.

Como puede verse, Jesús no abolía las jerarquías. Las mantiene sólidamente, más aún las prolonga más allá de nuestras miras.

Nos enseña, sin embargo, a valorarlas... a fondo.

Nos enseña que no es necesario destruirlas. Es suficiente con «darles la vuelta».

Tiene que existir un orden; con tal que sea un orden dado la vuelta.

Una vez más nos muestra que nuestro punto de vista está equivocado. Nos preocupamos de nosotros mismos, de nuestra grandeza. Y nos obstinamos en «probarla» midiendo con el patrón acostumbrado.

El Maestro nos advierte: tira ese patrón. No pierdas tiempo calculando tu estatura. ¿No has entendido que desde el momento en que Dios ha *bajado* a la tierra, es ridículo pretender *sobresalir?*

El problema no es el de ser grande, sino el de «dejar sitio».

La importancia no está documentada con la tarjeta de visita. Depende, en cambio, de las personas «sin importancia» que acoges en casa.

Eres grande no si ocupas un puesto de relevancia, sino si en tu vida hay sitio para quien no tiene grandeza.

Eres respetable en la medida en que demuestres respeto y amor hacia aquellos que no han sido capaces de obtenerlo.

Podemos decir: las precedencias no se establecen por decreto ley. Son ganadas por quien no se ocupa de ellas porque está empeñado en tener abierta su casa a aquellos que, de otra forma, permanecerian fuera.

2. «¿De qué discutiais por el camino?».

La pena es que hoy el Maestro no está ya ahí para importunarnos con esta pregunta embarazosa.

Así podemos ir tranquilamente por el camino discutiendo de tonterías. Hay un modo de eludir los problemas reales (creando otros falsos) y de no llegar jamás a término.

Con la agravante de que no existe ni siquiera el silencio de la vergüenza. Más aún se tiene la imprudencia de emplear otras palabras inútiles y otro tiempo precioso para demostrar que aquellos son los grandes problemas en los que hay que ocuparse.

Y, a fuerza de debatir «temas de fondo» —que sólo son tales porque no se tiene el coraje de afrontar los auténticos problemas— se llega a perder toda credibilidad.

Cristo y los hombres de nuestro tiempo nos esperan siempre en otro lugar.

3. Quizá seria necesario convencerse de que el aliento se nos da para el seguimiento y no para charlatanerias.

Cuando uno está verdaderamente comprometido en tener detrás al hijo del hombre, no encuentra tiempo ni fuerzas para hablar de tonterias.

Ciertos discursos le desagradan.

¿Qué sentido tiene hablar de precedencias, cuando hay que seguir a uno que nos precede hacia el Calvario?

Las precedencias sólo tienen razón de ser si se camina en... dirección equivocada.

4. En definitiva, dime de qué discutes y te diré si eres discipulo de Cristo.

5. Resalta S. Légasse: «El niño, cuando Jesús lo estrecha entre sus brazos, se convierte en la imagen del discípulo acogido con ternura en nombre de Cristo». Yo diría también: símbolo del discipulo acogido con ternura por Cristo.

Y, cuando hemos «ganado» aquel puesto en su corazón, aparece entonces como absurda la búsqueda de los primeros puestos por otra parte.

6. He visto recientemente a una persona acogida con todos los honores «en el nombre de Jesús».

No era un niño, ni siquiera uno de tantos marginados.

Por otra parte, el niño es estrechado entre los brazos de Jesús. No dado en espectáculo.

El respeto, la acogida, van de acuerdo con la delicadeza y la ternura. Ciertas manifestaciones externas, en cambio, nos muestran más la imagen del escenario que el gesto, tan espontáneo y natural, realizado por Jesús.

Qué difícil es, para ciertas personas religiosas, identificar a Jesús con los últimos. Se teme, quizá, humillarlo. Por eso se le identifica con los primeros, creyendo rendirle un honor. Y no nos damos cuenta de que añadimos honor y dignidad a quien lo tiene ya en exceso. Mientras él quiere que «en su nombre» se dé honor a quien no lo tiene.

Me atreveria a decir que está de acuerdo en prestar el propio nombre a quien no posee títulos para hacerse valer en este mundo de las apariencias.

Pero no se complace, sin duda, en que su nombre sea empleado como elemento de prestigio o disparador de carrera.

Es decir, su nombre puede ser utilizado para contestar la feria de las apariencias, no para darle un apoyo religioso.

## CONFRONTACIONES

Jesús ama al niño y lo estrecha contra su corazón; se reconoce en él; parece decir a sus discipulos: vosotros aspiráis al primer puesto; pero quien quiera pertenecerme, debe apreciar todo lo que es pequeño y de poco precio. En efecto, en este niño yo, en persona, encuentro al hombre. Jesús es el amigo de los hombres que no cuentan en la sociedad y son despreciados por ella, y de éstos el niño es casi el símbolo (R. Schnackenburg, *El evangelio según san Marcos*, Barcelona ³1980).

# Quién puede usar el nombre de Jesús

## 9, 38-41[1]

38. *Juan le dijo:*
*«Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre*
*y no viene con nosotros*[2].
*Hemos intentado impedírselo*[3]
*porque no anda con nosotros».*

39. *Jesús respondió:*
*—«No se lo impidáis,*
*porque nadie que haga un milagro usando mi nombre*
*puede a continuación hablar mal de mí.*

40. *O sea, el que no está contra nosotros está a favor nuestro.*

41. *Y además, el que os dé a beber un vaso de agua*
*por razón de que seguís a Cristo,*
*no se quedará sin su recompensa, os lo aseguro»*[4].

### *El exorcista abusivo*

El enlace con la discusión precedente está formado por la expresión «en tu nombre» (9, 37). Juan refiere el encuentro con un exorcista que utilizaba el nombre de Jesús para expulsar demonios. Parece que los discípulos habían intervenido sin éxito para impedírselo.

Pero la unión entre las dos disputas no se limita a la palabra que sirve de enlace.

Se trata también de preocupaciones de grandeza y de prestigio, esta vez no de algunos, sino del grupo en cuanto tal, que reivindica una especie de exclusiva con relación a Jesús.

Me parecen exageradas, a este respecto, las posiciones de muchos estudiosos, que atribuyen el episodio a la iglesia primitiva, la cual habria proyectado en el pasado un problema que le preocupaba: la manifestación de fenómenos extraordinarios, la aparición de indivi-

1. Cf. Lc 9, 49-50; Mt 10, 42.
2. Literalmente: no nos sigue.
3. Literalmente: intentábamos prohibírselo. Observa G. Nolli: «El imperfecto dice el intento de impedir, más que el éxito. De hecho aquel continuó como antes».
4. Amen os digo.

duos exaltados que eran capaces de realizar prodigios indiscutibles, incluso sin estar adheridos a la comunidad cristiana [5].

Bastaría la salida brusca de Juan —la única vez en todo el evangelio que interviene personalmente— para hacer tambalear esta hipótesis y para dar a los hechos una nota de autenticidad.

Uno de los «hijos del trueno», por tanto, exige una legitimación por parte de Jesús en sus protestas contra aquel extraño.

«No se lo impidáis...» (v. 39).

Pobres discipulos. Desde un tiempo a esta parte, no dan una. También el episodio al que se refieren, y del cual piensan poder sacar ventajas, constituye la enésima demostración de la incomprensión del espiritu del Maestro.

También aquí se establece un estridente contraste entre su mezquindad, su puntilloso «egoísmo de grupo» y la largueza, la tolerancia y el espiritu abierto de Jesús.

«En confrontación con la respuesta de Jesús, la comunidad aparece intolerante y sectaria, más preocupada de la expansión y éxito del grupo que de la realidad en juego. Una cierta simpatía y confianza en el nombre de Jesús, aunque usado sólo en una fórmula de conjuro por un exorcista judío, es un portillo y una primera aproximación a la comunión salvifica con Jesús. La tolerancia y el ecumenismo de Jesús son premisas para liberar a la primera comunidad del sectarismo mezquino e introvertido» (R. Fabris).

Por su parte E. Schweizer comenta: «Juan personifica la actitud natural del hombre que se preocupa de conquistar adeptos y de reforzar el propio grupo eclesiástico, y por tanto, no tiene mucha consideración para aquellos que quedan al margen y no quieren enrolarse. La respuesta corresponde a la mentalidad de Jesús en esto: la comunidad no debe poner ante sus ojos el fin del propio crecimiento material, sino que debe ser abierta y comprensiva hacia los que están fuera».

En el fondo, Jesús, después de haber explicado, en la lección precedente, que los suyos no deben preocuparse de aparecer grandes individualmente, aqui les invita a no atribuirse demasiada importancia ni siquiera como grupo que se remite a él.

«Nadie que haga un milagro usando mi nombre puede a continuación hablar mal de mí» (v. 39). A primera vista la explicación del Maestro parece dictada por el oportunismo. Como si estuviera preocupado por reclutar simpatizantes y seguidores. Un poco como si dijese: es mejor siempre el tener algún amigo más, el que alguno más no hable por detrás.

5. Alguno, como Loisy, cree reconocer a Pablo en este exorcista no autorizado.

Pero el sentido profundo de la motivación adoptada es muy distinto. Jesús exhorta a los discípulos a reflexionar: si uno expulsa los demonios en mi nombre, lo puede hacer solamente a través de la fuerza del Espíritu y no por una especie de fórmula mágica que funciona automáticamente. Por lo cual es absurdo que uno actúe en mi nombre —ejerciendo ese poder— y después hable mal de mí.

Así —como observa J. Delorme— Jesús establece una unión entre la acción en su nombre y la palabra sobre él.

Además se les indica a los apóstoles la posibilidad de una acción de Cristo más allá de las fronteras visibles de la iglesia. Lo cual debería impedirles cualquier actitud sectaria, cualquier instinto dominador, cualquier pretensión monopolizadora.

Poco antes (9, 35) habian sido invitados a comportarse como siervos. El episodio presentado por Juan demuestra hasta qué punto estaban sometidos a la tentación del poder y del dominio, aunque fuera con la excusa de salvaguardar el honor del nombre de Jesús (en este caso, paradójicamente, son ellos y el exorcista abusivo los que utilizan el nombre de Jesús para afirmar su deseo de predominio sobre los demás).

### *¿Quién es para nosotros?*

«O sea, el que no está contra nosotros está a favor nuestro» (v. 40).

Esta afirmación parece justamente la contraria de la referida por Mt: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12, 30).

En realidad se complementan mutuamente y ambas son verdaderas [6]. Hay que tener, sin embargo, presente que se refieren a situaciones distintas.

Me parece muy acertada la explicación que da P. R. Bernard: «Los dos axiomas no se aplican a la misma situación, ni a las mismas personas. El de Mc se aplica a la gente de bien que va por buen camino hacia Jesucristo y su iglesia: a estos individuos, afirma Jesús, no debéis tratarles con modos bruscos, ni rechazarlos, existe una presunción en su favor; dejad madurar las buenas disposiciones; el que no está contra nosotros está a favor nuestro. El otro axioma es una especie de intimidación a no romper la unidad, a no poner las cosas al revés; se dirige a los que forman parte del reino o al menos asi lo creen; en confrontación con estos, Jesús se muestra severo. Dice:

6. Parece que las expresiones son de origen popular. Habrían sido una especie de eslóganes empleados en la guerra civil entre César y Pompeyo.

quien no está conmigo está contra mí y quien no recoge conmigo, desparrama. Si, formando parte del rebaño, hacéis un grupo aparte, se puede efectivamente presumir que no sois ya del todo para mí; desde el momento en que no trabajáis en unidad, trabajáis en vano, desparramáis. De esta forma estos dos axiomas no sólo resultan bastante coherentes, sino que están preñados de consecuencias para la formación de la iglesia. Finalmente, hay una cosa contra la cual ambos insurgen de común acuerdo: la neutralidad. En ningún caso esa es admisible: nadie puede permanecer neutral ante la invitación de Dios».

En otras palabras: el *logión* de Mt (aunque ciertos predicadores lo usen habitualmente contra los «enemigos») se refiere expresamente a los seguidores de Cristo para subrayar la radicalidad del compromiso —o estáis totalmente conmigo o estáis en contra, no se puede hacer trampas—, mientras que el de Mc expresa el respeto y la paciencia que la comunidad debe tener ante los que, a pesar de no formar parte expresamente, sin embargo, realizan ya en la práxis el mensaje de Cristo. Estos están más cercanos de lo que parece.

Lo que Jesús condena es la pretensión de acaparar su nombre y aprovecharse de una especie de monopolio sobre él. La pertenencia no puede traducirse en actitudes exclusivistas.

## *El vaso de agua no se olvidará*

El versiculo 41 que habla de la acogida al discípulo se une un poco artificialmente —a través de la palabra clave «en nombre» [7]— con cuanto precede. En una primera lectura parece que tendria que estar situado después de la escena del niño (también los discípulos son «pequeños» que son acogidos y defendidos).

Refiriéndose precisamente a aquel discurso, después de haber subrayado la dignidad del niño, se resalta la dignidad del discipulo, siempre por supuesto refiriéndose al Maestro, de «quien representa a Cristo porque lleva su nombre» (J. Delorme). Para quien la más modesta acción realizada en favor del discípulo —como el gesto de darle un vaso de agua— tiene un valor a los ojos de Dios, no será olvidada y tendrá su recompensa.

Hay que advertir que el evangelio, tanto aquí como en otros lugares, no duda en hablar de «recompensa». Sin embargo, esta «tiene siempre su fundamento únicamente en la benevolencia de Dios, que considera seriamente nuestro obrar, de tal forma que no olvida ni

7. Casi hay que excluir que Jesús haya usado la fórmula «en nombre del Mesías». De hecho nunca se indica a sí mismo con ese nombre. El lenguaje es paulino.

siquiera la más pequeña acción que haya sido hecha verdaderamente por Dios («porque sois de Cristo»). Pero quien quisiera reivindicar un derecho a la recompensa, mostraría ya sólo por esto no haber actuado por Dios, sino por sí mismo» (E. Schweizer).

El versículo, sin embargo, desde un punto de vista lógico, completa también la explicación del episodio del que ha sido protagonista Juan. Las fronteras se alargan cada vez más: no sólo el exorcista abusivo, sino también quien tenga un rasgo de humanidad hacia los discipulos entra a formar parte del reino.

Uno de los puntos sobresalientes de la pedagogía de Jesús en este discurso comunitario, consiste por tanto en curar a los discípulos de la mezquindad, enseñarles a ver en perspectiva, invitarles a no encerrarse en los horizontes estrechos de las relaciones intracomunitarias y a darse cuenta de una realidad prometedora que está fuera de su «recinto». Los únicos problemas no son los internos, sino que deben abrazar una realidad mucho más vasta y compleja que puede ser terreno preparado para la construcción del reino.

Una vez más la persona de Jesús —no la de los discípulos— establece la línea de demarcación entre quien está dentro y fuera. Los discípulos deben cuidarse de pronunciar apresuradas sentencias de exclusión.

## PROVOCACIONES

1. No quisiera ser muy malicioso. Pero tengo la impresión de que la brusca salida de Juan estaba determinada, más que nada, por el despecho en comprobar que el exorcista no autorizado habia triunfado alli donde ellos habían fracasado.

Frecuentemente nos ponemos en contra de alguien y le consideramos enemigo, sencillamente porque hace lo que nosotros no queremos o no sabemos hacer. La envidia —enmascarada a veces por una preocupación de salvaguardar los principios— denuncia siempre impotencia.

Ciertas descalificaciones —justificadas quizá con capciosas razones de ortodoxia o de reglamentos internos— ponen al descubierto nuestras incapacidades.

De esta forma consideramos enemigo a quien constituye un reproche inquietante para nuestra inercia y nuestros fallos.

¿No es cierto que hoy, en ciertos ambientes llamados cristianos, basta el hablar de justicia para ser considerados como «adversarios»?

Quizá Juan, más que dirigirse a Jesús, hubiera sido mejor que se hubiera dejado enseñar el secreto por el exorcista extraño...

El verdadero discipulo tiene que aprender todo; de todos.

2. Es triste el tener que comprobar que un grupo se consolida precisamente *contra* alguien o algo. Encuentra una aparente cohesión solamente cuando trata de defenderse. Tiene necesidad de un adversario —auténtico o fingido— para poder hacer y decir algo, para sentirse vivo.

¿Sería mucho pedir que el nombre de Jesús fuera usado esencialmente «para» y no «contra»? ¿Que el evangelio sea utilizado más que para defender posiciones, para dilatar los espacios del reino?

3. A los apóstoles no se les pasa por la imaginación la sospecha de que fuesen ellos y no el exorcista, los «extraños» a la enseñanza del Maestro.

Conozco personas que, con la máxima desenvoltura, proponen a los otros —quizá en cuestiones que no se refieren al espíritu, sino a la letra más obtusa— una brutal alternativa: o dentro o fuera. Puede ser que tengan razón. Pero puede suceder también que tengan que «salir» ellos y no los demás.

4. El discípulo, según la lección de Jesús, no debe ser alguien que «olfatea», descubre enemigos por todas partes como un sabueso. Nadie le autoriza a pedir la documentación a los demás. Debería ser, en cambio, alguien capaz de descubrir secretas conexiones e intuir preciosas complicidades insospechadas. Capaz de comprender que alguien habla de Jesús aunque no lo tenga en los labios, pero lo tiene en sus acciones.

Una comunidad debería especializarse en identificar con un sentido de gozosa maravilla quién «está con nosotros» entre los muchos que «no son de los nuestros».

5. No sé si he leído mal. Pero Jesús promete una recompensa a quien ofrece un vaso de agua a un discípulo suyo, a un misionero del evangelio. No me parece que diga que el discípulo tiene derecho a servirse del evangelio para obtener recompensas humanas. O sea, no reconoce al discípulo el derecho, además del vaso de agua, también a los honores, privilegios, en definitiva a todas aquellas cosas que sacian la ambición personal o de grupo.

El hecho de pertenecer a Cristo autoriza a exigir un vaso de agua —lo indispensable para vivir—, no a cobrar indemnizaciones y condecoraciones en la ventanilla de la vanagloria.

A pesar de parecer impertinente, osaria decir que asi como hay una recompensa para quien ofrece un vaso de agua a un discípulo, también la habrá para quien le niega —precisamente por el hecho de que pertenece a Cristo— una reverencia, una zalameria, un sillón o un primer puesto en el palco del mundo.

En efecto, un vaso de agua porque se va de viaje.

El resto, en cambio, constituye un estorbo, un impedimento para el camino.

## CONFRONTACIONES

### *La tolerancia excluye toda forma de puntillosa ortodoxia*

Mientras exista este mundo con su historia, en la que entran manifestaciones de maldad a veces «diabólica», la lucha contra el mal es necesaria. Por otra parte, Jesús ha venido a buscar, con infinito amor y con paciencia, el bien donde quiera que se encuentre. Por eso descubrimos en la figura de Jesús rasgos belicosos junto al ansia de «salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Cual sea el comportamiento que hemos de adoptar cada vez, nos viene indicado únicamente por las circunstancias. En las palabras referidas por Mc (9, 40) somos exhortados a superar siempre la avaricia humana y a abrir nuestro corazón a cada hombre que, aunque no pertenezca externamente a la comunidad de Cristo, puede igualmente realizar acciones buenas. La tolerancia de Jesús excluye, pues, toda forma de puntillosa ortodoxia... Es importante, por consiguiente, considerar las palabras de Jesús, de cuando en cuando, según las circunstancias. En caso de duda, hay que recordar que Jesús sobre todo se inclinaba a acoger en torno a sí a los hombres de buena voluntad. Un aislamiento sectario, un retorno al gueto eclesiástico, una actitud narcisista, son actitudes extrañas al espíritu de Cristo (R. Schnackenburg, *o. c.*).

### *El nombre no indica el recinto sino la lógica*

Detrás de la protesta de Juan... se ve con claridad ese egoísmo de grupo, tan frecuente, ese mezquino miedo a la competencia, que frecuentemente se enmascara de fe (de hecho su pretensión es la de tutelar el amor de Dios), pero que en realidad es uno de los más profundos desmentidos.

El discípulo —puntilloso y mezquino, pero también profundamente inseguro— soporta mal que el Espíritu sople donde quiera. Es envidioso, se siente desmentido y traicionado: ¿no debería el Espíritu de Dios estar sólo en nuestras manos, de tal forma que aparezca con claridad que nosotros, sólo nosotros, somos sus portadores?

Vuelve a la mente un episodio del antiguo testamento: Moisés comunicó el espíritu de Dios a setenta ancianos, que habían salido del

campamento y se habían reunido junto al tabernáculo. Pero un joven notó con sorpresa que el espiritu se había posado también sobre Eldad y Medat, dos ancianos que no se habian unido al grupo y que no habían salido del campamento y también ellos se pusieron a profetizar. Y Josué exclamó: Moisés, mi señor, prohíbeselo. Moisés en cambio, le respondió: «¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!» (Núm 11, 29-30).

Los auténticos amigos de Dios, como Moisés y Jesús, se gozan en la liberalidad del Espiritu. No se sienten desairados porque aman a Dios y no a sí mismos, y esta es la cuestión. En cambio, muchos puntillosos sostenedores de Dios —quiero decir todos los *puntillosos* sostenedores de Dios— en realidad se sostienen a si mismos, su propio recinto.

También es cierto que no todo gesto es de Cristo, no toda tentativa de liberalización le pertenece: le pertenece sólo lo que ha sido realizado *en su nombre*... Solamente que el *nombre* no indica el recinto sino la lógica (B. Maggioni, *o. c.*).

# Advertencias contra el escándalo. Necesidad de la sal y de la paz

9, 42-50[1]

42. *—«Y al que escandalice a uno de esos pequeños que creen en mí*
*sería mejor para él que le encajaran en el cuello*
*una piedra de molino y lo echasen al mar.*

43. *Si tu mano te pone en peligro, córtatela.*
*Más te vale entrar manco en la vida,*
*que ir con las dos manos a la gehenna,*
*al fuego que no se apaga.*

44. ...

45. *Y si tu pie te pone en peligro, córtatelo.*
*Más te vale entrar cojo en la vida,*
*que con los dos pies ser echado a la gehenna.*

46. ...

47. *Y si tu ojo te pone en peligro, sácatelo.*
*Más te vale entrar tuerto en el reino de Dios,*
*que ser echado con los dos ojos a la gehenna.*

48. *Donde* su gusano no muere y el fuego no se apaga.

49. *De hecho cada cual será salado a fuego.*

50. *Buena cosa es la sal;*
*pero si la sal pierde el gusto, ¿con qué la daréis sabor?*[2].
*Que no falte entre vosotros la sal y convivid así en paz.*

*Una trampa, una piedra,*
*un basurero y algo precioso*

Es esencial en este pasaje precisar los términos usados por Jesús.

1. *El escándalo.* No se entiende en el sentido que hoy damos a la palabra (un hecho que tiene una vasta resonancia y provoca turbación en la opinión pública) sino que indica, según el lenguaje bíblico, *un peligro para la salvación.*

1. Cf. Mt 18, 6-9; Lc 17, 1-2.
2. ¿Con qué la sazonaréis?

Se podría también decir: perjuicio para la fe.

Literalmente la palabra significa tropiezo, trampa, engaño, obstáculo puesto en el camino de alguien. Por tanto, quien escandaliza es un individuo que quiere hacer caer a otro, desviarlo de su fe, hacerle difícil el camino de su adhesión a Cristo.

2. *¿Quiénes son los pequeños?* Nos encontramos ante los *mikroi,* los pequeños [3] y ya no ante los *paidoi,* los niños, de los que hablaba poco antes (9, 37).

Son los miembros más débiles y frágiles de la comunidad. Son los hermanos más humildes y sencillos. Aquellos que comúnmente los rabinos consideraban con desprecio, porque para ellos «pequeños» equivalía a «inmaduros».

La única relación que se puede establecer con los niños, es en el sentido de que estas dos categorías de personas están indefensas, necesitadas de protección, porque están más expuestas al peligro por su fragilidad.

Pero Jesús no habla de los niños en sentido propio.

Explica E. Schweizer: «Los pequeños son los discipulos de Jesús. La expresión tiene el mismo significado que "pobres de espíritu". Mc ha aclarado el término, que sería incomprensible, con la precisión de "que creen en mí"... Los discipulos, precisamente en su pequeñez y en su condición de blanco de la tentación, están de forma especial a la sombra de la protección divina. Son, por tanto, los más insignificantes, los menos interesantes, los que están particularmente recomendados a la comunidad, los rechazados, los extraños, los molestos, los que viven al margen. Se deberá incluso pensar en aquellos que en su sencillez no son capaces de seguir todo lo que la teología conoce; pero nunca en aquellos "pequeños" que se consideran a si mismos como únicos verdaderos creyentes y se imponen a todos los demás».

Y también R. Schnackenburg precisa: «La fe de los sencillos es un bien tal que nadie puede quitarlo impunemente. Por supuesto no hace falta decir que con este dicho Jesús no entiende que se prohíba el reflexionar sobre la fe y que se discutan los problemas. La amenaza se dirige a aquellos que, maliciosamente y con intención, inducen a los otros a desistir de creer en él».

3. *La piedra de molino.* Era una gran piedra que tenia más o menos la forma de una campana.

Explica minuciosamente Lagrange: «Mientras la piedra a mano se compone de dos piedras redondas en la que la de arriba tritura el

3. Cf. la palabra *mikros* por O. Michel, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento,* de Kittel y Friedrich, VII.

grano sobre la de abajo, la piedra para el asno es una especie de gran caliz de piedra, perforado en el medio por un largo orificio a través del cual pasa un mazo también de piedra. El grano se echa en el caliz y se tritura contra el mazo a medida que la piedra gira, puesta en movimiento por un asno atado a las abrazaderas de la piedra. Era posible levantar el caliz perforado y ponérselo en el cuello de alguien. La expresión de Mc resulta, por tanto, absolutamente literal».

4. *La gehenna.* Habitualmente se traduce como infierno. Era el «valle de Hinnom» y se encontraba al sur de Jerusalén. En este lugar antiguamente, bajo el rey Acaz y Manasés, se habían ofrecido sacrificios —también de niños y niñas— a las divinidades paganas. Los profetas habían lanzado por eso terribles amenazas. Por esta razón se había extendido la creencia de que aquel valle sería el teatro del juicio universal. Después, poco a poco, la gehenna se había convertido, por antonomasia, en lugar de castigo para los condenados.

Por desprecio los hebreos le habian hecho vertedero público. El fuego quemaba a continuación hasta destruir los desechos.

La cita de Jesús está tomada de Isaias: «Su gusano no muere, su fuego no se apaga» (Is 66, 24).

## *El mensaje*

La amonestación de Jesús se desarrolla en dos partes: la primera está constituida por el versículo 42, la segunda va desde el 43 al 47.

Las palabras relativas al escándalo para los pequeños aparecen tanto más severas cuanto que poco antes Jesús ha garantizado la recompensa a quien acoge y ofrece un vaso de agua a los dicípulos (también ellos son «pequeños» a los ojos de la gente que cuenta). Aquí, en cambio, se considera la actitud opuesta: la de quien pone en peligro la fe de estos «pequeños» constituye un pecado bastante más grave que la pérdida de la vida misma. Tengamos en cuenta que la imagen de un hombre que se ahoga en el mar con una piedra de molino encajada en el cuello, resultaba particularmente dramática para los hebreos, dada su mentalidad que consideraba la muerte por ahogamiento como la más abominable.

«Seguramente en torno a Jesús habría personas que disuadían a "los pequeños" y a los sencillos que le seguían para que no pusieran en él su fe ni le fueran fieles. Era obvio que Jesús considerase, indignado, semejantes intentos de seducción» (R. Schnackenburg).

Después de haber puesto en guardia contra el propósito de destruir la fe en el corazón de los pequeños, Jesús considera otro tipo de

escándalo: no ya el provocado por los otros, sino el que nace dentro de nosotros.

Se alude a la mano, al pie y a los ojos, como ocasiones de escándalo. Pero no es necesario pensar en tentaciones específicas en este sentido, aunque la interpretación alegórica lo haya hecho abundantemente (por ejemplo: la mano simboliza alguien o algo a lo que estamos muy apegados, que nos es querido y útil; o bien una entrega exagerada a la acción. El pie puede indicar la orientación equivocada de la vida. El ojo expresa los malos deseos).

En otra ocasión Jesús ha subrayado ya cómo el mal brota del corazón del hombre (Mc 7, 21).

Aquí el Maestro quiere decir sencillamente que la posibilidad de caída del hombre, la atracción hacia el mal, depende de su naturaleza corpórea.

Jesús, con gran fuerza, inculca el rechazo más claro de cualquier connivencia con el mal.

La salvación, el seguimiento, plantean exigencias tan radicales que hay que estar dispuestos a cualquier sacrificio, a cualquier despego.

La imagen usada para indicar cómo nada vale más que la salvación, es la de la mutilación de los miembros más preciosos. Cuando está en juego el destino último del hombre —expresado con el término «vida» y sucesivamente «reino de Dios»— hay que estar dispuestos a las elecciones más lacerantes.

Naturalmente no hay que entender que Jesús recomiende la mutilación para evitar el pecado, además se puede cometer una culpa siendo cojo o tuerto... Jesús insiste en la vida, no en la disminución física.

«El cortarse un miembro no es un fin en sí mismo y no sirve ni siquiera para el perfeccionamiento del espíritu en el sentido de la mortificación del cuerpo. Sencillamente indica que la obediencia a Dios es, en cualquier circunstancia, la más importante, incluso más importante que los propios miembros (estos no son por tanto mencionados como algo despreciable, sino como las cosas más preciosas que el hombre posee). Está, pues, claro que no se trata de aplicar literalmente estas palabras... No se trata de infligirse el sacrificio de una mutilación para adquirir méritos, sino para *liberarse de todo aquello que constituye un obstáculo a la comunión con Dios*. Y este obstáculo en cada caso será distinto» (E. Schweizer).

Es decir, todos han de tener el coraje de cortar por lo sano. Si uno está dispuesto incluso a perder una mano por la salvación del cuerpo, mucho más por la salvación total.

Al discípulo, por tanto, se le plantea la alternativa de la extrema seriedad del compromiso con Cristo.

Las tres sentencias de Cristo —medidas según un cierto ritmo— aunque se refieren al campo moral, no se limitan a él, sino que abarcan todas las opciones existenciales.

El lenguaje de Jesús, aunque exprese una seriedad excepcional, sin embargo, es necesariamente metafórico y como tal es entendido, no para hacerlo menos incómodo o atenuar su carga provocadora, sino para traducirlo a las situaciones más diversas y aplicarlo a los compromisos más variados.

Incluso para la gehenna, Jesús se sirve de una imagen familiar a los que le escuchaban. No debemos pedirle sobre esto informaciones relativas a las penas infernales o sobre la vida del más allá. Para él «entrar en la vida» o «ser echado a la gehenna», quiere decir sencillamente participar en el reino futuro o bien ser reprobados por Dios. En este último caso se pone en evidencia el fallo de la vida del hombre en relación a su fin transcendente.

Nota oportunamente R. Fabris: «La novedad del evangelio no consiste en proponer una nueva concepción del más allá, sino en dar, a través de la palabra y de los hechos de Jesús, un nuevo fundamento al compromiso de vivir seriamente en el más acá, en donde es decidido también el destino último y definitivo del hombre ante Dios».

Y V. Taylor: «Jesús se sirve de una idea corriente en su tiempo. No se le deben atribuir ideas posteriores de castigos eternos, ajenas a su enseñanza sobre Dios y sobre el hombre; pero, por otra parte, sus palabras no pueden ser interpretadas como una metáfora pintoresca. En oposición a la fórmula "entrar en la vida", las palabras "ser arrojados en la gehenna" indican la ruina espiritual y quizá la destrucción».

Lagrange: «La cuestión de la eternidad del castigo no es tratada directamente. Los agentes del suplicio no se paran jamás, mientras haya que castigar... pero esto no determina la duración de la pena».

### *La sal*

«De hecho cada cual será salado a fuego» (v. 49). La unión con lo que precede viene dada por la palabra «fuego». Sin embargo, de este versículo se han dado al menos unas quince interpretaciones distintas.

La más... cruel me parece la que atribuye a Jesús un pensamiento de este tipo: es necesario sufrir, ser atormentados. El que no acepta la mutilación en este mundo (según lo que se ha dicho antes), deberá sufrir el fuego en el otro. Sería como querer hacer de Dios un torturador a toda costa. Algo decididamente repugnante.

Mucho más sensata es la posición de quienes, partiendo de la consideración de algunas propiedades de la sal (purificación, conser-

vación), y de que era usada a veces en las ofrendas sacrificiales, refiere el dicho (mediante la unión simbólica fuego-sal, es decir el fuego que es sal) a la persecución que enviste la vida de los seguidores de Cristo. No hemos de olvidar que Mc escribe para una iglesia que conoce la persecución más dura.

Por eso el dicho de Jesús podría significar esto: la persecución, en ciertos casos, es el único modo de conservar la fe y demostrar la propia fidelidad. Las pruebas que generalmente tiene que afrontar el discípulo son un elemento purificador (como el fuego) que destruyendo todo lo que no es digno de Dios, hacen agradable la ofrenda que se le presenta.

En definitiva, persecución y sufrimiento garantizan la autenticidad de la fidelidad del discípulo.

Decía Tertuliano: «Nadie que no haya pasado a través de la tentación puede obtener el reino de los cielos».

Nadie, por tanto, puede ilusionarse de que no sea probado.

La disponibilidad al sacrificio no es un fin en sí misma, pero indica que el discípulo atribuye el máximo valor al seguimiento, por el que está dispuesto a pagar cualquier precio (en este sentido la sentencia completa las precedentes).

«... Pero si la sal pierde el gusto, ¿con qué la daréis sabor?» (v. 50). También discusiones infinitas sobre este versículo, que parece ser desmentido por los químicos, los cuales afirman que la sal no puede perder sus propiedades.

Sin embargo, Jesús no tiene necesidad de referirse a los análisis químicos. La sal es elegida como símbolo. La sal a la que él se refiere, claro que puede volverse insípida. Desgraciadamente.

De esta forma la aplicación a los discípulos resulta bastante transparente: se habla de su especificidad, de su función peculiar que han de ejercitar ante el mundo.

«Jesús pensaba en la fuerza intima del ser cristianos. En este pasaje los discipulos son invitados, por tanto, a no disipar su sustancia específicamente cristiana, sino a conservarla para poder cumplir su función hacia el mundo. Si se pierden las cualidades sustanciales es imposible recuperarlas» (G. Dehn).

Y J. Schmid resalta el mismo pensamiento: «El discípulo que ha perdido el espiritu de su misión, es decir la seriedad religiosa, la prontitud para sacrificarse y para servir, ha perdido todo su valor y es inservible».

«Que no falte entre vosotros la sal...» (v. 50). En este último versículo, exclusivo de Mc, la sal parece estar tomada como elemento indispensable en las buenas relaciones internas de la comunidad. No

es casual que después de la recomendación «que no falte entre vosotros la sal» se añada «y convivid así en paz».

La sal que los discipulos no deben absolutamente perder quizá sea la total dependencia de Jesús. Lo que les permite ser auténticamente sí mismos, conservar la propia singularidad.

Pero puede también ser la sal de la sabiduría, de la doctrina, que está en la base de las relaciones con los otros. San Pablo escribe: «Vuestra conversación sea siempre agradable, con su pizca de sal, sabiendo cómo tratar con cada uno» (Col 4, 5).

Por su parte V. Taylor comenta: «Un modo para vivir en paz con los demás es una existencia condimentada con las cualidades de la sal; es decir, probablemente lo que nosotros llamamos sentido común».

No olvidemos que entre los griegos, la sal era símbolo de amistad. En este sentido, a veces se le ofrecía al huésped un poco de sal.

Sin embargo, me parece que hay que tener presente también la conclusión de E. Schweizer, que tiene el mérito de armonizar este dicho con los elementos antes apuntados y, por tanto, de proponer un discurso unitario: «Tened el espíritu de sufrimiento que se sacrifica, de la resistencia al mundo, pero tened paz unos con otros».

Y la TOB propone: «Tened en vosotros mismos espíritu de sacrificio (en relación al mundo) y vivid en paz (entre vosotros)».

R. Schnackenburg por su parte une la última frase «convivid así en paz» con la disputa inicial de los discípulos sobre las precedencias. Y comenta: «Si los seguidores de Jesús se empapan bien de todo lo dicho precedentemente, no encontrarán dificultad en superar la animosidad recíproca. Pero hay más: el seguimiento de Jesús, que exige el empleo de todas las fuerzas y pone a prueba el testimonio que hay que dar en medio del mundo, ¿cómo puede permitir que existan entre ellos riñas y celos? Es una afirmación grave, válida para todos los tiempos... Sólo una extrema dedicación al servicio de Cristo y una concordia realmente fraterna pueden dar a la comunidad cristiana el vigor necesario para recorrer el camino que siga las huellas de Jesús».

## Provocaciones

1. Sí, hay quien escandaliza a los «pequeños» que tienen fe.

Pero también puede haber «pequeños» que escandalizan a los que están buscando, sufriendo y abriendo camino sinceramente.

Esto sucede cuando los discípulos se entretienen por el camino en vez de seguir decididamente al Maestro, se mantienen en una razonable distancia, riñen por las precedencias, debaten animosamente cuestiones internas o académicas, se ocupan de bagatelas, se conten-

tan con medias tintas, no tienen el coraje de comprometerse hasta el fondo por el evangelio.

En este caso se convierten en escándalo, obstáculo e impedimento en el camino. Hacen difícil el paso.

Estorban y no permiten acercarse a Cristo.

2. También hay pequeños que no lo son y que tienen una fe que es todo menos fe.

Más que adherirse al Maestro, están atados a su propia mentalidad, a sus propias costumbres, seguridades, inercias.

Cuando estos gritan escandalosamente, no hay que dejarse impresionar.

No son gritos de sufrimiento, sino caprichosos.

En su boca, la defensa de la fe es sólo un chantage para imponer a todos su paso lento, sus cantos apagados, sus gestos vacíos, el inmobilismo, la tristeza y el aburrimiento.

Ante estos pequeños abusivos, el escándalo se convierte en un deber. Y consiste en no tomarles en serio y continuar caminando a pesar de sus chillidos.

Puede ser que, finalmente, se dejen arrastrar por el «soplo» que les impulsa hacia adelante.

El Maestro, de hecho, está más allá.

3. Quién sabe cuántas personas he escandalizado y continúo escandalizando. Estoy íntimamente convencido y profundamente afligido, aunque no soy capaz de buscar una piedra de molino y encajármela en el cuello. Y, en el caso de que la encontrase, temo que la tendria como objeto ornamental.

Sin embargo, me parece honesto confesar que también yo permanezco a veces escandalizado.

Y soy escandalizado precisamente por aquellos que no me escandalizan jamás.

Quiero decir aquellas personas que me proponen como ejemplares, que tienen la pretensión de alardear —oh, muy humildemente...— ante tus ojos como modelos. Modelos de regularidad, respeto a la autoridad, espíritu de fe, observancia, sacrificio, prácticas piadosas. Irreprochables, inatacables, irreprensibles. La conciencia rígidamente almidonada. Jamás una falta de moral, una rotura en su lúcida coraza de ortodoxia.

Estos me escandalizan porque siempre están «a punto». No hay nada que les ponga en crisis, que les remuerda con fuerza. La conversión es una tarea a la que se dedican, sin duda, pero para los demás (estaria tentado a decir «contra» los demás).

Me ayudarían mucho más, en mi escasa fe, si les viese, alguna vez, con un poco de barro en los zapatos, si les cogiese en un momento de duda, de desaliento. Si su blindaje se resquebrajara por un momento y dejase adivinar una reflexión, una ligera duda, una desviación.

Me convencerían totalmente, si al menos alguna vez les escuchase decir «no sé», «no estoy seguro».

Resolverían mis problemas, si al menos en una ocasión confesasen no tener la respuesta en el bolsillo.

Su buen ejemplo es el que me escandaliza y su presunta cercanía al Maestro lo que me aleja, su sorprendente seguridad de estar siempre y en todas partes en lo cierto me da ganas de meterme en la parte equivocada.

Tengo necesidad urgente de un escándalo suyo. Lo espero con ansia.

El día en que les cogiese en un fallo, les sintiese reconocer públicamente una culpa enorme, admitir «he sido un desgraciado, procurad perdonarme», no, no correría a buscar una piedra de molino para encajármela al cuello. Me pondría de rodillas, junto con ellos, me golpearía el pecho en sintonía con sus golpes.

Y nos sentiríamos todos menos lejanos de él.

4. Algunos estudiosos advierten con premura que Cristo cuando inculca la exigencia de cortarse la mano, el pie, de arrancarse el ojo cualquiera que sea el motivo de escándalo, habla en sentido metafórico. Y dan la sensación de calmarte, con un sentido de benévola complicidad.

Como si dijeran: no te asustes, es sólo un modo de hablar.

Yo, por el contrario, estoy asustado precisamente por esto.

Si no hubiera hablado en sentido figurado, me sentiría más tranquilo.

Precisamente porque es «un modo de hablar», permanezco turbado, conmovido. Advierto el peligro.

De esta forma sé que, en algunas circunstancias, Cristo me puede pedir algo más difícil que la pérdida de un miembro del cuerpo.

Puede invitarme, por ejemplo, a conservar las manos en perfecta eficiencia, pero para utilizarlas en algo que no sea el consabido aferrar, tener o acumular.

Puede permitirme mantener entrenados los pies. Pero, en definitiva, para utilizarlos en ese camino por el que no quisiera ir.

Puede autorizarme a tener la vista bien. De tal forma que no cierre los ojos a una realidad que quema.

Sería más cómodo tomar las palabras de Jesús a la letra.

La pena es que él nos deja entrever que no se conforma con eso.

Sus palabras son «exageradas» no en su formulación, sino en sus consecuencias. No te permiten pararte.

Más que tomarlas al pie de la letra e interpretarlas estrechamente, es necesario dejarse captar por ellas, dejarse tomar en su incomprensibilidad, en su misterio y dejarse llevar quién sabe dónde.

Queridos estudiosos, esta vez hubiera sido mejor demostrar que Jesús quería realmente decir aquello...

Insinuándome, en cambio, que es sencillamente «un modo de hablar», me habéis alarmado. Veo detrás, inquietante, un «modo de hacer» que no me gusta...

5. Ciertos maestros dan la impresión de hablar en términos opuestos a la enseñanza de Jesús.

Para ellos se trata de *conservar* la paz dentro de la comunidad *perdiendo* la sal (es decir, la propia identidad, la propia especificidad).

Cristo afirma, en cambio, que solamente si conservas la sal dentro de ti, es decir si permaneces tú mismo (modelado en él) puedes vivir en paz con los otros.

En otras palabras, la contribución más grande que puedes ofrecer a la paz fraterna es la de conservar la unicidad, tu originalidad, no dejar perderte en la masa, en el anonimato y en la superficialidad.

La paz es lo contrario de la nivelación.

Resultan más dañinos los acomodamientos forzosos que los contrastes excesivos.

Los suspiros pueden ser más perjudiciales que la rabia auténtica. Una cabeza que piensa por su cuenta, ciertamente, molesta. Constituye un peligro para el sueño del rebaño. Pero no es una amenaza para la paz.

La comunidad se consolida con la sal, se refuerza con el fuego, no con el caramelo, ni mucho menos con el humo.

6. Naturalmente no hay que dejar la sal-sacrificio, la sal-renuncia para asegurar la paz.

Sin embargo, si es cierto que uno debe estar dispuesto a cortar el egoismo, el amor propio, todo lo que se opone a la comunión con Cristo y con los hermanos, no se le puede pedir sacrificar los auténticos valores, ni renunciar a sí mismo.

Además, *todos* deben sacrificar algo. Nadie está autorizado a hacer trampas.

No es honesto que uno pida a los otros dolorosas renuncias, espíritu de fe, mientras él practica únicamente las exigencias de la paz (y de la propia tranquilidad).

## CONFRONTACIONES

### *No hay que escandalizar ni siquiera a aquellos otros...*

Hay que tener en cuenta, al leer este texto hoy, que no se puede aplicar de manera unilateral. Por ejemplo, decir que no se puede innovar por temor de chocar con los creyentes instalados en sus costumbres y que están desconcertados por los cambios actuales. Estos tienen derecho, indudablemente, a ser iluminados acerca del sentido de estos cambios y respetados en el ritmo de su fe. Pero a los que no se debe escandalizar, es decir conducir al mal y dejar que se pierdan, pueden ser también aquellos que están tentados a abandonar la iglesia porque no se reforma, o aquellos que están en el umbral y no pueden entrar porque nuestro comportamiento les retiene fuera. (J. Delorme, *Lecture de l'evangile selon saint Marc,* Cahiers Evangile 1/2, Paris 1972).

### *También hay un escándalo de Dios*

Ciertamente, el evangelio conoce también un escándalo «divino», que consiste en la posibilidad de que la obra salvífica de Dios sea motivo de escándalo para un hombre, a causa de su inescrutabilidad. Para los judíos la doctrina y la actividad de Jesús fue un obstáculo (escándalo) que les llevó a la ruina. Más aún, en Jesús el escándalo llega a su ápice. El es el Mesías no «mesiánico» que está en neta contradicción con cuanto los judíos esperaban del Mesías. Su mismo manifestarse como Mesías acontece de un modo tan velado, que parece casi invitar a los hombres a la incredulidad. Lo divino se manifiesta en él de una forma que desilusiona completamente a los hombres. Esta forma paradójica de actuar de Dios en el mundo aparece por eso una locura para ellos (1 Cor 1, 18-24).

Pero esta situación por la que los hombres son expuestos al peligro del escándalo precisamente por la revelación de Dios, tiene su fundamento en la antítesis que separa el evangelio del mundo y en la coexistencia de los dos «siglos» (eones) a partir de la venida de Cristo (J. Schmid, *El evangelio según san Marcos*, Barcelona 1967).

# Controversia sobre el divorcio

10, 1-12[1]

1. *Partiendo*[2] *de allí, se marchó al territorio de Judea*
*y Transjordania;*
*otra vez se le fueron reuniendo grupos de gente por el camino*
*y, según su costumbre, también entonces les estuvo enseñando.*

2. *Se acercaron unos fariseos*
*y le preguntaron para ponerlo a prueba:*
*«¿Le está permitido a un hombre repudiar*[3] *a su mujer?».*

3. *El les replicó:*
*«¿Qué os ha mandado Moisés?».*

4. *Contestaron:*
*«Moisés permitió repudiarla, dándole un acta de divorcio»*[4].

5. *Jesús les dijo:*
*«Por lo testarudos que sois dejó Moisés ese precepto.*

6. *Pero al principio del mundo,* Dios los hizo varón y hembra.

7. Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre,
se unirá a su mujer[5].

8. Y serán los dos un solo ser; *de modo que ya no son dos, sino un solo ser.*

9. *Luego lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».*

10. *Vueltos a casa, los discípulos le preguntaron sobre lo mismo.*

11. *El les dijo:*
*«Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera.*

12. *Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio».*

1. Cf. Mt 19, 1-9. Cf. también Mt 5, 32; Lc 16, 18.
2. Levantándose de allí.
3. Literalmente: alejar, re-mitir.
4. Literalmente: el libelo de divorcio.
5. Algunos manuscritos omiten esta frase. El verbo «unir», aquí está utilizado en un sentido distinto del que aparece en el versículo 9, en donde significa literalmente «ponerse bajo el mismo yugo».

*Una comunidad más vasta*

El último viaje a través de Galilea (9, 30-50) ha sido jalonado por una serie de instrucciones reservadas a los discípulos, dirigidas a subrayar algunas exigencias del seguimiento, y que forman una especie de compendio de normas para la vida comunitaria, articulado de esta manera:

— Segundo anuncio de la pasión y resurrección (9, 30-32).
— Quién es el más grande (9, 33-37).
— Quién puede usar el nombre de Jesús (9, 38-41).
— Admonestaciones contra el escándalo; «dichos» sobre la necesidad de la renuncia, de la sal, y de la paz (9, 42-50).

Ahora Jesús se despide de Galilea, cuna del evangelio, y se dirige hacia Judea, lugar de la pasión. Encuentra a la gente de la que estaba apartado desde hacía un poco de tiempo.

Este viaje está caracterizado por algunas enseñanzas que no se refieren exclusivamente a los discípulos, sino que se alargan a dimensiones y exigencias de una comunidad más vasta. He aquí los temas:

— La controversia sobre el divorcio (10, 1-12).
— El puesto que ocupan los niños (10, 13-16).
— Actitud ante las riquezas y los bienes terrenos (10, 17-25).
— El problema de la recompensa (10, 28-31).

Aparentemente se trata de argumentos éticos y sociales. Pero, en el transfondo, se adivina siempre el seguimiento con sus exigencias. Por eso E. Schweizer titula estos pasajes de la siguiente forma: «El seguimiento en el matrimonio», «Seguir a Jesús con una fe de niños pequeños», «Seguir a Jesús en la libertad de la riqueza».

Gracias a la introducción de este pasaje —Jesús se dirige hacia el sur— Mc se gana una vez más el suspenso en geografía. Ciertamente sus indicaciones, como de costumbre, no aclaran las cosas; más bien las complican.

Alguno afirma categóricamente que Jesús, para ir a Judea, tendría que haber pasado antes por Transjordania (Perea) y no al revés.

Puede suceder, que también aquí prevalezca en Mc la preocupación teológica, por lo que también la geografía entra a formar parte de su construcción arquitectónica. De esta forma, pone antes Judea, queriendo subrayar el hecho de que Jesús se encamina hacia la cruz.

## *Mandato y permisión, es decir, intención de Dios y dureza de corazón de los hombres*

La pregunta de los fariseos es capciosa y sólo tiene el objetivo de poner a Jesús a prueba. La trampa podia consistir en obligarle a declararse a favor de una de las escuelas rabinicas que estaban encontradas en esta materia, o hacerle caer en desgracia ante Herodes Agripa —como le había sucedido a Juan Bautista— por el episodio «candente» del repudio de su mujer legitima.

El divorcio estaba generalmente admitido en el judaísmo[6].

La discusión quedaba abierta en los motivos que lo podian autorizar. La iniciativa, salvo rarisimas excepciones[7], pertenecía siempre al marido.

La gama de razones era más bien amplia. Iba desde los casos más fútiles (la mujer que dejaba quemar la comida), para pasar a través de los que se consideraban como atentados a la moral del tiempo (la mujer que salía sin el tradicional velo calado sobre la cara, o que se entretenía en la calle a hablar con todos o que se ponia a hilar en la via pública), para llegar al caso más grave, el adulterio. Solamente para esta última situación no había prácticamente dudas acerca de la posibilidad e incluso el deber del divorcio.

Para los demás casos, las posiciones eran muy distintas.

El texto fundamental era una disposición sancionada por el Deuteronomio (24, 1-4). Especialmente la expresión —«... porque descubre en ella algo vergonzoso»— daba origen a la controversia. Se enfrentaban dos escuelas que tenían por jefes a dos rabinos prestigiosos, Shammai y Hillel.

La primera, que se podría definir como rigorista, interpretaba el texto en sentido restrictivo, aplicándolo a hechos inmorales de evidente gravedad. Esta línea severa tutelaba, sobre todo, la dignidad de la mujer contra el arbitrio del marido.

La escuela de Hillel, en cambio, adoptaba una actitud más permisiva, que de hecho desembocaba en la faciloneria y legitimaba toda clase de pretextos, incluso los caprichos del marido (en efecto, bastaba con que el hombre encontrase en la mujer algo que le molestase o bien que hubiera encontrado otra mujer más graciosa, para ser autorizado a deshacerse de la esposa legítima).

6. Cf. sobre este tema y, en general, sobre la condición de la mujer hebrea, J. Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977, 371 s.

7. Un caso clamoroso había sido el de Salomé, hermana de Herodes el Grande, la cual había tomado la iniciativa en el ejercicio del divorcio. Pero no debemos olvidar que se trataba de una princesa.

De esta forma se le reconocía al hombre un derecho casi unilateral al divorcio, fundamentado en los motivos más banales, con grave perjuicio para la condición de la mujer, que llegaba a un nivel de degradación verdaderamente humillante.

La única restricción para un divorcio rápido era establecida por... el dinero. En efecto, el hombre, además de conceder el libelo de repudio, estaba obligado a dar a la mujer una suma establecida en el contrato matrimonial.

En el caso de que no tuviera esta posibilidad financiera, para... resarcirlo del inconveniente de tener que soportar una mujer desagradable, se le consentía llevar a casa otra mujer. Así se verificaban no pocos casos de poligamia.

Entre los distintos círculos religiosos del tiempo, solamente la comunidad de Qumrâm se oponia decididamente a esta última práctica y generalmente en el campo matrimonial, propugnaba una práctica más bien rígida.

La pregunta de los fariseos (o de alguno que se hacía intérprete de su pensamiento), por tanto, estaba dirigida a envolver a Jesús en esa disputa de corrientes que desembocaba en una casuística vergonzosa.

A la pregunta Jesús responde, sin embargo, con una nueva pregunta. Hay que advertir que el Maestro pregunta: «¿Qué os ha mandado Moisés?» (v. 3).

Ellos responden: «Moisés permitió...» (v. 4). En esta contraposición entre *mandato* y *permisión* está el núcleo de la controversia.

Jesús explica la razón de la «concesión» por parte de Moisés: «por lo testarudos que sois» (v. 5). Es vuestra *sclerokardia,* es decir la opacidad ante la revelación de Dios, la causa de todo.

Pero ¿se puede verdaderamente hablar de concesión, de permisión a causa de la debilidad, de la fragilidad humana?

Me parece que tiene razón E. Schweizer cuando sostiene que la expresión contiene «un juicio contra ellos, un testimonio de su dureza de corazón, un acto de acusación permanente».

Aquella permisión que ellos interpretaban como una conquista, como un signo de benevolencia divina para ellos, en realidad sería un inquietante testimonio contra ellos, porque *se mostraban incapaces de vivir el amor en la relación hombre-mujer como lo vive Dios en alianza estrecha con su pueblo*[8].

Por ello Jesús, saltando el legalismo de los fariseos, lleva la cuestión «al principio del mundo» (v. 6) para encontrar el proyecto de

8. Existía un texto muy significativo de Malaquías: «Y hacéis otra cosa: cubrís el altar del Señor de lágrimas, llantos y lamentos, porque no se fija en vuestra ofrenda ni la acepta de vuestras manos. Preguntáis por qué; porque el Señor dirime tu causa con la mujer de tu juventud, a la que fuiste infiel, aunque era compañera tuya, esposa de alianza. Uno solo los ha hecho de carne y espíritu» (Mal 2, 13-15a).

Dios en la relación hombre-mujer. De esta forma les hace reflexionar sobre el hecho de que la voluntad divina implica una unión muy estrecha entre los sexos con la característica de indisolubilidad.

Hay que aclarar algunas cosas.

«Y serán los dos un solo ser» (v. 8). La expresión no está limitada a la unión física. *Carne,* la palabra original en hebreo, significa el hombre en la realidad de su ser corporal e incluso la persona en su totalidad. Por lo que la unión típica del matrimonio implica la donación completa de una persona a otra (de la que el acto sexual es precisamente la expresión sensible). La mentalidad hebrea está muy lejos del desprecio del cuerpo o de la descalificación de la sexualidad. Sin embargo la unión conyugal no puede reducirse a la unión física. En este caso sería como un «signo» vacío de contenido.

«La personalidad humana recibe aquí un reconocimiento y esto permite darse cuenta de que la unión conyugal ante todo no es la satisfacción del impulso sexual, sino más bien la relación interpersonal en la que se explica la actuación por sí del ser humano mediante el encuentro y la comunidad de vida con el *partner*... El matrimonio es una comunión personal y cuanto mejor se realiza esta comunión, tanto más fácil resulta la superación de las dificultades y de las tensiones insertas en la relación sexual» (R. Schnackenburg).

La expresión, por tanto, se podría traducir libremente: y los dos formarán una comunión de vida.

«Luego lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (v. 9). Parece que aquí *el hombre* no hay que entenderlo como «legislador humano» o «autoridad judicial», sino que indicaría el marido en su responsabilidad personal. Por otra parte, todo el pensamiento de Jesús en el texto se pone en una perspectiva que no es ciertamente la estrictamente jurídica.

«Detrás de las imágenes Jesús se refiere a la relación personal. Es una locura tratar este texto como una prescripción legal. Sus palabras son espirituales y, por tanto, las más vinculantes; pero su aplicación es dejada a la conciencia cristiana iluminada» (V. Taylor).

«Vueltos a casa, los discípulos le preguntaron...» (v. 10). Ante las preguntas de los «suyos», Jesús no hace otra cosa que confirmar la enseñanza dada en público. No añade ninguna novedad a su pensamiento, que permanece en una línea de extrema claridad y compromiso.

El hombre que se divorcia y se casa con otra mujer, comete adulterio.

El versículo 12 (del que se dan varias versiones), probablemente, es un añadido de la iglesia primitiva y contempla la situación de un ambiente grecorromano en donde, a diferencia del hebreo, también la

mujer podía asumir la iniciativa para el divorcio. La comunidad, por tanto, actualizando —y, en cierto sentido, completando— con libertad la lección de Jesús, afirma que también la mujer divorciada que se casa con otro hombre, es culpable de adulterio.

De esta forma el discurso de Jesús, lejos de ser cambiado arbitrariamente, recibe sencillamente una aplicación inserta en una situación distinta[9].

*El punto de partida*

La posición de Jesús merece ser considerada atentamente porque contiene aspectos de gran importancia y de candente actualidad.

La podemos sintetizar así:

1. *Superación del legalismo*. Tanto del «permisivo» como del «restrictivo». Jesús no ha venido para alargar ni para restringir la ley, sino para alargar los horizontes.

Una vez más no se deja envolver en las disputas de escuela, seducir por la casuística más banal, no se alista ni con Shammai ni con Hillel.

Saltando decididamente el aspecto jurídico, lleva el debate a su verdadero horizonte: *la intención fundamental del Creador*.

En esta perspectiva iluminadora —no moviéndonos en las distintas interpretaciones y tradiciones humanas— hay que afrontar el problema.

Jesús rechaza el ofrecer una solución raquítica. Pero *encauza la solución en el punto de partida preciso*.

2. Está fuera de lugar el preguntarse si Jesús asume aquí una posición de extrema dureza que parece estar en contraste con otras actitudes suyas de comprensión y de mansedumbre.

La posición del Maestro no puede ser valorada en estos términos precisamente porque, en el caso específico, incluso cuando se refiere «al principio», no se refiere a un mandamiento inicial, sino a un «hecho», al acto creador de Dios considerado como «intervención amorosa para los hombres». Muy bien dice E. Schweizer: «Externamente Jesús parece tener la misma posición que el judaísmo más rígido; pero la insistencia con que Jesús transforma la pregunta sobre lo que está permitido en pregunta sobre qué es la voluntad de Dios,

9. Subraya muy oportunamente K. Gutbrod, que el añadido de este versículo «constituye un ejemplo bastante claro de cómo en las comunidades primitivas, las palabras de Jesús eran reformuladas en base a las situaciones y al lenguaje de las distintas áreas culturales. La palabra de Jesús no era transmitida de modo servil y juricista, palabra por palabra: era en cambio reformulada, como discurso vivo, para la nueva situación».

revela una fundamental superación del legalismo. No se puede preguntar ya: ¿qué está prohibido por la ley y dónde hay un hueco para escaparme de la ley? En vez de plantear este dilema, Jesús dirige la mirada de los que le escuchan al don del Creador y les exhorta a vivirlo.

De todas formas, la posición de Jesús es mucho más abierta e implica mucho más: se nos puede dar este don de Dios en la medida en que se vive de la manera querida por él. Esta posición significa no sólo evitar lo que está prohibido, sino también cumplir la voluntad de Dios en el campo de lo que está "permitido". En esta libertad sobre consideraciones exclusivamente legales, que es don de Jesús, se realiza por tanto el fin de la creación».

3. Jesús rechaza también el ponerse en un plano que entienda el matrimonio fundamentalmente como un contrato, donde todo es cuestión de obligaciones, dar y recibir, propiedad, derechos, razones más o menos válidas.

El se coloca en el plano de la dignidad de la persona y de la seriedad del amor. No duda en definir como «adulterio» la ruptura de una relación y de un «pacto», que no tienen nada de contrato, sino que deben reproducir el esquema de alianza de Dios con su pueblo, y constituir por ello una comunidad estable, a pesar de las distintas contingencias.

«Un *pacto* es precisamente una unión interpersonal que comporta obligaciones duraderas. El deber de estar juntos para toda la vida, en tal perspectiva, no es una imposición opresora, sino una elección libre y liberadora, que depende de la estructura personal del hombre y confirma su dignidad» (R. Schnackenburg).

4. Pero en todo el discurso de Jesús me parece poder captar esencialmente una oferta.

Moisés había ofrecido una derogación, una concesión [10].

## *El ofrece una posibilidad*

Precisamente él, que parece más exigente, en realidad es más abierto. Abierto en dirección de las posibilidades del hombre.

La posibilidad que se ofrece es precisamente la de volver al proyecto inicial de Dios, a pesar de la fragilidad y debilidad humanas.

10. La dispensa, en la intención del legislador del Deuteronomio, servía más que nada —a través de la obligación de dar el libelo— a tutelar la libertad de la mujer que, sin aquel acto, habría estado expuesta a toda clase de arbitrariedad.

La vuelta «al principio», a la fuente, no es sencillamente una llamada para descubrir la voluntad originaria de Dios, sino a encontrar en él aquella fuerza que el hombre no puede obtener por sí mismo.

«Inaugurando el reino de Dios venido con fuerza (9, 1), Jesús restablece la alianza en su integridad, a partir de la voluntad creadora de Dios. Revela, asi, al hombre y a la mujer la posibilidad concreta de vivir unidos en una sola carne: en efecto, sólo el Hijo amado puede vencer la imposibilidad del hombre para amar como ama el Dios de la alianza» (J. Radermakers).

En el fondo, incluso esta página aparentemente dura, es un alegre anuncio: «Aquí y ahora, siguiéndole, es posible actualizar el proyecto original de Dios, porque ahora viene suprimida, eliminada la *dureza del corazón*. Ahora existe para el hombre y para la mujer una posibilidad real de crecimiento en el amor» (R. Fabris).

Y creo que no debemos olvidar que el seguimiento, en el presente contexto de itinerario hacia Jerusalén, no puede no tomar el camino del hijo del hombre: el sufrimiento. De esta forma también el amor, en esta perspectiva, encuentra su significado, su solidez, su aspecto liberador, no adoptando soluciones fáciles, incluso bajo la cobertura de la ley, sino colocándose bajo el signo de la cruz.

## PROVOCACIONES

1. Decir que Jesús no se pone sobre un plano legal, sino en una perspectiva espiritual, no significa de hecho que se reduzcan las exigencias. Al contrario.

Su lección es aún más vinculante y comprometedora, porque no está inserta en el revestimiento de la ley (ante la cual, siempre es posible encontrar escapatorias, acomodaciones, subterfugios en perfecta... legalidad), sino inscrita en la conciencia personal.

Hay individuos que son capaces de conjugar la más escrupulosa observancia de la ley con la traición más escandalosa, precisamente a los valores que la ley quisiera expresar. Para estos la ley —observada en su aspecto literal— representa la tapadera más prestigiosa del egoismo.

Entre los pliegues de un artículo de código es un juego de niños arreglar las propias conveniencias (a pesar de las apariencias de seriedad y de sacrificio).

En cambio, la conciencia, cuando se la pide que funcione, tiene el inconveniente de molestar.

El legalismo, en el fondo, denuncia sólo la preocupación de «estar a punto» para no ser molestados.

El compromiso evangélico no te permite sentirte en regla porque tienes un «permiso». La dialéctica permiso-prohibición es superada por la exigencia de sentirse en regla con el proyecto divino.

2. Me gusta mucho la respuesta de Jesús que, de pronto, hace trizas todas las diatribas de los expertos para plantear el «caso» más allá de la casuística y ponerlo ante la intención del Creador.

Esta es, pensando bien, la auténtica «vuelta a las fuentes» de la que tanto se habla en ciertos ambientes religiosos, pero que a menudo se acomodan en las lagunas del oportunismo.

Algunas discusiones giran en el vacío en torno a tradiciones más o menos remotas, más o menos obligantes. Nos detenemos en «derivaciones» a veces secundarias, sin tener el coraje de llegar a las fuentes.

Se consideran como vinculantes proyectos «derivados», que representan ya modificaciones, adaptaciones, incluso reducciones —quizá determinadas por circunstancias históricas— y parece que se tiene una especie de sacro terror a abrir el proyecto original y confrontarse con él.

Seamos sinceros. Todos, en realidad, evitamos cuidadosamente volver «al principio». Porque la *novedad* nos da miedo. Y lo más nuevo, en ciertas circunstancias, es precisamente la vuelta al principio.

El momento creativo es siempre el más difícil de captar. El más incómodo. Especialmente para nosotros, que tenemos una distinguida vocación de embalsamadores.

3. La posición de Jesús, hoy sería definida «intransigente».

En realidad, él no pide prolongar una relación puramente exterior, mantener en pie una fidelidad-como-cuerda-al-cuello, vacía de contenido y de alegría.

Exige un compromiso que, al referirse a Dios, encuentra la luz y la fuerza para superar todos los elementos disgregadores, para soldar las roturas, para encontrar la frescura de un don que representa un desafío a lo provisional.

Lo que pretende es una fidelidad creativa, no cansinamente repetitiva. Una fidelidad que se inserte en la línea del amor, no de la ley; en la línea de la alianza, no del contrato-comercio.

Una fidelidad que invente el futuro, que no se limite a prolongar de mala gana el pasado.

Una fidelidad portadora de valores actuales, no de gestos vacíos.

Jesús, en el fondo, más que pedir continuar, pide re-comenzar.

La posibilidad que ofrece no es ciertamente la de apuntalar un edificio en ruinas, sino la de reconstruirlo.

Sí, Jesús es intransigente. No puede no serlo. Porque está de parte de la libertad.

4. Ciertamente los lazos se atenúan y se desgastan. Las motivaciones iniciales «ya no valen». La costumbre hace pesado el paso y nivela la realidad. Las dificultades son reales. No paramos.

También Dios ha conocido dificultades parecidas en su relación con el hombre.

Ha ocurrido algo grave.

También Dios se ha cansado del hombre.

Y precisamente cuando no podía más, ha decidido terminar. Y ha venido a buscar al hombre...

Este es el estilo de Dios.

Cuando la distancia es demasiada, cuando entre los dos no hay ya nada en común, Dios decide abolir las distancias, rompe su clausura divina y viene a plantar su tienda en medio de nosotros.

¿Quién no ha dicho alguna vez «así no se puede seguir», «en estas condiciones es imposible continuar»? Y nos paramos.

Dios, en cambio, precisamente entonces da el paso decisivo con relación al hombre.

Con la encarnación Jesús no viene a traernos a domicilio el «libelo de repudio», sino el «gozoso anuncio» de su amor incurable por el hombre.

## CONFRONTACIONES

### *No todo es igualmente fundamental*

Jesús lleva la cuestión a la fuente. Y ya aquí encontramos una enseñanza, una lección de método: no basta apelar a las tradiciones es necesario valorarlas en base a su dinamismo profundo, en base a aquella intención inicial que las ha engendrado y que ellas a su modo y para su tiempo (pero también a menudo pagando el tributo de la debilidad de los hombres, a su poca fe y a sus pecados) han buscado expresar. Es un principio que se debe aplicar incluso a las Escrituras: todo es palabra de Dios, pero hay textos y textos. Jesús no pone en el mismo plano Génesis y Deuteronomio: el primero revela la intención profunda de Dios, el segundo paga un tributo a la dureza del corazón humano. No todo es igualmente fundamental, no todo es igualmente normativo: las Escrituras deben ser «escrutadas» (B. Maggioni, *o. c.*).

### *Principios operativos*

La tendencia de la enseñanza de Jesús es contra el legalismo. Las cláusulas de excepción en Mt representan el primer estadio en el que sus dichos han sido tratados como preceptos legales, mientras en su

forma original estos son principios operativos eminentemente penetrantes, precisamente por su carácter espiritual. El cristiano concreto no puede tener ninguna duda sobre su observancia, bajo la iluminación del Espíritu en la iglesia y con su propio discernimiento. Para la sociedad en general el problema es más complejo. Aún menos en este ámbito las palabras de Jesús pueden ser tratadas como leyes. Sin embargo, si quiere buscar su propia seguridad y el propio bienestar, la sociedad sólo ganará al dejarse guiar por la enseñanza positiva de Jesús al definir motivos para el divorcio que amenazan la vida personal y familiar (V. Taylor, *Evangelio según san Marcos,* Madrid 1980).

*No se pueden ignorar situaciones trágicas*

También en el clima de la nueva alianza es posible que una unión conyugal se quiebre por fragilidad o por culpabilidad de los hombres y, en este caso, la prosecución puramente exterior de un matrimonio destruido podría conducir directamente a nuevos errores. La cuestión como tal resulta extremamente compleja, habida cuenta de la índole de los preceptos de Jesús y de las cambiantes relaciones de la sociedad moderna...

Sobre un solo punto no puede existir sombra de duda: Jesús quiere conducir a los esposos al mantenimiento fiel de su matrimonio en consideración de la ordinaria voluntad expresada por Dios con la creación, la cual exige un supremo sentido de responsabilidad moral. La iglesia primitiva acogió muy seriamente una llamada tan comprometida. La exégesis de la posición asumida por Jesús en este tema planteaba problemas ya en el pasado, y hoy da que hacer de nuevo a la iglesia.

En un mundo como el actual, si da una interpretación que sea indulgente con el egoismo humano llevaría fácilmente a una praxis análoga a la condenada por Jesús entre sus contemporáneos, por otra parte también una interpretación puramente juridica y legal de la posición de Jesús, falsea sus intenciones. Esta es la dificultad ante la cual nos encontramos sobre todo hoy, en la que la situación insostenible de muchos matrimonios asume frecuentemente aspectos trágicos.

Nuestra iglesia, confiando en la asistencia del Espiritu Santo, tiene el deber de revisar de arriba a abajo la entera problemática matrimonial, sabiendo sin duda que es responsable ante Dios de la salvación de los hombres. Este hecho debe convertirse para todos nosotros en un incentivo para intensificar nuestras oraciones (R. Schnackenburg, *o. c.*).

*La ley no puede resucitar un amor muerto*

La respuesta de Jesús transfiere la cuestión desde el plano normativo jurídico al religioso. El libelo de repudio o acta de divorcio es un paliativo que busca poner remedio a una situación viciada de raiz. En efecto, es el corazón endurecido, la *sclerokardia*, lo que compromete el proyecto originario de Dios. A la refinada sutileza casuística de los piadosos leguleyos que intentan hacer coincidir la voluntad de Dios con los propios deseos e intereses, Jesús opone una nueva óptica. No hay ley que pueda hacer nacer el amor o resucitarlo donde está muerto. Solamente la fuente originaria del amor, el gesto creador de Dios, ofrece al hombre y a la mujer la posibilidad de realizarse en el recíproco compromiso de amor. El proyecto originario de Dios, tal como es expresado en Gén 1, 27; 2, 24, es decir la comunidad del hombre y de la mujer en un solo ser viviente o carne, queda comprometida por la pereza o miedo humano que agota la fuente del amor en el centro mismo de la personalidad, en el corazón (R. Fabris, *o. c.*).

*El encuentro con él hace posible la obediencia a sus exigencias éticas*

Con sus palabras, Jesús además de restaurar el ordenamiento divino en el campo de la relación hombre-mujer, proporciona a los discipulos una más amplia indicación sobre su vida de seguimiento. El seguir a Jesús no se realiza sólo en el compromiso ascético, en la abnegación y en el martirio, sino también en la unión matrimonial, con todas sus exigencias de fidelidad; se realiza en una *forma de vida* que se desarrolla en los ámbitos naturales de la existencia humana, sustraídos a los deseos egoistas del hombre y puestos bajo la soberana voluntad de Dios. Obsérvese finalmente que la afirmación de Jesús sobre el matrimonio, que en forma sintética puede ser formulada con la norma «quien abandona al cónyuge, es adúltero» entra también en «el hablar en parábolas» (4, 33 s). ¿Cómo podrá el hombre, con su «dureza de corazón», establecer su relación con la mujer de modo conforme a la voluntad del creador? Jesús no da una respuesta al problema: se limita a estimular la reflexión que podrá desarrollarse en esta línea: sólo la adhesión a Jesús y la eficacia transformadora del encuentro con él, hara realizables las exigencias éticas proclamadas por Jesús (K. Gutbrod, *Wir lesen das Evangelium nach Markus*, Stuttgar 1970).

# Jesús acoge a los niños y a los que son como ellos

10, 13-16[1]

13. *Le acercaban niños para que los tocara,*
*pero los discípulos les regañaban.*

14. *Al verlo Jesús, les dijo indignado:*
*«Dejad que se me acerquen los niños,*
*no se lo impidáis,*
*pues de los que son como ellos es el reino de Dios.*

15. *Os lo aseguro*[2]*:*
*quien no acepte el reino de Dios como un niño no entrará en él».*

16. *Y, tomándolos en brazos, los bendecía,*
*imponiéndoles las manos.*

*Mejor que los pintores*

Prefiero la escena, tal como la presenta Mc a las interpretaciones —chorreando ternura— de muchos pintores.

Mc nos ofrece una instantánea de efecto seguro y de rara belleza en la que la dulzura está inmune de sentimentalismos.

Por otra parte la escena, tomada al vivo, resulta completa y llena de sugestión, aunque falten indicaciones de tiempo y de lugar y muchas figuras no tengan un rostro muy definido.

Probablemente el episodio esté encuadrado en algín descanso del viaje[3]. No se aclara quién lleva o presenta los niños a Jesús. Quizá las madres o los hermanos mayores.

La reacción de los discipulos, según algunos, estaría dictada por motivos teológicos: aquellos chicos no están maduros para el reino, que es cosa de mayores capaces de comprometerse en el seguimiento y comprender la enseñanza del Maestro.

Otros sostienen que quieren impedir un gesto supersticioso («para que los tocara...»), cercano a la magia, por el que el contacto físico

1. Cf. Mt 19, 13-15; Lc 18, 15-17.
2. Amen.
3. Hacen sonreír aquellos comentaristas que, con la máxima seriedad, afirman que hay una unión lógica con cuanto precede: después de haber hablado, poco antes, de divorcio y matrimonio, aquí se afronta el tema de los niños...

con Jesús-curandero traería fortuna. Pero, más sencillamente, parece que aquí se pide al Maestro la imposición de las manos (como de hecho sucederá después), un gesto característico de bendición, como lo hacían los rabinos más eminentes.

Personalmente me parece que la preocupación de los discípulos denuncia actitudes características de los organizadores, de los maestros de ceremonias. Aquellos chiquillos molestan, son elemento de desorden.

En esto los discípulos están de acuerdo con la mentalidad del tiempo, según la cual los niños merecen escasa atención. Ocuparse de ellos significa desperdiciar el propio tiempo.

A la regañina de los discípulos sale al paso la indignación de Cristo por aquel comportamiento duro y, después de la lección, el gesto afectuoso.

«Los modos bruscos contra los niños dejan reconocer a Pedro, la indignación contra los discípulos y la ternura hacia los pequeños dejan reconocer a Jesús» (P. R. Bernard). Yo añadiría: el colocar juntos todos estos rasgos deja reconocer a Mc. En efecto, es el único evangelista que registra tanto la indignación de Jesús, como su gesto de ternura expresado en el abrazo final. Su cuadro resulta, una vez más, el más completo, el más cercano a la realidad, porque no duda en poner juntos los elementos más contrastantes.

## *El niño como modelo*

Pero la escena, más bien vivaz, no es fin en sí misma. Se convierte en ocasión de enseñanza[4]. Esta se desarrolla en dos tiempos:

— *Reprensión a los discípulos* porque han adoptado una actitud equivocada. ¡Una vez más! Igual que cuando se sintieron importantes personalmente (discusión sobre las precedencias) o como grupo («excomunión» del exorcista extraño), también ahora demuestran su *incomprensión* porque, con el pretexto de salvaguardar la grandeza del Maestro, tienen la presunción de decidir ellos mismos quién es digno y quien no de acercarse a él.

— *Invitación a imitar la actitud de fondo de los niños* que es «ejemplar», tipo de la acogida ante el reino (disponibilidad, receptividad).

Es significativo este dar la vuelta a los temas. Jesús no se limita a decir «no debéis hacer así», «procurad no ser tan duros», «mostraos más comprensivos». La escena final (abrazo y bendición) sería sencillamente la ilustración de un comportamiento distinto ante los niños.

4. Cf. sobre todo este tema el estudio profundo de S. Légasse, *Jésus et l'enfant*, 37-40, 187-195.

Jesús, yendo más lejos del pequeño incidente, afirma solemnemente: aprended de ellos.

Por eso es central el v. 15: «Os lo aseguro: quien no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él», que debía constituir el *logion* original, pronunciado quizá en otra circunstancia y que Mc inserta en este episodio, en donde se armoniza perfectamente.

Alguno interpreta: se trata de acoger el reino de Dios como se acoge a un niño (no como *lo* acoge un niño). Por tanto, la enseñanza de Jesús no haría otra cosa que recalcar la exigencia, precedentemente afirmada, de acoger a los pequeños.

No, aquí se trata de algo totalmente diverso. El niño se convierte en modelo. Su actitud se toma y se copia como ejemplo en relación al reino de Dios.

El reino del que se habla es el que está presente en Jesús, en su persona, en su mensaje (palabras y obras). En el fondo, es el evangelio [5].

Ahora se plantea la cuestión sobre la que estamos llamados a interrogarnos. ¿En qué se puede considerar el niño modelo? Descartemos en seguida algunas cosas. No ciertamente de inocencia (algo extraño a la mentalidad biblica). Ni siquiera de humildad (es difícil hablar de humildad a propósito de niños).

Los niños son bienaventurados «porque no tienen nada que ofrecer, ninguna obra que calcular; son semejantes a la mano vacia de un mendigo» (E. Schweizer). Son los que no tienen nada de que vanagloriarse, ninguna pretensión que alegar. No pretenden conquistar con la fuerza lo que les viene dado.

En definitiva, representan *la actitud anti-farisaica* por excelencia.

«Querer coger para uno el reino de Dios y apropiárselo es necedad humana y presunción farisaica, es zelotismo refinado» (K. L. Schmidt).

El núcleo de la lección impartida por Jesús está precisamente aqui. El reino es don. Y es acogido, *recibido*. Se trata de entrar, no de construirlo.

Sin duda, Jesús no se refiere a una «mentalidad infantil», sino más bien a la sencillez, la naturalidad, la ausencia de cálculo que deberían ser caracteristicas del espiritu de infancia (muy distinto de las varias formas de infantilismo).

No se trata ni siquiera de ingenuidad y mucho menos de credulidad. Ya lo había dicho san Beda: nada de credulidad, sino docilidad. Digamos también: inmediatez, ausencia de complicaciones.

5. Cf. el articulo *basileia* de K. L. Schmidt, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, II, col. 175 s. La identidad entre Cristo y el Reino es expresada por Orígenes con el término *autobasileia*.

Por otra parte el niño no tiene posiciones que guardar, ni prestigio que mantener, ni privilegios que defender. Es, por tanto, libre, está preparado para responder a las llamadas que se le dirigen. Se abre confiado, con abandono. No existe en él esa prudencia sospechada y maliciosa que frecuentemente distingue a los adultos.

«Porque los niños y los pobres no tienen seguridades que defender... o papeles que desempeñar, pueden estar totalmente abiertos a los dones de Dios, en cuanto que están totalmente disponibles al cambio radical y a la confianza que el reino reclama. En efecto, el anuncio del reino de Dios hecho por Jesús requiere estas dos condiciones: convertirse y creer» (R. Fabris).

Finalmente en el niño está implícito *un sentido natural de dependencia*. Dependencia sobre todo de las personas. Y, por tanto, quizá aquí se insinúa también otro elemento de la didáctica de Jesús: *mentalidad filial*. La misma que distingue a el Maestro en sus relaciones con el Padre, en toda su misión. La alusión, aunque implícita, resulta bastante plausible.

Se puede también notar una descomposición-combinación del reino en sus dos aspectos: presente ya aquí, ahora; y reino futuro, definitivo. Los dos verbos que indican las dos dimensiones, en realidad están expresados respectivamente en presente («acepte») y en futuro («entrará»).

Es decir, solamente quien ahora se abandona en las manos de Dios, a su revelación, se fía totalmente de Jesús, podrá entrar en el reino escatológico.

De esta forma se indicaría el dinamismo cristiano que parte de una receptividad —como la del niño— para comprometerse después en la línea del evangelio, preocupándose de mantener el corazón libre de todo lo que pueda obstaculizar, retener o construir un impedimento a la consecución del fin.

Por eso, sólo quien responde *hoy* al don y a la iniciativa de Dios —presente en la acción de Cristo— con una fe incondicionada, tiene la certeza de entrar cuando el reino se establezca de forma absoluta y definitiva. De esta forma —como dice V. Taylor— «el reino *presente* es acogido; en el reino *futuro* se entra».

### *El bautismo de los niños*

Algunos descubren una contradicción en el hecho de que Jesús diga a propósito de los niños «no se lo impidáis», para después dar una motivación no del todo lógica: «pues de los que son como ellos es el reino de Dios». Según una cierta coherencia tendría que haber dicho: «Pues de ellos es el reino de los cielos». Y precisamente para

evitar este cambio de acento, algunos autores traducen así esta última parte del versículo 14.

No creo que sea necesario recurrir a semejantes evoluciones lingüísticas. Quizá Jesús quiere hacer comprender que el reino de Dios no está limitado a los niños, es decir, no es cuestión de edad, sino de actitud de espíritu. La actitud que viene simbolizada precisamente por los niños. Seria un poco como decir: cerrando la puerta a los niños, os priváis de un indispensable término de confrontación para vuestra conducta.

Otros, finalmente, consideran el episodio como un argumento decisivo en favor de la práctica del bautismo de los niños.

Las razones adoptadas, basadas esencialmente en la expresión «no se lo impidáis»[6] y sobre el hecho de que en la iglesia primitiva, esta página de Mc se incluía en la liturgia bautismal, son un poco frágiles.

Quizá haya que hacer otra consideración, mucho más sugestiva. Como observa E. Schweizer, el pasaje, si no como prueba directa, puede servir, indirectamente, para expresar una cierta realidad que debería estar siempre presente en el bautismo. Es decir, que «el reino de Dios se nos promete sin previas condiciones, sin méritos, más aún sin ninguna pretensión meritoria por parte del hombre».

De esta forma el bautismo de los niños (o, como dicen los estudiosos, la «praxis pedobautista») se convierte en *signo* eficaz «de la promesa de la gracia por parte de Dios, que precede todo actuar humano».

## PROVOCACIONES

1. No. Los niños no son en modo alguno ejemplos de humildad. Es, más bien, la humildad la que debe referirse constantemente a las actitudes peculiares de los niños si no quiere convertirse en una falsa humildad.

No es fácil. Muchos llegan a reconocerse débiles, insuficientes, incapaces; pero no basta. Hay que reconocerse *dependientes*.

Decir, como alguno, «no soy nada», es demasiado poco. Hay que saber dónde está el todo, abrirse al don. En ese caso no es ya necesario decir con palabras «no soy nada».

La humildad que no sea receptividad resulta ambigua.

Puede representar aún una forma subrepticia de darse importancia, puede enmascarar el deseo inconsciente de hacerse notar por Dios y por los demás. Puede ser un titulo de mérito que se alega.

6. Cf. Hech 8, 36: «¿Qué *impide* que yo me bautice?», pregunta el eunuco a Felipe.

A Jesús le interesa la apertura, la capacidad de recibir, no la humildad en sí. El quiere un vacío que no se cierre en sí mismo.

Un «saco vacio» (he aquí otra expresión predilecta de ciertas personas humildes), pero sellado, no dice nada a Dios.

La humildad, quizá, deba aprender de los niños, no a tener la cabeza baja, sino a levantarla en dirección del don.

Humilde es sólamente el que está a la espera...

2. Hay algo peor que una persona soberbia.

Y es una persona humilde que se lo toma en serio.

3. Puede haber una vuelta a la infancia como puede darse un analfabetismo de retorno. No es lo que quiere Jesús.

Se trata, más bien, de recuperar los valores fundamentales de la infancia. Los que evitan el convertirse en la caricatura de sí mismo.

No es cuestión de volver atrás. Sino de ir hacia adelante hasta... convertirse en niño.

«La verdadera génesis está al final» (E. Bloch).

4. En el fondo, el niño es uno que no se ha habituado todavia a la vida. Lo que le caracteriza es el sentido de lo maravilloso y de lo sorprendente.

No hay espectáculo más deprimente que ciertos niños que saben todo y han visto ya todo.

Uno se convierte en viejo no cuando comienza a caérsele el pelo o cuando le salen canas, ni siquiera cuando pierde la memoria, sino el día en que pierde la capacidad de maravillarse.

Siempre me han conmovido ciertos ancianos que dan la impresión, cada día, de asomarse a la vida como principiantes. Todavía no se han habituado a la vida. Han conservado intacta la capacidad de maravillarse de todo, de no dar nada por descontado.

Hay una unión evidente entre receptividad, es decir apertura al don, sentido del estupor y acción de gracias.

En esta perspectiva, la oración (canto, alabanza, adoración) es lo opuesto a la vejez.

5. Una bonita faena que Jesús presente el reino como don que hay que recibir.

No estamos preparados; nos abruma.

Unimos instintivamente el reino a la idea de conquista. Difícil perder este reflejo.

Además, la conquista, a pesar de las apariencias, facilitaría las cosas.

También porque si uno no logra el éxito, siempre puede decir: «Es algo muy arduo», «está por encima de mis fuerzas».

Pero, ante un don que recibir, ¿qué excusa puedo encontrar?

Demasiadas personas religiosas parece que no se han dado cuenta aún de que Jesús continúa diciendo «bienaventurados» y no «valientes».

6. El equilibrio de la vida cristiana está entre pasividad y actividad, confianza y fidelidad.

La pasividad nos lleva a abandonarnos en las manos de Dios, a recibir de él día tras día. Este «abandono», sin embargo, nos empuja no a la inercia, sino a un dinamismo capaz de producir el esfuerzo de obediencia integral, que es la consecuencia inevitable de la fe.

El que suplica no es un inepto, sino el que se acerca confiado a Dios como fuente de fuerza y de audacia.

El creyente es un hombre que vive en la quietud y en el compromiso al mismo tiempo. *Sosegado y fortificado*[7].

7. A los discipulos se les regaña siempre porque trantan de «impedir» y de «prohibir» (tanto en el caso del exorcista como de los niños).

Ni siquiera una vez han merecido una regañina del Maestro por su condescendencia, por el exceso de confianza hacia los otros, por miras demasiado largas.

La incomprensión está siempre en la vertiente del rechazo, de la cerrazón.

Especialistas en excluir, campeones del ostracismo, profesionales de la indignación, más que expertos en la acogida, como más bien deberían ser.

Es una actitud que se repite también hoy.

Hace algún tiempo S. Bonnet planteaba esta inquietante pregunta: «¿Será quizá porque nos revelamos incapaces de ayudar a entrar en la iglesia, por lo que nos damos tanta maña para echar fuera a los que aún están?»[8].

## CONFRONTACIONES

### *Jesús no idealiza a los niños*

El itinerario que conduce a Dios consiste en obtener la fe. Precisamente de esto se trata cuando Jesús asigna a los niños el reino de Dios...

7. La expresión es de S. Légasse.
8. *A hue et à dia*, Paris 1974, 150.

...Jesús no idealiza para nada a los niños... Ha hablado otras veces de niños maleducados que juegan en la plaza del mercado y quieren ahora una cosa, luego otra..., y se muestran impacientes y testarudos (Lc 7, 23). Por esto la palabra citada no significa, en efecto, que los adultos deban retornar al estadio de niños. Hay algo, sin embargo, que poseen los niños y que les distingue de los adultos: el niño es, por naturaleza, confiado, está dispuesto a recibir lo que se le da, capaz de dejarse guiar; tiene el don de vivir en el instante presente. Tal es la actitud de fe...

...Se trata aquí de acoger el reino en la actitud confiada y sencilla del niño, porque sólo con esta actitud puede ser superado, en la fe, el escándalo de Cristo (W. Grundmann, *Jesus der Galiläer und das Judentum*, Leipzig 1941).

### *Una nueva bienaventuranza*

«De los que son como ellos es el reino de Dios». Entenderemos mejor lo que aquí se expresa si somos capaces de no ver detrás de estas palabras una llamada, como por ejemplo: «convertíos en niños», «haced sólo lo que un niño desea hacer». Lo que Jesús dice tiene, en primer lugar, un valor afirmativo. Es como si dijera una nueva bienaventuranza: «Bienaventurados los niños porque de ellos es el reino de los cielos». El reino de Dios se promete también a los niños, como a los pobres, a los oprimidos, a los hambrientos y sedientos de justicia, en el sermón de la montaña o en cualquier pasaje en donde se promete el reino de Dios.

El salvador de todos aquellos que no tienen nada y no son nada, es también el salvador de los niños. Por tanto, a los niños pertenece el reino de Dios, en cuanto estos no tienen obras ni posesiones y como tales están llamados a recibir el reino, que es don total y que permanece cerrado a los que quieren hacer algo por su cuenta...

... Estas palabras nos ofrecen una clara imagen del hombre evangélico. No es el hombre fáustico que intenta en el mundo su vuelo de Icaro, no es el hombre que se afana, siempre anhelante y que lacerándose a sí mismo persigue un ideal y llegando a poseerle cree que ha creado la paz. La Biblia no es el libro del joven que a velas desplegadas, se lanza al océano de la vida. El tormento de la pubertad, y también el de la eterna pubertad del hombre idealista, no tiene eco en las páginas de este libro.

*La Biblia es el libro del niño, del hombre y de la mujer, en la medida en que el niño ha permanecido vivo en ellos* (G. Dehn, *o. c.*).

*Jesús movido por un espíritu de niño*

Porque Jesús permaneció niño hasta el fin, humilde de corazón, porque no esperaba nada de si mismo, sino todo del Padre, porque no se perdió en el ideal, ni en sueños juveniles de fuerza, sino que buscó la fuerza verdadera, por eso ha podido ser hombre, el único. No sabemos nada de sus años juveniles, pero sabemos que a través de los acontecimientos más duros, desde el Getsemani al Gólgota, no ha sido jamás movido por un espíritu juvenil, sino por un espiritu de niño...

... Es en la obediencia y en la falta de presunción, incluso de presunción moral, como Dios realiza sus milagros. No concede su fuerza a los Prometeos que escalan los cielos, sino al niño, no al orgulloso sino al humilde (G. Koch, Neuwerk [1923-24] 377 s).

*Son demasiado adultos*

El niño por estar alejado de todo artificio, por carecer de intenciones precisas, de la preocupación de hacerse y estar dispuesto, es capaz también de acoger esta gran revolución de la existencia anunciada por Jesucristo y llamada por él «reino de Dios». Este mensaje da qué pensar a las personas mayores. Su prudencia formula la objeción de que esto no puede ser así y su cautela prevé las consecuencias que de ello se derivan. Su orgullo personal se rebela. Su endurecimiento no quiere ceder. Se han encerrado en su mundo artificioso, temen que sea conmovido; por lo cual no llegan a comprender. Sus ojos están cegados; sus oidos, sordos; su corazón, endurecido, tal como lo va repitiendo Jesús. Son demasiado «adultos».

El pueblo judio, los fariseos y los doctores de la ley, los sacerdotes y los sumos sacerdotes, ¡qué «adultos» son! Si les observamos de cerca, tropezamos con todo su endurecimiento y perversión, con toda la herencia del pecado. ¡Qué viejos son! Su recuerdo abraza más de dos mil años, se extiende hasta Abraham. Es, por tanto, una conciencia histórica, poco corriente en otros pueblos. La sabiduría les viene de Dios y de una larga experiencia humana. Son clarividentes, inteligentes, correctos. Examinan, sopesan, distinguen, reflexionan y, a la llegada del Mesías, con la cual se cumple la profecía y su larga historia llega a su plenitud, se atienen obstinadamente a lo pretérito, se agarran a sus tradiciones humanas, se parapetan tras el templo y la ley; son astutos, duros, ciegos, y la hora de Dios pasa. El enviado de Dios muere por mano de aquellos que guardan la ley de Dios. El

joven cristiano surge de su sangre y del Espíritu santo en tanto que el judaísmo queda encerrado en la espera de Aquel que ya ha venido.

El niño es joven. Posee la sencillez de la mirada y del corazón. Al llegar lo nuevo, lo grande, lo redentor, el niño lo mira, se acerca y entra en ello. Esta sencillez... es aquella infancia de la que nos habla la parábola. Jesús no se refiere, por consiguiente, a nada sentimental, conmovedor, amablemente impotente y delicadamente acariciador, sino a la sencillez de la mirada, la facultad de mirar a lo lejos, a sentir lo esencial y a aceptarlo sin segundas intenciones (R. Guardini, *El Señor* I; Madrid [6]1965).

# Seguir a Jesús en el desapego de las riquezas

10, 17-31 [1]

17. *Estaba él saliendo al camino,*
*cuando se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó:*
*«Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer*
*para heredar la vida eterna?».*

18. *Jesús le contestó:*
*«¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno más que uno, Dios* [2].

19. *Ya sabes los mandamientos:*
no matarás,
no cometerás adulterio,
no robarás,
no darás falso testimonio [3],
no estafarás,
honra a tu padre y a tu madre.

20. *El replicó:*
*«Maestro, todo esto lo he cumplido desde joven».*

21. *A esto, Jesús lo miró fijo, le tomó cariño y le dijo:*
*«Una cosa te falta:*
*vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres* [4],
*que tendrás un tesoro en el cielo;*
*y, anda, vente conmigo».*

22. *A estas palabras el otro frunció el ceño*
*y se marchó entristecido* [5], *porque poseía una gran fortuna.*

23. *Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:*
*«¡Con qué dificultad van a entrar*
*los que tienen mucho en el reino de Dios!».*

24. *Los discípulos se quedaron pasmados ante estas palabras.*
*Jesús insistió:*
*«Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios!*

1. Cf. Mt 19, 16-30; Lc 18, 18-30.
2. Nadie es bueno sino Dios solo. O bien: sino Dios únicamente.
3. Literalmente: no aporta falso testimonio.
4. Da el precio a los pobres.
5. Sombrío, amargado, desanimado, deprimido.

25. *Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja*
*que no que entre un rico en el reino de Dios».*

26. *Ellos comentaron más desorientados aún:*
*«Entonces, ¿quien puede salvarse?».*

27. *Jesús se les quedó mirando y les dijo:*
*«Para los hombres es imposible, pero no para Dios,*
*porque Dios lo puede todo».*

28. *Pedro se puso a decirle:*
*«Pues, mira, nosotros ya lo hemos dejado todo*
*y te hemos seguido».*

29. *Jesús dijo:*
*«Os lo aseguro*[6]*: no hay ninguno que haya dejado casa*
*o hermanos*
*o hermanas*
*o madre*
*o padre*
*o hijos*
*o tierras*
*por mí y por la buena noticia,*

30. *que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más*
*casas*
*y hermanos*
*y hermanas*
*y madre*
*e hijos*
*y tierra*
*—con persecuciones;*
*y en la edad futura, vida eterna.*

31. *Y muchos de los primeros serán últimos y los últimos, primeros.*

*No es una señal de peligro*
*sino la indicación de un camino*

Al dar el título a esta página, muchos prefieren alzar un cartel de aviso: «peligro de las riquezas».

Ciertamente alguno preocupado por la duda de ser demasiado negativo, nos pone un cartel augural y decide en este sentido: «peligro de las riquezas y bendición prometida a quien sigue a Jesús». Está

6. Amen.

mejor, pero no me parece suficiente. Las dos cosas estarían en el mismo plano.

Incluso «riqueza y seguimiento», aunque traducen el contenido del pasaje, no explican que el gran tema es el seguimiento, y la riqueza puede ser sólo el incidente o mejor, el impedimento en el camino. Las riquezas están consideradas como lo que corta, retiene y, por tanto, no permite seguir a Jesús.

### *A mí me parece que el tema de fondo es la vida*

La pregunta inicial, de hecho, transmite la preocupación de «heredar» la vida. Y también la respuesta de Jesús a la cuestión planteada por Pedro no es otra cosa que la promesa de una vida que aparece en plenitud.

No olvidemos que el episodio se encuadra en el itinerario hacia Jerusalén, y se inserta en el capítulo fundamental de la pedagogía del Maestro que subraya la exigencia, por parte del discípulo, de tomar la propia cruz y recorrer el mismo itinerario doloroso.

En este punto se convierte en esencial la precisión: ese camino no conduce a la muerte. Sino a la vida.

Por tanto, la meta es la vida, es decir la plena comunión con Dios. Solamente afirmando la grandeza de esta meta y el valor absoluto de este ideal, palidecen las otras realidades terrenas y son ajustados los demás valores. Estos son considerados precisamente como peligros en cuanto tienden a «apegar» al hombre a su gozo, en vez de hacerlo disponible, ligero para seguir al hijo del hombre.

De hecho, la vida en el presente no es una sistematización, un estado. Es un camino, un seguimiento. El tener —que procura seguridad para la vida sedentaria— constituye una unión incompatible con la vida nómada.

Precisado de esta forma el tema de fondo de esta página, es fácil después captar la estructura [7].

Jesús, tomando como punto de partida el encuentro (v. 17-22) con un hombre animado por la buena voluntad, pero no dispuesto a una decisión radical en la perspectiva evangélica que le ha sido indicada, advierte a los discípulos sobre el peligro que constituyen las riquezas y sobre la casi imposibilidad para un rico de entrar en el reino de Dios (v. 23-27). Por eso, respondiendo a la pregunta de Pedro acerca de la suerte de quien ha dejado todo por el seguimiento, el Maestro completa su enseñanza garantizando una recompensa no sólo para el futuro, sino ya en el presente (v. 28-31).

7. Bultmann clasifica no sólo el episodio del hombre rico, sino toda la secuencia desde el versículo 17 al 31 como un apotegma.

Es obvio que, en la primera comunidad cristiana, el episodio inicial constituía un óptimo punto de partida para desarrollar una reflexión en profundidad sobre el tema de la pobreza y sobre la fortuna de estar con el Maestro, aunque se encontrasen envueltos en medio de persecuciones (v. 30).

El relato de Mc reconocido por la mayoria de los estudiosos como el más fiel al desarrollo de los hechos, impresiona por su inmediatez, a pesar de que no nos dé detalles sobre el protagonista del *incidente*. Se limita a decir «uno», mientras Mt lo presenta como un «joven» y Lc le hace «notable».

Se reconoce, además de la acertada habilidad narrativa de Mc, también la aportación de un testigo ocular, que en este caso sería Pedro.

De todas formas, la caracteristica visión del evangelio de Mc no se pierde ni siquiera aquí.

En efecto, no sólo la escena principal está constituida por algunos elementos que la hacen vivaz, sino que también los dos diálogos sucesivos, con un carácter decididamente catequético-didáctico, están dominados por imágenes pintorescas, que ayudan a fijar en la memoria la enseñanza del Maestro. En el primero, aparece la mole mastodóntica del camello ante el ojo de una aguja.

En el segundo, el cuadro resulta poblado por muchos personajes (padre, madre, hermanos, hermanas, hijos...), con el fondo de casa y campos. Y la característica idílica de la escena queda rota por el elemento dramático de la persecución y agitada por la revolución de las posiciones (primeros que serán últimos y últimos primeros).

Otro elemento dominante en el conjunto del cuadro es, sin duda, el rostro de Jesús. Se pone en evidencia tres veces. La primera, con relación al personaje anónimo. Las otras dos referidas a sus discípulos.

*Decir «bueno» crea numerosas complicaciones...*

«Maestro bueno...» (v. 17).

«¿Por qué me llamas bueno?» (v. 18).

Se diría que el anónimo personaje, con su pregunta, más que poner en dificultad al Maestro, crea serios quebraderos de cabeza a los estudiosos.

Y también la contrapregunta de Jesús alimenta una serie de inquietantes interrogantes, que todavía hoy no se han resuelto. Es la famosa cuestión «de bono» [8].

8. Para un estudio en profundidad sobre el tema cf. el término *agatos* a cargo de W. Grundmann, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento* de G. Kittel y G. Friedrich, I, coll. 29 s.

Como si previera estas complicaciones, Mt ha pensado en el futuro, cambiando el apelativo original «bueno» por una pregunta «sobre lo que es bueno».

Sin perdernos en el bosque casi inextricable de las distintas interpretaciones, anotemos algunas cosas.

Es cierto que «Maestro bueno» representa una fórmula casi desconocida en el lenguaje palestino de la época. Sin embargo, no es necesario recurrir a la explicación de Lagrange, según el cual «el rico desconocido estaba muy probablemente fascinado por la extrema bondad que Jesús ha testimoniado hacia los niños, a pesar de la oposición de los discípulos». Y mucho menos caer en el extremo opuesto hasta inculparle —como hace Jerónimo— porque se habia limitado a llamar bueno al Maestro sin llegar a confesar su divinidad.

El hecho de que Jesús rechace el titulo de bueno, en conformidad con la revelación biblica, según la cual sólo Dios es bueno, «no constituye en efecto una prueba para decir que la conciencia que Jesús tenia de sí no le presentaba su ser más allá de los limites de cualquier ser humano» (J. Schmid).

Me parece que tiene razón S. Légasse cuando advierte que se trata de un problema falso. Jesús no imparte una lección de dogmática ni de cristología, ni tiene intención alguna de profundizar el misterio de las dos naturalezas. «Jesús se expresa aquí como pedagogo para subrayar la absoluta transcendencia del Padre que está en los cielos. El rico ve en él un rabí, quizá de rango superior. Y Jesús le responde de esta manera un poco brusca e hiperbólica, familiar al lenguaje de su ambiente, partiendo de el título que el personaje le confiere para resaltar la única bondad de Dios. Reconoce en otros *logia* que los hombres pueden ser buenos y justos (Mt 5, 45; 12, 35; Lc 6, 45; Mt 22, 10; 4, 20). Al dar gloria a Dios, Jesús actúa, por otra parte, como verdadero «bueno» y «justo», desde el momento que proclama la excelencia de aquella bondad en confrontación con la cual, la de los hombres no merece ni siquiera ser nombrada. Si es bondad, no hay que olvidar que existe sólo en razón de un don de Dios. Dios es el bueno»[9].

Modestamente quisiera añadir dos elementos.

Poniendo el acento sobre la única bondad de Dios, Jesús coloca desde el principio al interlocutor en la perspectiva justa para resolver el propio problema.

Solamente poniéndose ante el absoluto de Dios nuestras preguntas no son dudas académicas, no se reducen a satisfacer una curiosidad, sino que manifiestan la voluntad de aceptar la seriedad de un compromiso y las consecuencias de las elecciones más decisivas.

9. S. Légasse, *Jésus et l'enfant*, 26-27.

Además, probablemente, Jesús deja entender que el interlocutor, aunque sea inconscientemente, ha rozado la verdad. En efecto, precisamente en él, Dios, el único bueno (por su misericordia, el perdón, la compasión por las miserias) se ha hecho cercano al hombre.

En realidad, como nota E. Schweizer, en este episodio Jesús se comporta «en el puesto de Dios mismo; en su llamada a seguirlo, la vida eterna, Dios mismo, vienen de hecho hacia aquel hombre y su sí o su no a Jesús son en realidad un sí o un no a Dios».

Dirá san Pablo: «Este es imagen de Dios invisible» (Col 1, 15).

## *La pregunta sobre la vida*

«Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (v. 17).

La pregunta sobre la vida era más bien frecuente en la religión judía. Solamente en el judaismo tardio se convertirá en pregunta sobre la «vida eterna».

«Ya el antiguo Israel sabía que hay vida donde Dios está cercano. De este modo la promesa de la vida tiene inicialmente su puesto del todo especial en los lugares sagrados, en los que el visitante puede creer en la cercanía de Dios» [10].

Antes de entrar en el santuario, el peregrino era sometido a una especie de examen ritual para saber si tenía las disposiciones y la preparación necesaria para acercarse.

Eran las llamadas «liturgias de la puerta».

La pregunta está admirablemente sintetizada en el salmo 15: «Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?» (v. 1).

Se podría traducir así: «¿Quien puede entrar en el lugar en donde está la fuente de la vida?» (cf. Sal 36, 10).

La respuesta parece que era dada por los guardianes de la puerta de la casa de Dios, los cuales, en base a ciertos elencos en donde eran compendiadas las principales normas del derecho divino relativas a los distintos sectores de la conducta humana —una especie de decálogo ampliado y aplicado—, podían decidir la admisión o la exclusión [11].

10. W. Zimmerli, *Rivelazione di Dio*, 285. Todo el capítulo merece la máxima atención.

11. Cf. el célebre pasaje de Jeremías que comentaremos en breve: «...¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio, juráis en falso... y después entráis a presentaros ante mi en este templo que lleva mi nombre, y decís: "Estamos salvados"...» (Jer 7, 9-10). Con acierto nota W. Zimmerli: «En este "Estamos salvados" se puede ver sin dificultad una expresión equivalente a esta: "Estamos en el lugar de la vida"».

«Hombre, ya te ha explicado lo que está bien, lo que el Señor desea de ti: que defiendas el derecho y ames la lealtad, y que seas humilde con tu Dios» (Miq 6, 8).

«...El que procede honradamente y practica la justicia, el que habla sinceramente y no calumnia con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino...» (Sal 15, 2-3).

Por tanto, la pregunta del hombre parte de esta perspectiva, clásica en el judaismo, pero se aleja porque va dirigida directamente a un rabí [12] y se adentra también en el campo de la vida en el mundo futuro [13].

El individuo en cuestión no quiere «conquistar» la vida eterna, sino «heredarla», en cuanto miembro del pueblo de la alianza, gracias a las promesas divinas.

## *Superado el examen sobre los mandamientos*

«Ya sabes los mandamientos...» (v. 19).

Jesús le recuerda los de la segunda tabla, relativos a las relaciones con el prójimo, que son citados sin respetar el orden (en efecto, los deberes hacia los padres están aqui en el último puesto; puede ser que tenga razón Lagrange, el cual insinúa que existe un paso de los mandamientos negativos —comenzando por el más grave: no matar— para llegar al positivo en favor del padre y de la madre).

Por otra parte, en el decálogo falta el «no estafarás». Quizá se trate de una precisión del «no robarás». Mucho más importante en este caso en cuanto que se inserta en la situación concreta del hombre que tiene muchos bienes.

El verbo que nosotros traducimos por «estafar» indica «la acción por la que se priva al pobre de lo necesario y a veces al asalariado de lo que le es debido, explotándole» (S. Légasse).

Los textos del antiguo testamento que se podrían citar en apoyo son bastante numerosos. Así por ejemplo: «No explotarás al jornalero, pobre y necesitado, sea hermano tuyo o emigrante que vive en tu tierra, en tu ciudad; cada jornada le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad y está pendiente del salario. Si no,

12. En la literatura rabinica existe un diálogo introducido por una pregunta semejante: «Cuando se puso malo el rabí Eliezer —tenia cerca de 90 años—, sus discipulos vineron a verle. Le preguntaron: "Rabí, enséñanos los caminos de la vida para que podamos en ellos obtener la vida del mundo futuro". El respondió: "Prestad atención al honor de vuestros compañeros..."».

13. Hay que notar que es la única vez, en el evangelio de Mc, que se habla de vida eterna. Hay que tener presente además que la cuestión debatida en el judaismo, no aclaraba si se trataba de la vida del alma después de la muerte o bien de la recompensa colectiva.

apelará al Señor, y tú serás culpable» (Dt 24, 14-15). O bien: «No explotarás a tu prójimo ni lo expropiarás. No dormirá contigo hasta el día siguiente el jornal del obrero» (Lev 19, 13). [14].

De cualquier forma, es significativo que Jesús resuma la esencia de la ley en el respeto y en el honor del prójimo.

«El replicó: Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven» (v. 20).

Alguno ve presunción e inconsciencia. No me explico por qué.

El decálogo, deshojado de la casuística o de las molestias de la tradición siguiente, no estaba fuera del alcance de cualquiera, desde el momento que constituía la expresión de la voluntad de Dios, el único bueno.

Por otra parte, Jesús no encuentra nada que corregir a esta afirmación, y no veo por qué tengamos nosotros que tener dudas al respecto.

Se trata, ciertamente, de un hombre recto, de conducta irreprensible. En definitiva, un justo.

## *Hay que saltar el último obstáculo*

«A esto, Jesús lo miró fijo, le tomó cariño...» (v. 21).

El detalle sólo nos viene dado por Mc [15]. La mirada es mucho más que pleonástica. Si se subraya, es porque debería tratarse de algo inolvidable.

En el «le tomó cariño» se puede incluir —según comentaristas de clara fama— incluso un gesto de ternura, como una caricia, un beso o cualquier gesto de amistad.

Lohmeyer, por ejemplo, traduce: «Lo estrechó en su corazón».

Pero teniendo presente el lenguaje bíblico, se puede ir más allá del matiz de ternura, hasta vislumbrar una llamada particular, una elección especial [16].

*Amor y vocación, amor y elección divina* para una misión específica, están habitualmente asociados en el antiguo testamento [17].

Precisamente el amor en el contexto de una llamada para ejercitar un papel particular, es lo que explica lo que se nos dice inmediatamente después.

«...Una cosa te falta...» (v. 21).

14. Cf. también Eclo 34, 21-22; Mal 3, 5; Eclo 4, 1-3.
15. En el evangelio de Mc se registra el mayor número de «rasgos emocionales» de Jesús.
16. Cf. Spicq, Agapè, I, 84-85.
17. Cf. Os 11, 1; Dt 7, 7-8.

Jesús parece en contraposición consigo mismo. Ha propuesto, un poco antes, un elenco que debería ser suficiente para heredar la vida. Y ahora le dice al hombre que le falta una cosa.

Algo ha ocurrido entremedias.

Se ha dado un cambio en Jesús, que comienza a mirar al hombre de forma nueva. La mirada se hace ahora más atenta y penetrante. Habría que decir: provocativa. Porque intenta «llamar», hacer surgir no ya al observador de la ley, sino al discipulo potencial. Una vez más la mirada de Jesús descubre y elige un individuo para él.

Nos encontramos ante un giro imprevisto del diálogo.

Quizá el Maestro —como observa C. Spicq— capta en aquel ánimo una capa de insatisfacción. Y apunta a esto.

Sí, estás muy cercano a Dios. Pero existe aún un obstáculo que salvar para tener plena comunión con él en mi seguimiento: debes deshacerte de todo. *La cosa que te falta es la posibilidad de seguirme.* Te la ofrezco yo, ahora. Tú, sin embargo, debes quitar los impedimentos, liberarte de lo que no te permite compartir mi vida itinerante al servicio del reino.

«...Vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres...» (v. 21).

No. No debes llevar los bienes conmigo. No me interesan. Y además, desde el momento que impiden tu marcha, incluso si los metes en la caja común terminarían por estorbar el camino de todos. Serán, en cambio, los pobres quienes disfruten de ellos, los verdaderos destinatarios de los bienes a los que se renuncia.

El abandono de las riquezas que Jesús exige en el caso específico no tiene ningún carácter jurídico. Es un dato sin más.

El acento, por tanto, más que en el «vender», «dar», está en el «seguir» (esto es lo que le falta al israelita).

La llamada asume un carácter marcadamente personal.

El desapego de las riquezas es la *consecuencia natural* del seguimiento, más que la condición [18]. Lo dice muy bien E. Schweizer: «La renuncia a la riqueza no es una precondición para el seguimiento, sino la consecuencia..., es decir, el acto concreto en el que ésta se realiza. Por consiguiente, no existe ninguna prescripción legalista válida para todos. Una vez será necesario abandonar la barca de pescador o el banco de recaudador, otra a los padres, otra también a otros profetas o un prejuicio religioso, porque de otra forma sería imposible estar cercanos a Jesús. En la llamada a seguir a Jesús se trata, por tanto, siempre de la *totalidad del hombre;* de una elección que da mientras exige...».

18. Aunque ocurra antes en el orden del tiempo.

Pero, quizá, en la invitación de Jesús se puede leer también una característica de *irrevocabilidad.* Es decir, quema las naves, no se puede tener nada a las espaldas.

La vuelta atrás no está prevista.

Sería absurdo que un discípulo se decidiese en favor de Jesús con un razonamiento de este género: tengo una casa y alguna tierra, no se sabe nunca: en el caso que debiera cambiar de idea, no me encontraré con las manos vacías.

No. «La entrega a Jesús y al evangelio no puede ser sino absoluta y, como tal, no puede admitir alguna cláusula o reserva en vista del futuro» (S. Légasse).

La *ruptura* se verifica de forma *irreparable.* Sin posibilidad de reajustes sucesivos.

### *La vida eterna está en el presente*

«...Y dáselo a los pobres, que tendrás un tesoro en el cielo» (v. 21).

Hay que advertir la promesa de este «tesoro en el cielo».

Puede parecer una cosa accesoria, desde el momento que el abandono de los bienes hay que situarlo en relación al seguimiento y no a la recompensa ultraterrena.

En realidad —como explica S. Légasse— este elemento constituye la verdadera respuesta a la pregunta incial del rico. El tesoro sería, por tanto, el equivalente de la vida eterna (y no un grado de gloria superior).

Jesús, en cierto sentido, asegura al hombre que la vida eterna que él busca, la tendrá sin duda.

Pero, como de costumbre, va más lejos. Y le propone una comunión de vida ya en el presente, una participación en el reino de Dios, aquí, ahora.

Algún autor sostiene que, en el caso concreto, sentimiento y vida eterna están íntimamente unidas, por lo que Jesús no daría por tanto una respuesta tranquilizadora, sino que haría depender todo de la respuesta a la llamada particular. Por lo cual, el hombre en su rechazo se jugaría la vida eterna. Me parece excesivo.

Queda el hecho, indudable, de que Jesús responde a la pregunta inicial del hombre, no añadiendo un mandamiento especial, sino *indicando un cambio radical en su vida.* El no ha venido a traspasar la ley, sino a «cumplirla» en su propia persona.

«Aquí se plantea la cuestión de la disponibilidad, por parte de un verdadero israelita en el que no hay dolo, como para el comerciante de perlas o para quien ha encontrado un tesoro en el campo (Mt 14, 44-46), a dejar todo ante lo que se ha iniciado con la venida de Jesús, y

a acoger prontamente el incipiente señorío de Dios como discípulo que sigue a Jesús.

«...Jesús, con su invitación al seguimiento, sale del ámbito de la multiplicidad de mandamientos y llama a la cercanía de la vida que ha comenzado con él a quien ha confesado la fidelidad hacia su Dios con la observancia de los mandamientos. El no da sólo un nuevo mandamiento, aunque más profundo (no se entiende así la venta de los bienes), sino que le *ofrece lo nuevo de su persona,* con una invitación totalmente histórica y concreta. La respuesta más profunda a la pregunta sobre la "vida" no se da por ello en la referencia hecha al "tesoro en el cielo" que la venta de los bienes le procura, sino en la oferta del seguimiento» [19].

En la óptica de Jesús, expresada con la invitación a seguirlo, la «vida eterna» se convierte asi en *una posibilidad presente*.

«A estas palabras el otro frunció el ceño y se marchó entristecido, porque poseía una gran fortuna» (v. 22).

Mc nos informa sólo al final de que aquel era rico. Como de costumbre nos informa sobre los detalles sólo si estos son necesarios para explicar algo (como en el caso de la edad de la hija de Jairo).

Es la única vez, en todo el evangelio, en que uno responde negativamente a la llamada.

Algún autor llega a concluir que Lc y Mt han hecho bien en omitir la expresión «le tomó cariño». No se lo merecia, con aquel rechazo.

En cambio, me parece que sólo el amor manifestado por el Maestro explica la tristeza del hombre. Si no hubiese existido aquella mirada llena de afecto, se podría haber ido como si no hubiera pasado nada, despreocupado. Pero precisamente el amor complicaba las cosas y apesadumbraba dramáticamente su retorno a casa.

La tristeza no es por los bienes, sino por algo distinto.

Por conservar la propia fortuna, ha perdido la gran ocasión de su vida.

Hay que tener en cuenta un último elemento: en el hombre *se trastoca un principio religioso.* En efecto, la riqueza según la mentalidad judía era considerada como una bendición de Dios, una recompensa a la piedad.

Jesús, en cambio, propone la benevolencia de Dios como consecuencia de la renuncia a los bienes.

Más que una vida rica, propone una vida plena.

De esta forma rompe la relación tradicional entre fidelidad y prosperidad terrena.

El hombre no entiende nada. Se cae un pilar de su religiosidad.

Le llega a faltar un «signo» tangible, material, de que Dios está contento de él.

19. W. Zimmerli, *o. c.*, 288.

*¿Fundamento de la vida religiosa?*

El relato de Mc no puede ser considerado como *fundamento* escriturístico *directo* de la vida religiosa. Como si existieran cristianos «selectos» a los que el Señor pide todo y otros para los que se contenta con poco.

En definitiva, la distinción entre preceptos y consejos no entra en la perspectiva de este episodio. Por otra parte, en Mc no encontramos ni siquiera el «si quieres», sino una serie de órdenes (vete, vende, ven, sígueme) que no dependen ciertamente de un «si».

Se subraya aquí el imperativo de una llamada, aunque particular. Y la llamada divina para el hombre constituye un precepto, no un consejo (y esto, obviamente, sin querer discutir acerca de la gravedad de la culpa en caso de rechazo).

Por parte del hombre no se trata de razonar diciendo «soy capaz» o «no soy capaz». La invitación es una gracia, pero que determina una precisa responsabilidad personal. Se trata de acoger la exigencia del momento y concretarla en la obediencia a Dios.

Por otra parte, no es necesario ni siquiera considerar este relato como un esquema válido para todos. Es un caso particular que se refiere a una situación concreta. No a todos los discípulos ha pedido Jesús precisamente estas cosas.

El desapego de las riquezas es válido para todos, sin distinción, pero se traduce de forma diversa.

«No a todos les es indispensable deshacerse de los propios bienes totalmente, como no todos se encuentran en la necesidad de sacrificar la vida por causa de Jesús y del evangelio; sin embargo, todos deben escuchar la llamada a una total entrega, que Jesús dirige a cada uno aunque de modo distinto. Si a tal llamada se le quiere dar el nombre de «consejo», hay que aclarar también que éste para una persona determinada puede convertirse en un precepto. El distinguir entre "consejo" y "precepto" tiene sentido únicamente en cuanto que decisiones, como la de la renuncia total a la propiedad personal, no se pueden exigir a todos» (R. Schnackenburg).

Sin embargo, aunque el episodio *no fundamenta* directamente la vida religiosa en cuanto tal, hay que reconocer que se puede fácilmente rastrear el espíritu y muchos elementos doctrinales que, sin duda, caracterizan la vida religiosa.

Sobre todo es indiscutible que muchas personas, leyendo esta página, se han sentido y se sienten interpeladas personalmente, y han decidido consagrarse totalmente al Señor abrazando esa forma particular de vida.

No se dice el nombre del hombre. Así, muchas personas han podido y pueden indentificarse con él, entender como dirigida a sí aquella palabra y, lo que es más importante, dar la respuesta positiva que él no ha sabido dar.

## *El camello tiene que entendérselas con el ojo de la aguja*

Jesús, que estaba a punto de irse de viaje cuando llegó el desconocido, ahora parece que no tiene ya tanta prisa en emprender el camino.

Aprovecha la escena a la que han asistido los discipulos para precisar algunas cuestiones.

«Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discipulos: ¡Con qué dificultad van a entrar los que tienen mucho en el reino de Dios!» (v. 23).

Aquí está interesada toda la comunidad, también la más amplia formada por nosotros que lo leemos.

La entrada en el reino resulta problemática, sobre todo, para los ricos.

«Los discípulos se quedaron pasmados ante estas palabras» (v.24).

Es difícil explicar esta reacción por parte de quien es pobre y ha dejado todo. Crisóstomo la atribuye a una «preocupación pastoral» de los discípulos.

Sin embargo, Jesús no duda en aumentar la dosis. Y esta vez en términos generales, no ya limitados a una categoría de personas. «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios!» (v. 24). La dureza de su proposición contrasta con el tono dulce, persuasivo que la introduce: «Hijos...».

Algunos manuscritos tienen el inciso: «para quien confía en las riquezas». Pero quizá sea sólo un desmañado intento de limitar el discurso a los ricos.

Viene, en cambio, a la memoria la imagen de la puerta estrecha (Mt 7, 13-14; Lc 13, 4).

Como si no bastase, Jesús vuelve al tema de los ricos y presenta una imagen aún más inquietante: «Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el reino de Dios» (v. 25).

Es sorprendente que mientras el Maestro recurre aposta a una imagen paradójica para hacer ver la idea de la dificultad e incluso de la imposibilidad, los comentaristas de todos los tiempos se han esforzado en atenuar la fuerza provocativa e incluso eliminarla del todo.

Para algunos se trataría de un banal error de transcripción. No *kamelos*, camello, sino *kamilos*, cable, maroma, cabo para amarrar las naves [20].

Algún otro también descubre que en Jerusalén existía una puerta tan baja y estrecha que se la llamaba por eso «ojo de aguja». Por eso los camellos, cuando las puertas más grandes estaban ya cerradas, si querían entrar en la ciudad, se veían obligados a agacharse para pasar a través del «ojo de aguja».

En este punto, también han intervenido los predicadores, muy comprensivos, que han explicado todo, patéticamente, en términos de humildad. Por lo cual la entrada en el reino, más que cuestión de aligeramiento, era cuestión más sencilla, de rebajarse...

Pero el testimonio acerca de la famosa puerta resulta más bien sospechoso por lo tardío (siglo IX) y no tiene ningún fundamento serio en la arqueología.

Comúnmente, para la gente sencilla de Israel, el camello era el animal grande por excelencia.

Y además existe un dicho rabínico que recalca la imagen usada por Jesús, aunque el animal sea distinto: «¿Acaso eres de Pumbeditha, en donde se hace pasar un elefante por el ojo de una aguja?» [21].

Sea lo que fuere, Jesús usa frecuentemente metáforas a propósito exageradas: paja y viga en el ojo, filtrar mosquitos, tragar camellos, trasladar montañas...

El objetivo del Maestro me parece precisamente el del llevar a los discípulos a aquella conclusión: «Entonces, ¿quién puede salvarse?» (v. 26) [22]. Es decir, la imagen del camello y del ojo de la aguja conduce a una conclusión inevitable: imposible.

De hecho, es *imposible salvarse*. Es *posible sólo ser salvado*.

«Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque Dios lo puede todo» (v. 27) [23].

Tenemos aquí una afirmación perentoria de la *teología de la gratitud* que, además de ser una característica del evangelio de Mc, se encuentra en sintonia con el pensamiento de Pablo.

20. Cirilo de Alejandría, haciendo esta corrección, aprovecha para llamar impío, ignorante e idiota a Juliano que no habría comprendido una cosa tan elemental, bastaba entender un poco de asuntos marineros. Está por ver si los expertos de náutica han intentado jamás enhebrar la maroma...

21. También el Talmud babilonio habla, a propósito de sueños más o menos probables, de «un elefante que pasa a través del ojo de una aguja». Cf. *Il Trattato delle benedizioni (Berakhot)*, a cargo de S. Cavalletti, ber. 55b, UTET, 367.

22. La amarga pregunta de los discípulos denota quizá la preocupación acerca de la salvación mesiánica de Israel, el pueblo de la promesa.

23. Cf. Gén 18, 12; Lc 1, 37; Zac 8, 6; Job 10, 13; 42, 2.

Alguno sugiere invertir el orden de los versiculos. De esta forma el versiculo 25 (con la parábola del camello) iria mejor inmediatamente después del 24 que afirma la extrema dificultad para los ricos de entrar en el reino.

Jesús ante el desconcierto de los discípulos, responde alargando ulteriormente el campo de la dificultad. No sólo para los ricos, sino para todos (v. 24). Así se explicaria mejor, en este punto, el pasmo de los discipulos «que muestra el pavor del hombre cuando se coloca con seriedad ante Dios» (E. Schweizer).

A pesar de ello, los discipulos no son capaces aún de comprender del todo. «Se quedan siempre dentro del horizonte del hombre, incluso cuando tienen un juicio exacto sobre el hombre, en vez de mirar al gran acto de Dios y no al hombre. Por esta razón Jesús le busca de nuevo con la mirada...» (E. Schweizer).

Y la frase siguiente («Dios lo puede todo») sirve para subrayar el hecho de que la salvación es un milagro de la gracia.

Aparte de la plausibilidad de las correcciones propuestas, que quisieran dar una «gradualidad lógica» a las afirmaciones de Jesús, surge legítima la sospecha de si, precisamente un orden demasiado lógico, no termina por estar en contradicción con el lenguaje intencionalmente paradójico, excesivo, de Jesús.

En el fondo la mejor solución consiste en dejar el texto tal como está, atormentado, con desarrollos y repeticiones, pasajes bruscos, saltos.

Es una página destinada a inquietar, no a tranquilizar.

Y está bien el que la arquitectura literaria no sea perfecta.

Se tiene la impresión de pasar de un pico a un precario guijarro de roca (¡nada de gradualidad lógica!) con vertiginosos precipicios que se abren a los pies. Solamente al final las manos encuentran un agarradero: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios». Más aún, bastante más que un simple agarradero. Algo como «sentirse acogidos».

### *Pedro está a punto*

«Pues, mira, nosotros ya lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (v. 28).

El «mira» de Pedro tiene todo el aire de un suspiro de alivio, después de pasado el peligro.

El y los otros han abandonado sus modestos bienes por amor de Jesús, por tanto están a punto. El problema para ellos está resuelto.

A diferencia de Mt, Mc no pone en boca del portavoz de los discipulos una pregunta explicita de aclaración sobre la recompensa.

Es Jesús mismo quien afronta el tema. Y la promesa no se refiere solamente a los doce (que, según otro *dicho,* tendrían que sentarse sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel), sino a todos los que de algún modo, «han dejado casa... por mi causa y la del evangelio». La expresión era de bastante actualidad en la primera comunidad cristiana, en un tiempo en el que abrazar la fe significaba encontrar separaciones y contrastes insanables dentro de la misma familia.

La recompensa es doble:

— vida eterna, en el mundo futuro,
— «compensación» centuplicada, aqui.

Sobre todo el segundo aspecto debe ser aclarado. Muchos entienden que el discípulo, renunciando a los afectos familiares y a las propiedades, encuentra después muchos otros hermanos en la fe[24] y en el ideal, además de hospitalidad y el apoyo de la comunidad. En definitiva, los discípulos son invitados a una experiencia en la que serían «compensados» de la renuncia con una nueva comunión de bienes y de relaciones interpersonales[25]. Hay algo de verdad en todo esto. Pero me parece que no es este el núcleo de la cuestión.

Puntualiza J. Schmid: «Por compensación centuplicada de los bienes terrenos no se entienden ciertamente estos mismos bienes en cantidad centuplicada, sino algo que les sobrepasa cien veces, es decir que vale infinitamente más, la unión con Dios».

Es decir, una vez más el acento se coloca en el «seguir». El que está con Jesús encuentra en él todo lo que ha dejado, no centuplicado cuantitativamente sino cualitativamente. Quiero decir que en el seguimiento se gana una *plenitud de vida.*

Esta idea de totalidad está expresada también por un detalle. Mientras las cosas abandonadas son enumeradas con o...o...o..., las recibidas son introducidas por y..., y... y... Más que una suma detallada, la operación hay que entenderla en el sentido de plenitud[26]. La totalidad ofrecida por Jesús incluye todo.

La alusión realista a las persecuciones (es el acostumbrado «estar con los pies en la tierra» de Marcos...) impide ver en la «recompensa»

24. Jesús mismo ha dicho: «El que cumple la voluntad de Dios ése es hermano mio y hermana y madre» (Mc 3, 35).

25. «En las comunidades, de hecho, se inaugura ya la riqueza del reino, por el hecho de que no se posee sino que se da. En ella sucede por tanto lo que ha sido prefigurado en la multiplicación de los panes, en donde en vez de poseer y atesorar, se da y se divide, obteniendo como resultado la multiplicación de los bienes, de forma que todos tengan hasta la saciedad... Así la iglesia se debe situar en el mundo como el lugar concreto de la nueva praxis del reino de Dios» (*Una comunità legge il vangelo di Marco,* II, 117).

26. «Quae relinquuntur, disiunctive enumerantur; quae retribuuntur, copulative» (Bengel).

algo puramente consolatorio, que garantizaría al discípulo una vida tranquila, libre de preocupaciones, una especie de «pensión».

No. El estar con Jesús es una riqueza siempre amenazada. Se trata de un tesoro que, lejos de colocar en una situación envidiable desde un punto de vista humano, «expone» al desprecio y tal vez al odio. A pesar del anticipo de plenitud, este es todavía el tiempo de la prueba, no del cumplimiento.

Hay que notar que «por la buena noticia» probablemente sea un añadido redaccional y eclesial. Solamente la iglesia primitiva llegará, de hecho, a identificar la persona de Jesús con el «anuncio gozoso» y con el reino.

La enseñanza se concluye con un dicho sobre los primeros y los últimos. «Y muchos de los primeros serán últimos y los últimos, primeros» (v. 31). Lo que llama la atención en este *loghion* son los artículos. Los primeros no serán necesariamente últimos, sino «muchos de los primeros». Sin embargo «los últimos» serán sin duda primeros.

En los primeros no debemos ver exclusivamente a los ricos, aunque esta página los haya puesto en el centro de la atención. En general, son aquellos que ocupan posiciones de prestigio y de importancia en el mundo (por la riqueza, la cultura o el poder).

Jesús no habla de jerarquías. Sus palabras quieren decir: ser acogidos o excluidos en el reino.

Los discípulos que han dejado todo, compadecidos, despreciados, considerados últimos por los jefes del pueblo, por los judíos, por la gente que cuenta y que «sabe» (también religiosamente), se han convertido en los primeros. Pero tampoco ellos deben sentirse satisfechos y seguros definitivamente. En efecto, puede suceder que si se dejan llevar por la presunción y acaparan títulos de mérito, muchos de ellos vayan a terminar en los últimos puestos y algún desconocido (como el ladrón sobre la cruz) llegue a precederles.

En la perspectiva de Jesús, el cambio de las posiciones no está jamás concluido, sino siempre en acto.

## Provocaciones

1. Difícil clasificar a aquel hombre. Se podría definir como uno que tiene la manía de acumular, dispuesto a añadir siempre algo más.

Su gesto de arrodillarse ante el Maestro es algo «más» que los homenajes que se rendían a los rabís famosos.

Su pregunta trasluce la espera de alguna práctica, prestación suplementaria —sugerida por Jesús— además de aquella que realiza habitualmente con la observancia de los mandamientos.

El no tiene dificultad en añadir un deber más, un ejercicio más al programa de sus compromisos religiosos, una materia más para obtener la anhelada promoción.

La invitación del Maestro a dejar sus bienes le deja atónito.

«Una cosa te falta...».

Justo, lo que pensaba, habrá dicho él. Una obra más y seré aún todavía mejor.

En cambio, aquella revelación inesperada: debes dejar, no añadir; perder, no adquirir; despojarte, no llenarte de otras obras buenas.

Esto estaba en contraste con toda su formación precedente.

Su razonamiento, dada la mentalidad judía que consideraba la riqueza una especie de «sacramento» de la presencia de Dios en casa de una persona pía, puede reconstruirse con suficiente exactitud: con una observancia más, me haré más agradable a Dios, que me dará aún más riqueza. Teniendo más riquezas, puedo dar más limosnas y, por tanto, aumentar mi capital en vistas a la vida eterna...

Componendas. La piedad como inversión segura.

Una doble contabilidad, una doble seguridad: para el presente y para el futuro. Acumular aquí abajo me da la posibilidad de acumular también allá arriba. Y teniendo a mi nombre un tesoro en el cielo, Dios está como obligado a certificármelo con signos tangibles en esta tierra.

La respuesta de Jesús es escandalosa porque trastoca esta práctica religiosa basada en la dòble ganancia.

Y precisamente este es el meollo central del seguimiento.

Jesús no añade un mandamiento nuevo.

Pide, antes de nada, renunciar a una cierta mentalidad, a una cierta contabilidad, a un cierto capitalismo espiritual.

Muchos de nosotros estaríamos dispuestos a seguir al Maestro, si se nos impusiera un peso suplementario.

La pena es que pide un «aligeramiento» total.

No exige algo más.

Quiere otra cosa.

No un añadido a tu vida.

Sino una orientación distinta de tu vida.

Si se trata de soportar cargas imprevistas en el viaje, quizá lo haríamos.

Pero ¿quién está dispuesto a invertir la dirección del camino?

Doblar la espalda puede ser más fácil que dejar a la espalda nuestras ideas religiosas.

Un Dios que nos asignase una tarea más difícil quizá lo toleraríamos.

Pero un Dios que no sigue nuestro juego, nos escandaliza.

Pero..., bueno, si ni siquiera Dios respeta las reglas religiosas, ¿dónde vamos a parar?

En el fondo, no rechazamos ni pizca, darle lo que pide. Basta que hable, diga la cifra. Hemos hecho ya tanto, que no nos retraeremos a este enésimo sacrificio.

Cierto. Es precisamente una imagen de Dios la que debemos dejar.

Se trata del distanciamiento más doloroso. Y muchos no llegan a hacerlo.

Dios no es el monarca sentado en la mesa para recaudar los impuestos o sentado en el trono para recibir los homenajes y dones de los súbditos.

Es alguien que va a lo largo de un camino opuesto al nuestro.

Su oido más que percibir el tintineo del óbolo que cae en la caja del reino, está atento al sonido de los pasos a su espalda.

Ese Maestro exigentisimo, siempre de viaje, no manda materias suplementarias y más difíciles.

Se contenta con que los discípulos mantengan su paso...

2. Debemos reconocerlo. Es el que ha comprendido mejor que nadie las exigencias del seguimiento.

Sí, precisamente él, el discípulo que no llegó a serlo.

Se ha ido abatido y triste, porque ha medido hasta el fondo lo que Jesús pretende de quien le sigue.

Para comprender el riesgo y la grandeza de una vocación, tenemos necesidad no sólo de los «si», sino también de este «no».

Nos permite valorar exactamente el coeficiente de dificultad del itinerario propuesto por Cristo.

Por otra parte, entre quien se queda con la ilusión de negociar, obtener rebajas, minimizar, dulcificar, parece más honesto el hombre que se va, asustado.

El suyo es un modo de advertirnos que se trata de una cosa terriblemente seria.

Una admonestación válida incluso para los que han aceptado cumplir el desprendimiento.

Como si dijera: yo no he sido capaz de desprenderme. Pero tened en cuenta que a vosotros no se os consiente dar marcha atrás, a escondidas, o bien recuperar de otro modo lo que habéis dejado.

Me atrevería a decir que esta «vocación rechazada» es menos peligrosa que ciertas vocaciones padecidas o vividas a medias.

De hecho aquella, al menos, puede constituir un desafío para alguno.

Estas, en cambio, se resuelven en una especie de vacuna que prácticamente llega a inmunizar contra cualquier lanzamiento, a neutralizar, de raíz, cualquier voluntad de arrojarse a la aventura.

Aquella puede estimular. Estas descorazonan.

3. «Lo miró fijo, le tomó cariño». Sería demasiado simplista concluir que, después del rechazo, Jesús le ha retirado su amor.

No. Aquella mirada el hombre se la ha llevado siempre detrás. Mejor, dentro. Aquel amor no le ha abandonado ya.

El más atormentado de los remordimientos.

El reproche más implacable.

Quizá si el Maestro se hubiese mostrado duro, cortante, indiferente, aquél se hubiera ido a casa menos triste.

Pero una mirada de ese género se convierte en algo insoportable.

Son las provocaciones de Cristo.

El hombre del rechazo sabe algo. Porque aquella provocación es una solicitud obstinada, colocada en la profundidad de su corazón, para que salga fuera, vea la luz finalmente el ser liberado de la esclavitud del tener.

Así la llamada rechazada una vez se convierte en una llamada continua, un reclamo tenaz aunque silencioso.

No hay duda. La mirada y el afecto no han cesado. Y ni siquiera han sido vanos. La provocación ha tenido el resultado esperado. Más aún, bastante más...

Baste pensar en las innumerables personas que, leyendo esta página del evangelio, se han sentido interpeladas, la han considerado como algo que iba con ellas y han respondido que sí.

Son los hijos, innumerables, de una vocación que ha fallado.

Han comenzado los monjes antiguos.

En este caso se puede decir, dando la vuelta al dicho famoso, que el padre ha comido los agraces, y los dientes de los hijos (y no sólo los dientes) se han librado.

Todos estos, los hijos de aquella vocación fallida, los podéis reconocer por un signo inequívoco. Su alegría.

4. Fundamentalmente la lección que Cristo remacha en este episodio es siempre la de perder para ganar.

Entre el antiguo y el nuevo testamento está por medio la aritmética. Un nuevo modó de contar.

Todavia hoy, muchos no han sido capaces de captar este método revolucionario. Se sienten más seguros con el método tradicional (el del hombre que tenía muchos bienes) según el cual sólo acumulando, conservando, sumando, se puede ganar.

Jesús, en cambio, propone una aritmética que simplifica enormemente las cosas.

Pero a nosotros nos gustan las cuentas complicadas.

Mira, Señor, si se tratase de quitar algo, de restar alguna cifra, podríamos incluso arriesgarnos a seguir tu sistema que asegura una ganancia colosal, según tú dices.

Pero tú quieres convencernos de que es necesario perder todo para ganar todo.

No somos capaces. También porque, si perdemos todo, qué nos queda para consolarnos en caso de una eventual falta de ganancia (perdona, sabes, pero también puede suceder esto, somos tan desafortunados...).

Nos comportamos como jugadores cautos y prudentes. Nos movemos con circunspección. Preferimos ir sobre seguro. No por mucho correr...

Nuestras «apuestas» son siempre «razonables», proporcionadas a nuestros bolsillos.

Nos sucede a veces que arriesgamos incluso una gran suma. Pero «todo», como tú quieres, no lo arriesgamos jamás al juego de la vida.

Y continuamos esperando que tú modifiques tu radical «o todo o nada».

Esperamos que cuando te des cuenta de la escasez de clientes que te encuentras, decidas contentarte con menos.

Mira, cómo también nosotros aceptamos ajustar nuestras pretensiones. No queremos ganar todo. Fíjate; nos contentamos con ganar mucho. Con pequeñas pérdidas.

Sobre todo estando sobre seguro. Pagos al contado por nuestra parte. Por tu parte, estamos dispuestos a darte un crédito. Un anticipo aquí. El resto nos lo pagarás allá arriba.

Quizá no te lo hayan dicho. Pero nuestro juego preferido, Señor, es la razonabilidad. Tiene muchas variantes: realismo, prudencia, justo medio, compromiso. Pero en la práctica es lo mismo.

Entonces, Señor, ¿te quedas aún con tu peligroso juego de lo absoluto?

5. Entre todos los comentaristas, me parece que sólo G. Dehn ha anotado este detalle.

No es cierto que Jesús haga el interrogatorio del hombre rico basándose exclusivamente en los mandamientos de la segunda tabla.

Los de la primera tabla son tenidos en cuenta al final.

«Vete a vender lo que tienes...».

«Yo soy el Señor, tu Dios. No tendrás otros dioses ante mí... No te postrarás ante estas cosas y las servirás. Porque yo el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso...».

Más allá de una pía observancia, el hombre ve perfilarse el absoluto de Dios, ante el cual todo se hace relativo.

Dios aparece tan grande, tan real para el hombre, que las otras cosas se convierten en pequeñas e insignificantes.

Para practicar los mandamientos de la segunda tabla uno puede salir adelante con cualquier renuncia, sacrificio, privación, limosna.

Pero cuando Dios se convierte verdaderamente en Dios para nosotros, el único, nos damos cuenta de que hay que escoger entre lo que tenemos y lo que nos falta.

El desprendimiento es el más grande acto de adoración.

La liturgia terrestre se celebra, sobre todo, a través de el desprendimiento, dirigido a cantar el absoluto de Dios. Todo desprendimiento es como una genuflexión que reconoce el todo de Dios.

El hombre rico, pensándolo bien, ha equivocado el momento de la adoración.

Es al final cuando debería haberse puesto de rodillas.

6. Pero el verdadero pobre es él.

La mirada es la expresión más evidente de su pobreza.

No dispone de otro recurso.

«A esto, Jesús *lo miró* fijo, le tomó cariño y le dijo...».

«Jesús *se les quedó mirando* y les dijo...».

«Jesús, *mirando alrededor,* dijo...».

Advirtamos que la mirada precede siempre el decir.

Son palabras comprometidas, casi descorazonadoras, que expresan exigencias «imposibles» para los hombres.

Y Dios es pobre.

No tiene nada que ofrecer como garantía, fuera de esa mirada.

Los hombres se pueden ir, volverle la espalda.

Dios es pobre, débil.

No tiene otra fuerza para retenerles que aquella mirada, cargada de cariño.

7. En la respuesta de Jesús a Pedro se puede entrever una solución del problema del camello y del ojo de la aguja.

En la frase de Jesús que habla de hermanos y hermanas dejados y encontrados, «recibidos», me parece que se puede apreciar también una precisión de este género: en el reino no se entra solos, sino juntos.

He aquí una hipótesis de solución de la parábola del camello.

Por aquella puerta estrecha es imposible pasar solos, egoístamente.

Con muchos, sí.

8. Hay otro detalle desconcertante.

No se habla, en esta página del evangelio, de una recompensa por las persecuciones sufridas.

Sino que *las persecuciones forman parte de la recompensa.*

9. ¿...O es que Pedro se siente culpable, y cuando dice «lo hemos dejado todo» es invadido al menos por una sospecha, si no por un remordimiento?

Quizá aquella declaración no la hace en tono de vanagloria, sino con una resquebrajadura de incertidumbre.

Aquel «pues, mira» es precisamente lo contrario de un suspiro de alivio.

No excluiría la hipótesis.

Me conozco demasiado bien.

El «todo» del Señor es muy distinto del nuestro.

Cuando él nos asegura que tendremos todo, ese todo incluye verdaderamente todas las cosas, comprende también lo que no osamos ni siquiera esperar.

Cuando nosotros, en cambio, decimos «todo», dejamos siempre fuera algo.

Por esto, con frecuencia, advertimos un sentido de vacío en nuestra vida.

Es el vacío provocado por lo que... no hemos dejado.

## CONFRONTACIONES

### *Dios no acepta nuestra planificación moral*

El hombre rico, aunque honesto y sincero, parte de una moral a nivel del hombre; él piensa que es posible combinar la posesión de bienes con el cumplimiento de los mandamientos divinos. En cambio, cuando Jesús, que aquí obra claramente como Dios, le pide algo que no entra en una ya preestablecida planificación moral, al rico se le escapa cómo los mandamientos derivan de una iniciativa divina y no entran en una codificación humana.

El hombre rico, habituado a garantizar y a garantizarse todo con su riqueza, creía de buena fe que también la herencia de la vida eterna le sería garantizada sólo a través del cumplimiento escrupuloso de las reglas del pacto.

Pero he aquí que Dios cambia de golpe el razonamiento preciso del hombre y establece nuevas reglas, o bien introduce una inesperada excepción. La salvación dependerá, por tanto, sólo de su arbitrio. En ciertos casos Dios querrá que un hombre rico pueda combinar su

riqueza con la salvación; pero será un «milagro», una iniciativa divina. Generalmente la riqueza inclina al hombre a creer en la propia autosuficiencia incluso con relación a la vida eterna. Esta es la razón de que sea tan difícil el que un rico entre en el reino de Dios (J. M. González, *Evangelo secondo Marco,* Milano 1973, 181-182).

### *Los sacrificios extremos los realiza solamente el niño*

Nos encontramos en este joven un tipo de hombre absolutamente distinto de aquel al que, en ese momento, había prometido Jesús el reino.

En él no hay nada de niño, ninguna sencillez; más aún, está preocupado, en lucha consigo mismo, en búsqueda. También aquí se ve que el reino de los cielos no pertenece a estos hombres.

El idealista se equivoca, si cree vivir la existencia, porque apenas se le dirige una exigencia verdaderamente existencial, la rechaza. Los sacrificios extremos los realiza solamente el niño en el hombre, el niño escondido en el padre y no el joven egocéntrico, que no puede penetrar la verdadera realidad, porque está demasiado ocupado de sí mismo, de la propia evolución y de los propios deseos (G. Dehn, *o. c.*).

### *Dejarse seducir por Dios*

El centro de todo el pasaje es el centro de la fe cristiana: el dejar todo por Cristo Jesús —el «dejarse seducir» por el Dios que ha aparecido en Jesús. Sólo quien tiene este «supremo conocimiento de Cristo Jesús» (Fil 3, 8) está junto a Dios, ha encontrado la perla preciosa, abandona todo con alegría, porque tiene la plenitud de la vida del reino que está reservado a los pobres.

Está claro, por tanto, que el hombre no tiene cuanto tiene o posee, sino cuanto da. El verdadero rico es el que da, no quien está aferrado a las cosas. Uno que se da a sí mismo, es sí mismo. Uno que da todo es todo, y se encuentra rico de todo. Esta es la bendición mesiánica que Jesús ha traído (*Una comunità legge il vangelo di Marco,* Napoli 1979).

### *Vacíos de vacío*

Pero ¿de qué hemos de liberarnos, vaciarnos, empobrecernos? No ciertamente, Señor, de tus dones, sino sólo de nuestra codicia que nos lleva a usarlos superficialmente, sin comprometernos totalmente, sin

jugarnos el todo por el todo. Vaciarnos, por tanto, de vanidad, de disipación, de alienación: vaciarnos del vacío porque tú no nos quieres vacíos sino llenos de tus dones; llenos de ti y llenos también de nosotros: de ese yo verdadero y profundo que no se consigue sin despojo, pero que no se realiza sin enriquecimiento. Vacíos de vacío para llenarnos de todo (A. Zarri, *E più facile che un cammello...*, Torino 1975).

### *La restitución no se paga entera en monedas celestes*

¿*Cómo* será, Señor, ese «cien veces más»?

Sé muy bien que ciertos hermanos míos sobrenaturalistas, que han ido a clases de platonismo, lo imaginan todo hecho de espíritu y de gracia, porque la «naturaleza» les da miedo y no quieren saber nada con la materia para no mancharse las manos.

Pero yo ya tengo las manos sucias: son suciedad porque son materia; y yo las amo asi, tú las has amado asi y así las has querido aceptar, cuando has tomado carne humana. Yo no tengo miedo de la carne, de su calor, de su amor, hecho también de escalofrios terrestres.

Y no pienso que tú quieras destruirla y cancelar el don que nos has hecho, al comienzo de los siglos, cuando te manchaste las manos también tú, con esta tierra nuestra (¿qué otra cosa significa el símbolo de las manos que amasan la creación y modelan el hombre con arcilla, sino tu manejar sin más la materia terrestre?). No, no pienso, Señor, que la restitución sea toda en monedas celestes: en virtud, en gracia, en gloria eterna. Sí, ciertamente, también y sobre todo, pero no sólo.

Tu nos darás, Señor, la misma moneda; y si te hemos sacrificado un afecto, nos restituirás ese afecto; si te hemos dado una casa, nos darás esa casa con los adornos de las paredes y los tiestos de geranios en las ventanas. Quizá no sean las mismas paredes, pero será la dimensión, la posibilidad, la libertad de poderla tener de nuevo y habitarla. Serán aquellos geranios que hemos sacrificado por nuestra libertad y por el amor exclusivo hacia ti, los que florecerán para siempre: en la eternidad y en nuestros días de ahora (*Ibid.*).

### *La resurrección de las cosas*

Y ¿*cuándo* será este céntuplo? ¿Cuándo ocurrirá esa restitución?

También aquí sé que mis hermanos escatologistas proyectan todo en el más allá. Pero tú nos has prometido el céntuplo y la vida eterna. El céntuplo, por tanto, no es la vida eterna: es algo que tú nos das

aquí, mientras nosotros estamos aún en la tierra. Forma parte, por consiguiente, de la vida eterna, en cuanto nada está fuera de tu reino y todo se inicia ya sobre la tierra; pero es aún de la tierra y no debemos esperar a la muerte para recibirlo: basta —aunque es necesaria— la muerte diaria del ayuno, del desprendimiento, de la pobreza, para que surja la resurrección de las cosas.

Y si este céntuplo tú nos lo das en monedas terrestres y ya aqui sobre la tierra, ¿esto quizá significa que es un asunto que concluye y que desaparecerá después de la muerte?

No creo, Señor, que tú nos des dones provisionales y nos tomes lo que ya ha sido objeto de muerte y de resurrección. Esto ya ha entrado en tu reino, forma ya parte de tu vida eterna y no nos será quitado. Lo llevaremos al más allá, tan puro como nos lo has purificado y como nosotros hemos consentido que nos lo purificases. Es nuestra pequeña porción, nuestro pequeño anticipo del cielo (*Ibid.*).

### *No se le piden cuentas a Dios*

¿No se podría, sin embargo, objetar que este motivo de la recompensa es poco honrado y casi inaceptable? ¿No sirve quizás a estimular una actitud renunciadora, por la que se sufren aquí abajo privaciones y «sacrificios» con el fin de obtener un premio celeste lo más grande posible en la «felicidad eterna»? ¿No conduce quizás a esa huida del mundo, a ese aislamiento de las comunidades en una especie de gueto, que hoy reconocemos como falso y perverso en cuanto induce a la iglesia a renunciar a todo, sustrayéndose de sus compromisos en el mundo, de su acción social y de las necesarias intervenciones contra la opresión de algunos grupos privilegiados? ¡Pensamos en América Latina! En realidad estos peligros no se pueden negar y además debemos admitir muchas culpas históricas por parte de la iglesia.

También las palabras de Jesús están expuestas al peligro de falsas interpretaciones. Pero si reflexionamos en su intención original, la ansiosa búsqueda de la recompensa está excluida.

El se sirve de la *imagen* de una recompensa centuplicada para animar a los discípulos a emplear los bienes de la tierra según las exigencias evangélicas. El quiere disuadir a sus seguidores de la sed de dinero y de propiedades, para que se dediquen totalmente a Dios; ellos deben emplear los bienes como Dios manda, es decir, para los pobres y necesitados. Por último, con esto no adquirimos derechos ante Dios y no les está permitido hacer otra cosa que esperar de él *la restitución, bajo forma de don, de todo a lo que han renunciado.*

La concepción judia de la recompensa, en el anuncio de Jesús no sólo es corregida sino sencillamente dada la vuelta. En efecto, Jesús excluye categóricamente la aspiración a un premio siempre mayor, asi como el vanagloriarse de las propias prestaciones. Jesús parte del pensamiento judio («tendrás un tesoro en el cielo»), pero lo supera apelando a la grandeza y liberalidad de Dios, que igual que no se deja comprar, tampoco se deja ganar en bondad. El que le da todo recibirá de él dones abundantes. En cambio, quien espera el premio pidiéndole cuentas a Dios y obrando el bien con cálculo, todavía no ha actuado el don de sí a la divinidad (R. Schnackenburg, *o. c.*).

### *La comunidad no es un refugio para personas solas*

También el hacer de la comunidad la propia casa puede esconder insidias. El que busca en la comunión con los hermanos y las hermanas de fe una compensación real a cambio de lo que ha dejado o perdido, no ha comprendido aún la llamada al seguimiento de la cruz. Jesús se separó incluso de los discípulos más queridos, muriendo solo y abandonado, por la salvación de todos. La comunidad no es, en primer lugar, un refugio para las personas solas, sino un espacio en donde se reúnen los que renuncian a los propios deseos por amor de Jesús y se ponen al servicio de los demás hombres. Esta *no constituye un rincón tranquilo y apartado del mundo, sino un punto de partida para ir hacia el mundo.*

Sin embargo, la comunidad en cuanto tal debe preparar y reforzar a los creyentes, dándoles la confianza de tener junto a sí otras personas animadas por idéntico ideal, con los que recorrer juntos el mismo camino y presentarse en el mundo con la misma misión, recibida por Jesús.

Una comunidad probada y perseguida tiene necesidad de este alivio y de esta certeza (cf. 1 Pe 5, 9).

En este sentido la iglesia primitiva no se equivocó al interpretar al Señor cuando, junto a sus inauditas pretensiones, recordaba continuamente también su infinita bondad que todo lo comprende (*Ibid.*).

# IV. El que va delante (10, 32-52)

## Tercer anuncio de la pasión y resurrección
10, 32-34[1]

32. *Iban subiendo camino de Jerusalén,*
*y Jesús les llevaba la delantera;*
*los discípulos se asombraban,*
*y los que seguían iban asustados.*
*El se llevó aparte otra vez a los Doce*
*y se puso a decirles lo que iba a suceder:*

33. *«Mirad, estamos subiendo a Jerusalén,*
*y el hijo del hombre va a ser entregado*
*a los sumos sacerdotes y a los letrados:*
*lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos,*

34. *se burlarán de él,*
*le escupirán,*
*lo azotarán*
*y lo matarán,*
*pero a los tres días resucitará».*

*El que va delante*

Este tercer anuncio se distingue de los precedentes por la escena introductoria particularmente rica de significado, y por el contenido bastante pormenorizado.

Jesús «sube» hacia Jerusalén, lugar de la pasión. Camina delante de todos.

El verbo «subir» es apropiado, desde el momento que Jerusalén se encuentra a unos 800 metros de altura. Quizá Jesús está ya por la llanura de Jericó. «Les llevaba la delantera» (v. 32). Indudablemente el verbo hace referencia a la costumbre rabínica de ponerse a la cabeza del grupo de discípulos. Pero aquí la expresión puede tener un

1. Cf. Mt 20, 17-19; Lc 18, 31-34.

significado marcadamente cristológico [2]. E indica decisión, conciencia, aceptación de la misión encomendada por el Padre. Por lo cual el correspondiente «ir detrás» de los discípulos no hay que entenderlo sólo en sentido material, sino que traduce una adhesión interior (seguimiento).

En la disposición del grupo hay algo poco claro. En efecto, parece recogerse la presencia de dos grupos distintos. El primero, más cercano al Maestro, está formado por individuos «asombrados», el otro, un poco detrás, recluta gente que también va asustada.

Algún estudioso supera la dificultad atribuyendo a Jesús un sentimiento de consternación. Por tanto, no «estaban asombrados», sino «Jesús les precedía y estaba invadido por la consternación. Y los que venían detrás tenían miedo...» (Turner). De esta forma, tendríamos aquí, en el acercarse a Jerusalén, una anticipación de la angustia de Getsemani.

Pero, probablemente, a pesar de resultar misterioso el versiculo —que Nisin considera el más dramático de todo el evangelio— se indican dos grupos distintos. En el primero, junto con los apóstoles, probablemente hay también otros seguidores (de hecho, poco después, Jesús llamará aparte solamente a los Doce). En el segundo, formado presumiblemente por simpatizantes en general, empieza a abrirse paso la inseguridad, la duda y, por tanto, el miedo, y parece que les vemos separarse [3].

Sea como fuere, se puede captar una atmósfera saturada de tensión. Es la hora de la gran decisión.

*El contenido de la profecía*, mucho más detallado que los anteriores y que presenta una singular coincidencia, tanto en la sucesión cronológica de los acontecimientos [4], como en la terminología, con el relato de la pasión, induce a pensar en una reelaboración formal de la iglesia primitiva [5].

Confrontando las distintas predicciones, se nota en esta última la presencia de ocho elementos distintos. En este orden: entrega a los

2. El mismo verbo griego *proago* será utilizado para expresar la promesa de la resurrección. Cristo resucitado *precederá* a los suyos en Galilea. Cf. el término *proago* a cargo de K. L. Schmidt, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, de G. Kittel y G. Friedrich, I, coll. 349-351.

3. Comenta R. Schnackenburg: «Mientras los discípulos que se asombran de Jesús, que se pone resueltamente en camino delante de ellos, hacen de fondo a la figura de Cristo, las otras personas que lo siguen, representan la situación y la actitud de la comunidad. El conjunto resulta una imagen apropiada del pueblo de Dios peregrinante que, irresoluto y timido, quizá lleno de miedo, sigue a su Señor, arrastrados sin embargo por él que es "el autor y consumador de la fe" (Heb 12, 2)».

4. Solamente el orden de los malos tratos resulta invertido. El relato de la pasión habla primero de la flagelación y después de las burlas.

5. Se trataría, en definitiva, de un «vaticinium ex eventu» en lo relativo a la precisión de los detalles, no a la sustancia.

sumos sacerdotes y a los escribas[6], condena a muerte, entrega a los paganos, burlas, escupitajos, flagelación, muerte, resurrección. De estos, solamente tres figuran en los primeros dos anuncios, mientras se encuentran todos en el relato de la pasión.

Hay que notar que en ninguna de las tres profecías es recordada la crucifixión. Se habla sólo de muerte.

En cambio, todas concluyen con la palabra sobre la resurrección.

Aquí no se relata la reacción de los discipulos. Pero ya ha sido descrita suficientemente en la escena introductoria. Por lo que no es difícil adivinar su estado de ánimo.

Por otra parte, están «subiendo» a Jerusalén, la ciudad santa, la ciudad de Dios. Y no van en peregrinación. Acompañan a un «condenado a muerte».

## Provocaciones

1. Quién sabe cuántas veces Jesús se habria puesto a la cabeza del grupo.

Pero esta vez, la expresión «les llevaba la delantera» parece expresar algo distinto de lo acostrumbrado.

Hay por parte de Jesús una determinación más resuelta.

Se advierte además un sentimiento de cansancio.

En efecto, además de vencer la repugnacia de la propia naturaleza humana para subir a Jerusalén, Jesús debe vencer también la resistencia, la pesadez de los discípulos.

Se diria que debe remolcarles...

2. Ciertamente Jesús, *también* en un plano humano, puede intuir las oposiciones que se hacen cada vez más duras, los complots que se van tramando secretamente, las decisiones que se concretan en una verdadera coalición contra él en los ambientes que cuentan, los de los negocios, de la politica y de la religión. Las amenazas se precisan sin dejar lugar a dudas. Se siente ya vigilado de cerca.

Tiene la impresión de estar enredado en estas intrigas. Pero en vez de buscar una salida, avanza decididamente, con vigor.

El plan puesto en práctica por sus enemigos conecta en su punto central con el plan de salvación de Dios.

No sólo en relación a sus discípulos, sino también en relación con sus oponentes, se diría que Jesús «va delante».

Jesús va por delante. Los demás se limitan a reaccionar.

6. «Escribas y fariseos» es un modo simplificado de hablar. En realidad la situación es mucho más compleja.

La potencia del mal está como obligada a mantener el paso con su desconcertante iniciativa de amor.

Las fuerzas amenazadoras de las tinieblas, capaces de hacer el mal, se ponen en movimiento porque han sido provocadas por uno que ha pasado haciendo el bien y teniendo el coraje de no defenderse.

El mal está allí, evidente, en toda su atrocidad, con todo su poder de destrucción. Pero —como dice J. Guillet— no es él quien dirige el juego. Y mucho menos quien le concluye.

Después de haberse ensañado sobre su víctima, el mal se encontrará como vacío.

En efecto, su victoria se limita a la destrucción del inocente. Después de esto no tendrá ya nada que destruir.

La victima será capaz de quitarle el veneno mortífero.

Sin embargo, para que suceda esto, no se puede evitar la confrontación.

3. El aspecto paradójico de estos anuncios de la pasión está en el hecho de que, mientras por un lado expresan la necesidad, la inevitabilidad del mal, del odio, del desencadenarse de la maldad de los hombres, por otra parte son también y sobre todo *anuncios de victoria.*

4. Un estudioso resalta que Mc en la secuencia inicial, se comporta como un óptimo director. Prepara la escena, disponiendo al personaje y a los distintos grupos que le acompañan con esmero, obteniendo un efecto de rara potencia.

Pero en aquellos grupos también hay sitio para nosotros lectores.

Y, tanto Mc como Jesús en persona, tienen necesidad de que tomemos posición. En el cortejo hacia Jerusalén son necesarias muchas otras presencias.

Si tuviese posibilidad de elegir, estoy seguro que me presentaría ante el director Mc para pedirle que... me ahorrase el viaje y que me buscase un puesto, a ser posible de primer plano, en el grupo de aquellos que entran en escena después del tercer día...

## CONFRONTACIONES

### *Hacia una pavorosa tiniebla*

En lo relativo al lenguaje, cuidadosamente elegido en este anuncio de la pasión, merece especial atención el verbo *entregar* (en griego es igual a «traicionar»)...

...Los tres significados del verbo griego, que son «entregar», «traicionar», «poner en manos de alguien», desde el punto de vista teológico convergen en un sentido único, y son todos igualmente adecuados para preparar nuestra reflexión sobre el misterioso enredo de la perversidad y crueldad de los hombres con la inestable permisión divina, que esconde por otra parte un designio de salvación. Tanto más se cierra la obscuridad de la pasión, cuanto más se une el pensamiento del abandono por parte de Dios a la ignominia y al dolor causado por los hombres; pero precisamente hacia esta tan pavorosa tiniebla el hijo del hombre dirige sus propios pasos (R. Schnackenburg, *o. c.*).

# La asignación de los puestos
## 10, 35-45[1]

35. *Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan,*
*y le dijeron:*
*«Maestro, querríamos que hicieras lo que te vamos a pedir».*

36. *Les preguntó él:*
*«¿qué queréis que haga por vosotros?».*

37. *Contestaron:*
*«Concédenos sentarnos uno a tu derecha*
*y otro a tu izquirrda el día de tu gloria».*

38. *Jesús les replicó:*
*«No sabéis lo que pedís.*
*¿Sois capaces de beber el cáliz que yo voy a beber,*
*o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?*

39. *Le contestaron: «Sí, lo somos».*
*Jesús les dijo:*
*«El cáliz que yo voy a beber, lo beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado.*

40. *Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda*
*no me toca a mí concederlo*[2]*;*
*sino que es para quienes está preparado»*[3].

41. *Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan.*

42. *Jesús los reunió y les dijo:*
*«Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones*[4]*,*
*las gobiernan como señores absolutos*
*y los grandes las oprimen con su poder,*

43. *pero no ha de ser así entre vosotros;*
*al contrario, el que quiera subir será*[5]*, servidor vuestro,*

1. Cf. Mt 20, 20-28; Lc 22, 24-27.
2. Literalmente: No es cosa mia darlo.
3. G. Nolli: «La forma pasiva es un modo de evitar el nombrar a Dios, claramente sobreentendido; el perfecto indica una acción pasada cuyos efectos llegan hasta el presente: *fue y permanece reservado*».
4. Literalmente: parecen ser jefes.
5. G. Nolli: «El futuro (del texto original) equivale a un imperativo, pero es más real, como si ya fuera visto el individuo en su condición de preeminencia».

44. *y el que quiera ser el primero,*
*será*[6] *esclavo de todos,*

45. *porque tampoco el hijo del hombre ha venido para que le sirvan,*
*sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos*».

## *La ambición no explica todo*

Hay casi unanimidad en condenar la salida de los «hijos del trueno» atribuyéndola a una ambición desenfrenada, arribismo, egoismo, deseo de poder.

De esta forma, su petición se cataloga bajo la expresión «incomprensión de los discípulos», que es un *leit-motiv* del evangelio de Mc.

Solamente P. R. Bernard, que yo sepa, asume, patéticamente, la defensa, llegando incluso a dar la vuelta al sentido del incidente, que él explica asi: «Se acercan a Jesús y con la máxima familiaridad, le presentan una pregunta que les parece del todo natural: toman precauciones para el reino futuro. Jesús ha manifestado siempre con ellos la más grande amistad. Si se sitúa en su propio poder mesiánico, pueden esperar que no les alejará de sí. Hay en este deseo que es expresado de forma un tanto ingenua, no tanto ambición personal cuanto apego a él... Encuadrado en esta relación de amistad, el diálogo se puede entender mejor y no está privado de grandeza. Santiago y Juan reaccionan ante la propuesta del Maestro mejor que lo había hecho Pedro con ocasión del primer anuncio de la pasión (Mc 8, 31-33); se muestran más dispuestos a entrar en aquellos misterios dolorosos que Jesús ha predicho, se ofrecen para acompañarlo, no quieren dejarlo solo...»[7].

Quizás exagera este autor queriendo presentar *exclusivamente* como «buen corazón» lo que los otros indican *exclusivamente* como «ambición».

Queda el hecho de que el episodio, a menos que se recurra a simplificaciones abusivas, presenta muchos aspectos desconcertantes. Lc lo ignora. Mt, dándose cuenta de lo embarazoso de la situación, intenta salvar a los dos hermanos, atribuyendo la responsabilidad de la petición a su madre. La cosa, haciéndola pasar como ingerencia materna, se convierte en plausible. Aunque Mt da la impresión de dejar las... huellas de su corrección diplomática cuando incurre en un olvido demasiado evidente en los versículos siguientes, en los que Jesús se dirige a los hijos, ignorando la presencia de la madre (que, quizá, no está).

6. Cf. nota anterior.
7. *Le mystère de Jésus*, II, 183.

Se puede retener, adoptando una vía intermedia, que la petición de Santiago y de Juan no es ni descaradamente egoísta ni totalmente desinteresada. Una mezcla de entusiasmo y de cálculo. Un fondo de generosidad en la que se insinúa una pizca de vanagloria. Una disponibilidad a arriesgar, pero... con alguna garantía. Ingenuidad y astucia (baste pensar en el modo en que intentan «cazar» a Jesús, queriendo obtener de él la promesa de concesión, antes aún de especificar el contenido de la petición).

La actitud de los «hijos del trueno» aparece muy humana, por su bondad de fondo, no totalmente limada de elementos ambiguos.

Por otra parte, no hemos de olvidar que «se acercaron» (v. 35) al Maestro, le alcanzan en el camino que sube a Jerusalén. Por tanto han decidido seguirle a lo largo de aquel itinerario del que han sopesado toda su aspereza.

De hecho Jesús no les reprende. Se limita a «purificar» su visión, aún demasiado terrestre, de su gloria mesiánica. Por lo demás «como el corazón es bueno, es a través del corazón como les reprende» (P. R. Bernard).

En cambio, quienes han interpretado en sentido decididamente desfavorable la respuesta, son los compañeros. Los cuales, por eso, «se indignaron contra Santiago y Juan» (v. 41), sin duda no para tutelar la pureza de la doctrina sobre el reino de Jesús, sino por banales motivos de prestigio y celos: en efecto, se sienten amenazados en sus sueños de grandeza por los *avances* de aquellos dos que a su parecer quieren acomodarse sin tener en cuenta las jerarquías.

En este sentido la pregunta de Santiago y de Juan es sólo la mecha que hace explotar una vez más entre los discipulos la controversia sobre las precedencias, aún no apagada del todo. Por lo que la lección severa de Jesús (v. 42-45) está dirigida esencialmente a los «diez» más que a los dos responsables de aquel paso mal dado.

La disputa se convierte, por eso, en una prolongación de la surgida inmediatamente después del segundo anuncio de la pasión (9, 33-37).

## *Garantizado el cáliz, no el puesto*

Después de haber encuadrado el episodio en su conjunto y en sus motivaciones más bien complejas, leámosle de forma más pormenorizada, intentando clarificar el significado del lenguaje usado.

*Sentarse a la derecha y a la izquierda en la gloria* (v. 37). Los dos discípulos reivindican, con esto, los puestos de honor —con la autoridad consiguiente— según una visión insistentemente jerarquizada del

reino mesiánico. La perspectiva en la que se mueven está aún contaminada por sueños de realización terrena.

Jesús, tomando pie en esta preocupación, reafirma un elemento fundamental de su pedagogía: las condiciones para llegar a la gloria, el camino a seguir.

Tales condiciones vienen expresadas con dos imágenes: *el cáliz y el bautismo*.

El cáliz podia ser, pocas veces, la copa de la alegría que el dueño de la casa ofrecía al huesped en señal de acogida, o la «copa del consuelo», que en los banquetes funerarios, era ofrecida a los miembros de la familia del difunto, o también, la «copa de la salvación» [8]. Pero con más frecuencia, sobre todo en el antiguo testamento, era *el cáliz amargo del sufrimiento*. Más aún, con un acento de castigo, de ira divina. Una especie de juicio de Dios sobre la infidelidad del pueblo [9].

Estamos, por tanto, ante una imagen que remite a la idea de muerte, asociada además a la idea aún más repugnante de cólera divina que decreta la ruina de los impios.

Jesús tomará esta imagen, aplicándola a sí mismo al referirse a la propia pasión inminente durante la agonia en Getsemaní, quizá sobreentendiendo el pensamiento de que «él toma sobre sí el juicio de Dios y quiere padecer un tormento extremo por amor a los hombres» (R. Schnackenburg).

La metáfora del *bautismo* evoca literalmente la inmersión, el bucear en las aguas del sufrimiento más atroz y en la muerte [10]. Podría hacer referencia a la idea de naufragio, es decir algo irreparable.

El bautismo de Jesús en el agua del Jordán ha inaugurado su ministerio. Entonces aquel gesto quería expresar la solidaridad con los pecadores [11]. Ahora la expresión de Jesús precisa que aquello era sólo un símbolo. El autentico bautismo se coloca al término de su misión [12]: «es muerte con los pecadores y por los pecadores» (R. Fabris).

8. Cf. sobre el tema A. Feuillet, *L'agonie de Gethsémani*, 87 s.

9. «...ponte en pie, Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor la copa de su ira, y apuraste hasta el fondo el cuenco del vértigo» (Is 51, 17). Cf. también Jer 25, 15-29; 49, 12; Ez 23, 31-33; Zac 12, 2; Sal 10, 6; 59, 5: 74, 9.

10. «Tus torrentes y tus olas me han arrollado» (Sal 41, 8). Cf. también Sal 68, 3. 15.16.

11. Remito a cuanto he escrito en *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, I, 47 s.

12. «Pero tengo que ser sumergido en las aguas y no veo la hora de que esto se cumpla» (Lc 12, 50). Pablo desarrollará esta idea en Rom 6, 3: «¿Habéis olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos para vincularnos a Cristo Jesús, nos bautizaron para vincularnos a su muerte?». Cf. el término *bapto, baptizo*, a cargo de A. Oepke, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento* de G. Kittel y G. Friedrich, II, coll. 41 s.

Parece que hay que excluir la idea de que en este pasaje de Mc, Jesús haga alusión al martirio como «bautismo de sangre».

Los dos discípulos proclaman que son capaces de compartir su destino de humillación, sufrimiento, muerte violenta: «sí, lo somos» (v. 39).

Hay una cierta seguridad por su parte, quizá una desenvoltura excesiva. Pero no se dice que tengan exclusivamente en cuenta sus propias fuerzas para pasar aquellas pruebas espantosas y aquel trago de sabor tan amargo. Quizá estén íntimamente convencidos de que el discípulo debe dejarse conducir por el Maestro y recibir de él la fuerza para afrontar el camino doloroso que debe recorrer.

«El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado...» (v. 39). Alguno ve una profecía de la muerte violenta que deberán sufrir los dos apóstoles[13]. Pero más probablemente, Jesús se limite a indicar las tribulaciones y las persecuciones que afrontarán por amor del Maestro.

Casi con toda seguridad, las primeras comunidades cristianas se habrán referido a este dicho de Jesús al participar en los ritos sacramentales del bautismo y de la cena, queriendo con ello expresar la propia inserción en la suerte del Maestro. Sin embargo, como observa E. Schweizer, «la comunidad debe haber entendido el texto como el israelita del antiguo testamento que participa en las promesas de Dios y de la tierra que sus padres han heredado; con la circuncisión y con el banquete de la alianza es "incorporado" a estas realidades y esto significa que su camino se desenvuelve de forma análoga al de los padres. La incorporación en el destino de Jesús, que comporta la participación en su bendición y en su señorío es, por tanto, lo primero; que esto se presente en forma de un camino análogo al de Jesús, es lo secundario. Esto se deduce también de que el versículo 38 tiene los verbos en presente, y el versículo 39 los tiene en futuro: el camino presente de Jesús y el camino futuro del discípulo, que se deriva del anterior, se encuentran en dos planos distintos; todo «ir detrás» es fundamentalmente una participación en su camino; él siempre «ha ido delante», es decir ha precedido. Es la vía, es decir el camino del mismo Jesús hacia la cruz que incluye toda la experiencia de la comunidad. La realidad de esta inserción en el camino de Jesús se manifestará efectivamente más veces de forma concreta en muchas analogías con el camino de Jesús».

13. Lo cual es seguro en Santiago que, siguiendo a Hech 12, 2, habría sido matado por Herodes Agripa en torno al 44, y por tanto bastante antes de que Mc escribiese su evangelio, en cambio el martirio de Juan no es seguro. La noticia atribuida a Papías no es del todo fiable.

«Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; sino que es para quienes está preparado» (v. 40).

Jesús asegura a los dos la posibilidad de ser asociados en profundidad al propio destino de sufrimiento, sin garantizar por otra parte los puestos de honor ambicionados.

«... Sino que es para quienes está preparado». No olvidemos que la pasiva indica la acción de Dios, que se desarrolla bajo la enseña de la libertad y de la gratuidad.

Dice con la acostumbrada agudeza R. Fabris: «Las profecías y las promesas de Dios no son pronósticos y predicciones, sino propuestas para que el hombre se abra al futuro de Dios. Un futuro que no puede ser hipotecado y secuestrado: es libre don de Dios hecho a la libre disponibilidad del hombre».

J. Schmid por su parte comenta: «Beber el cáliz del dolor es condición necesaria para obtener los puestos de honor, pero no es aún el fundamento de algún derecho para obtenerlos. Concederlos no le compete a Jesús, sino al Padre celestial, que decide en su eterno consejo».

E. Schweizer: «Precisamente el hecho de que Jesús deje en suspenso quiénes son aquellos para los que ha sido preparado el puesto por Dios, hace absolutamente imposible interpretar el seguimiento de Jesús como pretensión de una recompensa especial. Todo carácter meritorio del sufrimiento es sustancialmente rechazado. El hecho de que el inserirse en el camino de Jesús se evidencie con sufrimientos particulares no constituye una condición para una recompensa y no da ningún derecho particular, aunque Dios no lo olvide (9, 41)».

Es inútil discutir, como se ha hecho en el pasado, si con esta declaración Jesús niega la propia igualdad con el Padre. Tampoco aquí el Maestro pretende impartir una lección de teología trinitaria y ni siquiera insinuar la idea de una predestinación («está preparado»). A lo sumo Jesús hace, como en otros puntos del evangelio de Mc, «teología de la gratuidad». Aquí únicamente quiere indicar que su misión terrena está subordinada al designio del Padre. Por lo cual también el discípulo que se asocia a su tarea histórica, debe también abandonarse totalmente a la libertad y a la generosidad de Dios, sin pretender «hacer lotes» del reino. Como Jesús se pone confiadamente en las manos del Padre, asi también quien le sigue debe asumir la misma actitud.

Jesús en este versículo se sirve de un lenguaje típico de la apocalíptica para pedir a los discípulos que no se preocupen de la prenotación de los puestos. En el fondo, su respuesta es una invitación al amor, abandonando cualquier contabilidad de recompensa. Esta está en buenas manos. Renunciando a la ambición, los creyentes demuestran fiarse de la misma manera que Jesús, de lo que el Padre ha preparado.

El discípulo está llamado a obrar en el presente, dejando que Dios programe libremente el futuro.

En otras palabras, una vez más es subrayada esta realidad: el seguimiento tiene ya en sí, ahora, su propia recompensa. Cristo sólo puede prometer, como don, la posibilidad de seguirle.

Seguir a Jesús no significa recibir explicaciones, sino ser asociados a su misterio de dolor y de gloria.

## *Jesús formula un proyecto de comunidad*

«Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan» (v. 41).

El incidente no está cerrado. Al contrario, se alarga al grupo de los apóstoles, que estaban atentos, sospechando de aquella forma de hablar. Siempre dispuestos a saltar cuando se trataba de establecer quién era el más grande entre ellos. La intrepidez de los dos colegas les ha ofrecido, han advertido una amenaza en la elaboración del organigrama que regula promociones y escala puestos en la carrera.

Jesús, entonces, aprovecha esta ocasión polémica para aclarar su pensamiento relativo a la estructura que debe tener su comunidad. «Los reunió y les dijo...». Esta vez se decide a afrontar la cuestión de los puestos de honor, se diria que sólo ahora da la respuesta.

Para ilustrar su propio concepto de autoridad, realiza una rápida excursión en el campo politico. Allí los discípulos tienen ante sus ojos algunos modelos de mando y de comportamiento.

Existen «jefes» (hay una ligera ironía en la expresión «los que son tenidos como jefes», es decir parecen o creen hacerlo y terminan por convencer también a los demás en este sentido...) y los que se llaman «señores», notables, ministros, funcionarios de todas las categorias, que ejercen el dominio «sirviendo» a los otros con el poder, la fuerza, la apariencia. Ante este espectáculo de gente que busca la escalada del poder, el éxito, los discípulos deben darse cuenta de que tienen la obligación de hacer precisamente lo contrario. Es decir, Jesús, realiza una incursión por la política para salir inmediatamente. Justo el tiempo para denunciar el aspecto prevaricador del poder. Para advertir que hay que hacer lo contrario. «No ha de ser así entre vosotros» (v. 43). Observa oportunamente J. Delorme que el verbo es un indicativo presente, por lo que no se trata de un augurio y mucho menos de un mandato. Es una especie de *presente constitucional.* «Jesús excluye categóricamente el modelo de poder ejercido en la política. No ofrece sólo una ley entre otras, sino *la constitución misma de la comunidad de sus discípulos: cada uno es el servidor de todos*».

A este respecto presenta dos modelos de aquel anti-poder que debe caracterizar el estilo de una comunidad cristiana: el siervo *(diakonos)* y el esclavo *(doulos)*. El primer término expresa sobre todo el *servicio concreto* (especialmente en la mesa) y el segundo subraya mayormente la *dependencia*.

Hay que notar el paso de «servidor vuestro» a «esclavo de todos». Es decir, la regla fundamental del servicio se alarga más allá de los confines de la comunidad. *El criterio de autoridad, por tanto, es la ventaja que reciben los demás.*

«La autoridad no debe tomar la actitud del servicio para ser acogida y estimada como autoridad: sería aún una forma fraudulenta e hipócrita de poder y de dominio. Quien está realmente sin rol y sin prestigio y verdaderamente sirve a los demás, este ejerce la autoridad» (R. Fabris).

Jesús no se contenta con abolir los grados, exhortar genéricamente a la humildad y ni siquiera establecer normas de comportamiento práctico. Pretende cambiar la mentalidad, convertir la «libido del poder» en alegría de desaparecer y servir, arrancar completamente el instinto de dominio del hombre sobre otro hombre.

«El instinto de dominar está profundamente arraigado en el corazón del hombre y le corrompe al igual que la riqueza. Jesús no se apresta a convertirse en un revolucionario politico, sino que pretende revolucionar a sus discípulos en lo íntimo de su espíritu, imponiéndoles una ley fundamental que no sólo prohíbe tal deseo de dominio, sino que también imprime a su sociedad en cuanto tal una fisonomía completamente distinta» (R. Schnackenburg).

Y, después de haber presentado un modelo que no hay que imitar, Jesús no duda en ofrecerse a sí mismo como ideal al que referirse. En la actitud del Maestro la comunidad encontrará la motivación decisiva de la nueva ley constitucional: «Porque tampoco el hijo del hombre ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (v. 45).

Tengamos presente que en la tradición bíblica el hijo del hombre es quien recibe de Dios «poder, gloria y reino» (Dan 7, 14). Pues bien, Jesús dando la vuelta audazmente a esta imagen, precisa que el poder lo tiene en cuanto siervo, la gloria en cuanto capaz de humillación, la autoridad real en cuanto disponible al don total de la vida[14].

14. En este sentido Jesús se presenta más bien como el «siervo doliente» vislumbrado en el capítulo 53 de Isaías. «Es un siervo... en cuanto acoge sobre él el destino de dolor y de pecado de toda la comunidad humana. Su servicio se actúa en la fidelidad radical y en la responsabilidad plena hacia los hombres. Por eso la aceptación libre de su muerte violenta se convierte en el precio de liberación para muchos, es decir, se convierte en el principio y el fundamento de ese proceso de liberación que afecta a una multitud que tiene las dimesiones de la humanidad» (R. Fabris).

El comportamiento del Maestro, que no ha venido para señorear, sino para servir, debe ser, por tanto, normativo para los discípulos.

«...Y para dar su vida en rescate por muchos» (v. 45). Es un versículo que ha hecho y hace discutir [15].

Precisemos brevemente. El rescate *(lutron)* deriva de un verbo que significa «soltar», «liberar». Es el precio que habia que pagar por la liberación de un individuo, normalmente un familiar, que había caído prisionero o esclavo.

Aquí no es el momento de preguntarse *a quién* paga Jesús este precio (¿a Dios o a Stanás?) ni adentrarnos en el espinoso problema de su muerte expiatoria o del sufrimiento vicario.

No estamos en el campo de un contrato y tampoco en un contexto jurídico en el que se habla de sanción penal. Estamos en el campo del amor.

A través de un sacrificio voluntario Jesús ofrece la propia vida «en el puesto de» (o según algunos «en rescate por») quien se encuentra en la imposibilidad de liberarse, de soltarse por sí solo. Se hace esclavo para liberar a los esclavos (es una especie de ley de la homeopatía: «similia similibus curantur»).

Dios, más que pretender, acepta esta «satisfacción», acepta este gesto de donación suprema por parte del inocente que quiere pagar las culpas de todos.

Por lo cual Dios no está allí para regatear el precio, sino más bien para *acoger* en su amor, junto con *aquel* que es su Hijo, a muchos, es decir a la humanidad salvada por él. Recordemos que «muchos», en lenguaje semítico, significa «todos».

La antítesis está entre «uno» y «muchos». La vida (o el rescate) de uno solo hace de contrapeso a la multitud, es decir a todos.

La afirmación de Jesús tiene una dimensión universal porque comprende todos los pueblos además de Israel, y esto en estridente contraste con la mentalidad hebrea, según la cual los méritos de un (Abraham) reportaban una ventaja exclusiva a sus descendientes [16].

15. Cf. sobre este *dicho* J. Jeremias, *Teología del nuevo testamento*, I, Salamanca [4]1981, 338-340.

16. *Genesi Rabba* (LVI, 15) relata esta oración de Abraham: «Dijo Abrahán: Soberano del mundo... yo te he entregado mi corazón para cumplir tu beneplácito. Que te agrade, Señor Dios nuestro, para que cuando los hijos de Isaac caigan en transgresiones y en acciones malas, te acuerdes en su favor de este sacrificio».

*Conclusiones*

Concluyamos, subrayando algunos puntos fundamentales de esta página.

— Como observa E. Schweizer, la falta de una jerarquía (entendida en sentido mundano) en la comunidad cristiana, es el fruto del árbol de la cruz, «un fruto que no podrá ser quitado y que ni siquiera los errores de una iglesia podrán eliminar».

Con su pasión y muerte, Jesús conquista el último puesto, logra el máximo grado de grandeza en el servicio y le dona a su iglesia.

Por eso, desde este momento, *el fundamento de la eclesiología sólo puede ser una imagen invertida del poder.* Y repitamos que esto no como mandato, sino como don, ofrecido desde la cruz.

— Jesús presenta un proyecto de comunidad-sin-poder, no de comunidad-sin-autoridad. Sólo que la autoridad no está caracterizada por la posibilidad de mandar, sino por la realidad del servicio.

— Es significativo que los tres anuncios de la pasión terminan con el verbo «servir». Esto excluye una interpretación dolorosa del itinerario de Cristo. «El camino de la cruz no es "sufrir", sino, antes de nada, "servir"» (J. Delorme).

— El «dar la vida» representa por tanto el punto más alto, el aspecto esencial conseguido por el servicio de Cristo en favor de los hombres. De esta forma, no sólo su vida, sino también su muerte es «servicio» en favor de los hombres. La grandeza está en el don de sí. Y éste no tiene limites.

## PROVOCACIONES

1. No es cierto por tanto que Jesús vaya siempre delante. Alguna vez los discípulos llegan a precederlo. Como en este caso.

El está aún en el camino que sube a Jerusalén.

Y ellos han «subido» ya a la gloria.

Por una vez Jesús se ve obligado a llamarles —a llamarnos— hacia atrás, más abajo.

No es lícito saltar la idea del Calvario, pasándose a el reino.

No está permitido remover la imagen de la cruz, sustituyéndola con la de un puesto de honor.

La tarea del discípulo no consiste sólo en comprender las exigencias del Maestro, sino también encontrarse en el puesto justo, en el momento justo. Ni retrasos ni huidas hacia adelante. Ni rechazos ni evasiones triunfalistas.

En el fondo, el discípulo está llamado al *sentido de mesura.*

Sólo que la mesura no la establece él, con su buen sentido, su prudencia, sino que está sincronizada con el paso de Cristo, con su posición, hoy.

Y si hoy Cristo «se hunde» en una angustia mortal, el discipulo debe contentarse con seguirle.

Jesús ha dicho «ven y sígueme», no ha dicho «vete y haz tu camino».

Nuestra obsesión es la de llegar.

Jesús, en cambio, nos pide sencillamente acompañarle.

2. Si es cierto que el Cristo crucificado es ya el Cristo glorificado, entonces verdaderamente los dos «hijos del trueno» no saben lo que piden. Los puestos a la derecha e izquierda, en realidad han sido ya señalados, más aún robados... por gente del oficio.

3. Alguna vez he oído en alguna comunidad religiosa una lamentación de este género: «aqui no se sabe ya quién manda».

Lo he considerado como un álito de esperanza, una nota de autenticidad evangélica, no ciertamente un drama como querían hacerme creer.

¡Qué bien! ¡No se sabe ya quién manda, porque todos quieren servir!

4. Tiene razón B. Maggioni cuando escribe: «La autoridad debe entenderse como el lugar en el que la lógica de la cruz se hace más clara, emergente».

Con tal que la lógica de la cruz no se quede a nivel de declaraciones teóricas de principio, sino que sea expresada, concretamente, en el servicio.

No basta con quejarse del «peso de la cruz», o bien discutir «si yo supiera qué quiere decir» (a no ser que después se sienta el desafío, como he escuchado una vez, «se podria probar...»).

La autoridad no es creible porque camina inclinada bajo el peso de la cruz, sino porque se inclina con naturalidad, en una actitud real, inequívoca, de servicio.

No. No se trata, genéricamente, del servicio de la autoridad.

Debe ser el servicio quien califica, quien indica el que verdaderamente tiene autoridad.

No tendria que ser necesario en una comunidad el presentar al superior. Sería estupendo poder descubrir la autoridad, por uno mismo, sirviéndose de la indicación ofrecida por Cristo...

Jesús antes de inclinar la espalda bajo la cruz, se ha inclinado para lavar los pies de los discípulos.

Y si, por su parte, ha aceptado el que alguien hiciera ese gesto con él, añadiendo incluso perfumes, lo ha consentido como gesto profético *en vistas* del Calvario, no *después*, como signo de reconocimiento.

Una autoridad no tiene derecho a mendigar comprensión, compasión o consuelo por el hecho de que está obligada a llevar la cruz (como una compensación de daños, una indemnización por la cruz). En este caso sería una autoridad humana, a pesar de las apariencias.

Con esto no tengo intención de minimizar el peso de ciertas responsabilidades, faltaría más. De hecho, estoy tan aterrorizado que busco el mantenerme lejos. Tengo miedo, lo reconozco.

Sin embargo confieso que una autoridad me convence, no sólo cuando se llega a anular *(s'éffacer,* como dicen los franceses) sino sobre todo cuando llega a cancelar *(éffacer)* la cruz que lleva, quiero decir a no hacerla pasar sobre los demás.

5. Autoridad-servicio-cruz. Un equilibrio bastante delicado, sin duda. Sin embargo se podría sintetizar así: el servicio de la autoridad no está en llevar la cruz. La autoridad lleva efectivamente la cruz sólo en cuanto sirve. Es el servicio su modo de llevar la cruz, no al contrario.

También porque el servicio es evidente, verificable. Elimina todas las dudas. Con el servicio se controla realmente que la autoridad no está arriba.

6. A pesar de parecer impertinente, debo decir que comprendo mucho más a un superior que al llegar la tarde se lamenta porque tiene la espalda rota de cansancio, que a un superior que suspira por los fastidios originados por su cargo.

Quizá me equivoco. Y pido excusa por mi escasa sensibilidad.

Pero me convencen mucho más las personas con callos en las manos que las que están llenas de preocupaciones.

Un superior que, al caer la tarde, se rinde por el cansancio, llega a conmoverme.

El que está desvelado me irrita.

7. «No ha de ser así entre vosotros». Debería ser una letanía que se repitiera hasta el infinito en todas las comunidades que se llaman cristianas.

«No ha de ser así entre vosotros»...

¡Animo! repitamos continuamente esta fórmula. Es prodigiosa. Es un observatorio impotante. Un *test,* si nos gusta más.

Si nuestros comportamientos y nuestros espacios no son evangélicos, la frase nos provoca una sensación de malestar. Incluso más: tenemos la impresión de chocar contra un muro.

En cambio, si nuestras relaciones son lo contrario de una lógica de grandeza en sentido humano, entonces la frase nos brota de la boca como un canto de júbilo. La alegría de quien se ha abierto paso ganando el último puesto.

En definitiva, todo está en ver si después de haber recitado la fórmula «no ha de ser así entre vosotros», añadimos «por desgracia» o bien «afortunadamente».

En el primer caso, *por desgracia,* no respiramos aire evangélico.

En el segundo, *afortunadamente,* demostramos haber comprendido la lección.

8. Como observa J. Delorme la insistencia sobre este punto denuncia claramente que Mc siente una auténtica repugnancia por todas las manifestaciones de ambición, de arribismo entre los cristianos. La búsqueda del poder, las camarillas que se forman en la comunidad, especialmente cuando se sirven de Cristo como cobertura del egoísmo, debían haberlo disgustado e indignado. Por otra parte no eran fenómenos raros en la iglesia primitiva.

Mc nos deja entrever, tras las líneas de su evangelio, una imagen ciertamente no idealizada de la comunidad.

Hay que tenerlo en cuenta y estar en guardia también hoy.

El patrimonio cristiano que debemos salvar es también este: la lógica de la cruz.

9. ¿Y si Jesús, diciendo que debemos ser siervos de todos, además de indicarnos un cambio en las jerarquías, quisiera habernos revelado el secreto para ser todos libres?

10. «Maestro, querríamos que hicieras lo que te vamos a pedir». «No sabéis lo que pedis».

Hay que tenerlo presente en la oración.

Muchas veces tenemos la pretensión de hacer firmar a Dios un cheque en blanco. Pobre, si se prestase a nuestro juego de astucia. Los perdedores seríamos nosotros. «No sabéis lo que pedís».

Debe ser al contrario. Somos nosotros quienes en la oración, firmamos un cheque en blanco. Dios, después, podrá hacernos conocer aquello a lo que nos hemos comprometido «a ciegas».

Debemos convencernos de que hay que fiarse de lo que nos pedirá el Señor, más que de lo que podamos pretender nosotros de él.

Su petición es mucho más ventajosa que nuestras pretensiones.

Paradójicamente tenemos todo que ganar cuando Dios no nos concede lo que queremos que «haga por nosotros».

En otras palabras, el problema principal de la oración está en *saber qué hay que pedir.*

La acogida segura y ventajosa para nosotros, consiste en pasar de «reclamadores» a «ser reclamados». Se trata de invertir los papeles.

La auténtica oración no es «queremos que tú hagas por nosotros cuanto te pedimos», sino «queremos hacer cuanto tú nos pidas».

## CONFRONTACIONES

### *La democratización de la iglesia no es garantía de autenticidad evangélica*

Cuando Jesús denuncia el apetito de poder, lo hace en contraste con un cierto modelo de gobierno. Por tanto, debemos desconfiar de todos los modelos políticos, cualesquiera que sean, para definir la constitución de la iglesia. Esta no puede ser feudal, ni monárquica, ni siquiera democrática, poque la democracia no suprime el instinto de poder. La democratización de la iglesia, sin duda necesaria, no será sin embargo una garantía automática de autenticidad evangélica. En efecto, el evangelio se coloca en otro nivel (J. Delorme, *o. c.*).

### *Una comunidad en la que no exista el cáncer del poder*

El mundo es un mundo de esclavos, manipulados por fuerzas autoritarias que en el fondo son demoníacas. Jesús no viene para quitar el «poder» a los que de hecho lo ejercen: en el plano misterioso de Dios ellos continuarán ejerciendo el poder, más o menos opresivo, hasta el fin de la historia. Sin embargo, Jesús desde ahora, inicia el rescate de la humanidad, entregándose a si mismo como víctima del poder y convirtiéndose él mismo en «siervo» de todos. Es una liberación paradójica: su iglesia no deberá ofrecer al «poder demoníaco» la alternativa de un «poder cristiano». Esta sería la más grande y peligrosa tentación. Esta deberá existir como comunidad en cuyo seno no exista el cáncer del «poder», ni el eclesiástico ni el civil. Solamente una comunidad de «servidores», sin ambiciones políticas, podrá ayudar eficazmente a la humanidad a liberarse de las fuerzas que la oprimen (J.-M. González Ruiz, *o. c.*).

## *La obstinada solidaridad y la lógica de la cruz*

Para prepararnos en la comprensión de la originalidad de la concepción cristiana de la autoridad, Cristo se sirve de dos parangones, uno negativo y otro positivo. No concibáis la autoridad —dice Jesús— y no la ejerzáis al estilo de los principes del mundo: en la medida en que los modos con los que ejercéis vuestra autoridad se asemejen a los de otras autoridades, sospechad de ella. Inspiraos, en cambio, en el ejemplo del hijo del hombre que viene a servir, no a ser servido. Por tanto, la autoridad debe concebirse como el lugar en el que la lógica de la cruz se hace más clara, sale a flote, y precisamente asi es como la autoridad encuentra su justificación.

Pero es el término «rescate» el que puede aclararnos aún mejor las ideas. Evoca un contexto jurídico que todos conocemos: cuando un hombre cae en esclavitud y no puede pagar el rescate, le toca a un pariente próximo sentirse obligado a pagar en su lugar. Es lo que ha hecho Yahvé con Israel.

Lo que está en el primer plano no es la exigencia de justicia, una justicia que sea como sea ha de ser llevada a cabo, aunque sea otro quien pague. En primer plano está la «solidaridad»: el pariente no debe despreocuparse sino sentirse implicado y solidario hasta llegar a sustituir al otro. Esta es la lógica de la cruz: la obstinada solidaridad, imitación y prolongación de la alianza de Dios que se nos revela en Jesucristo. Este es el seguimiento que todos deben vivir y la autoridad en primer lugar (B. Maggioni, *o. c.*).

## *El papa Juan decía...*

Los ambiciosos son las más ridiculas y las más pobres criaturas del mundo.

El Espiritu santo me ha elegido a mi. Se ve que quiere trabajar sólo.

Me parece a veces que soy un saco vacio que el Espíritu santo llena imprevistamente de fuerza.

Hijo mío, no hay que llevarse mal rato por dos metros de tela (la púrpura) que cubren tanta miseria...

Tener un alto grado en la jerarquia o no tenerlo, me es del todo indiferente. Esto me da gran paz.

Cuando se ha pisado el orgullo y el amor propio se ha sometido, entonces se es capaz de aceptar lo que el Señor nos pide y el alma permanece en paz para siempre.

Por lo poco, por lo nada que soy en la santa iglesia, ya tengo mi púrpura que es el ponerme rojo por encontrarme en este puesto de honor y de responsabilidad valiendo yo tan poco.

Todo este ruido en torno a mí no me hace efecto.

No me cuesta nada el reconocer y repetir que yo no valgo nada.

A mi pobre fuente se acercan hombres de toda clase. Mi función es dar agua a todos.

Nada hay más noble y honroso en el mundo que el darse al servicio de los hermanos.

Me gusta repetir con el patriarca de Constantinopla: Yo soy el siervo de vuestra caridad.

Nadie conoce los caminos del futuro. En donde quiera que yo esté en el mundo, si alguno de Bulgaria pasase ante mi casa, de noche, en condiciones angustiosas, este encontrará mi ventana con una luz encendida. ¡Llama, llama! No te preguntaré si eres católico o no, hermano de Bulgaria: basta, entra. Dos brazos hermanos te acogerán, un corazón cálido de amigo te festejará (Juan XXIII).

# Curación del ciego Bartimeo en Jericó

## 10, 46-52[1]

46. *Llegaron a Jericó*[2]*;*
*al salir de la ciudad con sus discípulos y bastante gente,*
*un mendigo ciego, Bartimeo*[3]*, el hijo de Timeo,*
*estaba sentado a la vera del camino.*

47. *Al oír que era Jesús Nazareno*[4]*, empezó a gritar:*
*«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».*

48. *Muchos le regañaban para que se callara,*
*pero él gritaba mucho más:*
*«¡Hijo de David, ten compasión de mí!».*

49. *Jesús se detuvo y dijo:*
*«Llamadlo».*
*Llamaron al ciego diciéndole:*
*«Animo, levántate, que te llama».*

50. *Echó a un lado el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.*

51. *Jesús, dirigiéndose a él*[5]*, le dijo:*
*«¿Qué quieres que haga por ti?».*
*El ciego le contestó:*
*«Rabboní*[6]*, que vea otra vez».*

52. *Jesús le dijo:*
*«Anda, tu fe te ha curado».*
*Al momento recobró la vista, y lo siguió por el camino.*

1. Cf. Mt 20, 29-34; Lc 18, 35-43.
2. Parece que el nombre quería decir: «santuario de la luna».
3. Es un nombre arameo, «hijo de Timeo» (alguno dice «del impuro»). Como *bar* significa *hijo*, quiere decir que el nombre se repite dos veces.
4. Esto supone una pregunta por parte del ciego: «¿Quién pasa?».
5. Literalmente: respondiendo.
6. Rabboni, que es equivalente a rabí (mi gran hombre), pero con un acento de respeto y confianza al mismo tiempo.

*No ven al ciego*

Es cierto que todos estamos un poco ciegos en el camino de Jericó.

Sólo que muchos de nosotros no estamos allí como Bartimeo para pedir, sino para sentar cátedra y dispensar sabiduria.

Tienen bien ajustado el manto de su erudición.

De correr, nada, ¿dónde quedaría la dignidad?

Así, el hecho de que un pobre desgraciado recobre la vista, es algo irrelevante. Es sólo un pretexto para hablar de otra cosa. Sin duda, cosas importantes, seguimiento, fe, oración, secreto mesiánico. Pero no son capaces de ver al ciego que ha sido curado.

Algún estudioso llega a preguntarse con la máxima seriedad por qué Mc coloca en esta parte de su evangelio este milagro. Está bien. Seria interesante que nos informasen en donde lo habrian colocado ellos —en qué camino, en qué tiempo, incluso habrían encontrado una enfermedad más conveniente—....

Evidentemente el hecho de que Jesús pase por aquel lugar teniendo que subir a Jerusalén y se encuentre con un mendigo del lugar a las puertas de *aquella* ciudad —y no otra— y cure a un ciego porque no ve y quiere ver, son razones todas ellas demasiado banales... Debe existir otro motivo.

Y por eso nos enseñan qué es lo que pretende «aclarar», «enseñar» Jesús con aquella curación. No se les pasa por la imaginación el sospechar que el Maestro se haya limitado a devolver la vista a un ciego.

Como si Mc en vez de relatar el milagro, nos hubiera referido una lección misteriosa.

De esta forma, una vez más un relato —entre los más vivos y pintorescos— es embalsamado en la rigidez del significado, envuelto en la interpretación alegórica y confiado a las disquisiciones de los especialistas, antes de ofrecer a los lectores comunes la posibilidad de acogerlo en su movimiento, gustarlo en la viveza de su desarrollo real.

Y un «pequeño», un «personaje menor» (¿pero no son estos los grandes para Jesús?) es reducido a puro pretexto, utilizado para ilustrar determinadas verdades.

Según estos sabihondos, Bartimeo, más que estar reconocido a Jesús que ha tenido compasión de su enfermedad, deberia dar las gracias a Mc porque tenia necesidad de uno como él en ese concreto punto de su evangelio.

Suerte que tanto al evangelista en virtud de su construcción teológica y al Maestro, por su pedagogía, les convenía un ciego. De otro modo estaria todavía allí, envuelto o echado en su manto, pidiendo limosna.

Se diría que una cierta deformación profesional lleva a algunos comentadores a acercarse a esta página del evangelio con una mentalidad de... novela policíaca. Incluso ante las cosas más sencillas, los detalles más naturales, ante la evidencia de la vida, están preocupados por indagar *qué hay detrás o qué se esconde debajo.*

Parece que se avergüencen al pararse y admirar, como todos, para saborear y conmoverse. Desconfían de la naturaleza. Se han vacunado contra la poesía. Desde hace tiempo han exorcizado los sentimientos. Se muestran alérgicos a lo inmediato, sospechosos ante la espontaneidad.

La densidad humana de ciertos episodios o de ciertos personajes no les interesa. Deben buscar la punta de significados más sutiles.

Para afilar las herramientas de su oficio tienen necesidad de congelar el episodio y sistematizarlo en los esquemas ya predispuestos de sus construcciones teóricas. Tienen necesidad de que el hombre —debidamente inmovilizado y desangrado— se deje «tratar» como una cobaya para sus sabias demostraciones.

Si fuera por ellos no se dignarían ni siquiera preguntar el nombre del ciego.

Más que alegrarse por el hecho de que ha vuelto a ver, están empeñados en hacernos comprender qué *debemos entender* nosotros en todo este relato.

Por esta vez dejemos estos guías que querrían explicarnos qué ha sucedido realmente en el camino de Jericó. Limitémonos a mirar sirviéndonos de nuestros ojos, de nuestra inexperiencia. Mc es un narrador sorprendente. No perdamos el hilo de su narración.

El viaje de Jericó a Jerusalén es más bien desagradable —y peligroso—, dura algunas horas.

No es sin duda blasfemo pensar que también Jesús haya recordado aquel episodio y haya encontrado en él un cierto placer. El camino le parecería menos duro.

### *Una escena movida*

Y pensar que Mc tiene una clara simpatía por este ciego. Nos refiere hasta el nombre, un honor que (si se excluye el relato de la pasión) reserva sólo a los apóstoles y a Jairo.

Y además, dada la riqueza de detalles, debe haber reconstruido el episodio a través de un testigo ocular o, al menos, de informaciones de primera mano.

No hay que excluir el que Bartimeo —del cual se dice al final que «lo siguió por el camino» (v. 52)— fuera un cristiano bastante

conocido en las primeras comunidades, e incluso que el mismo Mc haya podido estar con él.

Al leer la escena, instintivamente la calificamos de «movida». Es interesante notar la preponderancia de los verbos de movimiento.

Pero se advierte también un ritmo más rápido del normal. Se diría que Mc se deja llevar por el ansia, por la prisa de contar. Asi presenta a Jesús que llega y sale inmediatamente de Jericó, sin entretenerse en la ciudad, a diferencia de Lc que coloca aquí la parada en casa de Zaqueo.

Y además «su» Bartimeo pierde por el camino a su compañero de desgracia, que en cambio Mt se preocupa de señalar (no era raro que en Oriente los ciegos fuesen por parejas).

Además informa de que el ciego ha oído que era Jesús, habiéndose dejado en el tintero el detalle de que, evidentemente, advertido el tumulto de la gente, había preguntado quién era aquel personaje que desencadenaba una animación desacostumbrada.

Como si fuera poco, en el versículo 51 se deja escapar un verbo que nosotros libremente hemos traducido «le dijo», pero que sería «respondió» (es decir, Mc con la prisa hace responder a Jesús con una pregunta).

Y, aún más sorprendente es que Bartimeo dé un salto y corra olvidándose de que está ciego. Y nos viene la sospecha de que el milagro ocurra por el camino, antes del encuentro. Sea como fuere la curación resulta inequívocamente instantánea: «al momento recobró la vista» (v. 52). Baste pensar, como contraste, en la curación *progresiva,* como cansada, del ciego de Betsaida (8, 22-26).

Aquí, además, la gente tiene un papel importante. El evangelista subraya su volubilidad, su oportunismo. De hecho, mientras al principio grita al andrajoso porque molesta el desfile del cortejo[7], en cuanto se da cuenta de que el Maestro, en cambio, se interesa por él, se da prisa en animarle («ánimo, levántate, que te llama» v. 49).

A la actitud prudente de la gente corresponde el comportamiento decidido de Bartimeo que no duda en gritar, en hacer sentir su presencia, y cuando quieren que esté callado, por toda respuesta se desgañita aún más.

Y además no hay que olvidar el detalle del manto arrojado, quizá porque le impedía correr.

Se puede dejar traslucir una pizca de astucia, la capacidad de acelerar los tiempos, de aprovechar la situación, de coger al vuelo la ocasión favorable, de hacer las conexiones justas. Sin duda. Si hijo de

7. Aquí no tiene que ver nada el secreto mesiánico, aunque el ciego use un apelativo «hijo de David», que sin duda tiene una entonación mesiánica. Hay que advertir que esta expresión aparece aquí por primera y única vez.

David = Mesías, el Mesías debería ser aquel que —según Isaías— devuelve la vista a los ciegos. Por tanto...

Jesús saca una conclusión de todo esto: «Anda, tu fe te ha curado» (v. 52). Es la misma expresión dirigida a la hemorroisa (5, 34). Jesús pone el conjunto de gestos, de actitudes, de iniciativas, de palabras del ciego, bajo un único común denominador: fe.

### *La tierra prometida es conquistada abandonando Jericó*

Pero no debemos olvidar la ambientación de la escena: Jericó y el camino.

La llamada «ciudad de las palmeras» es una de las más antiguas de Palestina[8]. Fue reconstruida —a pocos minutos de distancia de las ruinas antiguas[9]— por Herodes el Grande, que murió allí, y embellecida con cierta suntuosidad por su hijo Arquelao.

Es la ciudad más baja del mundo, encontrándose a trescientos metros bajo el nivel del mar, en la depresión del valle del Jordán, al norte del Mar Muerto.

Está separada de Jerusalén por el desierto de Judá, atravesado por un camino impracticable de unos 37 kilómetros (en donde Lc ambienta la parábola del Samaritano).

Hay estacionada una guarnición romana.

Es un oasis fertilísimo. Respecto de Jerusalén suele tener una temperatura de unos 10 grados más de calor. Lo cual, especialmente en el período invernal y de lluvias, representa una gran ventaja.

Jericó se convierte de este modo en una estación de descanso muy frecuentada. Lagrange, como buen francés, no duda en calificarla la Niza de Judea.

Especialmente en el período de primavera —el tiempo del viaje de Jesús— su llanura, con sus famosos jardines, presenta un panorama inolvidable.

Sin embargo, este cuadro sugestivo está atravesado por el *camino* áspero que sube hacia Jerusalén.

Jesús parece tener prisa (en definitiva es él, más que Mc quien apresura el tiempo). No puede detenerse para gozar de este espectácu-

8. Recordemos la ciudad cananea, anatemizada por Josué. En ella estaba la casa de Rahab, la prostituta, que ha hospedado a los emisarios de Josué. Puede leerse, a este respecto, el encantador volumen de T. Riebel, *Les trompettes de Jéricho*, Taizé 1968.

9. Por tanto, en la práctica, había dos Jericó. La vieja —una gran barriada—, y a poca distancia, la nueva. Esto podría explicar el hecho de que Lc sitúa el episodio a la entrada de la ciudad y no a la salida, en contraste con Mc. Quizá Jesús ha encontrado a Bartimeo a la salida de la Jericó antigua (y por tanto tiene razón Mc) y mientras se acercaba a la Jericó nueva (y también tendría razón Lc).

lo encantador. La meta es otra y él debe conseguirla, aunque no sea ciertamente muy halagüeña. Jericó se puede convertir en la tentación del descanso. Por ello entra, pero para salir inmediatamente, como si temiera la seducción.

Por otra parte, precisamente en el camino, de una manera que se diría precipitada, realiza el último milagro de curación señalado por Mc.

No creo que el simbolismo esté en el abrir los ojos (como si el seguimiento, en esta fase decisiva, comporte la necesidad de ver claro).

El simbolismo está en el milagro, independientemente del tipo de curación. De hecho Jesús parece querer dejar este último signo de poder, antes de *revestirse* voluntariamente con la debilidad de la pasión. No es un débil el que se entrega en manos de los enemigos. Es el «fuerte» que cree que hay que vencer con la debilidad y la derrota.

Creo que ha dado en la clave Lohmeyer cuando define este relato como un «episodio regio». Sí, Jesús asume una actitud regia. Baste pensar en el gesto de mandar llamar al mendigo. Pues bien, este rey va a sentarse en un trono de infamia.

«Y lo siguió por el camino» (v. 52). Un discípulo más. En un momento importante. Bartimeo ha comprendido que aquella no era la estación del descanso.

En Jericó entonces debía haber muchos curiosos, muchos ociosos. Estos acompañan a Jesús durante un trozo del camino, lo acompañan hasta el límite de «la ciudad de las palmeras». Cuando el camino se adentra en el desierto, se vuelven hacia el oasis reconfortante.

Solamente el ciego se encuentra con fuerza para afrontar aquel itinerario tan poco turístico.

Indudablemente es una amonestación para todos aquellos que pretenden seguir a Jesús.

La tierra prometida, por esta vez, se puede conseguir no conquistando, sino abandonando de prisa Jericó.

## Provocaciones

1. Era de esperar. Discuten si el manto le tenía puesto o le servía para acostarse o recoger la limosna.

En todo caso, el hecho de arrojarlo, cualquiera que fuera su uso precedente, adquiere un relieve excepcional.

Es un gesto de grandeza, de señor.

Lo deja. Que lo recoja quien quiera.

Aquel manto representa el espacio en que le han colocado, el puesto que le han asignado. Por exigencias de orden. Tú estás ciego,

procura no estorbar demasiado. Estate allí, tranquilo, te concedemos explotar tu enfermedad para ganarte la vida con las limosnas. Pero a un lado, al borde del camino, debes dejar libre el camino.

Este, sin embargo, en un momento se pone de pie e irrumpe en el centro del camino.

Es la insurrección. La libertad recobrada.

Se cura en el instante mismo en que decide correr hacia Jesús.

Este es el milagro. Romper la barrera de la gente, los cordones de las costumbres, las líneas de las convenciones sociales, rechazar los papeles impuestos, entrar en escena en el momento no señalado por el apuntador, abrirse paso hasta Jesús: esto y no otra cosa significa «salvación».

El paso de estar al margen para lanzarse hacia el centro, hacia la verdad del propio ser, es el momento de la gracia. Saludado, festivamente, por el lanzamiento del manto.

Todo comienza en este momento.

2. Pero no ha sido sólo el manto (en el fondo, el discípulo, llamado para seguir al Maestro, debe dejar siempre algo. Uno la barca y otro, como Bartimeo, el manto).

Bartimeo es uno que ha aprendido a gritar. Antes aun de recuperar la vista ha recuperado el grito. Con ello ha vuelto a la infancia, más aún al nacimiento.

Sí, en el camino de Jericó asistimos a un nacimiento.

Cuando el niño viene al mundo anuncia su presencia poniendose a gritar. Aquel grito rompe la calma. Molesta. Y rápidamente los adultos acuden, preocupados, abrumados por esos chillidos que disturban y arruinan el descanso. Todos a callar al rebelde, con cualquier medio, incluso con los gestos (como la gente con Bartimeo). Debe aprender, el pequeño, las reglas del vivir, el adecuarse. Es decir, renunciar al grito para acompasar su voz al concierto general. La partitura ha sido ya escrita para él. No se puede desafinar. Ninguna nota fuera de partitura. Debe adecuarse.

Pero el ciego ha decidido nacer de nuevo.

Por esto grita, a pesar de disturbar la armonía de la procesión, de dar la nota desentonada del concierto.

En el fondo es él quien infunde ánimos a los que se acercan para confortarlo (nótese que los demás llegan a darle ánimos *después* que él ha descubierto al verdadero consolador).

Les hace ver que la salvación para todos consiste en hacer que la voz llegue al que está pasando.

Una voz quizá áspera, desesperada. Pero que es la nuestra. No del coro.

3. Jesús ama a los hombres como este. No ama a la multitud. Y no ama a los que se esconden entre la gente.

Ama a Bartimeo, porque éste no duda en gritar a pleno pulmón lo que los otros se limitan a susurrar: Mesías.

No teme comprometerse, exagerar.

La gente, tanto aquí en Jericó como en Jerusalén, se contenta con hacer fiesta, acudir llena de curiosidad. Se agita pero no se mueve. Está en efervescencia, pero no se decide. Son actitudes estériles que no producen frutos, como la higuera, que será por eso maldecida.

Bartimeo, en cambio, sale fuera, al descubierto.

## Confrontaciones

### *Por qué los ojos abiertos*

Inmediatamente antes del relato de la pasión, Mc muestra una vez más a sus lectores lo que quiere decir fe y seguir a Jesús. Por orden tenemos: el ciego que ora con perseverancia, que pide a pesar de los obstáculos, que es confortado, que corre al encuentro de Jesús, que se deja interrogar por él, que se abren sus ojos, que lo sigue por el camino. Sólo en donde el hombre tiene los ojos abiertos por una acción milagrosa de Dios que le permite ver lo que acontece en Jesús y puede «seguirlo por el camino», comprende aquello de lo que hay que hablar ahora: el camino del hijo del hombre hacia el sufrimiento (E. Schweizer *o. c.*).

### *Demasiadas cosas bailan ante nuestros ojos*

Una de las razones que nos impiden ser auténticamente nosotros mismos y encontrar nuestro camino es el no comprender hasta qué punto estamos ciegos.

...Pero la tragedia está en el hecho de que no somos conscientes de nuestra ceguera: demasiadas cosas bailan ante nuestros ojos para que nosotros nos demos cuenta del invisible que no sabemos ver. Vivimos en un mundo de cosas que captan nuestra atención y se imponen: no tenemos necesidad de afirmarlas: están *ahí*. Lo que es invisible, en cambio, no se impone, debemos buscarlo y descubrirlo. El mundo exterior pretende nuestra atención: Dios se dirige a nosotros con discreción...

...Ciegos por el universo de los objetos, olvidamos que este no agota la profundidad del hombre...

...Ser incapaces de percibir lo invisible, o ver sólo el mundo de la experiencia, quiere decir quedarse fuera del mundo de la experiencia, quiere decir quedar fuera del pleno conocimiento, fuera de la experiencia de la realidad total que es el mundo en Dios y Dios en el corazón del mundo. El ciego Bartimeo era dolorosamente consciente porque, privado de la luz de los ojos, no podía captar el mundo visible. Podía alzar su grito desesperado al Señor, sentía con una esperanza llena de angustia que la salvación pasaba junto a él porque se sentía extraño y separado de ella. Pero todos nosotros, con demasiada frecuencia, no somos capaces de llamar a Dios así, porque ni siquiera advertimos cuánto nos empobrece la incapacidad de ver el mundo en su horizonte total —el único horizonte que puede dar verdadera realidad al mismo mundo visible. ¡Si sólo pudiéramos aprender a estar ciegos ante el mundo visible de tal forma que viéramos el más allá, lo profundo, lo invisible, en nosotros y en torno a nosotros, difusa y penetrante presencia en todas las cosas! (A. Bloom, *Itinerario,* Brescia 1975).

# QUINTA ETAPA
(11, 1-13, 37)

## *Jesús en Jerusalén: el conflicto decisivo*

# I. PRIMERA JORNADA (11, 1-11)

## Entrada en Jerusalén
### 11, 1-11[1]

1. *Cuando se acercaban a Jerusalén*[2]*,*
*cerca ya Betfagé y Betania*[3]*,*
*junto al monte de los Olivos*
*mandó Jesús a dos de sus discípulos*

2. *diciéndoles:*
*«Id a esa aldea de enfrente,*
*y al entrar encontraréis enseguida un borrico*[4] *atado*
*que nadie ha montado todavía.*
*Desatadlo y traedlo.*

3. *Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis*[5]*,*
*contestadle que el Señor lo necesita*
*y que os lo devuelve*[6] *cuanto antes.*

4. *Fueron, encontraron el borrico, fuera, en la calle,*
*atado a una puerta*[7]*,*
*y lo soltaron.*

5. *Algunos de los presentes les preguntaron:*
*«¿Qué hacéis ahí desatando el borrico*[8]*?».*

6. *Ellos les contestaron como les había dicho Jesús,*
*y se lo permitieron.*

1. Cf. Mt 21, 1-11; Lc 19, 28-40; Jn 12, 12-16.
2. Quizá el nombre significa «ciudad del dios Salim».
3. Betfagé significa «casa de los higos no maduros». Para el nombre de Betania se dan tres explicaciones: «casa de los dátiles», «casa de la miseria» (baracca), «casa de Ananías». Una pía tradición, teniendo en cuenta el hecho de que Jesús se hospedaba en la casa de Lázaro, Marta y María, dirá «casa de la amistad», pero sin ningún fundamento filológico.
4. Literalmente: potro. En griego era sobre todo el potro del caballo. Pero como estamos en Palestina, indudablemente se trata de un borrico.
5. Literalmente: «¿Por qué hacéis esto?» o bien: «¿Qué estáis haciendo con esto?» o simplemente: «¿Qué hacéis?».
6. En el texto original es un presente con fuerza de futuro.
7. Se trata de la puerta de una casa o de un recinto, no de la ciudad.
8. Se podría también decir: «¿Qué hacéis vosotros que desatáis el borrico?».

7. *Llevaron el borrico adonde estaba Jesús,*
*le echaron encima sus mantos*
*y Jesús se montó.*

8. *Muchos alfombraron el camino con sus mantos,*
*otros con ramas cortadas en el campo.*

9. *Los que iban delante y detrás gritaban:*
—¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

10. *¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David!*
¡Hosanna *en las alturas!*

11. *Entró en Jerusalén derecho hasta el templo,*
*dio un vistazo a todo alrededor porque era ya tarde,*
*y se marchó a Betania con los doce.*

*Cumplimiento*

La quinta y sexta etapa del itinerario de Jesús se coloca en Jerusalén, capital religiosa y política.

Es el tiempo del cumplimiento.

Si, hasta ahora, Jesús se ha preocupado esencialmente de preparar a los discípulos, de invitarles a la comprensión del misterio de su persona y de su misión, aquí se muestra dispuesto a la *realización.*

Esta se desarrolla en dos tiempos[9]:

— conflicto con Jerusalén (quinta etapa: capítulos 11-13),

— pasión-resurrección (sexta etapa: capitulos 14-16).

Mc se encuentra con bastante material a su disposición. Y como —a diferencia de Jn que presenta diversas visitas de Jesús a la ciudad santa— refiere una única estancia en Jerusalén, se ve obligado a condensarlo y ordenarlo en el brevísimo período inmediatamente precedente a la pasión.

Y por eso nos ofrece una de sus típicas organizaciones del tiempo y del espacio.

Por tanto, la acción de Jesús se desarrolla:

— dentro de la ciudad (más en concreto, casi siempre en el centro: el templo)

— fuera de la ciudad (monte de los Olivos - Betania).

Hay que notar entre otras cosas dos polos: Jerusalén - Betania.

9. Sigo el óptimo esquema propuesto por J. Delorme, *Lecture de l'Evangile selon saint Marc*, Paris 1972, 96 s.

En la capital Jesús permanece solamente durante el día. Pasa la noche en Betania. Se diría que teme la obscuridad de Jerusalén. La única noche que pasará en Jerusalén será la de la pasión.

En cuanto al tiempo, Mc lo organiza (para la quinta etapa) en tres jornadas. Así:

*Primer día.* Entrada en Jerusalén. Rápida inspección en el templo (11, 1-11).

*Segundo día.* Purificación del templo, enmarcada en el episodio de la maldición de la higuera estéril (11, 12-19).

*Tercer día.* Explicación de la maldición de la higuera (11, 20-25).

— Controversias que tienen por protagonistas, escribas, fariseos, sumos sacerdotes, saduceos. Son cinco, como habían sido también cinco las entabladas en Galilea, al comienzo de la misión (11, 27-12, 44).

— Predicción de la destrucción de Jerusalén y gran discurso escatológico (capítulo 13).

Como se ve el tercer día resulta el más sobrecargado. Pero no olvidemos que se trata de una elaboración de Mc con evidentes fines teológicos.

Aquí, realmente, más que la preocupación de reconstruir cronológicamente los hechos en su sucesión, debe prevalecer la comprensión del *significado* de los acontecimientos. «En efecto, se trata —como subraya R. Schnackenburg— de un relato tan fuertemente teologizado, que es una empresa casi desesperada buscar en él un exacto desarrollo de los hechos y su importancia histórica, así como el pensamiento de la gente que tomó parte y la impresión registrada de la opinión pública».

### *Una representación con muchos interrogantes*

La representación está bastante cuidada en los preparativos, y es un poco aproximativa en la ambientación geográfica. El óptimo director Mc una vez más, cuando se trata de nombres de localidades, termina por desorientarnos en vez de ayudarnos.

Betfagé, de hecho, está más cerca de Jerusalén (casi un suburbio). Betania dista unos tres kilómetros.

Podemos reconstruir de esta forma sin dejarnos distraer por las indicaciones aproximativas del evangelista. Viniendo de Jericó, Jesús debe haberse encontrado antes, a mano izquierda, con Betania. Betfagé la tenía de frente, en la cima del monte. El asno, por tanto, debería haber sido «requisado» en Betfagé [10].

10. Algunos padres de la Iglesia —apoyándose en Gén 49, 11— sostienen que el asno estaba atado a una vid.

Toda la escena tiene como transfondo —aunque Mc no lo cita expresamente— un pasaje del profeta Zacarías:

Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que está llegando:
justo, victorioso, humilde,
cabalgando un asno, una cría de borrica (Zac 9, 9).

Eligiendo este tipo de cabalgadura, Jesús pretende resaltar el significado pacífico, asegurador, de su acción. No es el príncipe guerrero que viene a conquistar con la fuerza (el caballo era el animal más adaptado para ese fin), sino un príncipe de paz, que trae la salvación.

También el monte de los Olivos, que se eleva al este de Jerusalén, a unos 800 metros de altura, está unido a la profecía: «Aquel dia asentará los pies sobre el monte de los Olivos» (Zac 14, 4). El anuncio se refería al día final, pero se había extendido la creencia de que también el Mesías aparecería en aquella localidad.

Incluso el detalle del borrico «que nadie ha montado todavía» (v. 2) —es decir que no había sido utilizado ni para las personas ni para el transporte de carga— tiene su importancia. Se trata de un animal «puesto a parte», reservado, en un cierto sentido sagrado, como las bestias que debían servir para los sacrificios en el templo.

Como el borrico no había sido montado todavía, no tenía albarda. Por eso los discipulos ponen los mantos en la grupa para aliviar a Jesús las incomodidades de una posición ciertamente no muy confortable. Un honor, por otra parte, que era reservado a los personajes considerados, incluso cuando la cabalgadura tenía silla (normalmente dura).

En cambio, el gesto de extender los mantos por el camino, puede recordar el episodio de la entronización del rey Jehú: «Inmediatamente cogió cada uno su manto y lo echó a los pies de Jehú sobre los escalones» (2 Re 9, 13). Aquí, sin embargo, nos deja un poco perplejos desde el momento en que Jesús pasa montado en el asno.

A pesar de todo, el significado simbólico tradicional es bastante transparente: se trata de una especie de acto de vasallaje. Poniendo a los pies del rey los propios vestidos, se esperaba que él los recubriera con su misma gloria, y además que tomara la defensa de su pueblo y asegurara la justicia [11].

11. Cf. E. Haulotte, *Symbolique du vêtement*, 157 s. El autor cita una inscripción del rey arameo Kilamûwa: «Yo, Kilamûwa, hijo de Kayâ, me he sentado en el trono de mi padre. En el período de los reyes anteriores los Muskab vagaban como perros. Pero yo he sido un padre para unos, una madre para otros, un hermano también para otros... Y quien no había visto jamás una túnica en su juventud, *en mis días* ha sido revestido de biso (algodón o lino de finura extraordinaria)».

Más plausible es en cambio la alfombra a lo largo del recorrido formada por hojas y ramas verdes cortadas de los campos [12].

El cortejo en el que Jesús va en medio quizá estuviera formado por peregrinos que subían a Jerusalén para la fiesta. No parece probable, siguiendo a Mc que la gente hubiera salido de la ciudad para venir a su encuentro.

Hay que tener en cuenta algunos términos. «Señor» (v. 3) es más bien insólito en Mc. Quizá tiene razón E. Schweizer cuando lanza la hipótesis que en boca de Jesús debió aparecer una expresión de este género: «nuestro Maestro lo necesita». Solamente la iglesia primitiva habría puesto en evidencia que Jesús es el Señor absoluto y de hecho en todo el episodio se comporta como Señor [13].

L. Cerfaux explica, por su parte: «San Marcos no habría podido decirnos más claramente que para él *marana-Kyrios* es el título que conviene a Jesús gracias a su dignidad de Rey-Mesías. La entrada en Jerusalén fue la única entronización terrestre que Jesús conoció. Cuando más tarde se recuerda este hecho, se considera como símbolo de su triunfo celeste o mejor de su parusía futura» [14].

Finalmente las aclamaciones. *Hosanna* deriva del hebreo *hosci'ana:* «salva, pues», «oye, ayúdanos». Se trata de una invocación de la ayuda divina, contenida en el salmo 118, 25 [15]. En tiempo de Jesús, sin embargo, como más tarde en la liturgia, *hosanna* se había convertido en una simple aclamación, una expresión de júbilo y entusiasmo (como *aleluya)*.

Parece extraña la expresión «nuestro padre David». El calificativo de «padre», en efecto, estaba reservado a los patriarcas, en particular a Abraham. Solamente en Mc aparece la frase «el reino que llega, el

12. Difícilmente serían palmas, que eran bastante escasas en los alrededores de Jerusalén, y que eran reservadas para la fiesta de las cabañas, en otoño.

13. Hay estudiosos que aventuran una tradución distinta y dicen: «El amo (del asno) lo necesita». Desde el punto de vista de la coherencia del relato, la hipótesis es sostenible. En un pueblo se conocen todos y se sabe todo de todos. Alguno está allí por casualidad y se siente autorizado para pedir explicaciones a los dos forasteros de su acción. Estos, entonces, se presentan como enviados por el amo (que quizá estaba junto a Jesús). Y tiene cuidado en asegurar que, después del breve servicio, el asno volverá a su puesto.

14. *Recueil Lucien Cerfaux*, I, 40. El capítulo entero «Le titre et la dignité royale de Jésus», página 35 s, es de sumo interés.

15. El salmo formaba parte del *Hallel*, que era cantado, en un contexto litúrgico, en las fiestas solemnes.

Algún estudioso, analizando algunos detalles (introduciendo las palmas) sostiene que la entrada de Jesús en Jerusalén se encuadraría mejor en el contexto de la fiesta de las cabañas —por tanto estaríamos en otoño— o quizá en la fiesta de la reconsagración del altar del templo, la HaNouCaH, que se celebraba en diciembre y que duraba ocho días. Cf. para esta fiesta *Encyclopédie de la mystique juive*, Berg International, coll. 1400 s. Admitiendo esta hipótesis Jesús se habría detenido algunos meses en Jerusalén, hasta la pascua siguiente, permaneciendo preferentemente en Betania.

de nuestro padre David» (v. 10). Para los judios el reino futuro, que viene, es siempre el de Dios [16].

El versiculo 10 puede interpretarse: «sálvanos tú que estás en lo más alto del cielo» [17].

La jornada se concluye con la visita al templo.

«Dio un vistazo a todo alrededor...» (v. 11). No. No es la mirada curiosa del turista, atónito frente a aquella maravilla. Lo decía muy secamente Loisy: «Marcos no presenta al Salvador como un provinciano que ve por primera vez la ciudad santa y el templo de Dios: quiere sencillamente preparar la escena para el día siguiente».

Nos encontramos también con la famosa mirada circular de Jesús que ya hemos subrayado en otras circunstancias.

Ciertamente su llegada a Jerusalén está bajo el signo del cumplimiento de las profecías mesiánicas. Pero toda visita de Dios es una especie de juicio, determina necesariamente una sacudida profunda, una purificación dolorosa.

Se trata de poner orden allí donde los hombres han revuelto todo.

Jesús se da cuenta de la situación con una mirada rápida. La explicación exacta de todo nos viene dada en el detalle «era ya tarde» (v. 11).

Por tanto la acción se deja para el día siguiente.

De todas formas la «operación limpieza» ya habia comenzado con aquella mirada.

### *Un triunfo, pero sólo para los que son capaces de ver*

Podemos plantear ahora algunos interrogantes. ¿Qué valor asume esta entrada de Jesús en Jerusalén? ¿Se le puede atribuir un significado mesiánico? ¿La gente que ha participado lo ha entendido de verdad en este sentido? ¿Cuál ha sido realmente el alcance de este episodio, qué dimensiones efectivas ha tenido en la realidad histórica?

No es fácil de responder.

Hay algo que parece fuera de discusión.

16. Observa Lohemeyer: «El reino de David a lo sumo "retorna" o lo que es incomparablemente más frecuente, es reedificado».

17. Alguno, en cambio, interpreta el grito popular como «¡sálvanos de los romanos!» porque en arameo las expresiones «de los romanos» y «en las alturas» son muy semejantes. Desde un punto de vista filológico puede ser. Mucho menos en la realidad de los hechos. Resulta difícil imaginar que los romanos hayan dejado transcurrir una manifestación popular jalonada con un eslogan como este. Intervenían por mucho menos...

Sin duda Jesús ha querido dar a este suceso una entonación mesiánica.

Parece como si, al acercarse el fin, el Maestro rompiera la indecisión y se manifestase abiertamente tal como es. No impone ya el silencio sobre su propia identidad. Así como ha permitido al ciego Bartimeo llamarle con el apelativo «hijo de David», así también aquí no manda callar las aclamaciones y los «hosanna» de la gente.

No sólo esto, sino que toma la iniciativa para los preparativos. En el detalle del borrico no duda en demostrar su propia previsión y se comporta como «señor».

La misma primera inspección del templo, aunque rápida por fuerza, denuncia claramente la actitud de quien se siente investido de una misión particular.

Todo esto, sin embargo, siempre con la preocupación de corregir cualquier interpretación errónea en sentido triunfalista y terrestre de su mesianidad.

Por lo que aparece la grandeza, pero también la modestia, el triunfo junto a la humildad, la afirmación de un derecho acompañado por un estilo de discreción, la fuerza y la debilidad, un salir al descubierto y un ocultarse al mismo tiempo...

En calidad de soberano, *requisa* autoritariamente una cabalgadura, pero se preocupa de asegurar que es para un servicio limitado, no para poseerla definitivamente. La restituirá pocas horas después.

El que cabalga es el Mesias, pero sin poder, pobre.

En cuanto a la gente, es difícil demostrar que haya querido tributarle honores mesiánicos y mucho menos que haya hecho una profesión explícita de fe en tal sentido.

La expresión «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (v. 9) se utilizaba como fórmula de bendición o de augurio a cualquier peregrino que hiciera su entrada en el templo.

Que después estas aclamaciones, repetidas, hayan atizado un ansia mesiánica, no debe extrañarnos. Bastaba muy poco para encender en la gente este tipo de esperanza.

Pero en el caso de Jesús debe haber sido un episodio de proporciones modestas. Si no irrelevante, ciertamente no clamoroso. Según parece el cortejo se ha desarrollado fuera de Jerusalén, y por el relato de Mc se saca la impresión de que se ha disuelto antes de entrar en la ciudad. No olvidemos que las autoridades romanas, especialmente con ocasión de las fiestas, estaban alerta, dispuestas a sofocar el inicio de cualquier manifestación que pudiera turbar el orden público. Aquí sin embargo no han tenido que intervenir.

Tampoco durante el proceso hay alguna alusión a este episodio. Lo cual es, por lo menos, extraño.

Evidentemente ha sido la iglesia primitiva la que reflexionando sobre este hecho, ha descubierto —sucesivamente— todas las características de una manifestación mesiánica. Es decir, el significado profundo y el alcance del acontecimiento han sido captados en un segundo tiempo, a la luz de la fe pascual (sólo Jesús podía ser considerado, con pleno derecho, el enviado de Dios por excelencia «el que viene en nombre del Señor»). Así ha sido revivido el acontecimiento y comprendido cuando ya había pasado (no una profecía por tanto, sino una lectura *post eventum)*. Los protagonistas, es decir los discipulos, no se han dado cuenta de las dimensiones simbólicas de aquel cortejo en el que habían participado.

Una vez más, por tanto, se puede afirmar que Jesús se revela escondiéndose, se manifiesta, pero sólo para los que tienen oídos para escuchar y ojos para ver.

Todo esto es sintetizado perfectamente por un estudioso que afirma: «El modo que ha elegido para su entrada era muy adaptado para declarar su dignidad mesiánica a los que estaban abiertos a comprenderla y al mismo tiempo para esconderla a los demás» (Dobschütz).

## PROVOCACIONES

1. Aquel sí que es el cortejo de la incomprensión. De la incomunicación.

La gente grita, aclama, entusiasmada. Pero se tiene la impresión de que las invocaciones se dirigen a otro Mesias, no a aquel que cabalga en el borrico.

Y Jesús debe darse cuenta de que las expresiones que se le dirigen son las justas, exactas. Pero salen equivocadas.

El, ciertamente, las entiende en el sentido justo. El hecho es que nacen mal, estropeadas de raíz. Inconcebibles desde el punto de vista de la ortodoxia y, por tanto, inaceptables.

El contraste, insanable, está en las intenciones (un pensamiento verdaderamente incómodo: pueden existir oraciones bellisimas, ceremonias y fiestas «muy logradas». Pero el Señor entiende otra cosa. Hemos dicho lo que estaba establecido y nos hemos equivocado totalmente...).

Quizá Jesús no se haya jamás sentido tan solo como en medio de aquella gente.

Apretado por todas partes. Sin embargo, distante. Muy lejano.

2. El Señor tiene necesidad de ti.

Tiene necesidad de un «borrico por horas» [18].

Nada más que esto.

Si estuviéramos convencidos, estaríamos siempre disponibles, sin tomarnos demasiado en serio y sin darnos aires de importancia.

Aquel borrico debería entrar con todo derecho en un tratado sobre la humildad.

Ser el borrico que está allí, dispuesto a ser utilizado como, cuando y cuanto quiera él, y después devuelto, porque ya no sierve más, y está contento pues el triunfo es de otro, él vuelve a su puesto, «junto a la puerta», no pretende el primer plano de la televisión, un borrico sin importancia, pero siempre dispuesto en el caso de que volviera a ser requisado, siempre para un servicio y no para un premio.

Un borrico que entre otras cosas tiene el gran mérito de estar callado.

Debemos meternos en la cabeza que el Señor tiene necesidad sólo de un borrico por horas.

Mientras que nosotros no podemos prescindir de él ni siquiera un instante.

3. Durante toda la escena Jesús no habla.

Sus últimas palabras se refieren a los preparativos.

Durante el cortejo y sobre todo en la visita al templo, no dice una palabra.

Está absorto en mirar. En ver, no las piedras del edificio sagrado, sino el ánimo de aquellos que están dentro. No los colores del conjunto, sino los rostros.

Toda la acción en el templo durante aquella tarde consiste en observar.

Estos silencios y estas miradas de Jesús dan miedo.

El silencio de Dios es más inquietante que cualquier palabra suya.

El signo de su ausencia. Mejor, de su extrañeza. El no tiene nada que hacer con lo que traman los hombres allí dentro.

Y cuanto más los hombres se afanan en hablar en su nombre, más él calla para desmentirlos.

Pueden existir los profetas que alzan la voz para decir que Dios no está de acuerdo con este desorden.

Cuando faltan los profetas o bien se esconden, Dios mismo interviene directamente para... callar.

Si nos queda un poco de conciencia intacta, debería bastarnos la comprobación de que «dio un vistazo a todo alrededor» para lanzarnos a aprovechar «porque ya era tarde».

18. La expresión es de los autores del segundo volumen de *Una comunità legge il Vangelo di Marco*.

Hemos empleado años para tramar toda esa serie de complicaciones.

Dios, en el fondo, nos concede aún una dilación.

Una noche de insomnio, quizá sea suficiente para poner un poco de orden en nuestra casa.

4. Señor, estábamos todos. ¿Te has dado cuenta de qué fiestas, qué cantos, qué participación?

...Y tú buscas a alguno.

Pretendes algo.

Cesa la fiesta, cae la noche y tú vienes a buscarme precisamente a mí.

¿Qué quieres aún de mí? También yo estaba en medio de la gente, ¿no te has dado cuenta?

Sin duda.

Debería haberlo sabido.

Las procesiones representan la ocasión para ver, para «desalojar» a alguno. El que le sirve. Para después.

## CONFRONTACIONES

### *Casi una crucifixión*

Para Jesús esta entrada había sido ciertamente casi como una crucifixión. No podía existir la mínima comunión entre el que cabalgaba y el pueblo que gritaba. El pueblo pensaba en algo muy distinto al sufrimiento y a la muerte del hijo del hombre, al que no pertenecía ni siquiera el animal que montaba, que no poseia la más pequeña potencia terrena y cuya conducta probaba que los pensamientos y los caminos de Dios, son distintos de los pensamientos y de los caminos de los hombres. Se comprende que, algunos días después, el pueblo debía descontar a su héroe esta breve hora de entusiasmo (G. Dehn, *o. c.).*

### *La gente no se entusiasma jamás por la verdad*

La gente en cuanto gente no es capaz de captar un mensaje espiritual.

Cuando una multitud (un gran número reunido en el mismo lugar) o bien un público (un gran número diseminado en lugares distintos) se encienden, no están jamás por la verdad. Lo menos que puede pasar es que la verdad sea acogida como un prejuicio. Una

multitud se guía por las leyes de la física. Amar a la multitud, es decir a los individuos que la componen, significa antes de nada, tomar distancias.

Se diria que Jesús tema las adhesiones superficiales porque sabe de qué están hechas. ¿Ha aprendido esta ciencia en su aldea?...

...El mensaje se dirige no a la gente en cuanto gente, sino a cada individuo en medio de la gente. Este opera sobre todo con distanciamientos y rompe los condicionamientos.

La ideología y la politica son los que captan a la gente en cuanto multitud. Es su función. Halagar a la multitud, amarla persiguiendo a través de ella, los propios fines: estamos ante un desprecio con apariencias de amor. *Si Jesús la sacude lo hace para sacar hombres libres.* El se encuentra siempre cara a cara con un rostro. Pasar del sueño y de la alienación al despertar, de modo que sea posible la acogida y la adhesión real: esta parece ser su ley.

Mc lo ve ante la multitud, enfrentado, rompiendo las cristalizaciones sentimentales. Cuidado, podréis pagarlo caro...

...Eclipsarse, ir a contrapelo: esto entra en las costumbres del Nazareno...

La lógica del evangelio es el pequeño número. La salvación universal pero de una conciencia a otra. Cualquier sistema de sugestión o de presión para captar a los hombres como masa, por medio de reflejos, fuera de la adhesión interior, va contra el procedimiento tipico del evangelio.

Está bien el recordarlo. El evangelio de Mc hace necesario el de Jn. Desde la mirada a la interioridad.

La paradoja inserta en el centro del mensaje es esta: los milagros son hechos de poder a partir de los cuales Jesús intenta revelar la humildad y la debilidad de Dios. Es claro intuir que el *milagro* de la iglesia, es decir su fuerza, tendrá sentido sólo si es recusada (J. Sulivan, *Mattutino,* Torino 1979).

## II. SEGUNDA JORNADA (11, 12-26)

# Maldición de la higuera esteril y purificación del templo. Fe y oración

11, 12-26[1]

12. *Al día siguiente, cuando salieron de Betania, sintió hambre.*

13. *Viendo a lo lejos una higuera con hojas,*
*se acercó a ver si encontraba algo;*
*al llegar no encontró más que hojas,*
*porque no era tiempo de higos.*

14. *Entonces le dijo:*
*«Nunca jamás coma nadie fruto tuyo».*
*Los discípulos lo oyeron.*

15. *Llegaron a Jerusalén,*
*entró en el templo y se puso a echar*
*a los que vendían y a los que compraban allí,*
*volcando las mesas de los cambistas*
*y los puestos*[2] *de los que vendían palomas;*

16. *y no consentía que nadie transportase objetos*[3]
*atravesando por el templo.*

17. *Luego se puso a enseñar diciendo:*
*«¿No está escrito:* "Mi casa será casa de oración
para todos los pueblos"?
Pues vosotros la habéis hecho una cueva de bandidos»[4].

18. *Los sumos sacerdotes y los letrados se enteraron;*
*como le tenían miedo, porque todo el mundo*
*estaba asombrado de su enseñanza,*
*buscaban la manera de acabar con él*[5].

1. Cf. Mt 21, 12-22; Lc 19, 45-48; Jn 2, 14-16.
2. Alguno traduce bancos, e incluso jaulas.
3. Cosas, muebles, utensilios.
4. O bien: la habéis reducido a una cueva de bandidos.
5. Literalmente: arruinarle.

19. *Cuando atardeció, salieron*[6] *fuera de la ciudad.*

20. *Al pasar por la mañana vieron la higuera seca de raíz.*

21. *Pedro se acordó y dijo a Jesús:*
*«Maestro, mira, la higuera que maldijiste está seca».*

22. *Jesús contestó:*
*«Tened fe en Dios.*

23. *Os aseguro*[7] *que si uno le dice a un monte:*
*"Quítate de ahí y tírate al mar", no con reservas interiores,*
*sino creyendo que va a suceder lo que dice, lo obtendrá.*

24. *Por eso os lo digo:*
*cualquier cosa que pidáis en vuestra oración*[8],
*creed que os la han concedido, y la obtendréis*[9].

25. *Y cuando estéis de pie orando*[10],
*perdonad lo que tengáis contra otros,*
*para que también vuestro Padre del cielo*
*os perdone vuestras culpas».*

26. *(Pero si no perdonáis a los demás,*
*tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas)*[11].

### *La botánica no sirve*

Mc nos ofrece un típico «procedimiento de encaje», un relato encajado en otro episodio que le sirve de marco (y, como veremos, en cierto sentido lo explica).

A diferencia de Mt y Lc que colocan la expulsión de los mercaderes del templo el mismo día de la entrada, él la deja para el día siguiente, quizá para acentuar la peculiaridad.

Además engloba esta acción de Jesús en un gesto más bien extraño: el de la maldición de la higuera estéril.

Propiamente hablando el episodio de la higuera estéril se cierra con el versículo 21 y encuadra la purificación del templo (v. 15-19).

6. Literalmente: salían.
7. Literalmente: Amen.
8. Literalmente: oréis y pidáis (es decir, orando pidáis).
9. Será vuestra.
10. La posición habitual de la oración, para los judíos, era de pie, no de rodillas.
11. Este versículo falta en muchísimos manuscritos. Es casi seguro que se trata de un añadido de algún copista, que le ha tomado de Mt 6, 15 colocándole sin embargo en un contexto distinto y por tanto desnaturalizándole en parte.

Los dichos sobre la fe y la oración son un añadido cuya unión con cuanto precede es más bien formal.

El episodio de la higuera resulta bastante embarazoso. Y Mc no hace nada por volverlo más digerible. Este detalle —«no era tiempo de higos» (v. 13)— no concede ningún atenuante al absurdo de la cuestión.

Se diría que todos los estudiosos intentan justificar a Jesús. Un intento laudable, el suyo. Pero que esconde la convicción de que el Maestro se ha dejado traicionar por los nervios, ha cedido a un impulso de ira, realizando un gesto inconsiderado. Por tanto, ellos serian las personas con la cabeza sobre los hombros y buscan remediar ese dislate, dispuestas incluso a resarcir los daños provocados por esa cabezonada.

Para comenzar muchos exegetas se han lanzado a la búsqueda de aquellos higos que Jesús no había podido encontrar.

A este propósito, Lagrange profundiza en todos los conocimientos de botánica palestina. Sostiene que sobre el lado oriental del monte de los Olivos, la vegetación se adelanta al menos quince dias en relación a las otras partes, pues se ve favorecida por el siroco y protegida contra los vientos frios. Pero aquí estamos entre marzo y abril y los higos maduran al final del verano.

Otros estudiosos hablan de higos primerizos o higos-flores, que algunas veces aparecen en la planta aun antes de las primeras hojas. Pero también estos tienen la costumbre de madurar en junio (cuando salen... porque habitualmente caen a tierra y el árbol queda sólo con las hojas).

Otros sostienen que se trata de higos dejados en el árbol en la recolección anterior. Sin tener en cuenta que es improbable el que hayan pasado indemnes los meses de invierno (la zona no está desprovista de chicos voraces...).

Y no faltan quienes, con observaciones minuciosas, dicen que los orientales comen a veces frutos verdes. Inmediatamente desmentidos por quienes precisan que eso es cierto en algunos casos —por ejemplo en las uvas y en las almendras, comidas con piel por su característico gusto acido— no ciertamente para los higos que cuando están verdes resultan amargos. Sólo un pilluelo con mucha hambre atrasada podría arriesgarse a hincarles los dientes. Pero es bastante improbable que el hambre de Jesús llegase a estos límites (mucho más si era por la mañana y venia de una casa de amigos).

Un monseñor, bastante conocido en el campo bíblico, concluye secamente que obstinarse en presentar a Jesús a la búsqueda de higos en pascua significa atribuirle un gusto muy extravagante.

Fallido, por tanto, el intento de justificación sirviéndose de la botánica, los comentaristas han tomado en sus manos las herramien-

tas de su oficio y han sistematizado el episodio según los esquemas de las distintas escuelas. Alguno lo confina entre las leyendas, otros lo clasifican como una parábola con las variantes «parábola en acción», «parábola historizada», «parábola dramatizada» [12].

No es el momento de embrollarnos en tales discusiones. Además Mc parece darnos a entender que nos proporciona una enigma inquietante, paradójico, con el objeto de solicitar de nosotros una reflexión siempre abierta. Más que tranquilizarnos, parece que quiere insinuarnos una inquietud profunda. Animo, buscad profundamente...

Se puede excluir, por tanto, que el gesto de Jesús haya que atribuirle al hambre. Por lo que habría reaccionado con un pequeño enfado debido a la desilusión de no encontrar con qué saciarse. Sería banal y hasta vulgar.

Nos encontramos, indudablemente, ante la *sentencia de muerte pronunciada contra el árbol*. Es sorprendente que el único milagro realizado por Jesús en Jerusalén sea una maldición. Y es también significativo que la punición no llegue a los hombres (se trata de una dura advertencia para ellos y por tanto de una invitación a la revisión). Juan Crisóstomo ha subrayado este aspecto: la única vez en que Jesús ejerce su poder de castigar no lo hace sobre los hombres.

Otro punto firme: «Los discípulos lo oyeron» (v. 14). Por tanto Jesús quiere dar una lección, hacer entender algo. Estamos en el campo de la enseñanza. Y el Maestro se explica con un gesto simbólico, con una acción que tiene un significado preciso. Con frecuencia los profetas recurrian a este tipo de signos. A Isaías, durante un período de tres años —aunque de forma intermitente— le han visto pasearse desnudo y descalzo por las calles (Is 20, 2-5). Ajías de Siló se quita el manto nuevo y lo rasga en doce pedazos, ofreciéndole después diez trozos a Jeroboán (1 Re 11, 29-33). Oseas recibe la orden de tomar por mujer a una prostituta (Os 1-3). La gente ve a Jeremías pasar por las calles de Jerusalén con un yugo atado a las espaldas y le escarnecen e insultan (Jer 27-28). Ya antes el mismo profeta había sido protagonista de otra acción un tanto extraña: ponerse un cinturón nuevo. Después de colocárselo el Señor le habia mandado esconderlo en una hendidura de un río. Cuando le dice que lo vaya a buscar se lo encuentra gastado e inservible (Jer 13). Toda la misión de Ezequiel está salteada de acciones simbólicas. Baste pensar en el rollo del libro que debe ingerir y masticar (Ez 3), en el adobe (Ez 4) en afeitarse la barba con una espada y después colocarla en una balanza y la consiguiente sacudida y quema (Ez 5), en el episodio que presenta

12. En otras palabras, Mc haría recitar a Jesús, en vivo, la parábola de la higuera estéril, que Lc refiere en cuanto parábola (Lc 13).

al profeta mientras prepara su ajuar y al atardecer con él a la espalda va al destierro y pasa a través de un boquete en el muro de la ciudad (Ez 12).

Como observa R. Schnackenburg «son *parábolas de hechos,* alegorías en acción, que no sólo quieren aclarar una idea, sino también aludir a un acontecimiento, presentarlo y anunciarlo de forma eficaz. Se trata de profecías de desventuras y de condena, no de simples oráculos que preveen el futuro, sino de *prefiguraciones que crean lo que ha de venir* (von Rad) manifestando un acontecimiento querido por Dios y que en aquel momento comienza ya».

No hay que extrañarse de que Jesús adopte, por tanto, en aquella circunstancia ese estilo profético.

Por eso la cuestión más importante no está en el hecho en sí (histórico o no, tomado al pie de la letra o bien como fábula que presenta una moraleja). Se trata, más bien, de sacar el significado. Más que concretar qué ha pasado debemos preguntarnos qué mensaje quería comunicársenos.

La clave de todo me parece que está en el término «fruto». No interesa saber si Jesús tenía o no hambre. Debemos captar sobre todo su acercarse al árbol con la esperanza de encontrar fruto.

Por otra parte los higos son frutos característicos de la tierra prometida[13]. Y la higuera, junto con la vid, en la tradición bíblica ha simbolizado siempre el pueblo de la alianza que da fruto.

La escena, por tanto, asume un relieve particular.

Jesús se acerca a la higuera, como se ha acercado a Jerusalén, para «ver si encontraba algo» (v. 13).

Su desilusión ha sido ya anticipada por Jeremías:

«Si intento cosecharlos —oráculo del Señor—
no hay racimos en la vid ni higos en la higuera,
la hoja está seca; los entregaré a la esclavitud» (Jer 8, 13).

Y Miqueas:

«¡Ay de mí! Me sucede como al que rebusca
terminada la vendimia:
no quedan racimos que comer
ni brevas, que tanto me gustan» (Miq 7, 1).

Con su maldición Jesús, ignorando a propósito las estaciones, quiere impresionar a sus discípulos y a nosotros.

— El judaismo no ha sido capaz de ofrecer los frutos que él esperaba[14].

13. «Tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares y de miel» (Dt 8, 8).

14. Sin embargo, hay que estar atentos para no deducir de este episodio precipitadamente una condena en bloque de todos los judios, una maldición indiferenciada y definitiva contra Israel. Precisa oportunamente R. Schnackenburg: «En el texto que

— A esto debemos añadir el episodio siguiente. Planta estéril es también el templo. El abundante follaje —ceremonias, sacrificios, oraciones— no llega a ocultar la desoladora falta de frutos de justicia, atención al prójimo, conducta según Dios. El Maestro, incluso en la semiobscuridad de la tarde precedente, ha podido captar que allí dentro no había lo que debería haber. Tantas cosas, no las que él buscaba (y aquí no había problema de estaciones...). Los frutos eran sólo de mercaderes y de quienes les apoyaban [15].

— Planta estéril puede ser también la gente que corre llena de curiosidad, aclama, se deja transportar por el entusiasmo, pero que sus sentimientos permanecen ambiguos porque no llevan a comprometerse con él, a seguirlo.

## *La purificación del templo*

Es considerada habitualmente como una de las acciones más importantes realizadas por Jesús. Uno de los episodios más significativos, de esos que quedan en la memoria y son citados frecuentemente incluso por quien no frecuenta la iglesia —¡sobre todo por estos!—. Pero no se dice que sea uno de los episodios más fáciles de comprender. Ni se presta a utilizaciones cómodas. Es necesario sobre todo profundizarlo en todas sus dimensiones, para no ceder a la tentación de visiones reducidas y de intentos polémicos.

Resulta importante, por eso, antes de nada, localizar la escena, revivirla en su ambiente natural. Captar por tanto las dimensiones del gesto. En definitiva, comprender el significado.

tenemos delante, responsabilidad y maldición recaen sobre los jefes del pueblo de entonces y la alegoría de la higuera estéril culmina en una exhortación a convertirse. Sobre la fe de cada uno de los judíos y sobre su actitud no se emite ningún juicio, ya que la maldición de Jesús llega únicamente a aquellos que por propia culpa no responden a la llamada que Dios hace por medio de Jesús. La iglesia primitiva vio ciertamente en la destrucción de Jerusalén y del templo una punición divina (cf. Mc 13, 1 s; 14 s); pero tal pronunciamiento temporal no autoriza a deducir una condena válida para siempre».

El mismo autor resalta cómo la comunidad a la que Mc se dirigía debía aplicar sobre todo a sí misma las palabras y los gestos de Jesús. Y aquel episodio constituía un rudo llamamiento a la conversión y a la fe, un motivo para un examen de conciencia muy sincero. La fidelidad se verificaba día a dia, jamás se podia dar por adquirida. Existia siempre el riesgo de que desapareciesen los frutos para dar lugar a un árbol reverdecido, hasta llamar la atención, pero en el fondo incapaz de responder a las verdaderas esperanzas del Señor.

15. En tal caso, el suceso prefigurado seria el de la inminente destrucción del templo. La higuera seca desde la raiz no sería otra que la construcción gloriosa de la que «no quedará piedra sobre piedra» (Mc 13, 2).

1. *Ambientación.* Teatro del episodio es el gran atrio exterior del templo, llamado también «patio de los paganos». Estaba cerrado por un muro que delimitaba los patios siguientes, reservados sólo a los israelitas (el de las mujeres, el de los hombres y el de los sacerdotes).

Aquel muro de separación no podía ser pasado por los incircuncisos, ni siquiera por los ocupantes romanos, que ya es decir. Un cartel advertía severamente: «Ningún extranjero debe pasar la valla ni la reja que circundan el santuario. Quien ose hacerlo, se atendrá a las consecuencias de su culpa, la muerte».

El patio de los paganos, caracterizado por un pórtico que se extendía a lo largo de todo el muro perimetral, podría recordar el aspecto y la animación de una plaza de un santuario nuestro, meta de peregrinaciones.

Especialmente en las fiestas judías era un auténtico mercado. Se podía encontrar todo lo que servía para los sacrificios y las ofrendas. Se vendía aceite, sal y vino. Los puestos, probablemente, estaban situados al cubierto, bajo los pórticos.

En el centro los animales: bueyes y corderos.

Mc alude a los «puestos de los que vendían palomas». Estos animales constituían la oferta de los pobres especialmente en los distintos ritos de purificación (de la mujer, de los leprosos etc.).

También las mesas de los cambistas tenían su función. Los judíos de la diáspora, residentes en el extranjero, al venir a Jerusalén, también debían pagar la tasa anual para el templo. Se encontraban por tanto en la necesidad de cambiar sus monedas en las únicas que eran válidas para el tributo al templo: las judías y el viejo siclo de Tiro. Naturalmente los cambistas se quedaban con el interés y daban un tanto por ciento a las autoridades religiosas que les autorizaban para aquel servicio.

Todo el comercio, por tanto, tenía una justificación religiosa. Era en vistas del culto. Perfectamente legal, autorizado. Y, además de para los mercaderes, constituía una pingüe fuente de ingresos para la clase sacerdotal.

Por si fuera poco, el patio de los paganos también era atravesado por quienes no entraban en el templo, pero debían pasar de una zona a otra de la ciudad. En definitiva, era un atajo que ahorraba un buen trozo de camino. Por eso no era raro ver gente que lo recorría llevando en las espaldas las cargas más variadas.

Sin meternos en más detalles no será difícil sacar la impresión dominante de *confusión,* de agitación. La majestad del lugar sagrado, que debía expresar la presencia divina, estaba saturada por el ruido y el desorden que caracterizaban aquel ambiente.

Lagrange habla de mercaderes que saqueaban literalmente a los peregrinos «como sucede en la Meca».

Cierto que las voces no deberían ser todas litúrgicas y no todo eran bendiciones, dado que los comerciantes no pensaban en otra cosa que en vender caro y los compradores trataban de defenderse con empeño...

La confusión llegaba a cotas inimaginables con ocasión de las grandes festividades, por la presencia de decenas de miles de peregrinos venidos de todas partes [16].

2. *Dimensiones del acontecimiento.* El gesto realizado por Jesús quizá haya sido menos espectacular de lo que generalmente se cree.

Y esto por dos motivos. En primer lugar, el mercado era de proporciones tan vastas que se habría necesitado mucho tiempo y sobre todo se habría necesitado un «comando» formado por muchas personas para provocar destrozos de cierta consideración.

Bastará un dato significativo. Un negociante que se llamaba Raba gen Buba, contemporáneo de Herodes el Grande, una vez presentó sobre la explanada del templo algo así como tres mil cabezas de ganado menor, poniéndoles a disposición para los sacrificios.

Además el comisario del templo —que en la escala jerárquica seguía inmediatamente al sumo sacerdote— no habría tardado en dar la orden de intervención al cuerpo de guardia que tenía en las propias dependencias, si la acción de Jesús hubiera asumido proporciones tales que disturbasen el desarrollo... de los negocios.

Por si fuera poco, desde lo alto de la fortaleza Antonia, vigilaban los centinelas romanos. En el caso de una escaramuza de tumulto que amenazase el orden público, se habría recurrido a la fuerza para sofocarla de raiz.

16. Es difícil, con todo, calcular exactamente su número. Las cifras citadas en los documentos oficiales son hiperbólicas. Según distintas fuentes nos encontramos con datos bastante discordantes y por tanto nos hemos de contentar con valoraciones aproximativas. J. Jeremias adopta un método muy personal. Toma el metro, calcula el espacio y deduce ciertas cifras en base a la densidad —o derrumbamiento— por metro cuadrado. Asi, para la época de Jesús calcula la población de Jerusalén en unos 30-35 mil habitantes (en todo caso, no más de 50 mil). Los peregrinos que llegaban para la pascua debían acercarse a los cien mil. Cf. *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid 1977, 95-102.

Sobre la ciudad de Jerusalén se pueden leer las siguientes obras de carácter científico-arqueológico: J. Simons, *Jerusalem in the Old Testament*, Brill, Leiden 1952; K. M. Kenion, *Jerusalem*. Excavating 3000 Years of History, Thames and Hudson, London 1967; J. Gray, *A History of Jerusalem*, R. Hale, London 1969; *Jerusalem reveladed*. Archaeology in the Holy City 1968-1974, Israel Exploration Society, Jerusalem 1975.

Con carácter más divulgativo y literario: A. Chouraqui. *Vivre pour Jérusalem;* C. W. Wilson, *Jerusalem the Holy City;* E. Wiesel, *Un Juif, aujourd'hui;* J. Nantet, *Les mille et une Jérusalem*.

También resulta interesante el óptimo fascículo, estupendamente ilustrado, dedicado a la ciudad por la revista «Le monde de la Bible», *Jérusalem, les pierres et les hommes*, N. 1, 1977.

Parece que nadie se ha movido. Ni hay rastros del incidente en el proceso.

Evidentemente Jesús más que otra cosa ha hecho un *acto demostrativo* limitado en las proporciones externas. En definitiva, una acción simbólica. Sin duda un hecho histórico, pero mucho más importante por el significado que por sus dimensiones. De tal modo que inquietase a las autoridades religiosas sobre todo por sus consecuencias.

Los daños en sí son limitados (un pequeño foco de protesta, algún puesto tirado, algunos vendedores mal tratados, unos pocos animales asustados). Pero la operación es considerada inquietante por las consecuencias que podría acarrear.

«Los sumos sacerdotes y los letrados se enteraron; como le tenían miedo, porque todo el mundo estaba asombrado de su enseñanza, buscaban la manera de acabar con él» (v. 18). Es significativo el «se enteraron». Indudablemente el episodio ha sido la última gota que ha desencadenado la sentencia de muerte («buscaban la manera de acabar con él»). Pero el acento se pone sobre las palabras más que sobre los hechos («se enteraron»... «todo el mundo estaba asombrado de su enseñanza»). Lo que molesta, más aún da miedo, es la novedad de su mensaje. La enseñanza es subversiva. Las acciones son consideradas peligrosas no por sus proporciones, relativamente modestas, casi irrelevantes, sino porque son «lecciones» que todos comprenden. Los gestos en sí no tienen importancia. Pero llevan lejos. Y esto es lo que se quiere impedir.

3. *El significado del episodio.* Es precisado de forma bastante transparente por Jesús a través de:

— su acción,

— una doble cita bíblica

— una prohibición

Veamos los distintos aspectos.

a) No se puede minimizar el hecho de que Jesús se haya enojado contra los vendedores *(algunos vendedores)*, haya contestado el mercado.

La purificación del templo comienza limpiando el terreno de comercio y de intereses, ocultos o manifiestos.

Viene a la mente una profecía de Zacarías:

«Aquel día los cascabeles de los caballos llevarán escrito: "Consagrado al Señor"; los calderos del templo serán como los aspersorios del altar. Todos los calderos de Jerusalén y Judá estarán consagrados al Señor. Los que vengan a ofrecer sacrificios los usarán para guisar

en ellos. Y ya no habrá mercaderes en el templo del Señor de los ejércitos aquel dia» (Zac 14, 20-21).

El templo se convierte en casa del Señor sólo cuando son expulsados los mercaderes. El comercio, incluso el que tiene por fin el culto y la gloria de Dios, termina por obscurecer la grandeza y hacer olvidar la *gratuidad del don.*

«Oíd, sedientos todos, acudid por agua,
también los que no tenéis dinero:
venid, comprad trigo, comed sin pagar;
vino y leche de balde» (Is 55, 1).

Jesús denuncia el equívoco que consiste en *utilizar el nombre de Dios* para hacer prosperar —directamente o por «concesiones a terceros»— los propios negocios.

Reconsagra el templo, llevándole al culto de la gratuidad.

b) «¿No está escrito: *Mi casa será casa de oración para todos los pueblos?*» *(v. 17).*

Después de haber realizado el gesto de expulsar a los mercaderes, Jesús se explica con palabras, que deben precisar mejor su programa. La primera cita es de Isaías (56, 7).

El templo es esencialmente *lugar de oración.* Ya los profetas habían tenido expresiones candentes contra el culto puramente exterior, formalista. Sin embargo, el acento se pone aquí sobre el hecho del templo abierto a «todos los pueblos». Por lo cual debe cesar todo tipo de discriminación. La presencia de Dios no conoce barreras de pueblos. Nadie puede reivindicar el monopolio.

La oración, encuentro con Dios, se convierte en «lugar» de encuentro con los hombres. Muy diverso de muros de separación...

«En donde se realiza el encuentro con Dios, allí surge el verdadero santuario y no tiene ya razón de ser el mercado ni el tráfico del templo» (R. Fabris).

«La presencia de Dios es un hecho *universal* y es una presencia para todos, también para los rechazados. Si Dios juzga a Israel es porque se ha cerrado y no quiere abrirse al Mesías y a los pueblos. No se considera ya una realidad abierta, disponible» (B. Maggioni).

Si la purificación del templo consiste antes de nada en reafirmar la gratuidad del don de Dios contra toda especulación mercantil, quiere decir que se subraya la amplitud de ese don contra cualquier intento de acaparamiento, contra toda visión particularista, exclusivista de la fe. Nadie tiene el derecho de apropiarse a Dios.

c) «...Vosotros la habéis hecho *una cueva de bandidos*» (v. 17). La expresión «cueva de bandidos» —mejor, de ladrones— no se refiere necesariamente al mercado y al tráfico que se desarrolla a la sombra del templo. Se refiere más bien a *un cierto tipo de religiosidad.*

La actitud que Jesús condena entresacar del párrafo de Jeremias del que está tomada la cita:

«Ponte a la puerta del templo y proclama allí:
Escuchad, judíos, la palabra del Señor,
los que entráis por estas puertas a adorar al Señor,
así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones,
y habitaré con vosotros en este lugar;
no os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:
"el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor".
Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones,
si juzgáis rectamente los pleitos,
si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
si no derramáis sangre inocente en este lugar,
si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,
entonces habitaré con vosotros en este lugar...
Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:
¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,
juráis en falso, quemáis incienso a Baal,
seguís a dioses extranjeros y desconocidos,
y después entráis a presentaros ante mí
en este templo que lleva mi nombre,
y decis: "estamos salvados",
para seguir cometiendo tales abominaciones?
¿Creéis que es *una cueva de bandidos*
este templo que lleva mi nombre?
Atención, que yo lo he visto...» (Jer 7, 2-11).

El pueblo ofrece sacrificios, participa en grandiosas ceremonias y se siente tranquilo: «Estamos salvados». Es decir: «El Señor está con nosotros». Jeremías replica sin vacilar: «No. El Señor está con vosotros sólo cuando estáis con él, es decir cuando vuestra conducta es conforme a su voluntad». No se va al templo para obtener una especie de impunidad, para comprar un buen puesto de seguridad. Hay que convertirse.

Con Dios no se comercia como se hace con los vendedores para el sacrificio.

No se enderezan las cosas torcidas con cualquier salmo. Las cosas torcidas sólo se enderezan... mejorándolas.

No se puede ir en peregrinación al templo y después continuar robando, explotando, calumniando al prójimo.

No se puede ser sinceros con Dios cuando se engaña a los propios semejantes.

Dios no acepta las genuflexiones de quien pisotea la justicia.

No consiente que se sustituya con un «homenaje religioso» lo que *es debido* al prójimo.

«Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones...»

No se va a la iglesia para huir de las exigencias éticas más comprometidas, sino precisamente para tomar conciencia de las propias responsabilidades.

En otras palabras, lo que es condenado es *el templo como refugio* (esta es la cueva, la caverna que oculta a los delincuentes de un justo castigo).

Lo que se desautoriza es *el aspecto tranquilizador de las prácticas religiosas.*

Lo que se denuncia es *la piedad como coartada.* Por la que uno puede ilusionarse de ir a la casa del Señor a revalidar —con alguna oración u ofrenda— una conducta fundamentalmente mala y contraria a las exigencias de justicia, honradez y caridad hacia el prójimo.

Un culto de este género es un *culto mentiroso* y la seguridad que proporciona es una *falsa seguridad.*

En este sentido la purificación del templo se traduce en desenmascarar la hipocresía de las personas religiosas que creen «poner en regla» sus acciones poco limpias con el Señor, obteniendo, por el pago de alguna «práctica», un certificado de buena conciencia.

Jesús deja intuir, refiriéndose a Jeremías, que el problema es el modificar la conducta, no el multiplicar las invocaciones o aumentar las ofrendas.

La alternativa al templo «cueva de bandidos» es el templo abierto, no ciertamente a las personas perfectas, sino a las personas que quieren vivir en la fidelidad, en la claridad y sinceridad y que buscan en Dios no un «cómplice» dispuesto a cerrar los ojos ante ciertos hechos, sino uno que guía sobre el camino de la rectitud.

d) «Y no consentía que nadie transportase objetos atravesando por el templo» (v. 16).

Jesús —como dice J. Delorme— devuelve al templo su destino sagrado, liquidando todas las actividades profanas.

También el Talmud tiene una prohibición de este género, cuando advierte que nadie debe subir «al monte del templo ni con zapatos ni con bolsa ni con polvo en los pies; que no reduzca la vía del templo a un atajo y mucho menos que escupa en él» *(berak.* 54 a).

La prohibición, repetida por Jesús, la podemos también ver en clave simbólica. El templo no es un atajo. Es decir la oración, el culto no dispensa del duro trabajo de los hombres.

Se va a rezar no para ser aligerados de la carga. El templo no sirve para acortar el camino, para reducir las dificultades, sino para *dar un sentido* al camino del hombre.

Podremos decir: se prohibe el «paso» a una religión como forma de evasión de los rudos compromisos terrestres, a una religión como deserción de la vida.

No se pasa por el templo para sustraerse de ciertos pesos, sino más bien para cargárselos. La religión no ofrece facilidades, dispensas en relación a la vida de todos.

La persona religiosa no es quien dispone de una vereda privilegiada respecto al camino común de los hombres. Y el templo no amortigua el impacto de la ruda realidad de la existencia.

Más bien, el culto se convierte en algo serio sólo cuando la vida es aceptada como algo serio.

## *Conclusiones*

La acción simbólica de purificación realizada por Jesús no se puede reducir a un ataque contra la gestión administrativa del templo, sino que interesa a todos «los que lo frecuentan» de todas las épocas.

Ni puede ser interpretada como una simple reforma litúrgica, con la denuncia de algún abuso.

Su gesto es *también* un «signo anunciador del futuro».

«Jesús purifica el santuario para el reino de Dios que viene» (G. Bornkamm).

«El verdadero templo será la comunidad escatológica» (R. Schnackenburg) abierta a todos los pueblos.

Hay que evitar, sin embargo, dos excesos opuestos en la interpretación de la purificación del templo.

Jesús, para usar un lenguaje hoy de moda, no ha intentado *desacralizar* o *descultualizar*, pero tampoco *sacralizar*.

No ha abolido el templo y sus liturgias en nombre de un culto puramente espiritual que haria inútil cualquier manifestación externa [17] y que podría ser sustituido por obras de caridad y por un compromiso social.

El templo tiene su validez y debe continuar siendo frecuentado, aunque de otro modo, con otro espiritu.

Pero Jesús no ha querido tampoco «sacralizar» el templo, reduciéndole a un espacio rigurosamente reservado, protegido, circunda-

17. Sobre el significado de la expresión «adorar a Dios en espíritu y en verdad» nos detendremos en el volumen dedicado al evangelio de Jn, comentando el encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4, 4s.).

do por un recinto, una especie de cordón sanitario espiritual. Jesús no ha querido levantar un muro que pusiera al templo al reparo de la vida cotidiana y no lo dejase contaminar con el mundo profano.

Como ha precisado R. Schnackenburg, «se trata de un modo nuevo y diverso de adorar a Dios, de una conversión moral, del cumplimiento de la voluntad divina en la vida personal y social...».

Desde este momento ya no es concebible un culto a Dios separado de la vida en medio del mundo y del servicio a los hombres. Se requiere un nuevo modo de orar mediante una inmediata y confiada relación con el «Padre», una adoración a Dios «en espiritu y en verdad». Un auténtico culto a Dios al que deben conducir la oración y el canto, la liturgia de la palabra y la celebración de la eucaristia, consiste en la vida cristiana, en el testimonio del amor, en la renuncia a los propios egoismos. Llevar la propia existencia material como «un sacrificio viviente, santo y agradable a Dios» es el culto espiritual que se exige de los cristianos, *una liturgia de la vida de cada día en medio del mundo*.

Jesús ha liberado el templo de las hipotecas de quienes los utilizaban para los propios intereses egoístas y también de las trabas de una concepción demasiado mezquina y formalista de la religiosidad en la que anidaban consideraciones ciertamente no conformes a la voluntad de Dios, no para sustraerlo de la vida y confinarlo en una zona «neutra», sino por el contrario *para restituirlo a la vida.*

La purificación realizada se refiere a los elementos que no se concilian con la santidad de Dios, no ciertamente todo aquello relativo a la vida concreta de los hombres.

Un culto para ser sincero y auténtico, tiene siempre necesidad de una vida en seriedad.

La adoración a Dios debe traducirse en una urgencia de amor al prójimo.

### *De la higuera seca hasta mover montañas*

Después de haber terminado la operación de limpieza del templo, Jesús, junto con los suyos, sale de la ciudad (v. 19). No es sólo una medida de precaución. Se puede percibir el signo de una ruptura irreparable. Cristo se aparta definitivamente de aquel mundo.

Sin embargo, la jornada en cierto sentido se concluye sólo a la mañana siguiente, con la comprobación de los efectos de la maldición de la higuera. Una especie de reconocimiento oficial y de comprobación del cadáver de la planta. «Al pasar por la mañana vieron la higuera seca de raíz» (v. 20). Es improbable que los apóstoles hayan

llegado a controlar este dato (de raiz). Pero tratándose de una «parábola en acción», el significado resulta transparente: el mundo que no acoge a Jesús, que se cierra a su mensaje está ya condenado fundamentalmente a la esterilidad, se revela «radicalmente» incapaz de llevar los frutos que Dios espera.

Pedro[18] confirma lo que ha pasado: «Maestro, mira, la higuera que maldijiste está seca» (v. 21).

La respuesta de Jesús parece que está fuera de tema. En efecto, no ofrece la explicación del episodio en sí (quizá estuviera ya bastante clara por lo que habían visto el dia antes en el templo), sino que se interna en el campo de la fe, de la oración, del perdón.

Indudablemente estos «dichos» pueden también haber sido obra redaccional. Mc dirigiéndose a la primera comunidad cristiana, debe haber colocado en el presente contexto narrativo algunas sentencias pronunciadas por Jesús en otras circunstancias, para subrayar que al poder *(dunamis)* de la palabra de Jesús manifestado en el episodio de la higuera, corresponde otro poder *(dunamis)*: la fe del cristiano, que se expresa sobre todo en la oración.

Pero quizá la cercanía no se da sólo a este nivel. Hay que descender a las raices. Las raíces reclaman la idea de la linfa vital. Solamente la fe es capaz de devolver la vida al viejo árbol condenado a muerte.

A partir de ahora, cualquier árbol está destinado a la esterilidad, recibe la maldición de la falta de fruto, si no está atravesado por esta linfa.

Por tanto una vez más estamos ante una «construcción didáctica» (provocada por una reflexión llevada a parte, con los discipulos, sobre un acontecimiento precedente), en gran parte entrevelada y cuya inserción no es sin duda postiza. Resulta, por el contrario, un conjunto plenamente coherente.

Pero veamos de qué fe se trata.

«Tened fe en Dios» (v. 22) amonesta Jesús.

Es la fe que no encuentra el propio punto de apoyo en los recursos humanos, sino únicamente en el poder y en la fidelidad de Dios. «No realiza lo que parece imposible en base a la fuerza propia, sino que pone en movimiento, por así decir, la condescendiente omnipotencia de Dios» (J. Schmid).

En el pasaje referido de Mc no se habla de cantidad, de fe más o menos grande, sino de fe sin dudas, sin vacilaciones, sin cálculos humanos. La condición esencial es la expresada por «no con reservas interiores» (v. 23). E. Schweizer tiene a este respecto una página estupenda:

18. Parece ser el de memoria más feliz (se acordó...). Dentro de poco, al cantar el gallo, Pedro recordará también una palabra de Jesús (14, 72).

«Ya no es la dimensión o la cualidad de la fe o de la penetración teológica lo que tiene un valor decisivo: la palabra de Jesús transfiere el discurso desde el plano de la cantidad, de la medida en más o menos, al hecho desnudo de una fe a la que se promete todo, precisamente porque no espera nada por sí misma, sino que espera que todo le venga de Dios. Ciertamente esto incluye también que sepa orar para que se haga no su voluntad sino la de Dios.

«En la forma del texto de Mc la "fe" es definida como un "no dudar" y esto es cierto, especialmente si recordamos que el término griego que quiere decir "dudar" contiene la idea de "estar dividido"; tal "duda", contrapuesta al carácter "simple" (indiviso) de la fe, describe al hombre en su naturaleza dividida, en su pendular entre Dios por una parte y todas las otras posibles e imaginables ideas por otra».

Para indicar la fuerza de esta fe «indivisa», Jesús utiliza una expresión más bien familiar en la literatura judía. «Mover montañas» era una frase hiperbólica con la que se indicaba la remoción de un obstáculo considerado como irremovible, de una situación particularmente difícil. El rabino que era capaz de quebrar todas las dificultades era llamado por eso «movedor de montañas».

No debemos pensar, por tanto, en una fe «caprichosa», que se sirve del nombre de Dios para realizar milagros inútiles y espectaculares.

No se puede disponer de Dios a capricho.

El poder de Dios puede invocarse sólo en el ámbito de su plan, es decir del espiritu del Señor. Ya Hugo de San Víctor había advertido que sin un motivo de utilidad, no se es capaz de mover una brizna, no una montaña...

La fe nos introduce en el discurso sobre la oración.

El que cree, necesariamente reza. Y como la fe excluye la duda, así la oración excluye la inseguridad de ser escuchada.

Lejos de estar anhelante y preocupado, el creyente que ora aparece tranquilo y confiado, porque «os la han concedido» (v. 24) cualquier cosa, en el acto mismo de pedir, más aún antes incluso; antes de poder verificar los resultados de su petición.

Parece vislumbrarse, en las palabras de Jesús, una insinuación a la oración que va más allá de cada uno. Es la comunidad misma —el nuevo templo, la nueva casa de oración, el nuevo lugar en el que Dios habita— la que es poderosa cuando reza.

Y es todavia más significativo, en esta visión comunitaria, el nexo entre oración y perdón dado y obtenido (v. 25).

Las palabras finales quieren decir —según la observación de E. Schweizer— que una correcta relación con Dios incluye siempre una correcta relación con el prójimo.

Cito las observaciones conclusivas de R. Fabris:

«La fe, presentada como total confianza en Dios, sin división e incertidumbre, no es una técnica para capturar el poder divino y plegarlo a los caprichos irracionales o fantásticos del hombre. Es total apertura y disponibilidad a la acción de Dios, al cumplimiento de su proyecto. Con esta condición también la oración tiene la misma eficacia y poder que la fe que la sostiene. La seriedad religioso de la oración, que no se puede confundir con un pueril deseo humano de omnipotencia, está confirmada por la otra sentencia sobre el perdón. Como la fe plena, también el perdón y la reconciliación fraterna es condición indispensable para una oración abierta al don del Padre celestial.

Nos debe llamar la atención el hecho de que el evangelista Mc tan sobrio, por no decir avaro, en referir las sentencias de Jesús fuera de los contextos narrativos, haya tenido cuidado en reproducir estas dos palabras de Jesús transmitidas también por la tradición de Mt y Lc.

Esto debe hacernos reflexionar sobre la importancia que la tradición cristiana primitiva daba a los dos temas de la oración y del perdón fraterno. La comunidad auténtica es la caracterizada por una fe radical en Dios que se expresa en una oración confiada, hecha en un clima de auténtica comunión fraterna. El don por excelencia del amor de Dios es el perdón, es decir esa experiencia de acogida que reporta confianza y abre el futuro. Esto se convierte en modelo y estímulo de nuevas relaciones y de una nueva actitud de la comunidad creyente (cf. Ef 4, 32).

Del actual enlace literario entre los dos versiculos y el episodio del templo se puede deducir que la comunidad es para Mc la verdadera *casa de oración* del futuro, el nuevo templo abierto a todos los hombres que están dispuestos a encontrar a Dios en la fe».

## Provocaciones

1. El punto de vista peor en la escena de la expulsión de los mercaderes del templo es, sin duda, el del espectador que «no tiene que ver» con cuanto sucede.

Instintivamente se pone a un lado, sobre una grada, aparte. Ve con una mal disimulada complacencia a Jesús dejando la plaza limpia.

Ya. La cosa se refiere siempre a los otros. Quizá los curas con sus aranceles por bodas y funerales; o los que venden medallas en los comercios cercanos a los santuarios...

Nosotros estamos allí de pasada. Y comentamos «bien hecho les está», «ya lo habia yo dicho siempre, que era una vergüenza, algo intolerable».

Con una actitud de este tipo no captamos el significado del episodio. Somos como los centinelas romanos de la torre Antonia, que no medimos la importancia del acontecimiento.

Nadie puede creerse dispensado de aquella limpieza.

¿Quién de nosotros está seguro de no ser un frecuentador «abusivo» del templo?

¿Quién puede sostener que no ha ido alguna vez a comerciar con Dios?

¿Quién no se ha dirigido jamás a la iglesia sólo para sentirse bien, tranquilo?

El gesto de Jesús se comprende sólo si nos colocamos entre los destinatarios de su ira.

El templo está «purificado» —ahora que han sido echados los mercaderes— sólo a condición de que no entren los que se consideran «puros».

2. Lo que impresiona en las palabras de Jesús es la alternativa inexorable entre «casa de oración» y «cueva de bandidos».

No hay posición intermedia.

El templo que no es «casa de oración» se convierte inevitablemente en «cueva de bandidos».

Si no se celebra la liturgia de la gratuidad del don de Dios, se celebra el mercado.

O los ritos de Dios o los del dinero.

No hay franjas neutrales o tierra de nadie, o territorios en los que coexisten los intereses de los hombres con la gloria divina que revela el absoluto de Dios y sus exigencias implacables.

Jesús no dice: «Ya que no sois capaces de orar como se debe, intentad *al menos* estar un poco más recogidos». «Ya que habéis preparado vuestros puestos, intentad *al menos* no estorbar las funciones sagradas» (o bien «dad *al menos* una oferta más generosa para las obras parroquiales»). «Ya que sois deshonestos e injustos, dad *al menos* alguna limosna».

En el lenguaje de Jesús no existe *al menos*.

En su desmesurada bondad no encuentran sitio concesiones de este tipo.

Jesús no pone carteles a la puerta del templo, como se hacía a la entrada de las iglesias hasta hace poco: «mangas hasta el codo; faldas al menos hasta la rodilla». El más bien habla de cortar la mano y la pierna si es ocasión de escándalo...

«Por respeto al lugar sagrado», Jesús no pide por favor. Echa fuera.

O, alguna vez, hace algo peor: se va él.

No está dicho que las funciones solemnes, los cantos, las bellas liturgias, interesen siempre al destinatario.

No está dicho que cuando su casa está llena de gente, esté necesariamente presente el dueño de la casa.

«No podemos decir que cuando vamos a la iglesia, también Dios va» (Noordmann).

3. En el fondo, el mercado consiste en utilizar el nombre de Dios para operaciones en las que interviene el dinero. Una especie de etiqueta sagrada que deberia esconder los productos de la actividad humana. Una cobertura divina sobre tratos e intereses mezquinos.

Mercader no es sólo el que saca ganancias del templo, sino también quien saca honores, carrera, títulos, privilegios.

4. No les ha echado porque eran mercaderes deshonestos, sino porque eran mercaderes en el templo.

La condena no se refería a su moralidad sino a su negocio.

Su culpa no consistía en el *modo,* sino en el *hecho* de comerciar.

Los echa fuera no porque se comportan mal, sino porque están allí.

5. Seria interesante hacer el experimento. El espectáculo que se presenta ante los ojos de Jesús visto con los ojos de ciertos observadores religiosos de nuestro tiempo.

Apuesto que alguno, escribiendo quizá en el periódico diocesano, lo definiría como «una grandiosa manifestación de fe», «una conmovedora e imponente participación del pueblo».

Los más exigentes, quizá, notarian algún abuso, un poco de desorden.

Pero fundamentalmente seria interpretado como un signo *consolador* del despertar religioso.

Todos estos, evidentemente, cuando se habla de higos, piensan enseguida en la belleza de las hojas.

6. La pena es que todo estaba bien. Todo legal, autorizado, justificado. Permisos en regla. Respetados los reglamentos.

Una comisión de expertos en derecho canónico no habria encontrado (casi) nada que decir sobre aquel hecho. Además se desarrollaba fuera del templo. Además, el dinero es el dinero. Y la administración tiene sus exigencias rigurosas.

Un equipo de teólogos habría encontrado justificaciones válidas para todo.

La pena es precisamente esta. Que no podemos demostrar, explicar, hacer presente, especificar, distinguir, precisar, documentar, aportar pruebas.

En definitiva, nuestros razonamientos buscan la perfección.
Y Dios no está de acuerdo.
Todo por él, por su gloria.
Y él rechaza pagar la cuenta.
Más aún, dice que no tiene que ver nada con eso.

7. Qué desdicha. Ha sucedido ya en los parajes de la higuera. El inconveniente viene de allí. No ha respetado el programa del viaje. Primero al templo para la fiesta, después a la mesa. El, en cambio, ha tenido hambre en seguida.

Demasiado complicado calcular todas nuestras oraciones, jaculatorias, rosarios, ceremonias, prácticas.

Jesús es un simplificador. Se acerca a la higuera. Es allí donde se pueden contar y pesar los frutos de lo que ha sido sembrado en la iglesia.

Entendámonos. No es que no le guste el culto. Todo lo contrario. Le gusta de tal forma que quiere que continúe incluso en la vida cotidiana.

No es que desdeñe las oraciones. Más bien se muestra muy interesado hasta querer controlar a dónde llevan, qué es lo que producen nuestras oraciones.

Somos nosotros los que creemos que todo se limita al templo.

Jesús, en cambio, se puede parar incluso a campo abierto, bajo una planta, para controlar. Y si allí se desilusiona porque no hay frutos, esto no se debe a su descuido ante las estaciones, sino al descuido de quien ora creyendo que baste orar, es decir que todo acaba allí...

8. Debo tener el valor de soportar su acercarse, su mirar entre mi abundante follaje.

Darme cuenta de que cuando él «tiene hambre», la sombra no le basta.

9. No sé por qué se inventan tantas historias por ese detalle de «no era tiempo de higos».

Si hubiera sido «tiempo de higos», el episodio se habría podido liquidar con un comentario sobre la «desgracia» de Jesús.

En cambio Jesús no ha sido desgraciado, sino que ha sido desilusionado.

Dios no viene a buscar lo que es «natural».

No espera lo que es «lógico» que espere.

El tiempo de los frutos para un cristiano no está regulado por las estaciones, sino por las exigencias de Dios.

Más aún, son las estaciones las que deben tener en cuenta sus esperanzas, adecuarse y respetar sus deseos.
Flores y plantas, en mi casa, no deben brotar en primavera o en verano, sino cuando él tenga ganas de buscarlas.

10. Me doy cuenta de que he seguido la costumbre.
En efecto, en este punto, había que colocar mis «provocaciones». Y he respetado el esquema.
Pero pensándolo bien si había un episodio que no tenía necesidad de ellas era este. Una escena demasiado rica de provocaciones en sí misma.
Estaré contento, por tanto, si el lector pasa estas páginas para dejarse provocar directa y únicamente por el gesto y las palabras de Jesús.
Después, si le queda aún resuello, ya me contará...

## Confrontaciones

*Las hojas viejas*
*se sustituyen con nuevas*

En el hombre la esterilidad va de acuerdo con la ostentación, la opulencia, la palabreria. Nos gastamos del todo en la programación, en el énfasis de la accesorio, en las trampas para tener más; en los discuros que adormecen a la gente sencilla, que la hacen caer en la trampa, creer y no darse cuenta de los errores e incumplimientos en todos los sectores.
Hay un follaje típico, eclesiástico-religioso; en sustancia: preocupaciones por un conjunto de cosas que *deben* ser hechas; y se agarra uno incluso a las cosas más santas como los sacramentos y la palabra misma. Pietista, juridicista, cultualista, burocrático, este riesgo tiene aún una excesiva consistencia y además se hace presente en actuales redescubrimientos religiosos, por sentimientos intensos y muy vivos.
Hay un follaje típico, político, comprometido; un follaje provocante e indigno de la estúpida ostentación tecnológica...
...Pero es también follaje la acción intensa, la preocupación en niveles muy pequeños y detallados, en cada uno, en la familia, en los grupos. Follaje puede ser el estilo, el conjunto de modos de obrar, de pensar, de vivir, de relacionarse; incluso ciertos proyectos, ciertos compromisos, ciertos análisis propuestos...
...Follaje es lo que impresiona pero no existe, lo que promete pero no da.

Las hojas viejas se sustituyen con hojas nuevas, pero quedan las hojas; no se convierten en frutos. Con la desilusión proporcionada por la espera.

...Puede ser útil entonces una doble imagen para una indispensable contemplación «precedente a la acción», que suena a esperanza y puede convertirse en seria promesa: a la higuera de las hojas religiosas —con todo lo que esto significa— se contrapone el tronco desnudo de la cruz con el único fruto de liberación, rescate y salvación, Jesucristo; y al templo de piedra, convertido en «cueva de bandidos» se contrapone el templo desnudo que es el cuerpo de Jesucristo entregado por nosotros *(Una comunità legge il vangelo di Marco, o. c.)*.

### *El tiempo en que Dios trae dones a los hombres*

Con la venida de Jesús ha llegado ya el momento, establecido en los planes de Dios, en el que Jerusalén deberá convertirse en el lugar de la oración para todos los hombres. Pero Israel se sirve de la «casa del Señor» como los ladrones se sirven de su escondite: con sus dones, sus préstamos, sus ofertas, Israel quiere «cubrir» ante los ojos de Dios todo el mal cometido ante él en la vida cotidiana. Pero con Jesús ha llegado el tiempo en el que no serán ya los hombres quienes lleven dones y ofrendas a Dios, sino que Dios se da a los hombres: bien sean judíos o paganos, recibirán el don de Dios en actitud de oración y dando gracias (K. Gutbrod, *o. c.* ).

### *A primera vista, un cuadro floreciente de vida religiosa*

Sin duda, a primera vista se tiene la visión de un cuadro floreciente de vida religiosa: ¿dónde encontrar un pueblo piadoso como Israel? En el templo los sacrificios humean dia y noche, en los patios filas de hombres y mujeres están delante de Dios tocando el suelo con la frente. Bajo los pórticos, doctores de la ley y laicos discuten con ardor incansable. ¿Dónde encontrar algo semejante?

Jerusalén era la ciudad del poderoso e imponente activismo religioso, pero ciertamente no había nada más. Habia un gran movimiento de máquinas que andaban en vacío. Desde la mañana hasta la tarde entraba en acción un celo por Dios verdaderamente infatigable, pero se agotaba en si mismo. Se excavaba, se perforaba, se araba, pero siempre el suelo era árido, no surgía ninguna fuente viva. Israel era como la higuera, brillaba en el esplendor de su follaje, pero no

daba ningún fruto. La vida religiosa era como una magnifica fachada, que escondía detrás de sí muros negros y fríos.

Era un error que el pueblo de Dios sirviera verdaderamente a Dios, que ese árbol frondoso llevase verdaderamente frutos. Jesús, mirando la higuera debe haber tenido de pronto esta triste visión. Este es el caso de Israel: el pueblo se engaña y engaña al mundo con su piedad. Sabiéndolo o no, traiciona lo que hay de más sagrado. Esos sacerdotes ambiciosos, esos arrogantes doctores de la ley, toda esa gente pretende cumplir la voluntad de Dios, pero no lo hace y, en el fondo, hace sólo lo que quiere. Asi se pone a las claras el más grave pecado de los hombres, es decir que *son ateos en su religión, incrédulos en su fe,* cerrados hasta estar sofocados en su humanidad, mientras lo esencial es que Dios sea reconocido en su naturaleza divina (G. Dehn, *o. c.*).

### *Tú has venido a inquietar*

Tú has venido a inquietar; pero nosotros no queremos inquietudes: queremos nuestro vivir tranquilo; y que la gente vaya a la iglesia y nos confirme que todo va bien; que nosotros estamos en lo seguro y que contamos algo. Si las iglesias se vacian ¿para qué sirve ya el cura? ¿Qué pinta ya en la casa parroquial?

A ti en cambio no te importa, no te importa perder los «fieles» que sólo son parroquianos de tienda...

...Tú no has venido para tranquilizarnos, consolidando nuestro mundo; no has venido a llamar orden lo que es desorden, y disciplina lo que es opresión y abuso. Tú no aceptas este mundo de prepotencia e injusticia...

...Sí, Señor, tú no eres el Jesús repintado de nuestros dulces sagrados corazones: tú eres el profeta lleno de indignación. Querer cancelar tu cólera significa querer domesticarte y conducirte a nuestro orden equívoco: un orden que hemos bautizado, confirmado, bendecido y puesto bajo tu protección. Pero tú no lo proteges: lo destruyes, aunque esté dentro de tu iglesia.

Esta es la conversión a la que llamas: rechazar el espiritu del mundo. Y el espíritu del mundo no es sólo la pornografía o la indisciplina —pecados contra los que somos tan rigidos—; con más frecuencia es una masificante disciplina, un orden inicuo, un poder opresor (A. Zarri, *o. c.*).

*¿Qué es la fe?*

Fe es esperar *de Dios* y no de nosotros o de nuestras obras: la fe es gratuita, y por eso se expresa en la oración. Fe es esperar de Dios *aquello* que él quiere darnos: no debemos obstinarnos en querer ser nosotros la medida del proyecto de Dios. Es Dios la medida del don, no nosotros.

Fe es hacernos disponibles para que Dios nos abra a la «novedad» del reino mesiánico y a la «universalidad» de las gentes: la negación de la fe es repliegue sobre sí, la celosa conservación del propio privilegio.

Fe es la actitud de quien «no duda en su corazón»: la negación de la fe es el continuo «pendular entre Dios por una parte y todas las otras posibles e imaginables ideas por otra» (E. Schweizer).

Fe, finalmente, es prolongar a todos lo que Dios ha hecho por nosotros: está aquí la fuente y la medida del perdón. Pero esto supone —una vez más— la conciencia de ser primero perdonados, gratuitamente amados (B. Maggioni, *o. c.*).

*No ha muerto en la cruz*
*para que no hiciéramos mal a nadie*

«...Jesús sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue a ver si encontraba algo en ella».

Veo cómo se acerca a mí. Tiene hambre. Me dirige su mirada y me hurga por dentro en busca de «algo». Un fruto, aunque sea uno solo, entre las hojas. Hace el inventario de mi mercancía, para descubrir «algo» que le interesa.

Creía que no se iba a ocupar de mi, que no me iba a localizar. Que se iba a contentar con pasar a mi lado. Uno de tantos árboles a lo largo del camino. ¿Por qué concentra su mirada precisamente en mí? ¿Por qué me traspasa con esos ojos implacables?

Tiene hambre. Y yo soy un árbol destinado a dar fruto. No una planta ornamental.

«Acercándose a ella, no encontró más que hojas...» Mi nombre inscrito en el registro de bautizos. Mi tarjeta de acción católica. La estampa en la cartera. La medalla de san Cristobal junto al volante del coche. «Tengo un tío canónigo». Mi charlatanería. Estuve en Lourdes en peregrinación. He hecho ejercicios espirituales. Hasta estoy suscrito a la hoja parroquial, leo el boletín diocesano y recibo «El pan de los pobres». No voy a ver películas obscenas. No hago mal a nadie.

«Nada más que hojas...» ¿Es ése todo tu cristianismo? Lo que yo quiero son frutos, no hojas. Tengo hambre y tu sombra no me llena el estómago.

«Es que no era tiempo de higos».

Señor, piensa un poco. No es aún tiempo de higos. Todavía no he tenido tiempo. ¿A qué tanta prisa? Un poco de comprensión. Yo no soy un santo, en definitiva. Hasta el sacerdote, a quien he pedido consejo, me ha dicho que puedo estar tranquilo, que no tengo obligación...

¿Tenía que haber hablado? ¿Tenía que haber tomado posición? Pero si no era oportuno...; hay que tener prudencia, no hay que precipitar las cosas, se corre el peligro de comprometerlo todo. Y luego se saca lo mismo, en el fondo.

No es tiempo. Señor, haz el favor de controlar un poco tu calendario. Debe haber un error. Iguálalo con el mío y déjame en paz.

«Entonces dijo a la higuera: ¡Que nunca jamás coma nadie fruto de ti! Y sus discípulos oyeron esto».

Lo oyeron. ¿Comprenderían quizá que la fe tiene que superar las falsas necesidades? ¿Que el amor tiene la obligación de realizar milagros?

Tengo una agenda en mi mesa. Cada día señalo allí mis compromisos, mis citas, el final de mis plazos. En resumen, todo lo que tengo que hacer.

Algunas hojas cuajadas de notas, de compromisos. Al verlas, no tengo más remedio que admitir que «hago demasiado». Algunos días, cuando estoy literalmente hasta el cuello de trabajo, le robo horas al sueño. Para respetar la agenda.

Y me engaño al pensar que soy tremendamente exigente conmigo mismo.

Si dejase esa agenda en manos del Señor... Escribiría allí cosas jamás pensadas. Exigencias locas, plazos imposibles, cifras desproporcionadas.

Y yo, al leer aquellas absurdas exigencias, abriré unos ojos de espanto y tendré la impresión de que me vuelvo loco.

Y, sin embargo, debería verme ebrio de alegría. Porque Dios me considera capaz de cosas imposibles. Si busca higos fuera de tiempo, quiere decir que ama y estima a aquella planta hasta considerarla capaz de hacer milagros.

El que no ama, pide tonterías.

Los hombres les piden muy poco a las criaturas. Un poco de tiempo, el cuerpo, la belleza, un segundo de placer, un poco de consideración, una propina de dinero, algún aplauso, alguna inclinación más o menos espontánea de cabeza.

Los hombres no aman a sus semejantes. No los estiman. Por eso se limitan a pedirles una miseria.

Dios me ama. Me quiere inmensamente. Por eso me lo pide todo. Exige de mí lo imposible.

Cristo no ha muerto en la cruz para que yo «no hiciera mal a nadie». Sino para que me hiciese capaz de realizar milagros (A. Pronzato, *Evangelios molestos,* Salamanca $^{8}$1982).

## III. TERCERA JORNADA (11, 27-13, 37)

# Jesús bajo investigación: objeciones contra su autoridad

11, 27-33[1]

27. *Volvieron a Jerusalén,*
*y mientras andaba*[2] *por el templo*
*se acercaron los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos,*

28. *y le preguntaron:*
*«¿Con qué autoridad actúas así?,*
*¿quién te ha dado la autoridad para actuar así?».*

29. *Jesús les contestó:*
*«Os voy a hacer una pregunta,*
*contestádmela y os diré con qué autoridad actúo así.*

30. *El bautismo de Juan, ¿era cosa de Dios o de los hombres?*
*Contestadme».*

31. *Ellos razonaban entre sí:*
*«Si decimos "de Dios",*
*dirá que entonces por qué no le creímos.*

32. *Pero si decimos "de los hombres"...*
*Tenían miedo de la gente,*
*porque todo el mundo pensaba*
*que Juan era realmente un profeta».*

33. *Y respondieron a Jesús:*
*«No sabemos».*
*Jesús les replicó:*
*«Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así».*

1. Cf. Mt 21, 23-27; Lc 20, 1-8.
2. Literalmente: pasea.

## *La luz traída por la viuda*

La tercera jornada en Jerusalén está dominada, en la particular estructura de Mc por una serie de controversias, parecidas a las que han opuesto a Jesús a sus adversarios desde el comienzo del ministerio en Galilea (2, 1-3, 6) y que habían dejado intuir un contraste irreducible.

Se trata de cinco disputas «teológicas» que tienen como interlocutores a los exponentes de las clases dirigentes del judaismo.

Es difícil demostrar que se hayan efectivamente desarrollado en aquel dia (martes). Es poco verosímil. Sin embargo, Mc las ha reunido en este punto, sobre todo para subrayar el aspecto dramático de la oposición, que desemboca en la catástrofe que ya está en el ambiente [3].

Están articuladas así:

— Cuestión planteada por los jefes de los sacerdotes, letrados y ancianos sobre la autoridad de Jesús (11, 27-33). Después de haberles puesto en compromiso con una respuesta que es una contrapregunta, Jesús les plantea sus responsabilidades con la parábola de los viñadores (12, 1-12): precisamente ellos son los malos guardianes de la viña de Dios.

— Se organiza una extraña unión de fariseos y herodianos para tantear el terreno y escuchar lo que piensa sobre el poder romano (12, 13-17). Se queria asi hacerle «comprometerse» sobre un tema tan delicado como el politico.

— Entran en escena los saduceos que le plantean el problema de la resurrección (12, 18-27).

— Pregunta de un escriba «que no está lejos del reino de Dios» sobre el primer mandamiento (12, 28-34).

3. Algún estudioso sostiene que los cuatro últimos debates —dejando por tanto aparte el inical sobre la legitimidad de la autoridad de Jesús—, están calcados del esquema clásico de controversia entre los rabinos, es decir:

— una cuestión legal, ***hokmah***, sabiduría (13-17, tributo al César);

— una pregunta irónica, ***borut***, ironía, con el objeto de poner en ridículo una creencia afirmada por el pueblo (18-27, la pregunta sobre la resurrección);

— un interrogante relativo a una norma moral, ***derek'erets***, sendero de la tierra (28-34, el primer mandamiento);

— una cuestión haggadica, ***haggadh***, leyenda, acerca del modo de conciliar dos pasajes de la Escritura aparentemente en contradicción (35-37, el Mesías como hijo de David).

En todo caso hay que tener presente que en el judaísmo el orden es distinto al presentado por Mc: de hecho, la ***haggadh*** en las disputas rabínicas estaba siempre en segundo lugar y no al final como aqui.

— El Maestro a su vez entra en polémica con los escribas sobre el Mesías y lanza un violento ataque contra esos intérpretes de la ley (12, 35-40).

Al término de los cinco debates, una imagen relajante: la pobre viuda que hace la ofrenda de dos monedas (12, 41-44). Como para subrayar el contraste entre la actitud estéril de quien está enzarzado en discusiones y complicaciones intelectualistas y legalistas, y la generosidad concreta de quien está movido por una fe sencilla y transparente.

«A través de estas escenas, se profundiza el abismo que separa a Jesús de los grupos más influyentes del judaismo. Pero también hay que descubrir que la cualidad de Hijo de Dios se afirma. Además para los creyentes, se perfila una línea de conducta hecha de amor, autenticidad, pobreza y generosidad» [4].

*¿Quién te ha dado permiso?*

El primer envite parte de arriba. Es el sanedrín mismo quien entra en acción. Ciertamente no el «gran consejo» —según la expresión de Lutero— en cuanto tal, sino a través de algunos de sus miembros más autorizados.

No es difícil reconstruir el episodio. Los primeros en moverse deben haber sido sin duda los jefes de los sacerdotes. Siendo ellos los responsables del templo y de la administración se han sentido afectados por el gesto de Jesús, que se ha comportado como si fuese el encargado de mantener el orden en la casa del Señor y juzgar lo que conviene o no para el culto de Dios. En definitiva se han sentido desbancados en su autoridad y además afectados en sus intereses. Veian amenazado su propio prestigio y puesta en crisis la caja del templo.

Por ello se preocupan de reclutar algunos escribas, como expertos, que les habrían echado una mano en el caso de que la discusión hubiera tomado derroteros jurídicos o teológicos. Además se hacen acompañar por algunos «ancianos», personajes influyentes, más que nada para impresionar y para hacer ver que toda la nación está representada.

En definitiva, se trata de una investigación oficial, aunque llevada a cabo con la debida circunspección.

Jesús es abordado mientras pasea por el patio del templo (quizá el espectáculo sea aún el acostumbrado...).

4. *L'Evangile selon saint Marc, Avènement*, serie «Ecouter la Bible» 16, 226.

«¿Con qué autoridad actúas así?, ¿quién te ha dado la autoridad para actuar así?» (v. 28). Es decir, ¿actúas por propia iniciativa, o bien has recibido órdenes de alguien?

El «así» se puede referir al episodio más reciente y candente de la purificación del templo. Pero, quizá se dirija también a la actividad general de Jesús. En cualquier caso, teniendo en cuenta «el acto abominable» del dia anterior, si se contesta su derecho a comportarse de aquella manera, de rechazo se pone en duda la legitimidad de toda su actividad precedente y la autoridad de su enseñanza en conjunto.

La pregunta, sin embargo, refleja una preocupación por el orden público (si el primero que llega hace lo que tú, ¿dónde iremos a parar? cualquier loco se creería autorizado a desacreditar las instituciones más sagradas y a sembrar la confusión entre el pueblo «indefenso»). Y obliga, por consiguiente, a Jesús a exhibir las propias credenciales. Debe legitimar su propia misión, demostrar que no es un abuso, exhibir el «mandato».

Por tanto, el centro de la polémica es la autoridad —o el poder— de Jesús.

«La pregunta tiene un tono de frío legalismo. Sus dos partes consideran una doble posibilidad: ¿pretende Jesús tener una autoridad propia para obrar de aquel modo y, en este caso, de qué autoridad se trata? ¿O bien pretende apelar a la autorización que le ha dado otro? Jesús debe ser obligado a declarar públicamente quién cree que es» (R. Schnackenburg).

Esta actitud contrasta con aquella inicial de la gente que, llena de *estupor*, se preguntaba sobre la autoridad de Jesús, muy distinta de la de los escribas (1, 27).

Aquí no se trata de maravillarse sino de la sospecha y el desprecio, la animosidad llena de prejuicios, el deseo maligno de tender una trampa.

Con un procedimiento típico de las disputas rabinicas, el Maestro responde... devolviendo la pregunta e invirtiendo por tanto las partes. El interrogado se vuelve interrogador. Mientras los interrogantes han formulado dos preguntas, él se contenta con una. Pero deben responder tajantemente o sí o no.

«El bautismo de Juan, ¿era cosa de Dios o de los hombres? Contestadme» (v. 30).

El bautismo de Juan implica toda su predicación, su invitación a la penitencia y a la conversión en vistas del reino inminente.

El mensaje de Juan que habia encontrado el favor popular, no se puede decir que haya sido acogido por las clases dirigentes. Las cuales —y este es el punto puesto a las claras hábilmente por Jesús— viven en la ambigüedad: por una parte han rechazado la palabra del predicador en el desierto y por otra quieren gozar del favor popular.

Por tanto, hostiles al profeta, pero preocupadas por quedar bien ante la opinión pública que no ha negado jamás el calificativo de verdadero profeta a Juan.

Deben dudar bastante antes de responder. Es gente habituada a todas las sutilezas dialécticas. Antes aún de formular la respuesta, intentan imaginar la réplica que seguirá por parte del adversario. Por lo que sopesan las palabras, para no comprometerse y ofrecer un arma al enemigo.

«Jesús remite al bautismo de Juan: tomar posiciones respecto al precursor es ya tomar posiciones ante él mismo» (J. Radermakers). En efecto, la misión de Jesús enlaza con la del Bautista.

«De Dios» o «de los hombres». Se les plantea un dilema, que por cualquier parte suena a condena: o no están a bien con Dios —porque deberían haberse convertido—, o faltan ante el pueblo hacia el que tienen una precisa responsabilidad de guías (porque debería haberlo puesto en guardia contra un falso profeta, pero esto significaba arriesgar la impopularidad...).

Y el dilema vale también para su actitud ante Jesús. O acogida o rechazo. Pero a través de una clara toma de posición. Precisamente lo que aquella gente no quiere.

Son «conservadores» en el sentido peyorativo del término. En efecto, quieren conservar la buena conciencia, el puesto, la fachada... y los intereses materiales. Una mezcolanza equívoca, que se puede tener unida sólo al precio de compromisos, cálculos, concesiones, hipocresias, pero a la que ciertamente no se la puede dar el nombre de fe.

Ante la necesidad de tomar posiciones, en la intimidad de estas personas salta el instinto fundamental de no perder la reputación.

«No sabemos» (v. 33).

No son capaces de decir no a Dios. «No quieren estar sin religión y así permanecen en la condición de quien no sabe, del hombre que deja todos los problemas en suspenso, y a quien Dios no puede darse incluso cuando se presenta directamente a él en Jesús»(E. Schweizer).

Ciertamente debe haber sido duro para «profesores» como ellos, que con frecuencia y gustosamente hacen ostentación —y viven— de su saber, dar una respuesta de este género.

Jesús podria haber ironizado sobre el particular. Prefiere, en cambio, seguir su juego. También él se esconde ante su incredulidad. Sin lealtad, cualquier revelación es inútil.

«Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así» (v. 33).

Comenta E. Schweizer: «La estructura es muy significativa por su mensaje: en la purificación del templo se realiza, aunque bajo una forma de signo, la actividad de Jesús como juicio sobre el templo, en cuyo puesto aparece la “casa de orientación para todos los pueblos”,

como en el puesto de la higuera seca aparece la potencia de Dios que se da en la fe y en la plegaria. Esta potencia no es experimentada por aquel que, permaneciendo en el exterior, no comprometido, pide pruebas: es conocida, por el contrario, sólo por la fe».

El proceso de Jesús se ha iniciado ya con esta investigación oficial.

Y aparece claro desde el principio que son los interrogadores los que son acusados.

En esta página la acusación de incredulidad se convierte en el punto clave de todo el debate.

«Con su indecisión aquellos hombres manifiestan de hecho su incredulidad: deberían por eso dejarse regalar esa fe que no busca pruebas» (E. Schweizer).

## PROVOCACIONES

1. Y asi una vez más se invierten las partes.

Jesús responde a nuestras preguntas apremiantes obligándonos a dar una respuesta precisa.

Le importunamos con nuestras preguntas, intentamos atraparlo en la telaraña de nuestras cuestiones. Y él nos plantea una sola cuestión. La decisiva.

Quisiéramos que se desvelase. Saliera fuera del incógnito. De forma que quitara todas las dudas. Y él desenmascara despiadadamente nuestras hipocresías, nuestros cálculos, nuestras falsas prudencias. Y así aparece que somos nosotros los que somos incapaces de salir fuera del mundo de las apariencias.

Pretendemos que haga una hermosa declaración. Y él nos obliga a declararnos.

Quisiéramos pruebas. Y nos haçe entender que es nuestro ojo el que está enfermo, que no es capaz ni quiere ver.

La fe es don, ciertamente. Pero exige la disponibilidad por parte del hombre para desmantelar las propias defensas, para salir de esos refugios de seguridad que son los prejuicios.

En el fondo, el discurso más importante es siempre el de la pobreza. «¿Qué tenemos para orientarnos? La *percepción de algo que nos falta,* algunas huellas inciertas y suficientes, que constituyen una prueba velada para los que no tienen ninguna necesidad de pruebas» (J. Sulivan).

Sin embargo, el proceso continúa.

Por una parte nosotros, con nuestras interminables discusiones, cuestiones de procedimiento.

Por otra parte él que, en cambio, quiere abreviar. Porque desea llegar en seguida al don.

2. A ellos les venía bien. Todo en regla.

Los doctores colocados bajo el pórtico para impartir la enseñanza oficial, para explicar, para responder a las cuestiones. Expertos en el oficio.

Los mercaderes en el centro del patio, provistos de la debida licencia y puntuales en el pago de la parte correspondiente al templo.

Los cambistas sentados en sus puestos, también ellos autorizados y exactos.

El único que no tiene permiso es el que quisiera poner un poco de orden.

Es la acostumbrada y trágica comedia que se repite a lo largo de los siglos. Obligar a enseñar el permiso. ¿Quién te ha autorizado a decir esas cosas, a actuar así, a tomar esas iniciativas? ¿Qué estudios tienes, qué título puedes presentar, qué cursos has frecuentado, con qué apoyos puedes contar?

Bien. ¿Y quién debería darle el permiso? ¿Las autoridades «responsables»? Pero a estas les va muy bien con el orden existente, el sistema largamente —y fructuosamente— aceptado. Para ellas las cosas están bien tal como están, como han sido siempre, y no creen que sea necesario cambiar nada.

¿Dios? Pero si Dios, faltaba más, está de su parte. Le han confiscado ellos y mantienen relaciones privilegiadas. Cierta gente se identifica desenvueltamente con Dios. Dios está ausente y comprometido, nos vais a decir a nosotros, es lo mismo que...

De esta forma, cualquier intento de cambiar el orden —o el desorden— constituido, no puede ser considerado de otra forma que como una amenaza, un atentado a la seguridad, una ofensa a la religión, una blasfemia.

De esta forma el profeta es despachado. Porque es pobre. Pobre de permisos.

En su pasaporte falta un sello o un visado.

El profeta, que tiene la mala suerte de no estar de acuerdo con la confusión, la confusión que viene bien a los demás, es consciente de que no obtendrá jamás el permiso.

La cruz, en cambio, está siempre preparada.

Acusado de fomentar desórdenes, él que no hace otra cosa que poner todo en orden.

Por otra parte, no puede explicar que la propia misión no depende de un permiso, sino de una obligación. No es cuestión de autorización, sino de urgencia. El problema no es el de la legalidad, sino el de la verdad. No se trata de poder, sino de no tener más remedio.

El es el condenado de todos los tiempos. En un mundo de astutos que no saben, no ven y no se dan cuenta de nada, él es el condenado a no escabullirse.

3. Al comienzo de la misión, las controversias.
Al final, de nuevo las controversias.
En el medio ha habido varias cosas: milagros, encuentros, parábolas, curaciones, enseñanzas.
Jesús ha recorrido mucho camino.
Pero se diría que sus adversarios han permanecido allí, en el punto de partida.
Galilea o Jerusalén, poco importa.
Cuenta la geografía de las decisiones, de los compromisos.
Y ellos no hay duda de que no se han movido.
Estando por medio la ley o el templo, ellos se han sentido «en seguida» amenazados. Y no han abandonado las trincheras de protección, la barrera de las discusiones jurídicas.
No le han perdonado, desde el comienzo, el entuerto de no decir las cosas como a ellos les gustaba escucharlas.
Tiene razón el amigo J. Sulivan: «Un público exige reconocer lo que ya sabe. Agradece ser invitado, pero sin pasarse. ¡Ay de vosotros que os arriegáis a atacar frontalmente sus certezas, es decir las verdades de sus costumbres y de sus intereses! Protesta y denuncia».
Ese maestro abusivo de Nazaret debería haber tenido la perspicacia de mostrarse de acuerdo con ellos, y no habría habido necesidad de discutir tanto.
Quizá incluso hubiesen llegado a ofrecerle un título oficial, haciendo la vista gorda sobre el hecho de que no hubiese acudido a sus escuelas.
Le habrían sin duda ofrecido un puesto de altura, bajo el pórtico del templo, naturalmente con el catecismo oficial bajo el brazo.
Los hombres también saben ser generosos. Especialmente con quien ofrece garantías de no hacer perder algo.
Están dispuestos a aceptar todo, incluso la novedad. Con tal de no renunciar a nada.
Sí, líbranos, si es esto lo que quieres. Pero no de nuestros apegos...

## CONFRONTACIONES

### *Quien cree y quien no cree*

No hay que pensar que el diálogo se haya desarrollado con estas precisas palabras; más aún, por varios motivos, parece bastante improbable. Muy difícilmente los representantes del sanedrín se habrían comprometido ante el pueblo, como muestra el cuarto evangelio, en el que la conversión toma otros vuelos. Pero la iglesia primitiva, reconstruyendo de este modo el encuentro de Jesús con las

autoridades centrales, no pretendía sólo fijar una escena histórica, sino más bien dejar al desnudo la situación interior de Jesús en relación al judaísmo oficial, y al mismo tiempo resaltar la radicalización de aquella ruptura que se había creado entre ella misma y el judaísmo incrédulo. La escena tiene un aspecto de uniformidad y se configura con un determinado esquema, habitual en las disputas rabínicas (pregunta, contra-pregunta, respuesta). Sin embargo, no se la debe considerar fruto de artificio o de libre invención, porque el acto realizado por Jesús en el templo debía necesariamente provocar una reacción por parte de las autoridades religiosas. Pero la respuesta de Jesús, más allá de las dificultades del momento, es situada en un nivel de una toma de posición sustancial, demostrando cómo Jesús se comportase ante adversarios de mala fe.

También se puede derivar una enseñanza acerca del encuentro entre fe e incredulidad. No existen pruebas auténticas y propias para las personas que no quieren creer. En las discusiones teológicas con el judaísmo, la iglesia primitiva, para probar su fe en Cristo, apeló también al testimonio del gran predicador Juan el Bautista, como demuestran concordemente los evangelios. Ella se había dado cuenta de que la relación de Juan con Jesús, el recíproco respeto y reconocimiento de los dos hombres que habían entrado en escena en nombre de Dios, el hecho de que Juan haya señalado a Jesús como el más grande, el que debía venir después de él, no eran argumentos suficientes para llegar a concluir que Jesús era el Mesías y que su misión era divina.

Quien, a pesar del cuadro complejo ofrecido por el Jesús histórico con sus discursos y sus acciones, no se deja persuadir de que Dios habla y actúa por medio de él, no puede aprender tal verdad en una discusión.

Si la fe tiene sus argumentos válidos a favor, también la incredulidad tiene en sus manos armas en las que apoyarse. Quien no cree, sin embargo, debería renunciar a la pretensión de pensar que la inteligencia y la lógica estén sólo de su parte. Creyentes y no creyentes deben poder encontrarse en una plataforma de sinceridad y de corrección (R. Schnackenburg, *o. c.*).

### *El profeta, ese entremetido*

Pero no se rompen las tradiciones impunemente: especialmente las que rinden. Y los comerciantes y los sacerdotes se indignaron: juntos como habían trabajado juntos: unos a vender animales, los otros a degollarlos para tu gloria, como se habia hecho siempre, desde Caín y Abel; y tanto por Abel como por Caín, tanto por los creyentes

sinceros como por los otros. Y en el fondo no era tan importante con tal de que comprasen, ofreciesen a Yahvé, con la parte correspondiente a los sacerdotes, frecuentasen el templo, las sinagogas, las ceremonias religiosas.

Ciertamente había habido algunos profetas que habían sutilizado e incluso rechazado la práctica sacrificial; pero los profetas, ya se sabe, siempre tienen que decir algo. Y está bien el escucharles con respeto; pero en cuanto a seguir todas sus incandescencias, hay un largo trecho. Que el fervor es un carisma profético, también la prudencia, el buen sentido, el equilibrio han sido siempre prerrogativas clericales. Así pensaban los sacerdotes antes que tú, que eres el último que ha venido e intervenido en lo que no te importa; un defecto de los profetas era también la intromisión; con la excusa de que eran enviados del Señor metían las narices en todas partes: incluso en lo que no era de su competencia. Como si los sacerdotes no fuesen también los ungidos de Dios y los guardianes del templo. Ellos eran los árbitros del templo, a ellos sólo competia dar permisos y prohibiciones; y si los mercaderes hacían su negocio, a ti ¿qué te importaba?: un laico cualquiera y encima contestatario. Uno de esos que nunca están contentos, siempre dispuestos a la crítica...

...Por otra parte, si siempre se había hecho así, es que habria algún motivo. ¿O es que los antiguos eran todos lerdos y sólo el Nazareno inteligente? (A. Zarri, *o. c.*).

# Parábola de los viñadores homicidas

12, 1-12[1]

1. *Entonces se puso a hablarles en parábolas:*
*«Un hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca,*
*cavó un lagar, construyó la casa del guarda,*
*la arrendó a unos labradores y se marchó al extranjero.*

2. *A su tiempo envió un criado para percibir de los labradores*
*su tanto de la cosecha de uva.*

3. *Ellos lo agarraron, lo apalearon*[2]
*y lo despidieron con las manos vacías.*

4. *Entonces les envió otro criado;*
*a este lo descalabraron y lo insultaron.*

5. *Envió a otro, y a este lo mataron;*
*y a otros muchos o los apalearon o los mataron.*

6. *Todavía le quedaba uno, su hijo querido,*
*y se lo envió el último, pensando:*
*A mi hijo lo respetarán.*

7. *Pero los labradores aquellos se dijeron:*
*"Este es el heredero;*
*venga, lo matamos y será nuestra la herencia".*

8. *Y agarrándolo, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña.*

9. *¿Qué hará el dueño de la viña?*
*Irá a acabar con esos labradores y dará la viña a otros.*

10. *¿Es que no habéis leido este texto?*
La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular[3].

11. Esa la ha puesto el Señor.
¡Qué maravilla para nosotros!».

12. *Estaban deseando echarle mano,*
*porque se dieron cuenta de que la parábola iba por ellos;*
*pero tuvieron miedo a la gente*
*y, dejándolo allí, se marcharon.*

1. Cf. Mt 21, 33-46; Lc 20, 9-19.
2. Literalmente: despellejaron. Maltrataron, pegaron.
3. O bien: clave del ángulo.

*A pesar de las discusiones, el golpe es certero*

Pero Jesús no se cierra a la defensiva («pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así»). Ataca de improviso. El golpe es certero y acusan este golpe («se dieron cuenta de que la parábola iba por ellos» (v. 12).

Los intérpretes, en cambio, parece que no han ultimado todavía la pericia balistica.

Están divididos sobre el tipo de arma del que ha partido el golpe. Como consecuencia, no logran ponerse de acuerdo si quien ha disparado ha sido Jesús en persona (con una parábola) o más bien la iglesia primitiva (que habria presentado en clave alegórica toda la historia de la salvación).

La distinción entre parábola y alegoría —establecida por Jülicher al final del siglo pasado[4]— y el animado debate que siguió, aunque han contribuido a limpiar el terreno de los barroquismos de una interpretación alegórica que, en ciertos casos, resultaba pesada[5], devolviendo a la parábola concreción y sencillez, sin embargo tienen la equivocación de fijar una rígida contraposición entre dos géneros, que puede responder a las exigencias de la cultura griega, pero que es ajena a la mentalidad semítica[6].

Me parece que tiene razón X. L. Dufour[7] cuando afirma que Jesús ha podido pronunciar *parábolas alegorizantes.* Y esta sería una.

En todo caso resulta arriesgado y difícil reconstruir, como pretende hacer alguno, la parábola primitiva, tal como ha salido de la boca de Jesús.

4. Cf. sobre el tema el primer volumen de *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, 180 s.

5. Un ejemplo palpable de interpretación alegórica de esta parábola es ofrecido por Orígenes que, entre otras cosas, dice que la torre es el templo, el lagar el altar de las libaciones, el amo que va lejos señala el plan de Dios que permanece escondido después de haber acompañado a los israelitas a través del desierto con la nube y la columna de fuego. Todos los estudiosos reconocen que se trata de algo forzado y de exageraciones.

6. En el judaísmo, el *mâshâl* es un género más bien variado que incluye parábola, alegoría, dicho sapiencial, enigma, proverbio, fábula, apólogo, parangón, acertijo. No hay rastros en el judaísmo de parábola pura como la entiende Jülicher. El *mâshâl* tiene siempre algo de velado y de enigmático. El significado permanece escondido para invitar al oyente a buscar.

7. Cf. su estudio sobre esta parábola contenido en el volumen ya citado *Etudes d'evangile*, 304 s. También Lagrange habla de *parábolas alegóricas*. Una distinción bastante esclarecedora puede ser la que distingue *rasgos alegóricos* propiamente dichos y *rasgos significativos*. Jeremias llama a estos últimos «metáforas usuales». Por ejemplo, Dios aparece, de cuando en cuando, bajo los rasgos de un rey, de un padre, del propietario, del juez. Los hombres pueden ser hijos, criados, deudores, invitados. Israel es la viña, el campo, el rebaño.

Sin enrolarnos más en las disputas de los especialistas[8], nos limitaremos a entrar en este texto a través de cuatro claves de lectura:

— Verosimilitud e inverosimilitud,
— continuidad,
— estructura,
— mensaje central.

*Verosimilitud e inverosimilitud*

Uno de los rasgos fundamentales de las parábolas es su *concreción*, es decir, su enlace con la vida real, con un mundo que es familiar para cierto tipo de oyentes, unido a sus experiencias. Esta concreción hace que la parábola sea *plausible* y por tanto comprensible.

Naturalmente no quiere decir que todos los detalles deban coincidir exactamente con la realidad. Y sería una operación inútil quererles hacer coincidir a toda costa.

La parábola, aunque esté anclada en la existencia y en fenómenos verificables por los oyentes, siempre queda como ficción poética y, por tanto, hay siempre un cierto «desnivel» entre el plano de vida y el de la invención.

A una parábola se le puede pedir una verosimilitud, pero no una exactitud absoluta.

En esta parábola, sin embargo, muchos estudiosos encuentran que las inverosimilitudes —alguno llega a decir, los absurdos— superan en gran manera las verosimilitudes.

Me parece un juicio excesivo.

Veamos. La plantación de la viña corresponde a los usos agrícolas de Palestina. El modelo literario puede haber sido tomado del famoso «canto de la viña de Yahvé» de Isaias (capítulo 5), en donde la descripción es aún pormenorizada.

Se tiene la impresión de un trabajo duro (preparación del terreno, es preciso quitar las piedras y las hierbas; en las zonas montañosas hay que nivelarlo), que justifica la espera de frutos por parte del propietario.

La viña, en estas zonas, está siempre rodeada por un seto espinoso o bien por una tapia. También se construye una cabaña-refugio que puede asumir el aspecto de una «torre» de piedra (una especie de observatorio, por supuesto rudimentario). Cuando la uva comienza a madurar, el labrador se instala allí para vigilar, día y noche, la cosecha contra salteadores voraces, hombres o animales.

8. Se pueden leer los comentarios contenidos en las obras ya clásicas y varias veces citadas de Jeremias, Dodd, Kahlefeld, Cabra, Algisi. Además del estudio antes recordado de X. L. Dufour, cf. También M. Bastin, *Jesús devant sa Passión*, Paris 1976, 56 s.

Muchas viñas —para evitar el transporte de la uva, siempre arriesgado— tienen también en el centro un lagar formado por un depósito superior y otro inferior, casi siempre excavados en la roca y unidos entre sí por un conducto de piedra.

También el detalle del amo que arrienda la viña a los labradores[9] y se va al extranjero es muy normal. Muchos terrenos en Galilea, especialmente a lo largo del valle superior del Jordán, pero también en torno al lago y a la zona de colinas, pertenecían a latifundistas extranjeros.

Un papiro nos informa, por ejemplo, que Apolonio, ministro de economia del reino tolemaico —estamos en el siglo III a. C.— poseía una parcela de terreno en Galilea, precisamente en Baitianata, que le aseguraba el vino para su mesa en Egipto.

Por otra parte el hombre dispone de cinco años de tiempo antes de exigir una parte de la cosecha que le espera según un contrato que se asemeja a la aparcería. De hecho, normalmente la viña, en Palestina, comienza a dar fruto después del tercer año. La cosecha del cuarto año está reservada para Dios. Por tanto, la uva se come en el quinto año.

En este punto A. Loisy, para mantener la tesis de la inverosimilitud de la parábola, subraya estos dos aspectos. En primer lugar: ¿cómo podía permitirse el lujo de un viaje al extranjero un hombre que se habia visto obligado a plantar con sus manos una viña? Segundo: admitido que se hubiera ido a Egipto o a Babilonia o bien a Roma, ¿cómo podia exigir que le llevasen a domicilio los frutos que esperaba?

Son dificultades un tanto infantiles. Me viene a la mente una frase irónica de Saul Bellow[10]: «Un poco de inteligencia puede ser recubierto de ignorancia cuando la necesidad de ilusión es muy profunda». Y sobre todo cuando se trata de sostener los propios prejuicios.

Tiene razón Lagrange cuando dice que al leer «un hombre plantó una viña», no significa necesariamente haber confiado el trabajo a gente del oficio.

De esta forma no se dice que los frutos debieran llegarle en especie. La uva se vendía y el amo recibía el dinero correspondiente.

Ni siquiera el razonamiento de los viñadores («Este es el heredero; venga, lo matamos y será nuestra la herencia») es del todo improbable. Si llega el hijo, puede también suponer que el amo ha muerto. Por tanto, quitando de en medio al heredero, tienen el derecho de acogerse a ciertas disposiciones legales en materia de transferencia de propiedad —como la llamada *mattenat barî'* o mejor, la conocida

9. El texto habla genéricamente de «labradores» y no de «viñadores». Pero no debemos olvidar que el cultivo de la vid era el prevalente en Palestina.

10. *Gerusalemme: andata e ritorno*, 139.

bajo el nombre de *kazaka,* que asigna un bien vacante al primero que lo ocupa (y una heredad de la que nadie toma posesión en un término fijado, puede considerarse bien vacante).

Pero además del argumento jurídico —más bien incierto y discutido— queda otra explicación, fundada en ciertos focos revolucionarios existentes en el ambiente campesino de Galilea. Las motivaciones nacionalistas se mezclaban con reivindicaciones ciertamente no idealistas y alimentaban el odio contra los grandes terratenientes, especialmente extranjeros. Los zelotas avivaban aquel fuego. Se podría incluso hablar de una tendencia que hoy llamaríamos con el nombre de «expropiación proletaria».

Explica C. H. Dodd: «La historia se convierte en más verosímil si pensamos en las condiciones de Palestina en tiempos de Jesús: todo el país, sobre todo Galilea, no era un lugar tranquilo; después de la revuelta de Judas el Galileo (6 d.C.), la región no se habia calmado completamente y la agitación era debida en parte a motivos económicos. Si recordamos que muchos latifundios estaban en mano extranjera, podemos fácilmente imaginarnos que el descontento del campo estuviera estrechamente ligado a sentimientos nacionalistas... En una situación como esta no era sin duda improbable que al rechazo de pagar la renta siguieran una muerte violenta y la ocupación de la propiedad por parte de los trabajadores. En vez de ser una alegoria construida artificialmente, la parábola puede muy bien servir para darnos una idea efectiva de qué ambiente se respira en Galilea cincuenta años antes de la gran revolución del 66 d.C.».

*Lo que en cambio es inexplicable es el comportamiento del amo*

El cual, después de que sus siervos han vuelto con las manos vacias, y además apaleados, deshonrados y algunos incluso ni han vuelto porque les han matado, no duda en poner en peligro a su propio hijo. Tal comportamiento es absurdo. Ese hombre es un ingenuo o un insconsciente. Después de esos signos inequívocos, debería haberse dado cuenta de las intenciones auténticas de los arrendadores de su viña.

Pero es precisamente aquí donde la parábola alegórica denuncia intencionalmente un respeto nulo a la verosimilitud. Porque se trata de Dios. Y cuando entra en acción él, pone en crisis los modelos humanos de comportamiento, hace saltar los criterios de la racionalidad y de la prudencia.

Con la inverosimilitud de la actitud del amo, Jesús quiere poner en evidencia la paciencia, la iniciativa incansable, la magnanimidad, la misericordia obstinada de Dios que vuelve siempre hacia Israel, a pesar de sus maldades.

*Continuidad*

Muchos autores muestran no ver con claridad. Alguno la niega abiertamente y habla de esta parábola como de un aerolito errante caído en este contexto, de no se sabe dónde, y que encuentra su justificación formal sólo en el clima polémico y trágico de aquellos días precedentes a la pasión.

En realidad la parábola —independientemente de su origen primitivo— aquí está perfectamente en su sitio. Asegura una continuidad con los temas debatidos anteriormente. Dos en concreto. Los frutos y la autoridad.

— El amo ha plantado la viña no para embellecer el paisaje, sino para que dé fruto. Los siervos y el hijo son enviados para «percibir su tanto de la cosecha».

De esta forma el incidente de la higuera maldita resulta abierto.

Es cierto que esta viña no es estéril. Pero es como si lo fuese. En efecto, desde el punto de vista del amo, la viña resulta infructuosa, porque los frutos que le correspondían le son expropiados, retenidos por los arrendatarios. Más aún estos se comportan como si la viña fuese cosa propia.

La referencia a lo que sucede en el templo, en donde prospera un comercio y un tipo de religiosidad útil para algunos, no ciertamente para el destinatario original, es bastante transparente. Los responsables deberían preocuparse de los intereses de Dios, en cambio piensan en los propios. Gestionan el templo como si fuese suyo y no debieran responder al amo de casa.

—«¿Con qué autoridad actúas así?, ¿quién te ha dado la autoridad para actuar así?» (11, 28). Ahora se decide a responder. Aunque veladamente (quien tenga oídos para oír...) Jesús deja entender que posee todas las cartas en regla para hacer lo que ha hecho en el templo. El, en efecto, es el hijo mandado por el Padre para percibir los frutos y asegurarse que el templo sea «casa de oración» y no «cueva de bandidos». En definitiva: sois vosotros los que debéis responder de vuestra administración de la propiedad de Dios.

*Estructura*

Desde un punto de vista literario, la parábola puede ser descompuesta —como hace X.-L. Dufour— en cinco momentos:

1. Introducción para describir la plantación de la viña (v. 1).
2. Envío de los criados (2-5).

3. Envío del hijo (6-8).
4. Reacción del amo y destino de la viña (9).
5. Comentario escrituristico (10-11).

Epílogo histórico (12).

Algunas observaciones sobre los distintos puntos.

1. *Introducción*. No hay contradicción en el hecho de que Mc diga: «Entonces se puso a hablarles en parábolas», y después haya una sola parábola. Se subraya, más que otra cosa, *el género* adoptado para la enseñanza.

Aunque existen muchos puntos alegóricos en la parábola, hay que resistir la tentación de querer alegorizar todos los detalles. Así es fácil identificar al amo con Dios, la viña con Israel, los labradores con los responsables del pueblo elegido, los criados con los profetas. Pero no es necesario indagar sobre el significado del lagar, del seto, de la torre, todos los elementos que están sólo en función de la narración.

2. *El envío de los criados*. No cuesta mucho el reconocer en los criados a los profetas enviados sucesivamente por Dios a su pueblo.

Alguno objeta, sin embargo, que la misión de los profetas no consistía en percibir los frutos.

Todo depende de qué se entienda por frutos.

Hemos de colocar la vocación profética en el contexto de la alianza. Ahora el fruto de la alianza es la fidelidad de Israel como respuesta a la fidelidad de su Dios. Los profetas tienen precisamente el objetivo de garantizar la fidelidad de Yahvé, pero también la de su pueblo, denunciar los eventuales incumplimientos y las traiciones y tener viva la memoria de la *espera* de Dios.

Las relaciones entre profetas y viña de Yahvé han sido todo lo contrario de idílicas. Se podría hablar de «intolerancia» recíproca. Los profetas no pueden tolerar las desviaciones, la gente y sus jefes no pueden sufrir a aquellos intrusos.

Así su historia es más bien dramática.

Hay un texto antiguo, que constituía una especie de guía de peregrinación a la tumba de los profetas, titulado *Vitae prophetarum*. Son breves biografías de veintitrés profetas[11]. Seis han encontrado una muerte violenta. Son:

— Amós: muerto a mazazos por el hijo del sacerdote Amasiah.

11. Este texto tiene una discreta importancia porque, a pesar de estar escrito en griego, contiene numerosos semitismos que nos hacen pensar en un documento hebreo de fin del siglo I o inicio del II.

— Miqueas: precipitado desde una altura rocosa por el hijo del rey Jorán, que queria vengar al padre que había sido reprendido ásperamente por sus iniquidades.

— Isaías: segado en dos.

— Jeremías: dilapidado en Egipto por el pueblo enfurecido.

— Ezequiel: matado en Babilonia por el jefe del pueblo.

— Zacarias: despedazado por Joás, rey de Judá, junto al altar del templo.

Está justificada la lamentación de Jesús: «¡Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envian!» (Mt 23, 37).

Esteban no dudará en hacer esta requisitoria: «¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del justo» (Hech 7, 52).

En los tres envíos sucesivos se puede captar además de la obstinada esperanza del amo, también una progresión de los malos tratos.

Por una parte tenemos, por tanto, los repetidos envíos de Dios —expresados en la misión de muchos profetas—, por otra el rechazo constante de Israel.

3. *El envío del hijo.* Mc a diferencia de Mt rompe una cierta progresión, sobre todo en relación a la *regla del tres,* típica en las narraciones populares. De hecho hay un criado apaleado y despedido con las manos vacias, otro descalabrado e insultado y un tercero matado. Pero a partir de aquí no respeta el clásico «esquema ternario», porque introduce aún otros criados, antes de llegar al delito capital contra el hijo. El ciclo se cierra con los tres envíos particulares y los colectivos. El hijo, a pesar de estar en la linea de los envios precedentes, se destaca, es un capítulo aparte. También él representa al amo, pero de forma totalmente distinta.

Se puede discutir hasta el infinito si Jesús quería revelar aqui que era hijo de Dios —esta expresión no era un titulo mesiánico en el lenguaje de la época— y si había querido anunciar con precisión su propia muerte.

Se puede sólo afirmar que Jesús no se espera una suerte distinta a la reservada a los enviados que le han precedido. Además que, a pesar de colocarse en continuidad con la línea profética, se destaca reivindicando una posición aparte.

El adjetivo «querido» *(agapetos)* es el mismo con el que Jesús ha sido designado por el Padre tanto en el bautismo como en la transfiguración (1, 11; 9, 7).

Queda el hecho, además, de que con la misión del hijo se pone en evidencia el último intento realizado por Dios, su extremo y definitivo mensaje para los «rebeldes».

«En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que nombró heredero de todo, lo mismo que por él había creado los mundos y las edades» (Heb 1, 1-2).

La frase «este es el heredero; venga, lo matamos y será nuestra la herencia» (v. 7) hace referencia a dos textos del antiguo testamento. El asesinato de Abel: «Caín dijo a su hermano Abel: vamos al campo» (Gén 4, 8). Y el trato dado por los hermanos envidiosos a José: «Se decían unos a otros: ahí viene el de los sueños. Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe» (Gén 37, 19-20).

De cualquier modo está prefigurada la persecución del justo:
«Acechemos al justo, que nos resulta incómodo:
se opone a nuestras acciones,
nos echa en cara las faltas contra la ley,
nos reprende las faltas...
se ha vuelto acusador de nuestras convicciones,
sólo verlo da grima...
nos considera de mala ley...
lo condenaremos a muerte ignominiosa» (Sab 2, 12-20).

Y se nos dice con exactitud cuál es la causa de su crimen: «porque los ciega su maldad» (Sab 2, 21).

En la suerte reservada al heredero, el orden es inverso. Mc habla de la muerte dentro de la viña y después del cadáver tirado fuera y expuesto a la profanación. Mt y Lc, en cambio, nos hablan de que el hijo fue apresado fuera y después muerto.

Según piensa X. L. Dufour parece más verosimil el relato de Mc.

Los otros dos muestran claramente su intención de hacer coincidir cada una de las circunstancias con el relato de la pasión de Jesús, enviado a morir «fuera» de la ciudad.

Dirá san Pablo: «... y por eso Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de las murallas. Salgamos, pues, a encontralo fuera del campamento, cargados con su oprobio, que aquí no tenemos ciudad permanente, andamos en busca de la futura» (Heb 13, 12-14).

Se puede deducir también un cierto aspecto de resarcimiento por parte de los viñadores-adversarios de Jesús: «arrojado fuera» *(ekballo)* el que había «echado fuera» a los mercaderes del templo.

La enseñanza fundamental de esta escena queda fijada en lo absurdo de quien tiene la pretensión de expulsar al hijo de su legítima propiedad. «Vino a su casa, pero los suyos no la recibieron» (Jn 1, 11).

4. *Reacción del amo y destino de la viña.* Hay como un suspense cargado de dramaticidad en el relato, provocado por la pregunta: «¿Qué hará el dueño de la viña?» (v. 9).

Aqui todos los verbos están en futuro.

Desde este momento lo que polariza la atención no es ya la conducta de los labradores, sino la decisión del amo.

También en Isaías se planteaban algunas preguntas:

«Pues ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá,
por favor, sed jueces entre mí y mi viña.
¿Qué más cabia hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? ¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones?
Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña:
quitar su valla para que sirva de pasto,
derruir su cerca para que la pisoteen.
La dejaré arrasada: no la podarán ni la escardarán,
crecerán zarzas y cardos;
prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella» (Is 5, 3-6).

Jesús, sin embargo, con la libertad que le es característica, se aleja en este punto del modelo. *Su castigo no cae sobre la viña, sino sobre los viñadores.*

La cosa podía estar sin duda prevista por sus oyentes.

Del todo inesperada, en cambio, es la segunda decisión: *el paso de la viña a otros cultivadores.*

Una verdadera sorpresa. No olvidemos, en efecto, que para la mentalidad hebrea el castigo de Dios que se abate sobre la nación infiel es bastante «normal». Pero, a pesar de todo, Israel queda siempre como pueblo elegido. Es inconcebible el «paso» de las promesas a otras gentes. Dios volverá a Israel. No va jamás a otra parte.

5. *Comentario escriturístico.* No pocos intérpretes consideran ya cerrada la parábola originaria. Este sería un añadido de la iglesia naciente, que daba por descontado el castigo de los jefes del hebraismo, pero tenia todo el interés en poner de relieve el destino de aquel que habia sido muerto y «echado fuera» como un malhechor.

La parábola, en este punto, cambia de dirección, a través de un cambio brusco.

La primera comunidad cristiana —si se trata de ella— no puede considerar «cerrada» la parábola con la muerte del hijo. Quiere celebrar la victoria de Dios en la pascua.

La cita está tomada del salmo 117 (22-23), pero no a través de la Biblia hebrea, sino de la traducción griega de los Setenta.

Tengamos presente que es el mismo salmo del que han sido sacados los hosanna y los gritos de aclamación lanzados durante la entrada en Jerusalén.

«La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular. Esa la ha puesto el Señor. ¡Qué maravilla para nosotros!» (v. 10-11).

«La misma piedra que es el sólido apoyo de los creyentes se convierte para los incrédulos en escándalo y ruina» (R. Schnackenburg).

Se discute si «piedra angular» es la puesta en los cimientos del edificio o bien la colocada en el remate de la construcción, encima del arquitrabe.

Jeremias se inclina por la «piedra del arco»: «Jesús descubre en la palabra del salmo una prefiguración de su destino: él será apartado por los hombres como una piedra inservible para la construcción, pero Dios lo elevará a la cumbre de todo el edificio, es decir, sin metáforas, hará de él «rey y dominador».

Puede ser una y otra cosa: algo fundamental y que «ensambla el conjunto», al mismo tiempo.

En cualquier caso, la idea es la de una inversión radical: lo que es rechazado se convierte en elemento esencial de la nueva construcción. Una vez más: la humillación que lleva a la gloria.

«Esa la ha puesto el Señor». En la resurrección de Jesús se manifiesta el poder de Dios y su triunfo sobre las fuerzas del mal.

La cita, aunque puesta en boca de Jesús mismo, traspasa el marco de la parábola. La mirada pasa de los viñadores malvados al hijo muerto, del que se anuncia el milagro de su divina exaltación, que es como decir de su resurrección y de su permanente significado de salvación. La comunidad no se contentó con mirar al pasado, complacida por la muerte violenta del Hijo de Dios por amor a los hombres; ella concluye la parábola con el testimonio de su fe en el acontecimiento pascual ocurrido durante ese tiempo por voluntad de Dios, proclamando la validez perenne de la obra realizada por Jesús.

*Epílogo histórico.* Me parece que confirma la unión de la parábola con la discusión precedente acerca de la autoridad de Jesús. El término clave es siempre «la gente». Así como el temor a la gente ha impedido a los jefes declararse abiertamente contra Juan (11, 32), también ahora el miedo a la gente les retiene para poner las manos sobre Jesús, como querrían.

«Y, dejándolo allí, se marcharon» (v. 12).

Pero la decisión está ya tomada.

Sólo la ejecución del proyecto es dejada para el momento oportuno.

La parábola de Jesús además de esclarecer el sentido de su misión, sirve para revelar las intenciones secretas de sus adversarios.

Se entrevee también aquí una de las constantes del evangelio de Mc: «la revelación del misterio de Jesús y la manifestación del corazón del hombre» (B. Maggioni).

*Mensaje central*

Lo hemos repetido varias veces. Es importante captar el «núcleo» de la parábola, es decir el mensaje central, a lo que nos lleva la narración.

Pero para llegar a este término hay que concretar antes el género literario del texto.

Más que una parábola de enseñanza, esta es una *parábola de juicio.*

Estamos en un marco judiciario. ¿Quiénes son los encausados? ¿Cómo se configura el cargo central? ¿Cuál es la sentencia?

De todo lo que hemos dicho antes es bastante fácil extraer el hilo conductor.

*Encausados:* Son principalmente los jefes, los responsables del pueblo. Pero ni siquiera Israel, en su conjunto, está inmune de culpabilidad. En efecto, su religiosidad no ha sido siempre agradable a Dios y sus frutos no responden a las esperanzas de Yahvé.

Pero en el banco de los acusados hay sitio también para el pueblo de la nueva alianza. Porque la situación denunciada por Jesús puede repetirse siempre.

*Cargo central:* la apropiación de los frutos. El haber actuado como si la viña fuese propiedad personal, exclusiva. El no reconocer que había que responder ante Dios de la gestión. Una viña en donde jueguen intereses personales y se olvide lo que se refiere a Dios es culpable del mismo modo que la higuera estéril.

El que se apropia de los dones de Dios, pretende monopolizarlos, quererlos para su ventaja, es un ladrón.

*La sentencia:* no afecta a la destrucción de la viña, sino a *su paso a otros labradores.*

El castigo más grave que se da a los viñadores homicidas consiste esencialmente en ser sustituidos por otros.

(Y este dispositivo de sentencia salta en todos los tiempos. Y las iglesias que se dicen cristianas deberán siempre tener presente esta posibilidad).

Pero me parece que la parábola, además de juicio, es de *admonestación.*

Su mensaje se completa asi: la historia continúa. También Dios puede ser derrotado por la maldad de los hombres. Pero no por esto se interrumpe su plan. La muerte del hijo no pone fin a su plan de salvación. Más aún, este se realiza precisamente a partir del «delito».

«La viña designa no al Israel histórico, sino una realidad permanente, viviente en el corazón de Dios, que nosotros podemos, en virtud del contexto evangélico, llamar reino de Dios» (X. L. Dufour).

Ni siquiera se precisa quiénes son «los otros», a los que la viña será confiada.

Basta saber que son siempre «otros»... Cualquiera que decida acoger a aquel que «ha sido echado fuera» por los pretendientes abusivos y arrogantes.

En efecto, a partir de ahora la viña no se colocará ya en un espacio definido, en un territorio fácilmente identificable porque esté cercado.

Donde esté el excluido, allí se planta la viña.

Siempre de nuevo.

Y los frutos se recogen sólo con él. Y a través de él.

PROVOCACIONES

1. La conducta de los labradores se juzga durante la ausencia del amo.

Se diría que la ausencia de Dios garantiza el trabajo del hombre.

Nadie está desocupado, gracias a ella.

Los viñadores empeñados en asegurar una buena cosecha.

Incluso ciertos teólogos y pensadores que tienen argumentos para teorizar la muerte de Dios y no sólo su silencio.

«El Dios de la confianza es también el Dios de la ausencia. Pero hay que comprender exactamente esta ausencia. Esta significa sólo que Dios nos toma en serio, nos deja el campo libre. Desaparece. Deja su puesto. No se trata ni de abandono, ni de evasión ni de deserción.

Es un signo de amor. Se podría decir que se va el Dios de los filósofos y de los sabios. Y se queda en medio de nosotros únicamente el Dios confiado, pero débil, de la revelación. El Dios que pretende actuar exclusivamente a través del amor que lleva a los hombres» (A. Maillot).

2. Hay una especie de inquietante paralelismo entre la conducta de los viñadores y el comportamiento del amo.

Un crescendo por ambas partes.

Aquellos obstinados en el rechazo. El obstinado en las ofertas.

Aquellos exagerados en la maldad. El exagerado en la dulzura y en la paciencia.

Una rebelión absurda. Una esperanza también absurda.

Incomprensibles unos. Pero incomprensible también el otro.

Excesivos en la avaricia. Excesivo en el candor.

Y todos echan un cálculo equivocado respecto al hijo. El: «A mi hijo lo respetarán...». Ellos: «Venga, lo matamos y será nuestra la herencia».

Hay un tanto de «irreflexión» por ambas partes. Por motivos opuestos.

Si. Nuestras actitudes y las de Dios son paralelas. Pero van en dirección opuesta.

Y la paradoja reside aqui: Dios nos alcanza, quiere lo mejor para nosotros, partiendo de una posición opuesta a la nuestra.

No corre detrás.

Va a nuestro encuentro.

No nos alcanza por la espalda.

Nos lo encontramos de frente. Obligados a verlo de cara.

3. A primera vista los criados y el hijo son mandados para cobrar, para recibir. Parecen recaudadores.

Pero con poco que se observe en profundidad, nos damos cuenta de que han sido enviados para dar.

Y de esto no se han dado cuenta los viñadores, cegados por la avaricia, además de la maldad.

Es nuestro error fundamental, incorregible, en relación a Dios. Olvidamos que es siempre el que da, aun cuando parece exigir de nosotros. Sobre todo entonces.

Nuestro visceral miedo a perder nos impide recibir.

Nuestro infantil instinto de agarrar y poseer, nos lleva a «echar fuera» al donador.

4. «Todavía le quedaba uno, su hijo querido».

Es una expresión que me desconcierta cada vez que la leo.

Parece que Dios ha quedado al borde de la pobreza.

Le queda sólo el hijo.

Por causa de los hombres, ha dilapidado todos los recursos, agotado todas las posibilidades.

Excepto el hijo. El último tesoro que arriesgar en ese «juego» en donde hasta ahora sólo ha encontrado mala suerte.

«Y se lo envió el último...».

Jesús es verdaderamente el último, el *eskatos*, en el sentido de Dios.

No el último en relación al tiempo, no el último de una serie de intentos.

El último, es decir el definitivo, todo. Después del cual ya no queda nada.

Ahora Dios es verdaderamente el pobre por excelencia.

Pobre porque ha dado todo. En su incurable pasión por los hombres no se ha quedado ni con su hijo. También se lo «ha jugado».

Dios es pobre. La prueba está en que con la venida de Jesús, no les falta nada a los hombres.

5. Los enemigos de Jesús han sacado en seguida una enseñanza de la parábola. Han aprendido algo. De los viñadores, se entiende.

«Y agarrándolo, lo mataron...».

«Estaban deseando echarle mano...». Unicamente no son capaces porque está el impedimento de la gente.

Sin embargo la lección la han captado enseguida. Han aprendido cómo se hace. Lo demostrarán dentro de poco.

La misma víctima les ha descubierto el secreto.

Es cierto, por tanto, que las parábolas de Jesús obligan a tomar una decisión.

No tienen el objetivo de divertir, entretener amablemente al público, dejar con la boca abierta.

Alguno intenta ponerle las manos encima.

Mejor que sea así, que no aquellos que van con las manos en los bolsillos.

## CONFRONTACIONES

### *Acusación de interés privado*

Una lectura moderna de las parábolas exige que nos preguntemos si la condena y las acusaciones contenidas en ellas afectan, aunque sea de modo distinto, también a la iglesia cristiana, a sus pastores y a sus teólogos.

¿La predicación que ha hecho la iglesia crea ese tipo de expectativas por las que las estructuras de la sociedad presente pierden autoridad y relevancia, pierden la importancia que deriva de su supuesta inevitabilidad, porque se sabe que están destinadas a ser pronto sustituidas —como entendía Jesús— por las relaciones de tipo fraterno suscitado por el amor de Dios?

¿O bien los dirigentes de la iglesia han cuidado sus propias ventajas, si no individuales al menos de casta, y han identificado «la iglesia» consigo mismo, obrando como si se tratase de algo propio

con lo que obtener poder, prestigio y garantia de continuidad, sin cuidarse del precio que el pueblo debía pagar en términos de ignorancia bíblica, más aún, de ignorancia de las promesas de liberación que se referían directamente a él?

¿No se ha establecido una alianza con el poder? ¿No se han hecho callar las voces renovadoras que podian incomodarla?

Una vez más, sin pretender aplicar esquemáticamente la parábola a situaciones históricamente distintas, es sin embargo oportuno verificar si la acusación de «interés privado» afecta sólo a los antiguos sacerdotes de Jerusalén o también a muchos otros aparatos eclesiásticos (A. Comba, *Le parole di Gesù,* Torino 1978).

### *Dios tiene siempre la última palabra*

La parábola no hace otra cosa que tomar los datos históricos más ciertos. En el momento en que la muerte de Jesús ha sido decidida por sus adversarios, esta plantea una vez más de forma ineludible la cuestión: ¿quién es este hombre que se dice hijo de Dios, que ve la muerte que anuncia a sus propios enemigos, no para interesarles en su propio destino, sino para revelar las consecuencias terribles de sus actos y finalmente para asegurarles que con este asesinato la historia divina toca un vértice, sin por ello dejar de proseguir?

Porque Dios, que es uno con su siervo Jesús, tiene siempre la última palabra (X. L. Dufour, *o. c.*).

# El impuesto al César

## 12, 13-17[1]

13. *Le enviaron unos fariseos y herodianos*
*para cazarlo con una pregunta*[2].

14. *Se acercaron y le dijeron:*
*«Maestro, sabemos que eres sincero*
*y que no te importa de nadie*[3],
*porque tú no miras lo que la gente sea*[4].
*No, tú enseñas el camino de Dios de verdad.*
*¿Está permitido pagar tributo al César o no?*
*¿Pagamos o no pagamos?»*[5].

15. *Jesús, notando su fingimiento, les dijo:*
*«¿Por qué me tentáis?*[6].
*Traed acá una moneda que la vea».*

16. *Se la prestaron, y él les preguntó:*
*«¿De quién son esta efigie y esta leyenda?».*
*Le contestaron: «Del César».*

17. *Jesús les replicó:*
*«Lo que es del César devolvédselo al César,*
*y lo que es de Dios, a Dios»*[7].
*Y los dejó atónitos.*

*El dicho*

«Lo que es del César devolvédselo al César, y lo que es de Dios, a Dios» es una de las frases más célebres y citadas de todo el evangelio. Todos están convencidos de que la entienden y piensan que resuelve de una vez para siempre, de forma clara, las relaciones entre religión y política, entre estado e iglesia. Pero las cosas no son tan sencillas.

1. Cf. Mt 22, 15-22; Lc 20, 20-26.
2. Literalmente: cazarlo con una palabra.
3. O bien: no te dejas influir por nadie.
4. No miras la posición de los hombres.
5. Literalmente: ¿lo damos o no lo damos?
6. Me ponéis a prueba, me tendéis una trampa.
7. Literalmente: las cosas de Dios, es decir que le pertenecen, que son suyas.

La respuesta lapidaria dada por Jesús está incluida en un relato inserto a su vez en una controversia, que forma parte de una serie de controversias [8].

*El problema*

A primera vista puede parecer un episodio de impuestos que no se querrían pagar.

Se trata, en cambio, de una cuestión candente, en la que los componentes políticos, religiosos, materiales y morales se entremezclan y se embrollan de una forma casi inextricable [9].

«El camino de Dios» (v. 14) —típica expresión bíblica y semítica que indica no solamente la conducta que Dios quiere, sino el camino hacia Dios—, de hecho, libera al pueblo de la alianza de cualquier esclavitud. La fidelidad a Dios excluye toda forma de sumisión a los poderosos de este mundo. El reconocimiento de una autoridad terrena, extraña al pueblo elegido, es considerada como una disminución de la soberanía de Dios.

El tributo personal [10] había sido introducido en el 6 d.C. Era el signo más evidente del sometimiento de los judíos al poder romano. Se trataba de un impuesto para todas las personas, excluidos los viejos y los niños.

El tributo,. recaudado por el procurador, iba directamente a la casa imperial. Por tanto estaba excluido el sacrilegio. Solamente después de la toma de Jerusalén, el dinero debido a Dios (un didracma) fue a parar provocativamente al templo de un ídolo, Júpiter Capitolino, algo abominable para la mentalidad judía [11].

Los zelotas, nacionalistas fanáticos, se rebelaban abiertamente contra este impuesto, predicando incluso la violencia para deshacerse del yugo extranjero.

Fue típica, en este sentido, la rebelión de Judas el galileo —una especie de precursor de los zelotas—, de la que habla Flavio Josefo. Judas, en el momento del censo de Cirino, habia instigado a sus paisanos para que no se manchasen con esa vergüenza y, en contraste con el sumo sacerdote Joazar que aconsejaba la sumisión,

8. Muchos estudiosos sostienen que se trata de un dicho originalmente aislado, en torno al que se habría construido, sucesivamente, el relato, con un fuerte acento polémico, para encuadrarlo en el contexto de las controversias. Otros hablan como de un *apotegma*.

9. Cf. sobre el tema H. Schlier, *Riflessioni sul Nuovo Testamento*, 251 s.

10. En latín *census*. No es seguro que fuera un «denario» de plata por persona.

11. Incluso los judíos más observantes lo pagaron también entonces, convencidos de que el falso dios se encargaría de devolver el dinero a la casa imperial... De esta forma dejaban su conciencia en paz.

había dado la señal de la revuelta popular, siendo más tarde asesinado. Este Judas de Gamala, llamado también galileo, había fundado una especie de dinastia de lideres revolucionarios. Dos hermanos suyos, Santiago y Simón, habían sido crucificados por el procurador Tiberio Alejandro [12].

De todas formas, aunque el pueblo se sometía, no simpatizaba en nada con aquel impuesto. Y la gente creia que no podía darse una motivación religiosa a la instintiva repugnancia hacia el pago de impuestos. Se adaptaban con un gesto de vergüenza, considerando el gesto como una especie de traición.

*Los protagonistas*

Son los fariseos y los herodianos, conjunto decididamente híbrido, que ya había anticipado la decisión de la muerte de Jesús (Mc 3, 6).

Podríamos decir: los nacionalistas —caracterizados por un fuerte radicalismo religioso— y los colaboracionistas [13].

Entendámonos. No es que los partidarios de Herodes Antipas amasen especialmente a los romanos. Estaban de su parte por un cálculo oportunista. No habían abandonado, de hecho, el proyecto de una restauración de la dinastía herodiana en Judea, en lugar del procurador romano [14].

Los fariseos, por su parte, aunque eran hostiles al gobierno romano, se adaptaban por razones de prudencia. Aunque estuvieran comprometidos políticamente no había que esperar de ellos la señal de la rebelión. Explica R. Schnackenburg: «Aunque rechazaban, en principio, el dominio de los romanos como potencia extranjera, sin embargo se adaptaban a él con la excusa de que también los dominadores paganos reciben el poder de Dios, mantienen el orden público y al mismo Dios rendirán cuentas un dia de sus acciones».

En este caso son enviados por el sanedrín, después del fracaso de la primera comisión de investigación.

12. Flavio Josefo habla de este personaje en *La guerra judía* (2, 8, 1, par. 118) y en *Las antigüedades judías* (18, 1, 6, par. 23-24; 20, 5, 2). Cf. A. Paul, *Introduction à la Bible, Le N. T.*, I, 206-207.

13. Cf. sobre el tema K. Schubert, *I partiti religiosi ebrei del tempo neotestamentario*.

14. Llegarán hasta Herodes Agripa (41-44 d.C.), que persiguió con saña a la iglesia primitiva, hizo decapitar a Santiago y encarcelar a Pedro y que murió en circunstancias dramáticas en Cesarea (Hech 12).

### *Las intenciones de los adversarios*

Abiertamente plantean una cuestión típica de las disputas rabínicas, relativa a las normas de comportamiento práctico.

En realidad quieren tender una trampa a Jesús. Y esta trampa puede resultar mucho más mortifera en cuanto que se coloca en el terreno político más bien explosivo.

La alternativa es clara. En base a la respuesta que dé Jesús, o se enajena el favor popular —el único elemento que retiene a los enemigos de intervenir directamente— o bien se pone contra los romanos.

Por el prólogo adulatorio, es evidente que los interlocutores no creen en la posibilidad de que Jesús tome una actitud favorable a la dominación extranjera en contraste con la sensibilidad de su pueblo. Apuntan más bien a la segunda hipótesis.

Sabemos que tienes el valor de decir la verdad ante cualquiera, que no temes a nadie, que no tienes miedo de comprometerte...

Halagándolo así, esperan cazarlo con una declaración «imprudente». En ese caso el juego estaría hecho. Los romanos se las arreglarían en esta cuestión con sus métodos habituales, para evitar tumultos populares. La avalancha de la gente, insuperable para la también poderosa policía del templo, caería ante la intervención de las fuerzas de ocupación.

De hecho, durante el proceso, se lanzará esta acusación: «Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, oponiéndose a que se paguen los tributos al César, y diciendo que él es Mesias y rey» (Lc 23, 2).

También en este caso, primero se busca al culpable. Después ya habrá tiempo de encontrar o inventar las pruebas...

### *El tema de fondo*

Esta disputa no está de hecho separada de la precedente.

Por parte de los adversarios, existe sustancialmente la misma exigencia de comprobar la autoridad de Jesús. Ya que no ha querido pronunciarse directamente, intentan llegar poniéndole en confrontación con la indiscutible, aunque odiada, autoridad romana. Desde la posición que asuma ante el poder dominante, el Maestro se ve obligado necesariamente a «descubrirse», declarar la propias intenciones y revelar sus pretensiones.

Pero existe una evidente continuidad también en las palabras de Jesús. Con su respuesta, el discurso es referido a Dios, a su autoridad absoluta, al que tiene el derecho por excelencia.

Es significativo el verbo empleado: «devolved». Igual que los viñadores han rechazado el ceder la parte de los frutos que pertenecía al amo, así el pueblo de la alianza es acusado implícitamente de no «devolver» a Dios lo que es de Dios.

Por parte de Jesús su tema es el iniciado con la purificación del templo y la paralela maldición de la higuera y proseguido con la parábola de los viñadores homicidas. Juzga la «esterilidad», acusa por apropiación indebida. Para él, la oposición no está entre el César y Dios, sino entre la «casa de oración» y la «cueva del bandidos».

Ni siquiera ahora Jesús declara abiertamente el origen de su autoridad. Si acaso deja intuir que el Mesías es un Mesías religioso, que no se enreda en cuestiones políticas.

Devolviendo el debate a lo que se debe dar a Dios, evita la trampa de los adversarios. Más aún, les obliga a mirar dónde ponen los pies...

Hace añicos su seguridad de que la oposición de fondo esté entre Dios y el César.

El rabí de Galilea hace entender, en definitiva, que se puede estar contra el César sin que por ello necesariamente se esté de la parte de Dios. En lo cual probablemente nunca habían pensado, tan habituados como estaban a identificar la propia causa —sus propios intereses— con la de Dios.

Se quedan «atónitos» (v. 17), sorprendidos, casi perdidos. Despojados de su radical convicción de que bastase negar —incluso sólo en las intenciones secretas— lo «debido» a César para ajustar las cuentas con Dios. Que, por dar todo a Dios, estuvieran autorizados a sustraer algo al César.

Ahora se encuentran con la sospecha de que además de ser deudores del emperador —por obra de aquella moneda que manejan desenvuelta e inútilmente...—, son también deudores insolventes ante Dios.

Puede ser que hubiese alguno que desease sinceramente una respuesta desapasionada, pero descubre que las respuestas de aquel rabí no sirven tanto para resolver los problemas prácticos en el sentido deseado, cuanto para plantearlos con más firmeza.

### *El diálogo*

Se desarrolla según los esquemas de las disputas rabínicas. Es decir:

— Una pregunta (v. 14).

— Una contrapregunta a la que los interrogadores se ven obligados a responder (v. 15-16).

— Conclusión del Maestro (v. 17).

— Efecto provocado en el auditorio (v. 17).

Examinemos más de cerca el texto.

No debe extrañarnos la presenica de los herodianos. Es cierto que habitualmente están en Galilea. Pero podían haber venido a Jerusalén, especialmente con motivo de la pascua, desde el momento que estaba presente el mismo Antipas (Lc 23, 7 s).

El verbo que traducimos «para cazarlo con una pregunta», literalmente significa cazar a una animal salvaje.

«Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa de nadie, porque tú no miras lo que la gente sea. No, tú enseñas el camino de Dios de verdad» (v. 14).

El preámbulo, en boca de esta gente, tiene un algo de falso y puede aparecer incluso burlesco. Pero, a pesar de ser emitido por parte de los enemigos, esto no quita el que corresponda a la verdad. Mc tiene la ocasión de declarar, sirviéndose de las palabras de los fariseos y herodianos, lo que piensa realmente del Maestro. Y esboza uno de los retratos más significativos del su personalidad.

La pregunta tiene dos aspectos, uno de principio (¿está permitido?), otro referido al comportamiento práctico que seguir (por otra parte ya resuelto por ellos, que de hecho pagan el tributo).

Es formulada de tal manera que Jesús tenga que responder con un sí o un no. En ambos casos, de forma desfavorable para él. Cualquiera que sea su respuesta firma la propia condena.

O se juega la simpatía popular o bien la impunidad ante los ocupantes. O colaboracionista o rebelde.

Si dice que hay que pagar, será abandonado por la gente.

Si se niega, no puede huir de las manos de los romanos.

Como se ve, el mecanismo de la trampa ha sido estudiado con todo detalle.

«Jesús, notando su fingimiento...» (v. 15).

¿En qué está el fingimiento de los adversarios? En el hecho, evidentemente, de plantear una pregunta que es un simple pretexto para poner en apuros al Maestro. No hay una búsqueda auténtica de la verdad. «Se describe aquí un tipo de pregunta detrás del cual se esconde una decisión negativa ante Jesús, tomada de antemano. El relato pone por tanto en guardia contra un discutir que no se propone aprender porque ha tomado ya antes una actitud de cerrazón ante Jesús» (E. Schweizer).

«¿Por qué me tentáis?».

Jesús muestra que ha entendido...

Desveladas de esta forma las intenciones maliciosas de los adversarios, las partes están invertidas.

Sin embargo, continúa el juego. Acepta el debate en aquel terreno movedizo.

«Traed acá una moneda que la vea».

Es una moneda de plata que representaba la unidad monetaria romana. Pesaba unos 3,40 gramos. Es difícil establecer hoy su valor exacto. Parece que era la paga diaria de un obrero[15].

Evidentemente él no la tiene en el bolsillo. La tienen ellos[16].

Y en este momento Jesús se toma la revancha.

El detalle está cargado de ironia.

De modo que también vosotros, los puros, los justos, «los resistentes», tenéis que ver con el orden instaurado por los romanos. Traficáis, defendéis vuestros intereses, sabéis arreglároslas. No dudáis en mancharos las manos con una moneda que tiene impresa la imagen del emperador y una inscripción claramente blasfema («Tiberio César, hijo del divino Augusto»). Todo esto está condenado por la ley, va contra uno de los mandamientos. Esos mandamientos que vosotros tenéis siempre en la boca...

«¿De quién son esta efigie y esta leyenda?» (v. 16).

El debate se desplaza hacia un terreno más certero, el de la imagen *(eikon)*. «¿Qué es lo que pretendéis dar valor, promover, desarrollar? ¿El dinero que está hecho a imagen del César o bien al hombre viviente hecho a imagen *(eikon)* de Dios?» (E. Binet).

La contrapregunta obtiene de esta forma su efecto. La trampa es descubierta del todo. Los interlocutores puestos al desnudo. Son ellos ahora los que se encuentran en dificultad. Obligados a preguntarse, a defenderse...

### *Pero ¿ha contestado Jesús?*

«Lo que es del César devolvédselo al César, y lo que es de Dios, a Dios» (v. 17). Mientras ellos plantean la cuestión en términos de «dar», Jesús replica en términos de «devolver».

La frase, tan citada, en la que alguno con demasiada facilidad encuentra el fundamento de la doctrina acerca de la independencia de los dos poderes —civil y religioso— o la base de la «lealtad» de los cristianos ante el estado, en realidad es de muy difícil interpretación.

15. Cf. *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, I, 321.

16. Los romanos se habían reservado siempre el derecho de acuñar monedas de plata. Herodes, por ejemplo, no lo había podido hacer nunca. Sin embargo, para el uso corriente, se acuñaban monedas de bronce y cobre. Y para evitar escrúpulos de tipo religioso, en vez de representaciones humanas, las distintas piezas llevaban símbolos sacados del mundo vegetal (espigas, palmas, hojas de vid) u otros objetos.

Las opiniones son muy variadas.

Jesús ha contestado sí.

Ha dicho no.

Se las ha arreglado con un si pero...

Alguno sostiene que en realidad no ha contestado.

Cito las interpretaciones que me parecen más significativas.

A. Loisy: «Se distorsionaría el pensamiento de Jesús si se supiera que el tributo al César se coloca en el mismo plano y con el mismo valor absoluto y definitivo que el deber para con Dios... Se estiman las cosas de la tierra por lo poco que valen y se cumplen las propias obligaciones en base a su necesidad. Pero, sobre todo, uno debe saber que lo esencial está en otra parte, en la fidelidad al Padre celeste».

Muchos otros autores (Lagrange, Taylor, Bonnard, Schlier, Cullmann, TOB) interpretan la misma melodía de la «jerarquización de los deberes». Existe la vida politica y, *sobre ella,* la vida religiosa. En definitiva, distinción y jerarquía.

G. Dehn: «Si esta moneda pertenece al emperador, él tiene derecho a su propiedad... Pero también Dios tiene derecho a su propiedad. Si se pregunta: ¿Qué es lo que pertenece a Dios? sólo se puede dar una respuesta: nosotros mismos».

En la misma línea, más o menos. R. Völkl: «En efecto, no se puede afirmar que el César y Dios vengan situados aquí en el mismo plano, porque el estado tiene el poder de exigir lo que juzga necesario para la propia existencia, mientras que Dios pretende todo el hombre, que le debe "devolver" a si mismo».

P. R. Bernard: «El poder que tiene la misión de hablar en nombre de Dios, de promover y defender el reino de Dios, detenta una superioridad en relación al César». Todo está en probar dónde y cómo Cristo instaura este poder, con o sin mayúscula...

J. Schmid: «Por el contrario, también se dice que el tributo, que representa un reconocimiento de la autoridad de César, es moralmente lícito. La autoridad de Dios no resulta comprometida. Incluso pagando el tributo exigido por el emperador se puede siempre dar a Dios lo que le corresponde: es decir, dársele sin reservas. El orden religioso no es necesariamente limitado».

R. Schnackenburg: «Seguramente Jesús no pretende instaurar dos órdenes separados: uno terreno y humano, y otro divino, que no tendría nada que ver con las cosas de aquí abajo. Dios exige del hombre una restitución incluso en el campo social y en sus relaciones con el estado; pero esto último no es absolutizado, teniendo solamente un valor limitado».

R. Fabris: «Teniendo en cuenta la actitud de fondo del evangelio, no se puede entender la respuesta de Jesús como una salida irónica y elegante para evadir una situación comprometida: el César no tiene

importancia; lo que cuenta es Dios y su voluntad. Ni siquiera es sólo una respuesta antizelota. Conforme a la ideología política judía tradicional, Jesús acepta la autoridad del imperio. Pero al mismo tiempo él afirma decididamente la soberania última y decisiva de Dios. El hombre que lleva la imagen de Dios (Gén 1, 27), pertenece a Dios de forma más radical que el dinero, con lo que representa, al César».

González-Ruiz: «La respuesta quiere demostrar que Jesús no está de acuerdo ni con los unos ni con los otros (zelotas y herodianos), ambos absolutizan una realidad relativa: el tributo y la imagen del César grabada en las monedas. El no defendía que el servicio debido a Dios se agotase en aquella clase de rechazo. Se podía pagar el tributo al emperador, sin por ello renunciar al primer mandamiento. Más aún, habría sido mejor hacer esta concesión al César con tal de conservar intacta la adhesión a Dios. Llegará el momento en que la fidelidad a Dios exigirá del creyente una renuncia mucho más profunda, y entonces será necesario *obedecer a Dios antes que al César* (Hech 4, 19)».

Para concluir, podemos decir que no ha contestado a la pregunta.

Mejor, no ha dado la contestación que se esperaban los interlocutores. Y mucho menos la que quizá pretendíamos nosotros.

A este respecto puntualiza E. Schweizer: «El elemento decisivo de la respuesta son las últimas palabras, que van claramente más allá de la problemática planteada en la pregunta. Ellas contestan globalmente la posibilidad de una respuesta siempre apunto, de una regla que se pueda aplicar sencillamente a cada caso, para saber inmediatamente lo que hay que hacer: en efecto, a Dios pertenece todo, incluso el que ha planteado la pregunta».

De acuerdo: las cosas de Dios y las cosas del César. Pero ¿quién es capaz de hacer el inventario preciso? ¿Cómo establecer exactamente los límites de los dos campos? Y cuando existen interferencias por una u otra parte, ¿cómo acertar con seguridad?

Nada de hacer de la frase de Jesús la fórmula mágica que resolvería de modo definitivo todos los problemas en los que la realidad del estado y del reino de Dios se mezclan.

La realidad concreta es muy compleja. Las situaciones históricas tan cambiantes exigen valoraciones con frecuencia muy distintas entre sí. Los equivocos siempre son posibles.

No. Jesús no es un expendedor de recetas para uso inmediato, que nos dispensarían del riesgo de las elecciones más dolorosas y lacerantes.

El cristiano no se encuentra con una solución prefabricada, válida para siempre.

Se encuentra con una conciencia. Y con una libertad.

En cada ocasión hay que hacerlas funcionar.

PROVOCACIONES

1. Más que la conclusión me impresiona el mandato: «Traed acá una moneda que la vea».

Por una vez habla de dinero. Pero del que está en los bolsillos de los otros. El no tiene.

Estaría bien que lo mismo ocurriera siempre en la comunidad eclesial.

La libertad de hablar de un poder que ella no tiene, de dinero que no posee, de prestigio, fuerza y honores que ni siquiera la rozan.

Entonces las respuestas se vuelven creíbles.

Paradójicamente, en este terreno, la «carencia» es el título más cualificado.

Es distinto en la pobreza. Que es necesario, en cambio, «poseerla», conocerla de cerca, vivirla. En este caso, sin embargo, no hay necesidad de hablar.

2. Algunas veces ciertas personas religiosas parecen considerar a Dios como fuente de excepciones, privilegios, exenciones. Legitimación de todos sus incumplimientos en el campo de los deberes sociales.

Pero Dios no concede dispensas. Si acaso añade responsabilidades mayores.

Cuando está él por medio, no son posibles las rebajas. Lo único previsto es un aumento de los compromisos, incluso en un plano terreno.

Dios no protege a los evasores.

Su presencia está asegurada únicamente a quien no se ausenta de los más incómodos deberes humanos.

3. Sí. Alguna vez el César puede también invadir un terreno que no es de su competencia. Pretender algo que no le pertenece.

Pero no vienen por aquí los mayores peligros. Además son fácilmente advertidos por una conciencia despierta.

La tentación más sutil es la de utilizar al César como recaudador al servicio de Dios. El camino más expeditivo para cobrar.

En este caso y con estos métodos no se «devuelve» a Dios, a pesar de las apariencias. Se realiza un desfalco colosal.

El camino más breve, los medios más eficaces, el constreñimiento, sólo sirven para que no lleguen a término las «cosas de Dios».

También porque él no las reconoce como «suyas».

La *imagen* que vuelve a Dios debe llevar el signo inequivoco del reconocimiento de la libertad.

4. «El Espíritu Santo permite a la iglesia llegar hasta el último día con el último mártir» (S. Quinzio). Ciertamente. Con tal de que sea inerme, débil. La única espada que le puede acompañar es la que los otros han usado contra él.

5. Jesús habla de devolver al César, no de copiar de él y mucho menos de hacerle competencia.

Es decir, hay que darle lo que se le debe; pero nada más.

Ciertos conciertos y alianzas con los poderes de este mundo no son para la gloria de Dios, cualquiera que sean las intenciones declaradas. Si acaso están en contra.

Cuando la iglesia o cualquier institución cristiana se configura como poder mundano, hay siempre alguien y algo que queda fuera: Cristo y su evangelio.

6. Hay algo peor que la persecución explícita del poder mundano. Es su fuerza de seducción. Sobre todo cuando se presenta como servicio dado a Dios.

Dice muy bien S. Quinzio: «Basta mirar alrededor para ver que el método de la seducción, perfeccionado al sumo, hace ya superflua la persecución. La persecución directa y violenta es apenas un reflejo en el sistema de la seducción. Cuando la seducción funciona perfectamente, todos en realidad, lo admitan o no de palabra, adoran "la estatua de la fiera" (Ap 13, 15)».

Y continúa la cita: «A todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, esclavos y libres, hizo que los marcaran en la mano derecha o en la frente, para impedir comprar ni vender al que no llevase la marca con el nombre de la fiera o la cifra de su nombre» (Ap 13, 16-17).

7. La imagen del César y de sus vasallos es fácilmente reconocible.

¿Pero la de Dios?

El creyente está llamado aquí a ejercer su especialización.

No se trata de buscar entre las piedras, o las monedas o los pergaminos.

Hay que buscar entre los rostros.

Cualquier rostro humano lleva impresa —aunque esté desvaída, oxidada o borrosa— la imagen de Dios.

«Darse cuenta, de repente, cuando la masa de los hombres ha sido desfigurada porque ninguno puede ver a quién podria asemejarse, modifica la existencia y turba la tranquilidad. Restituye a cada hombre su imagen y semejanza creadora con el creador. Porque la imagen y semejanza creadora de cada hombre con el creador le ha sido robada por los dueños del mercado» (J. Cardonnel).

En tal caso, lo que es urgente restituir a Dios es precisamente su imagen impresa en el hombre, siempre expuesta a todas las rapiñas.

8. «El papa y el emperador, estas dos mitades de Dios» decía V. Hugo. Lo cual demuestra que los genios no son sólo genios en la inteligencia. Llegan a serlo también en la estupidez.

Solamente los escribas de todo tiempo —como observa J. Cardonnel— han intuido el provecho que podían sacar de las dos vertientes de esta enorme montaña de autoridad.

El hombre, no. El hombre no tiene nada que ganar.

Mucho menos Dios.

César convertido en Dios, a lo sumo hace reir (si admitimos que los hombres sean capaces de no perder nunca el sentido del ridículo).

Pero cuando Dios es presentado con el rostro y las actitudes del César, esto resulta sin duda un espectáculo repugnante y blasfemo. La mofa más atroz.

9. ¿Y si en el «devolver» a Dios las cosas de Dios, estuviera incluida la obligación de restituir precisamente las cosas del César, las cosas de los hombres, los deberes terrestres?...

¿Si lo que es debido a Dios comprendiera lo que se debe *restituir* a los pobres, a los excluidos, a los explotados, a las víctimas de la injusticia, a los sin voz, a los sin derechos, a los condenados, a los aplastados bajo cualquier forma de opresión, a los que han sido privados de su dignidad...?

No se ha dicho que Dios reciba los tributos que le pertenecen sólo en la iglesia. Diría que los prefiere recaudar tras las ventanillas de la humanidad.

10. ¿Y dónde ponemos a los desilusionados? También ante ellos somos deudores.

Los innumerables desilusionados poseen una tarjeta de crédito privilegiada. Tienen derecho a ser resarcidos en nombre de ese evangelio que hemos escondido, de ese Dios de quien nos hemos servido con gusto sin servirlo, de esos hechos siempre esperados inútilmente después de un diluvio de palabras.

El cristiano, ese deudor.

Todos tienen el derecho, cuando le encuentran por la calle, de exigir algo de él.

No. No la limosna. «Dar» sería aún un privilegio, un lujo.

El cristiano está *llamado* —esta es su vocación específica— a restituir.

Y es, en el fondo, su fortuna. Precisamente la de no sentirse jamás satisfecho.

## Confrontaciones

### *Ajeno a la política, pero sin retirarse a la interioridad*

Con su respuesta, Jesús se sustrae tanto al radicalismo político —de los zelotas— como al peligro de una pura interioridad que se retira del mundo. Su palabra es de tal profundidad y amplitud que conserva su validez en las más diversas épocas y situaciones históricas, exigiendo al mismo tiempo una aplicación a cada uno de los momentos y dando lugar siempre a nuevas elecciones.

La iglesia primitiva se vio obligada en las circunstancias cambiantes de los primeros tiempos de su existencia histórica a establecer de cuando en cuando nuevas actitudes y a buscar su camino.

San Pablo propuso una relación positiva con el estado romano en cuanto potencia ordenadora (Rom 13, 1-7) y del mismo modo otros escritores inspirados inculcaron el respeto a las leyes y el cumplimiento de los deberes civiles (1 Pe 2, 13-17; Tt 3, 1 s). El Apocalipsis de Juan, en cambio, en una época en la que los emperadores exigían para sí honores divinos y afirmaban la omnipotencia del estado, consideraba el poder terreno como encarnación del demonio, adversario de Dios (Ap 13), al que el cristiano debe oponerse, rechazando sus pretensiones incluso a costa de sufrir una persecución sangrienta.

La situación histórica actual es de nuevo distinta. Se exige en todas partes una intervención de la iglesia a favor de la libertad y de los derechos humanos, especialmente de aquellos que se encuentran conculcados; pero su tarea específica no es de orden político, consiste en anunciar el evangelio de Dios y sus exigencias tanto a cada individuo como a la entera sociedad humana. Esto significa, entre otras cosas, que en todo momento su tarea de liderazgo moral sea realizada sin ceder a preferencias y que su actividad resulte libre de todo oportunismo, ocupándose exclusivamente de promover el bien de los hombres y asistirle en las desventuras.

Por eso, si en el mundo actual, el cristiano quisiera volver al puro campo «religioso», al culto litúrgico, a la preocupación por la salvación de las almas de sus fieles, no habría comprendido el verdadero sentido de la sentencia de Jesús: «Dad a Dios lo que es de Dios».

La posición asumida por Jesús, extraña a la política, contiene sin embargo también una exhortación a actuar responsablemente por el bien de la sociedad humana, siguiendo en ello la voluntad divina (R. Schnackenburg, *o. c.*).

## *Dos polos opuestos*

A lo largo de todo el antiguo testamento, a pesar de sus miserias y de sus vergüenzas, Jerusalén es el polo diametralmente opuesto a Babilonia que es el polo del poder mundano. Israel es en sustancia un pequño pueblo en torno al cual presionan los señores del mundo, los pueblos grandes y ricos, poseedores de armas y de caballos. Israel no ha convertido y dominado jamás el mundo con su poder mundano. Pero Roma es Jerusalén y Babilonia al mismo tiempo (Ap 16, 19; 17, 9 y 18). El poder mundano se transforma en cierto modo en iglesia. Basta leer las vidas de los santos para ver quién les ha perseguido.

La cristiandad, ya agonizante, ha sido ese monstruoso hibrido a lo largo de todos los siglos que se han llamado cristianos. Un creyente no puede leer una historia de la iglesia, incluso la más inocua y oficial, sin horrorizarse casi en cada página. Medida con el metro de la esperanza de la primera generación cristiana es desesperante, pero incluso confrontada con la historia de otras grandes instituciones si sobresale en algún momento desciende también a abismos inéditos, llenos de ambigüedad y confusión.

En la kénosis de Dios, que continuará hasta el fin del mundo la forma de permanecer la palabra de Cristo en el mundo, es la «anticristicidad» (S. Quinzio, *La fede sepolta*, Milano 1978).

## *No es una respuesta evasiva, sino comprometida*

La respuesta de Jesús se parece a los dichos enigmáticos de los sabios, que tienen el fin de mostrar la inteligencia del maestro y, al mismo tiempo, de obligar al discípulo a salir del caso particular para pasar a las cuestiones más generales.

De todas formas, la respuesta de Jesús no fue evasiva. Va más allá, pero no por miedo a comprometerse.

Jesús sabe bien que la jornada de un hombre está llena de pequeñas preguntas que exigen una respuesta inmediata (pero no se pueden dar recetas al respecto: está el deber de la rectitud y después cada uno debe regularse cada vez, según los casos).

Pero el evangelio sabe también muy bien que es peligroso dejarse aprisionar por estos problemas diarios, únicamente interesados en soluciones inmediatas: se permaneceria siempre en la periferia de las auténticas decisiones y las interminables discusiones —nacidas bajo el signo de lo concreto, pero en realidad bajo el signo de un reformismo excesivamente práctico— nos dejarían en el mismo sitio, siempre inseguros, divididos e insatisfechos.

Es más allá, por tanto, a donde hay que ir, allí donde se encuentra el centro inspirador: en nuestro caso, la justa dependencia de Dios es, por tanto, la justa libertad ante el estado.

Con su respuesta Jesús no pone en el mismo plano a Dios y al César, y mucho menos considera las dos realidades como independientes. El afirma la primacía de Dios —por tanto de la conciencia—, pero la primacía de Dios y la libertad de la conciencia no privan al estado de sus derechos.

La frase de Jesús se puede acentuar de distinta forma. En un contexto religioso en el que la afirmación de la primacia de Dios corre el riesgo de privar a la sociedad de su autonomia, el acento cae sobre el «dad al César lo que es del César».

En cambio, en una sociedad en la que la intromisión del estado se convierte en idolatria politica, el acento cae sobre «dad a Dios lo que es de Dios», afirmando de este modo la libertad de conciencia y el decidido rechazo de cualquier idolatria política (B. Maggioni, *o. c.*).

# Los saduceos y la resurrección de los muertos

12, 18-27 [1]

18. *Se le acercaron unos saduceos,*
*los que decían que no hay resurrección,*
*y le propusieron este caso:*

19. «*Maestro, Moisés nos dejó escrito:*
«Si a uno se le muere su hermano,
*dejando mujer* pero no hijos,
cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano».

20. *Había siete hermanos:*
*el primero se casó y murió sin dejar hijos;*

21. *el segundo se casó con la viuda*
*y murió sin tener hijos,*
*lo mismo el tercero,*

22. *y ninguno de los siete dejó hijos.*
*Por último murió también la mujer.*

23. *Cuando llegue la resurrección y ésos resuciten* [2],
*¿de cuál de ellos va a ser mujer,*
*si ha sido mujer de los siete?*».

24. *Jesús les dijo:*
«*¿Por qué estáis tan equivocados?*
*¿No será que no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios?*

25. *Porque cuando resuciten* [3],
*ni los hombres ni las mujeres se casarán,*
*serán como ángeles en el cielo.*

26. *Y acerca de que los muertos resucitan,*
*¿no habéis leído en el libro de Moisés,*
*en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios?:*
"Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob".

27. *No hay un Dios de muertos, sino de vivos.*
*Estáis muy equivocados*».

1. Cf. Mt 22, 23-33; Lc 20, 27-40.

2. Literalmente: cuando debieran resucitar. El verbo está en subjuntivo. Es decir, los saduceos expresan la opinión de los demás, sin compartirla.

3. Jesús emplea también el subjuntivo. Es decir, incluso en el caso de que la resurrección fuera sólo posible, los saduceos estarían igualmente en un error porque proyectan en el futuro las condiciones del presente. Inmediatamente después, como observa Nolli, Jesús afirma que la resurrección no sólo es posible, sino segura.

*Los saduceos*

La tercera disputa tiene como protagonistas a los saduceos[4].

Era un partido politico-religioso de corte aristocrático[5] formado por personajes conocidos, ricos e influyentes, salidos sobre todo de las clases sacerdotales. Su campo especifico era el culto del templo. Tenían una especie de exclusiva en la elección del sumo sacerdote.

En el ámbito del sanedrín su presencia y su poder estaban contrarrestados por los escribas y los fariseos, por lo que, a pesar de tener un peso notable, no eran capaces de controlar totalmente la vida de la nación. Por otra parte, tendían a separarse del pueblo.

Las noticias que tenemos sobre ellos son escasas y casi todas proceden de fuentes sospechosas (derivadas de ambientes claramente hostiles, sobre todo por motivos ideológicos). Por lo cual el retrato que se dibuja resulta claramente negativo y por ello escasamente fiable.

La literatura rabínica, en particular, se ensaña gustosa contra ellos. En un pasaje famoso son acusados por una mujer de engendrar hijos para la gehenna.

En el libro apócrifo titulado *Salmos de Salomón*, surgido en ambientes farisaicos, se denuncia en los saduceos su insaciable sed de riquezas, la soberbia, la presunción, el arribismo.

Incluso Flavio Josefo, más ecuánime, tampoco se muestra favorable ante ellos.

Alguno los tacha de inmediato: «oportunistas en politica, liberales en religión».

Pero su posición era mucho más sutil. Podriamos decir: realista. Individuos habituados a calcular exactamente los pros y contras de cada situación y de cada decisión. Preocupados por salvaguardar los propios derechos y privilegios sacerdotales (no admitían, por ejemplo, que laicos, como los escribas, fueran autorizados para interpretar la Escritura), se mostraban más bien conciliadores con los romanos, más por la fuerza de los hechos que por convicción[6]. Al mismo tiempo, atentos para no entrar en conflicto con las masas populares.

En cuanto a la doctrina se cree saber lo que rechazaban: inmortalidad del alma, premio y castigo personales, resurrección.

4. El origen del nombre es controvertido. Algunos dicen que viene de Saddoq, designado sumo sacerdote por Salomón (I Re 2, 35). Algún estudioso, en cambio, dice que procede del término griego, *sundikoi*, individuos que en Atenas defendian la pureza de las leyes sin innovaciones y modificaciones.

5. Cf. especialmente K. Schubert, *Jésus à la lumière du judaïsme du premier siècle*, Paris 1974, 69 s.

6. Sin embargo no hemos de olvidar que la chispa de la revuelta del 66 partió precisamente de un saduceo: Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananias.

Un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (23, 8) añade también la negación de los ángeles y de los espíritus. Pero el dato no está confirmado por la literatura judía.

No es ni siquiera exacto que aceptasen como Escritura exclusivamente los «Cinco Libros». También reconocían los demás, pero daban un valor fundamental y privilegiado, una autoridad absoluta al Pentateuco. Sobre todo tenían una verdadera alergia por toda la literatura de tipo apocalíptico.

El conflicto con los fariseos nacía principalmente del rechazo tenaz a colocar en el mismo plano la ley escrita y oral (de la que los fariseos eran exquisitos paladines). Defendían con ahínco la separación y el distinto grado de valor de la ley escrita y las tradiciones orales, con una clara tendencia a devaluar estas últimas.

Sin embargo, honestamente, hemos de tener presente que muchas cuestiones doctrinales, en el siglo I, eran aún objeto de debate y llegarían a ser doctrinas oficiales, fuera de cualquier contestación, únicamente más tarde.

En la práctica, los saduceos reducían la resurrección a la propagación de la descendencia. La vida eterna para ellos era sólo la conservación de la especie.

Su escepticismo se refería más que nada a la espera mesiánica.

También estaban inmunizados de la fiebre escatológica.

En conclusión: no modelos, pero tampoco impíos. No sería justo catalogarles entre los herejes. Fundamentalmente eran conservadores.

Este partido —no muy numeroso— sale prácticamente de escena en el 70, juntamente con el templo.

De todas formas «el verdadero y serio encuentro con la aristocracia saducea del templo se verificó en el cuadro de los sucesos de la pasión. Sin embargo, entonces no eran ya los representantes de doctrinas contrapuestas que polemizaban cara a cara, sino que Jesús se encontraba allí como acusado ante los que poseen el poder político. Por eso este nuevo encuentro no llevó a nuevos debates sino a la cruz del Gólgota» (K. Schubert).

## *La disputa*

Los saduceos se acercan a Jesús sin tonos aduladores, pero también sin el apasionamiento típico de los fariseos.

Están lejos de cualquier forma de fanatismo, saben mantenerse distantes, objetivos, habituados a razonar con argumentaciones sólidas, teniendo en cuenta lo que está escrito en el Pentateuco. Si acaso, una brizna de ironía en vez de agresividad. Sin duda saben atacar.

Pero con una cierta frialdad y lucidez, cuando es necesario, sobre todo para evitar alteraciones del orden politico-económico-religioso.

La materia que proponen a Jesús no es «explosiva» como la cuestión del tributo. Más bien una cuestión académica. Ellos apuntan sobre todo al ridículo.

La pregunta está relacionada con la llamada ley del levirato [7], por la que un hombre debía casarse con la cuñada cuando el hermano hubiera muerto sin dejar hijos varones. Esta institución tenía por objeto evitar que la viuda se casara con un extranjero (por tanto reflejaba la preocupación por conservar la raza), asegurar la descendencia y, sobre todo, que la propiedad permaneciera dentro del ámbito familiar.

Era una norma de difícil aplicación, frecuentemente olvidada y, en tiempos de Jesús, prácticamente anulada. Sin embargo, era un bocado sabroso para los casuistas.

Pero los saduceos no quieren aclaraciones sobre esta disposición legal. Se sirven de ella, inventando el caso grotesco de una mujer que se casa sucesivamente con siete hermanos y que se decide a morir sólo cuando ha enterrado al último marido, para demostrar el absurdo de la creencia en la resurrección.

«¿De cuál de ellos va a ser mujer?» (v. 23).

Tengamos presente que en el judaísmo tardío se contraponían dos tendencias sobre la vida del «mundo futuro».

La primera decidida y groseramente *materializante,* tendia a transferir en el más allá las alegrías y las dimensiones más apetitosas de las realidades terrenas, a través de un simple aumento cuantitativo. Todo ello se verificaría especialmente en la fertilidad de la tierra, fecundidad de las mujeres y fuerza vital de los hombres.

Es citado, por ejemplo, el dicho del rabí Gamaliel, que aseguraba que en el mundo futuro «la mujer parirá diariamente, del mismo modo que las gallinas ponen un huevo cada día». Y más tarde el rabí Eliezer sostenía que cada israelita seria padre de unos seiscientos mil hijos ¡nada menos!

La otra tendencia —de impronta apocalíptica— era más espiritualista, aunque no perdia el característico espesor de «mundanidad» peculiar del hebraísmo. He aqui un ejemplo: «Rab solia decir: No es como este mundo el mundo futuro; en el mundo futuro no se come ni se bebe, ni hay reproducción de la especie, no hay intercambios

7. Del latín *levir,* cuñado. La disposición está contenida en el Deuteronomio (25, 5-6): «Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin hijos, la viuda no saldrá de casa para casarse con un extraño; su cuñado se casará con ella y cumplirá con ella los deberes legales de cuñado; el primogénito que nazca continuará el nombre del hermano muerto, y así no se extinguirá su nombre en Israel». Como se ve, la cita de Jesús no es literal.

comerciales, ni celos ni odio ni luchas, sino que los justos estarán sentados y coronados en sus cabezas y gozando del esplendor de la majestad divina»[8].

No es que los saduceos pidan a Jesús el que se declare a favor de una u otra posición. Para ellos son todas indiferentes.

El caso que proponen debería servirles sólo para demostrar el absurdo de la resurrección en si misma.

No debe extrañarnos el que una verdad, tan fundamental para nosotros, fuera objeto de controversia en aquel tiempo.

Tengamos presente que durante muchos siglos, en la fe hebrea, incluso en la más robusta y auténtica, estaba ausente cualquier idea de inmortalidad del alma y de resurrección de los cuerpos.

W. Zimmerli subraya al respecto «la peculiaridad de la fe veterotestamentaria que la hace desde el punto de vista de la historia de las religiones, un caso único en relación al ambiente de la época: el hecho caracteristico de que el antiguo testamento no sobrepasa en sus esperas, si prescindimos de algunas afirmaciones marginales, el umbral de este mundo presente. Esta característica, que hace del antiguo testamento un libro apegado de forma muy notable a la tierra y "mundano", ha sido considerada frecuentemente con cierto malestar». Y el malestar aumenta si se confronta este elemento con las creencias explícitas de las demás religiones (baste pensar en Egipto y Persia).

La teología hebrea, durante siglos, ha hablado del más allá en términos muy vagos e incluso contradictorios. Se ha referido al *sheol,* en donde se vive una vida disminuida, en donde se actúa más bien como sombras, como larvas.

Por tanto, la posición de los saduceos es explicable, dado que se atenían únicamente a cuanto estaba escrito en los «Cinco libros».

La fe explícita en una vida después de la muerte se desarrollará lentamente en el judaísmo, a partir de algunos pasajes tardíos de la Escritura[9], a los que por otra parte los saduceos daban escasa importancia.

El problema se había planteado sobre todo con ocasión de la terrible persecución de Antioco Epifanes (siglo II antes de Cristo), cuando se trataba de infundir ánimos y mantener la esperanza ante la muerte de los mártires. Esa experiencia, entre otras cosas, sirvió para preparar los espíritus a aceptar la idea de una vida futura.

Sin embargo es difícil encontrar una afirmación clara sobre la resurrección de los cuerpos.

8. *Berak.* 17a.

9. Por ejemplo: Is 25, 8; 26, 19; Dan 12, 2; Sal 73, 23 s; 2 Mac 7, 9.11.14.23.29.36; 12, 41-46; y quizá Job 19, 25-27.

*La respuesta de Jesús*

La cuestión propuesta por los saduceos comprendía dos elementos:
— el *hecho* de la resurrección,
— el *modo* de la resurrección.
Jesús comienza esclareciendo este segundo aspecto.

Además precisa sin términos medios las causas del error de sus interlocutores: escaso conocimiento de las Escrituras e ignorancia del poder divino.

«El "poder divino" es la posibilidad de crear cualquier cosa de nuevo, algo inimaginable para el pensamiento humano. Se toma en serio el hecho de que Dios es Dios; y es Dios precisamente porque no puede ser circunscrito y encasillado en el pensamiento humano. Estas palabras, por tanto, mantienen los dos aspectos: por un lado, la afirmación clara de una vida después de la resurrección, que no se silencia; por otro se habla de tal modo que es respetado el misterio que supera las categorías y las imaginaciones humanas. De esta forma la respuesta... dice algo claro para la fe, pero no se puede especular sobre ella ni pretender resolver todos los posibles problemas teóricos» (E. Schweizer).

«Porque cuando resuciten, ni los hombres ni las mujeres se casarán, serán como ángeles en el cielo» (v. 25).

Jesús está más cercano aquí a la perspectiva apocalíptica espiritualista. «...Os alegraréis como los ángeles del cielo» [10]. «Los justos habitarán en las cimas de este mundo, se parecerán a los ángeles, serán semejantes a las estrellas...» [11].

La alusión a los ángeles puede también contener una puya contra los saduceos que —al menos según los *Hechos*— negaban la existencia de los espíritus.

Con esto Jesús no niega la dimensión de la *corporeidad* en los resucitados. Solamente afirma que la corporeidad y la existencia en general serán distintas de las de la tierra.

Como el poder de Dios puede realizar cosas que van más allá de las posibilidades humanas, asi la «nueva creación» se configura de un modo que supera nuestra misma imaginación. Por estar condicionados por esquemas terrestres no somos capaces de representarnos el «totaliter alter» del mundo de Dios «que no hay que profanar haciendo de él una continuación clarificada y mejorada de nuestro mundo humano» (G. Dehn).

10. *Enoch* 104, 4.
11. *Apocalipsis de Baruch* 51, 10 s.

Observa R. Schnackenburg: «En el caso de que quisiéramos representarnos la resurrección como la reanimación física y material de cadáveres, como un revivir sobre esta misma tierra y un nuevo inicio de la vida interrumpida por la muerte, caeríamos en la concepción del judaísmo apocalíptico. La fe en la resurrección futura, que no entra en el juego de nuestro modo de pensar, se sostiene y cae con la fe en la transcendencia de la existencia humana, que encontrará en Dios la propia plenitud. Si tomamos en serio esta fe, la inclusión de todo el hombre, incluida la corporeidad, en la perfección de una vida junto a Dios, resultará sensata y consecuente. De hecho, sólo cuando Dios nos acoja con nuestra humanidad entera, haciéndonos participar en su vida, la transcendencia afirmada por la fe no constituirá ya para nosotros un modo distinto y extraño a nuestro ser, sino el coronamiento de este mundo *nuestro*, el logro de una perfección que esperamos de la bondad, fidelidad y poder de Dios, como meta suprema de nuestra vida humana».

Pero sobre las modalidades de esta maravillosa *plenitud* seria pueril e inútil hacer especulaciones.

Acerca del *hecho* de la resurrección (¿es posible? ¿es cierta?), Jesús ofrece una demostración más bien insólita. Como los saduceos admitían sólo el contenido del Pentateuco, el Maestro cita precisamente un pasaje del Exodo (3, 6), el de la zarza ardiendo, en donde Dios se presenta a Moisés como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Observa con su habitual agudeza B. Maggioni: «Se descubre en la respuesta de Jesús un método original, distinto del rabínico y saduceo, de leer las Escrituras: podríamos hablar de una *lectura global*, que no se pierde en virtuosismos exegéticos y que sabe en cambio intuir el punto fundamental. En otros términos, Jesús no busca textos que hablen de la resurrección, prestándose de este modo a la contestación de los saduceos y, por tanto, reduciendo la resurrección a una cuestión exegética y a una disputa de escuela. El cita, sorprendentemente, Exodo 3, que es un texto sobre Dios y no sobre la resurrección. En ello está precisamente la originalidad de Jesús: él se refiere al centro de las Escrituras, es decir a la revelación del Dios viviente, y devuelve el debate al amor de Dios y a su fidelidad: si Dios ama al hombre no puede abandonarlo al poder de la muerte».

En definitiva, Jesús no demuestra la inmortalidad del alma como podría hacer un filósofo platónico y ni siquiera sigue el método de un teólogo.

Habla de un Dios que no es «un Dios de muertos, sino de vivos» (v. 27).

Su argumentación conduce sustancialmente a reflexionar sobre dos elementos:

— *el poder de Dios*, capaz de crear «cosas nuevas»[12];

— *la fidelidad de Dios* al hombre. Dios mantiene las promesas. Si se une al hombre, lo hace para siempre, no para un tiempo limitado, para un trozo de camino. La alianza no puede ser interrumpida por la muerte.

El pensamiento cristiano se encargará de desarrollar ulteriormente este tema, centrándolo en torno a la figura de Cristo resucitado.

Para el cristiano, la resurrección no es sólo una teoría con sólidas pruebas de orden filosófico y teológico, sino un dato de fe ligado a la experiencia de Cristo viviente, presente, para quien los que le pertenecen, le pertenecen también más allá de la muerte.

El cristiano no es uno que cree en la resurrección. Es él mismo un resucitado «con Jesús» (2 Cor 4, 14).

## Provocaciones

1. «¿De cuál de ellos va a ser mujer?».

La preocupación no es sólo de los saduceos.

Incluso cuando «eleva» los propios pensamientos a la vida futura —si es que los eleva— el hombre continúa razonando sólo en términos de posesión, cálculo, derechos, apropiación.

No es capaz de liberarse, no ya de la corporeidad, sino de las manos.

Las manos las tiene en el corazón, en la cabeza, en todas partes.

«Yo sólo tengo manos» podíamos decir parodiando al poeta.

Quizá la purificación última, la más difícil, consiste en enseñarnos por fin a usar las manos... de forma distinta.

2. Y nos presentamos a Dios como si fuesemos a inspeccionar una vivienda.

Se nos informa de la amplitud de las habitaciones, de cuánto sol reciben, del material empleado, del balcón panorámico. Y que no falte el jardín y el patio. Sobre todo que haya muchos espacios (¡con tantas cosas como tenemos que colocar...!).

Naturalmente tiene que haber un sitio para la cría de las gallinas y los conejos (nunca se sabe, dado los precios que corren, siempre es mejor valerse por uno mismo). No estaría mal una caseta para el perro.

He aquí el acostumbrado e incurable miedo a ser defraudados en algo que esperamos.

12. Dice J. M. González-Ruiz: «La fe es una apertura a Dios y deja que el totalmente otro cree el totalmente otro».

La obsesión de que se olvide algún detalle del que estamos encariñados.

Nos interesamos por las cosas que nos dan, que nos deben dar.

Y no pensamos en él.

Sí. La mentalidad de quien va a alcanzar un premio. O, para alguno, el resarcimiento de los daños sufridos durante el difícil paso sobre la tierra.

Y se olvida que Dios no es un dador de recompensas, sino de vida.

La vida con él.

No se trata de asegurar con antelación cómo será la casa, cómo ha sido preparada la habitación o qué comprende el programa.

La información esencial se refiere a un Dios que no quiere estar separado ya de su creatura.

3. El problema principal que hay que resolver creo que es este: ¿nos fiamos de nuestros gustos o bien somos capaces de fiarnos del Dios de la felicidad? ¿Nos preocupamos de nuestra supervivencia o bien tendemos hacia un Dios «de vivos»?

4. Si repitiéramos a continuación, como una letanía, esa precisión «no hay un Dios de muertos, sino de vivos», poco a poco terminaríamos por familiarizarnos no con la idea de la muerte. Algo más. No tendríamos ya miedo a la vida.

5. Tienen que haber quedado disgustados. Se vanagloriaban de ser especialistas en la Escritura. El Pentateuco era su especialidad. No se pasaban ni una coma.

Y se les echa en cara: «¿No será que no comprendéis las Escrituras?, ¿por qué estáis tan equivocados?».

Para confirmar la acusación, la cita de un pasaje famoso. Claro que lo conocían perfectamente, faltaria más. Pero se limitaban a conocerlo, sin captar el sentido.

También puede suceder que no se pasen ni una coma, pero se pasen lo más importante.

Lo mismo nos sucede a nosotros.

Sobre todo cuando utilizamos la palabra para encontrar pruebas, demostraciones, seguridades intelectuales.

Y nos ilusionamos con entender todo, o casi todo.

De hecho, podemos entender todo. Menos lo esencial: que Dios tiene la costumbre de explicarse no a golpe de demostraciones racionales, sino con las locuras de su amor por el hombre.

## CONFRONTACIONES

### *No serán abolidos, sino transfigurados*

El afirma que en la resurrección no existirán ya relaciones sexuales y conyugales: los hombres no tomarán ya mujer y las mujeres no serán entregadas al marido. Se quiere decir con esto que la «corporeidad» de los resucitados será completamente distinta de la terrena (cf. 1 Cor 15, 36-50).

Jesús resalta este importantísimo concepto con la explicación ulterior de que «serán como ángeles en el cielo»...

...En el mismo pasaje Lc utiliza una expresión aún más fuerte: «iguales a los ángeles». Tal concepción condujo, en la historia de la teología, a una devaluación de la sexualidad y del matrimonio, porque se quiso ver el máximo ideal en un estado privado de relaciones sexuales y «angelical», y se aspiró a realizarlo lo más posible en esta tierra.

Las consecuencias de una concepción tan hostil al matrimonio y al cuerpo se filtraron en la moral cristiana sexual y conyugal y perduran todavía.

No se podría haber dado equivoco mayor en la interpretación de estas palabras de Jesús. En efecto, con la doctrina de la resurrección de los muertos también la corporeidad es comprendida en la redención y en ella se proclama una concepción global del hombre, que no puede prescindir de su sexualidad.

Según lo que dice Mc se trata sólo de un ejemplo que sirve para que se comprenda el modo de existencia de los resucitados.

En todo caso la diversidad de tal existencia excluye una actividad sexual, en la que se engendren hijos. La multiplicación del género humano está limitada a la existencia histórica de aqui abajo y sirve a su prosecución. En la mentalidad de entonces y en la problemática de los saduceos existe sólo la idea de generación y de posteridad, mientras la cuestión del amor conyugal y del complemento personal de los esposos no entra en su óptica.

Las afirmaciones de Jesús no están en contraste con la nueva teologia cuando esta última, convencida de que el mundo futuro enriquecerá el perfeccionamiento del orden creado a quien dará el último retoque, saca la consecuencia de que también las relaciones interpersonales entre hombre y mujer y por tanto también su recíproco amor, no serán abolidos, sino elevados y «transfigurados» (R. Schnackenburg, *o. c.*).

### *Resurrección de la persona*

Hoy, para evitar todo equívoco y permanecer al mismo tiempo fieles a la enseñanza del nuevo testamento, habría que hablar de resurrección de la persona. En todo caso, se hable de resurrección del cuerpo o de resurrección de la persona, lo que importa subrayar es esto: el objetivo de la redención en Jesucristo no es la salvación de un elemento —quizá la parte «espiritual»— del ser humano, sino la salvación de la persona humana en su totalidad (P. H. Menoud).

### *Resurrección como nueva existencia*

El mundo helenistico-pagano no aceptaba la resurrección del cuerpo: el cuerpo es la prisión del espíritu y la salvación consiste precisamente en liberarse de aquel. El pensamiento helenístico es fundamentalmente dualista y habla gustosamente de «inmortalidad», pero no de resurrección. Esto representa una primera y sustancial diferencia del pensamiento judío.

Además la reflexión griega busca la razón de la inmortalidad en el hombre mismo: en el hombre hay un componente espiritual, incorruptible, por su naturaleza capaz de sobrevivir al cuerpo corruptible. Esta constituye una segunda diferencia del pensamiento judío, que gusta en cambio de buscar la razón de la vida en la fidelidad de Dios. Frente a esta mentalidad pagana, que corría el riesgo de traicionar en profundidad la enseñanza de Jesús y la esperanza traida por él, el evangelista se preocupa sobre todo de quitar un posible equívoco: explica que «resurrección» no significa en modo alguno una prolongación de la existencia presente. La resurrección no es la reanimación de un cadáver. Es un salto cualitativo. Por eso distingue con cuidado la vida futura de la presente. Los griegos tienen serias razones para mostrarse insatisfechos de esta existencia y de sus limites: una vuelta a la misma o una prolongación no tendría ningún sentido.

Por tanto se debe hablar de una *nueva* existencia. Pero en esta nueva existencia es *todo* el hombre el que entra, no sólo el espíritu. El evangelio habla de «resurrección», no de inmortalidad. La comunidad cristiana prefiere la solidez de la palabras de Jesús antes que la cultura de los griegos. La comunidad no busca la razón de la resurrección en los componentes del hombre, sino que se remonta a la fe en el Dios viviente. La promesa de Dios nos asegura que toda la realidad de la persona entra en una vida *nueva* y precisamente porque entra en una vida nueva, tal realidad es *transformada*. Esto es lo que Mc intenta decirnos (B. Maggioni, *o. c.*).

*La relación con el Dios de la alianza*

En la gran tradición bíblica el problema de la muerte se resuelve en una relación vital con el Dios fiel y justo que funda y garantiza la vida del hombre incluso en la situación de muerte.

Toda la atención del hombre bíblico se concentra en esta relación intensa con el Dios de la alianza que da sentido y plenitud a toda la existencia dentro de la trama de las relaciones históricas y terrenas (R. Fabris, *I corpi risorti:* Il Giorno [1978]).

# El primer mandamiento

## 12, 28-34[1]

28. *Un escriba, que había oído la discusión*
*y había notado lo bien que respondía,*
*se acercó y le preguntó:*
*«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».*

29. *Respondió Jesús:*
*«El primero es:*
"Escucha, Israel,
el Señor nuestro Dios es el único Señor,

30. y amarás al Señor tu Dios
con todo tu corazón, con toda tu alma,
*con toda tu mente, con todas tus fuerzas*".

31. *El segundo es éste:*
"Amarás a tu prójimo como a ti mismo".
*No hay otro mandamiento mayor que éstos».*

32. *El escriba replicó:*
*«Muy bien, Maestro,*
*tienes razón en decir que el Señor* es uno solo
y no hay otro fuera de él;

33. *y que* amarlo con todo el corazón,
con todo el entendimiento y con todas las fuerzas,
*y* amar al prójimo como a uno mismo
*vale más*[2] *que todos los holocaustos y sacrificios».*

34. *Jesús, viendo que había respondido inteligentemente, le dijo:*
*«No estás lejos del reino de Dios».*
*Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.*

*Al fin una persona sincera*

Esta vez hay una pregunta sin doble sentido.

Jesús responde con gusto. Parece un escolar diligente que se somete a una pregunta seria. Acoge el elogio merecido y después, a su vez, aprueba al maestro.

Se tiene la impresión de asistir a un intercambio de cortesías y de aprobaciones recíprocas.

1. Cf. Mt 22, 34-40; Lc 10, 25-28.
2. Literalmente: es más excelente.

Pero los dos están lejos del academicismo.

En realidad Jesús se encuentra, por una vez, a un interlocutor sincero, empeñado en una búsqueda auténtica, sin posiciones preconcebidas.

Mt atribuye a este escriba intenciones menos limpias y afirma que su pregunta es capciosa.

Mc, en cambio, que no traga a los escribas [3], hace una excepción con este colega de ellos. Lo cual, entre otras cosas, pone a favor, además de la originalidad de su relato, también la honradez del autor. En efecto, en el contexto de las polémicas habria sido muy fácil y casi lógico insertar un nuevo personaje con intenciones de asechanzas. Lo cual, además, habria justificado mejor la candente requisitoria del pasaje siguiente.

Este hombre, en cambio, ha seguido el debate precedente con los saduceos. Y ha quedado admirado por la lucidez de la argumentación de Jesús. Por eso se atreve a proponerle su propia cuestión.

### *La pregunta*

«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

La pregunta nace de una exigencia particularmente sentida en el ambiente judío.

Una de las preocupaciones constantes de Israel ha sido la de hacer la voluntad de Yahvé, de modo que la propia conducta fuese agradable a Dios.

Para esto estaba la ley de Moisés. Defendida por una robusta valla. Sólo que con el correr del tiempo en aquel recinto sagrado habian sido introducidas y acumuladas numerosas normas, además de las antiguas. Se quería estar seguros de que ningún elemento de la vida cotidiana, ninguna situación escapara a una rigurosa codificación, de tal forma que el fiel supiera con precisión cómo comportarse en todas las circunstancias. Nada de dejar fuera algo.

De este modo, en un momento determinado, se podian hacer las cuentas. A veces con resultados sorprendentes. 613 preceptos, en su mayoria negativos. En efecto, 365 eran prohibiciones (el mismo número de los días del año) y 248 imposiciones (exactamente el número que se creía entonces que eran los miembros del cuerpo humano).

Era dificil orientarse en aquel barullo de disposiciones insignificantes mezcladas con normas importantes [4].

3. Cf. *Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos, I,* 113 s.

4. Podía ocurrir, por ejemplo, que se colocase al mismo nivel la prohibición de coger nidos (Dt 22, 6-7) con el mandamiento de honrar padre y madre.

El equívoco de fondo consistía en vanagloriarse de haber recibido de Dios, con preferencia a otros pueblos, un mayor número de leyes, y en creer que la conciencia en regla fuese cuestión de cantidad de normas respetadas y prácticas cumplidas.

Muchos veían la exigencia de fijar una jerarquía de valores en aquel cúmulo de leyes. De llegar a una simplificación. De forma que estuviera claro lo que era importante y lo que no lo era.

En los últimos tiempos se habían registrado resultados positivos en ese sentido.

Hillel, por ejemplo, un maestro prestigioso que había enseñado en los años de la juventud de Jesús, repetía una máxima que se hizo famosa: «Lo que no te gusta, no se lo hagas al prójimo. Esta es toda la ley. Lo demás es sólo interpretación (de esta sentencia)».

Cien años después el rabí Akiba, martirizado por su fe durante la segunda revuelta (en torno al año 135 d.C.) dirá aún más explícitamente: «Debes amar a tu prójimo como a ti mismo. Este es un gran y general principio de la ley».

En una anotación al Talmud babilónico podemos leer: «La limosna y las obras de caridad contrapesan todos los preceptos de la ley».

En una apócrifo como *Testamento de los XII patriarcas* (siglo II antes de Cristo) se puede incluso ver que el amor al prójimo se coloca en el mismo plano que el amor a Dios, igual que en el evangelio: «Amad al Señor durante vuestra vida y amaos uno a otro con corazón sincero». Y también: «Amad al Señor y a vuestro prójimo, tened compasión del pobre y del débil»[5].

Por tanto ya en el judaísmo se percibe el esbozo de una síntesis que lleva a considerar la atención hacia el prójimo como un valor esencial y las obras de caridad como el mejor modo de agradar a Dios.

Sin embargo permanecían bastantes incertidumbres (alguno, por ejemplo, consideraba la fe el valor supremo) y sobre todo no se realizaba de forma explícita la unión entre los dos mandamientos que sería hecha por Jesús.

### *El primer mandamiento son dos*

Jesús responde uniendo[6] dos pasajes del Pentateuco:

— El primero (Dt 6, 4) es el inicio del *Shema Israel* —de las palabras iniciales: Escucha, Israel—, una especie de profesión de fe

5. Nos queda la duda, sin embargo, de que este texto, tal como nos ha llegado, haya sufrido retoques bajo la influencia cristiana.

6. En Lc —que coloca el episodio en un contexto totalmente distinto— es un doctor de la ley, quien hace esta unión, lo cual hace sospechar que ya en el judaísmo se habría

con la que todo israelita abría y cerraba la jornada, probablemente ya en uso en tiempos de Jesús [7].

— El segundo está sacado del *Levítico* (19, 18).

Él escriba ha preguntado cuál es «el primer» mandamiento. Jesús responde citando también el segundo y uniéndolo al primero. Por tanto los dos están en el mismo plano, formando un todo. *Juntos* —advertir «éstos» en plural— constituyen el «mandamiento mayor» (v. 31).

También son significativas las palabras introductorias —que sólo Mc refiere— y que en hebreo suenan más o menos asi: «Yahvé es nuestro Dios, sólo Yahvé».

Es una solemne declaración de fe monoteista, que justifica el mandamiento que sigue.

El Dios único excluye cualquier idolo. La *dependencia* de él es fuente de *libertad.*

El Dios que no está en competencia con el César, que es un Dios «no de muertos, sino de vivos», y también el Dios que exige una pertenencia y un amor total. «El amor es la respuesta del pueblo a la intervención de elección y de revelación de Dios y es por tanto la ley fundamental de este pueblo único» (Lohmeyer).

El amor se expresa con todas las facultades del hombre: corazón, alma, mente, fuerza (v. 30). El hebreo tiene sólo: corazón, alma, fuerza. La falta de «mente» se explica por el hecho de que en la antropología semítica el corazón no se considera tanto como la sede de los afectos y de los sentimientos, cuanto más bien de la inteligencia. Por tanto la mente está ya comprendida en el corazón.

«Alma» quiere decir vida. Y puede significar además de la exigencia de amar a Dios en todas las circunstancias de la existencia, también la de sacrificarle la vida misma si asi lo exigiera la fidelidad a él.

A este respecto se cita el ejemplo del rabí Akiba, el personaje del que ya hemos hablado. Mientras era conducido al martirio y los torturadores estaban ya sacrificándole, en la hora exacta de la oración, se puso a recitar el *Shema.* Los discipulos enseguida le dijeron que dadas las circunstancias podia considerarse dispensado de aquella observancia. El replicó:

establecido la misma conexión entre amor a Dios y amor al prójimo. Sin embargo, algún estudioso supone que Lc había puesto la respuesta en boca del escriba para preparar la parábola del samaritano. Es decir el escriba conoce ya la importancia fundamental del mandamiento relativo al prójimo, pero no sabe exactamente quién es el prójimo. A mi, modestamente, me parece que incluso invirtiendo las partes, la parábola y la pregunta que la ha originado estarían plenamente justificadas incluso desde un punto de vista literario, además de lógico.

7. El *Shema* comprende Dt 6, 4-9; 11, 13-21; Núm. 15, 37-41.

— Durante toda mi vida me he preocupado siempre del versículo que dice «con toda mi alma», incluso aunque se tome en serio el alma (la vida). Ahora que se presenta la ocasión para ponerlo en práctica ¿por qué no debería recitarlo?

«Con toda la fuerza» según algunos, se entiende la voluntad. Otros dicen «todas las fuerzas» y entienden las posesiones y los bienes terrenos.

Por tanto, más que cada una de las expresiones, habrá que tener en cuenta la idea de fondo, que es la *totalidad* y *plenitud.* Hay que amar a Dios con un amor que brota del centro de la persona e invade todas las facultades. La respuesta del hombre debe ser *completa.*

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 31).

Es importante la puntualización «como a ti mismo» [8]. Es sugerida la posibilidad e incluso el deber de amarse a sí mismo (lo cual obviamente es muy distinto de ser egoísta). Hay un sano amor a si mismo que está en la base del auténtico amor a los demás. Hay una buena relación consigo mismo que constituye el fundamento de las relaciones auténticas con los demás. Personalmente creo que muchos cristianos y no pocas personas religiosas son incapaces de aceptar y amar verdaderamente a los demás porque son radicalmente incapaces de amarse y aceptarse a sí mismos [9].

Es difícil definir con precisión qué se entendia en el judaísmo con el concepto de «prójimo» [10]. En primer lugar el término era más bien restrictivo. Sucesivamente, sin embargo, se habría ampliado hasta comprender a los extranjeros residentes, especialmente los que abrazaban la fe hebrea. Poco a poco, se fue alargando el horizonte, aunque con dificultad. Como demuestra este episodio: «Un no hebreo preguntó a R. Jehosua: "Vosotros tenéis fiestas y nosotros también. Cuando vosotros estáis alegres nosotros no estamos alegres y cuando nosotros estamos alegres vosotros no estáis alegres. ¿Cuándo en fin será posible alegrarse juntos?" Respondió: "En la estación de las lluvias". ¿Por qué motivo? Está escrito: *Las praderas se cubren de rebaños y los valles se visten de mieses* (Sal 65, 14). ¿Y qué hay escrito después? *Aclamad a Dios, tierra entera, tañed en su honor, alabad su*

8. V. Taylor cita con acierto también la primera parte de Lv 19, 18: «No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciudadanos». Y comenta: «Amar al propio vecino es lo contrario de vengarse y de guardar rencor y odio contra él; y significa por tanto atención, ternura hacia él, y la promoción activa del bien suyo, igual que quisiéramos hacer con nosotros mismos».

9. Cf. las observaciones a este respecto desarrolladas por un especialista P. Solignac, *La névrose chrétienne*, sobre todo el capitulo «L'éducation de l'amour de soi», páginas 181 s.

10. Cf. el profundo estudio de K. Hruby, *L'amour du prochain dans la pensée juive:* Nouvelle Revue Théologique (1969) 493 s.

*gloria... Bendecid, pueblos, a nuestro Dios* (Sal 66, 1.8). No está escrito: sacerdotes, levitas e israelitas aclamad al Señor, sino: bendecid, *pueblos*, a nuestro Dios»[11]. Por consiguiente, la salvación de los paganos no era ya excluida categóricamente. Caída asi la barrera de la discriminación religiosa, también el precepto del amor encontraba un nuevo, vasto campo de aplicación.

### *La aprobación*

El escriba interviene aprobando incondicionalmente la respuesta de Jesús. Y resalta el concepto de la preeminencia del doble precepto del amor sobre todo el resto, comprendido el culto[12].

La expresión «más que todos los holocaustos y sacrificios» (v. 33) adquiere un relieve especial si es pronunciada, como parece, en la explanada del templo.

Subraya indudablemente la frase de Oseas: «Porque quiero lealtad, no sacrificios; conocimiento de Dios, no holocaustos» (Os 6, 6). Y recuerda además otro pasaje del antiguo testamento: «Obedecer vale más que un sacrificio» (1 Sam 15, 22).

Por otra parte, toda la tradición profética y sapiencial está de acuerdo en reconocer la preeminencia de las exigencias de fidelidad y de respeto de la justicia sobre el culto. La adoración agradable a Dios, la adoración «auténtica», no puede limitarse a los labios y al ámbito del templo, sino que debe abarcar al hombre en su interioridad y en sus precisos deberes hacia el prójimo.

En la sorprendente conclusión de Jesús «no estás lejos del reino de Dios» (v. 34) me parece que se puede captar el hecho de que el escriba, a pesar de recalcar sustancialmente las enseñanzas de la tradición judía, ha dicho sin embargo algo particularmente nuevo y valiente[13].

Sobre todo Jesús capta en el interlocutor una búsqueda desinteresada de la verdad, una disponibilidad no inficionada por prejuicios ante su persona. Por eso está cercano al reino; presente en Jesús mismo.

### *¿La novedad consiste en la ausencia de novedad?*

En este punto se discute entre los estudiosos sobre la «novedad» de la respuesta de Jesús.

11. *Beresit Rabbâ* 13, 6.
12. Hay que notar cómo el escriba evita nombrar expresamente a Dios.
13. Según la tradición rabínica —como subraya V. Taylor— habría sido lógico esperar que el doctor hubiera puesto sencillamente en el mismo lugar amor y culto. En cambio va más allá afirmando: «vale más».

Es interesante examinar las posiciones de los distintos intérpretes, que hablan todos de la «auténtica novedad». Como si estuviera allí, evidentísima, elemental. Aunque después cada uno la interpreta de manera totalmente distinta.

Personalmente he contado media docena de «auténticas novedades». Lo cual demuestra, al menos, que no es tan evidente como podría parecer a primera vista.

Alguno insiste en el hecho de haber colocado «en el mismo plano» los dos mandamientos (pero hemos ya advertido cómo una cierta síntesis en este sentido maduraba ya en el judaísmo).

Otros dicen que la novedad está en hacer depender el amor del prójimo del amor de Dios.

Otros, en cambio, la descubren en la caracteristica de que la caridad hacia el prójimo constituye la concreción, la verificación, el control más seguro de la fidelidad a Dios.

Hay quien se para en la ampliación del concepto de prójimo (pero, también aqui, hemos visto como un esbozo de visión universalista ya presente en el judaísmo más abierto).

También hay quienes fijan la atención en la realidad del culto, que no puede ser separado de la caridad y de la práctica de la justicia (un dato que se encuentra en el mensaje profético).

Finalmente algunos estudiosos subrayan específicamente la afirmación inicial en clave de riguroso monoteísmo. El único Señor excluye cualquier forma de esclavitud en relación a los ídolos de distinta naturaleza. El hombre, por eso, no debe erigirse a si mismo en señor, pero ni siquiera hacer del prójimo un ídolo.

No es el momento de discutir todas estas posiciones, cuando cada una tiene el mérito de poner en evidencia un aspecto del problema (aunque no exclusivo).

¿Y si la «auténtica novedad» de Jesús en este caso consistiese precisamente en la ausencia de novedad, al menos como la entendemos nosotros?

Jesús probablemente conecta con los resultados más maduros de la tradición de su pueblo y los hace propios, colocando sin embargo su persona como «cumplimiento» —continuidad y superación—, punto de llegada de todo el itinerario precedente. En este caso la novedad consistiria en la posibilidad de encontrar concretamente el «camino de Dios» en la persona de Jesús.

Sin embargo, quiero citar la posición de E. Schweizer (que será expuesta exactamente en las «confrontaciones»). Pone de relieve estos elementos:

— Jesús contrapone el amor vivido con todo el corazón al legalismo siempre obstinado en medir con términos cuantitativos y en hacer el censo de los distintos preceptos transgredidos u observados.

— Pone en guardia contra el riesgo del legalismo que, perdiéndose en mil observancias, termina por perder de vista la voluntad de Dios.

— «El mandamiento mayor» —que son dos— no es sólo el más importante en el sentido de que está sobre los demás, sino que es el que da sentido y orientación a todas las demás observancias. Es decir, los distintos preceptos resultan como vaciados de significado, de valor y de contenido si no son leídos y actualizados a la luz y en la perspectiva del amor.

## Provocaciones

1. Precisa con la acostumbrada puntualidad B. Maggioni: «La Biblia afirma que nuestro amor a Dios y al prójimo supone un hecho precedente, sin el cual sería incomprensible: el amor de Dios a nosotros. Este es el dato que precede a cualquier otro, origen y medida de nuestro amor. El amor del hombre nace del de Dios y debe medirse sobre él».

Sin el amor que viene de Dios, nuestro amor no solamente sería «incomprensible», sino imposible.

Afirma claramente san Juan: «Amigos míos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Jn 4, 7).

Ciertamente el cristiano que pretenda ser fiel a Dios, *debe* amar al hermano. Pero no *puede* hacerlo si no recibe de Dios este don.

No existen recetas psicológicas —hoy muy de moda— que puedan sustituir este retorno a la «fuente».

2. No sé por qué, pero me parece que este encuentro con el escriba tiene varios puntos de contacto con el del hombre rico (10, 17-22).

«Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes... y, anda, vente conmigo».

«No estás lejos del reino de Dios».

En ambos casos, más allá de las observancias legales, se perfila el absoluto de Dios con sus implacables y liberadoras exigencias. «Yo soy el Señor, tu Dios... el único».

Y en ambos casos, falta un paso por dar. El decisivo.

El escriba no está lejos del reino. Pero todavia no es ciudadano.

Puede serlo, si da ese paso.

Deberiamos tener siempre presente este detalle y evitar ilusiones peligrosas.

Jamás considerarnos «dentro», definitivamente. Creer tener en el bolsillo la ciudadania y ciertos derechos.

Cristiano es sólo uno que está llegando a serlo. Que tiene aún un paso que dar. Hasta el último día.

3. Sin embargo, hay que tener envidia de este escriba.
Pienso que es un caso único en el evangelio.
Está de acuerdo con cuanto afirma el Maestro. Pero también Jesús aprueba sin ninguna condición su respuesta «sabia».
No encuentra nada que replicar.
En definitiva, las palabras puestas en boca de Jesús y las puestas en boca del escriba podrían incluso intercambiarse y no cambiaría nada. Forman parte de una sola enseñanza.
Así debería ser con todo auténtico discípulo. A propósito ¿dónde estaban los discipulos?

## CONFRONTACIONES

### *Dios no se atiene a la ley*

Como en el antiguo testamento y en la enseñanza judía, Jesús entiende el amor como un querer y piensa en todas las pequeñas cosas cotidianas en el que este se expresa. Lo que da a estas proposiciones la fuerza que arranca todo legalismo es sólo el obrar de Jesús que como era ya evidente en 2, 1-3, 6, llamaba a los publicanos a la comunión con Dios y excluía a los legalistas que, intentando observar todos los posibles mandamientos particulares, perdían de vista la voluntad de Dios.

Solamente de esta forma resulta posible la afirmación de san Pablo (Rom 13, 8-10). Es decir cuando el doble mandamiento es entendido tan radicalmente, como en la vida y en la muerte de Jesús, la ley no puede ya ser para el hombre el instrumento con el que él se las entiende con Dios y gracias al cual cree poder reivindicar algo de él.

En cambio, él se encuentra ante Dios como uno que no ha llegado a la meta —quien en el campo del amor hubiera llegado a la meta, estaría ya fuera del amor—, pero que no duda minimamente de aquel amor que no ha sido jamás realizado, y tiene el consuelo de saberse amado por Dios y vivir la realidad de ese amor que se acrecienta cada vez más (E. Schweizer, *o. c.*).

### *La nueva posibilidad*

La novedad evangélica, la *buena noticia* se da en la exclamación final de Jesús. Tiene su correspondencia en las sentencias en las que

Jesús saluda el tiempo nuevo, la nueva situación inaugurada por su presencia y acción personal: *el reino de Dios está cercano* (Mc 1, 15). En el encuentro con Jesús el escriba no ha encontrado simplemente la confirmación autorizada de las instituciones morales a las que su formación escatológica y religiosa lo había ya preparado, sino que ha hecho la experiencia de la cercanía de Dios, del reino cercano, de la *justicia* de Dios.

Amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos no es ya sólo una nueva síntesis moral, el mandamiento más importante o el principio ético de grado superior, sino que es la nueva posibilidad ofrecida al hombre aquí y ahora en el encuentro con aquel que hace visible y accesible el amor de Dios. En Jesús amar a Dios y al prójimo es un don, un dinamismo inmenso en el que se abre a la fe (R. Fabris, *o. c.*).

*El camino para llegar al prójimo*

¿Qué puede hacer el hombre sino inclinarse ante este Señor y obedecerle? Esto precisamente significa: «Ama al Señor tu Dios». Nuestro amor hacia Dios consiste en sacrificar nuestra voluntad y esto se puede mandar hacer. En vez de decir: «Ama a Dios», Jesús podría también haber dicho: «Sométete a Dios, obedécelo».

Esta interpretación permite captar el nexo entre el primer y segundo mandamiento: sólo el amor de Dios hace posible el amor al prójimo. Sólo el hombre que ha renunciado a su «yo» ante Dios, es capaz de encontrar el «tú», es decir al hermano. Sólo amando a Dios se abre una brecha hacia el torrente del amor, que de otra forma desembocaría de nuevo en propio egoísmo. No hay ningún camino para llegar al prójimo, sino pasando a través de Dios.

Según Jesús, cualquier forma puramente humana de amor al prójimo, por muy bella que pueda ser, es ilusión...

...De esta forma el primer mandamiento determina el segundo y le confiere fuerza y contenido. Naturalmente que no se debe decir que el amor al prójimo sea idéntico al amor de Dios. Una cosa es amar a Dios y otra amar al prójimo. Pero el amor a Dios se manifiesta en el amor al prójimo: no existe una abstracta *fruitio dei,* un amor a Dios que se pueda manifestar en una esfera especial, fuera de la relación concreta con los hombres. Ni yo puedo explicar el amor al prójimo como una obra buena, para mostrar mi amor a Dios, como si el segundo mandamiento fuese en relación al primero, el medio para llegar al fin. Más bien, mientras amo a Dios, yo amo al mismo tiempo también al prójimo. Estos dos mandamientos se convierten por tanto en un único, doble mandamiento.

Sin duda Jesús con las palabras dirigidas al escriba ha dicho todo lo que se puede decir sobre la vida cristiana: todo está en orden si amamos a Dios y al prójimo como a nosotros mismos.

Ciertamente, debemos aprender que sólo a través de la cruz y de la resurrección de Jesucristo llegaremos a la experiencia personal del amor a Dios y al prójimo, que nos hará amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu, y nos hará dar a nuestro prójimo todo lo que el hombre por su naturaleza está dispuesto a darse a sí mismo (G. Dehn, *o. c.*).

## *Un don del espíritu*

La primera cualidad del amor, según la Escritura, es la de ser un *carisma*, un don del espiritu que proviene sólo de Dios y que en él sólo tiene su origen: no es una posibilidad del hombre, una actitud que puede realizarse a partir del corazón humano. Se da demasiado por descontado que el hombre sepa amar con amor verdadero, que tenga en sí esta capacidad y la pueda ejercitar en nombre de su buena voluntad, según cánones naturales.

En cambio, el amor-*agape*, carisma de los carismas (1 Cor 13) pertenece sólo a Dios y sólo puede descender de él sobre todas las cosas y todos los hombres. El amor está fuera de lo humano, de lo terrestre, es iniciativa de Dios y ha encontrado su epifanía en ese inclinarse hacia el hombre por parte de Dios, desde la llamada de Abraham hasta el envío al mundo de su hijo, el amado. Nosotros sabemos qué es el amor sólo porque hemos visto en él «que tanto ha amado al mundo que nos dio el unigénito» (Jn 3, 16 y cf. 1 Jn 4, 9 s). Solamente si conocemos este amor, si en la fe hacemos la experiencia pasiva, si nos sentimos amados por Dios, podemos responder y amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos.

No es cierto que el amor a los hermanos es de por sí amor a Dios: puede también conducirnos al *agape* si Dios nos llama a través de él, puede ser una condición para tener en el corazón un punto accesible a la gracia, pero es siempre el amor de Dios el que está primero y el que va más allá de nuestros corazones...

...El cristiano debe amar al hermano porque este amor lo ha recibido de Dios y haciendo así testimonia en él la presencia del amor. «No soy yo ya el que amo, sino que es Cristo quien ama en mí», podría decir el cristiano parafraseando a Pablo (cf. Gál 2, 20). No leemos en las Escrituras que amando nos convertimos en hijos de Dios, sino que puede amar quien ha nacido de Dios, porque la vida de Dios está en él: es decir su cualidad de hijo de Dios se manifiesta en el hecho de que ama y es la causa que precede y determina este efecto.

La provocación del amor de Dios no puede acabarse, el cristianismo no puede agotarse en humanismo: si nuestra fe no es relación con quien es otro, si no requiere ya la intervención del don, del carisma por excelencia, el amor descendiente, el *agape*, si no nos mueve ya a responder con el amor hacia el Señor viviente, entonces esta es reducida a religión del diálogo del hombre consigo mismo (E. Bianchi, *o. c.*).

# El Mesías hijo de David. Denuncia contra los letrados

12, 35-40[1]

35. *Mientras enseñaba en el templo,*
*Jesús preguntó:*
*«¿Cómo dicen los letrados que el Mesías es hijo de David?*

36. *David mismo, movido por el Espíritu Santo, dice:*
"Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha que voy a hacer de tus enemigos
estrado de tus pies".

37. *David mismo lo llama Señor,*
*entonces ¿de dónde sale que es hijo suyo?».*
*La gente, que era mucha, disfrutaba escuchándolo.*

38. *Entre lo que enseñaba dijo:*
*«¡Cuidado con los letrados!*
*Esos que gustan pasear con amplio ropaje,*
*ser saludados en las plazas,*

39. *ocupar los primeros asientos en las sinagogas*
*y los primeros en los banquetes,*

40. *ésos que se comen los bienes de las viudas*
*so pretexto de largos rezos.*
*Esos tales recibirán una sentencia severísima».*

*Las contradicciones de los expertos*

Y como «nadie se atrevió a hacerle más preguntas» (12, 34), por eso Jesús mismo es quien pregunta. Se diría que pasa al contraataque.

Se divierte poniendo en apuros a los letrados precisamente en ese terreno de la Escritura en el que ellos se sentían a sus anchas, más aún del que sacaban motivos de prestigio y superioridad sobre los demás.

Jesús les hace notar a estos expertos una clara contradicción.

En efecto, sostienen que el Mesías debe ser un descendiente de David (según la profecía de Natán relatada en 2 Sam 7, 8 s).

Ahora bien él contrapone a esta tradición, el pasaje de un salmo de carácter mesiánico (110, 1) que conocían bien y que, por tanto, no era ni necesario citarlo íntegro, como hace el evangelista[2].

1. Cf. Mt 22, 41-46; 23, 1-36; Lc 20, 41-47.
2. En todo caso, entre los estudiosos se discute si el salmo ha sido interpretado siempre en sentido mesiánico. Coppens afirma que «nos encontramos ante una de esas

La argumentación es sencilla. Desde el momento que David, inspirado —movido por el Espiritu Santo [3]— designa al Mesias como «mi Señor» —en hebreo *Adonai*, en arameo *Marana*, en griego *Kyrios*— ¿cómo puede ser este hijo suyo?

En este pasaje, de hecho Dios —él es el Señor—, dice al Señor del salmista, es decir al Mesías, «siéntate a mi derecha» [4]. Es más bien insólito que un padre llame «mi señor» a su hijo...

Es una clásica cuestión *haggadica* en la que se discute una contradicción entre dos pasajes de la Escritura (aquí, el segundo, —2 Sam 7, 10 s— no se cita porque se suponía muy conocido.

Pablo resolverá la cuestión que los letrados no supieron responder: «...se refiere a su Hijo que, por línea carnal, nació de la estirpe de David y, por linea de Espíritu santificador, fue constituido Hijo de Dios en plena fuerza por su resurrección de la muerte: Jesucristo Señor nuestro» (Rom 1, 3-4).

Ciertamente aquí no aparece el título Hijo de Dios. Pero la cuestión lleva a él.

Jesús no desconoce que desciende de David —ha aceptado el título de «hijo de David» del ciego Bartimeo—, pero deja intuir que la historia no es sólo cuestión de genealogía humana, y ni siquiera una historia de poder y de esplendor terrestre.

Una vez más desmiente la espera mesiánica en clave política (un Mesías rey y liberador).

La opinión de los letrados sobre la descendencia del Mesias de David no es falsa. Es incompleta. «Estos hombres sólo ven una parte de la esperanza mesiánica, que para ellos es nacional y política, por lo que el rey que viene no será sino una figura principesca mediante la cual su pueblo debe convertirse en poderoso» (G. Dehn).

En conclusión: Jesús no niega que es hijo de David; pero deja entender que no sólo es esto.

formas inferiores de la espera mesiánica en donde la descripción de un David histórico cambia algunos rasgos y colores de la esperanza escatológica». Y ciertamente los rabinos a partir sobre todo del siglo I d.C., han rechazado la interpretación mesiánica de este salmo, refiriéndolo a Abrahán o al rey Ezequías. «Esto sucedió, sin embargo, porque se queria sustraer a los cristianos uno de los pasajes de la Escritura más significativos para la dignidad del Mesías» (J. Schmid). Cf. entre otros, *Parole et Esprit du Psautier chrétien*, III, Téqui 1975.

3. Jesús se adapta a la mentalidad de sus contemporáneos que atribuye a David la composición del salterio. Es dificil, sin embargo, datar el salmo 110. Alguno dice que ha sido compuesto al menos 800 años después de David (en tiempos de los Macabeos). Algún otro sostiene, en cambio, que es antiquísimo.

4. Sentarse a la derecha es una expresión que indica la entronización del Mesías junto a Dios en señal de honor y poder. El puesto de la derecha es también el puesto de la acción. En la Biblia, excepto en la parábola de las ovejas y los cabritos, Dios no tiene izquierda...

«Su figura no es la de un simple regente terreno, político, pues le ha sido conferido el reino celeste y eterno de Dios» (E. Schweizer).

Sin duda no habla explícitamente de su propia persona. Pero, en el fondo, plantea el interrogante decisivo, que es el de todo el evangelio de Mc, relativo al misterio de su persona.

La iglesia primitiva, por supuesto, no dejará de utilizar este pasaje en la polémica contra los ambientes judíos [5], para demostrar que en Jesús se habían cumplido, sustancialmente, todas las esperanzas, esperas y promesas del antiguo testamento. Aunque las hubiera cumplido de forma diversa, transcediéndolas.

El Salmo 110 se convertirá en un texto fundamental de la cristología de la iglesia primitiva y ocupará un puesto de privilegio en la liturgia.

La expresión «sentarse a la derecha de Dios» será referida a la entronización solemne de Jesús junto a Dios después de la resurrección.

## *Requisitoria contra los letrados*

Inesperadamente Jesús se enfrenta a los letrados. Atacados poco antes en el plano doctrinal, ahora también lo son en el plano de la vida.

En lugar del «¡ay de vosotros!» de (Lc 11, 43), aqui está la expresión «¡cuidado!», una advertencia dirigida a la gente y naturalmente a la comunidad de los discípulos.

Ya ha roto de manera definitiva con los «jefes», con la clase dirigente, ya no discute con ellos, les considera irrecuperables, dada su cerrazón preconcebida.

Sólo le interesa poner en guardia a la gente común. De esta forma aparece una de las constantes del evangelio de Mc: el pueblo en malas manos. La culpa es esencialmente de sus guías.

Las acusaciones dirigidas a los letrados —reducidas en comparación de los otros sinópticos— se pueden resumir en estos defectos:

5. Muchos intérpretes retienen que todo el pasaje no se remonta directamente a Jesús, sino que es una construcción de la comunidad primitiva que quería expresar así la propia fe en Jesús, Hijo de David según la carne, pero también Hijo de Dios.

Pero sin excluir que la iglesia primitiva haya releído e interpretado de ese modo un dicho aislado de Jesús, resulta difícil demostrar que todo sea construcción de una comunidad que, entre otras cosas, no habría tenido ningún motivo para utilizar un titulo *superado* como el de «Hijo de David». R. Fabris sintetiza así su propio pensamiento: «La argumentación evangélica es demasiado arcaica para ser atribuida a la comunidad; pero es también lo bastante "cristiana" para fundar la fe explícita sucesiva de la comunidad en Jesús Señor e Hijo de Dios».

— vanidad,
— hipocresía,
— avaricia.

La documentación aportada es sólo un ejemplo.

Para la *vanidad* se cita el pasear pomposamente enfundados en sus amplios ropajes de lana amarilla o violeta (el *tallit*, manto), el complacerse en las reverencias y saludos por parte de la gente, el acaparamiento de los puestos de honor en los banquetes y en las asambleas litúrgicas.

En este punto es importante resaltar cómo la denuncia de Jesús es confirmada también por las fuentes judías. J. Jeremias cita este pasaje en donde se subraya el prestigio de que gozaba —y no hacía nada por ocultarlo— el escriba por parte del hombre corriente: «Lo vemos levantarse respetuosamente al paso de un escriba; sólo estaban excusados de hacerlo los obreros durante su trabajo. Lo oímos saludar solicitamente al escriba, llamándole "rabi", "padre", "maestro", cuando éste pasa ante él con su túnica de escriba, que tenia forma de manto que caía hasta los pies y estaba adornada de largas franjas. Cuando los notables de Jerusalén dan una comida, es un ornato de la fiesta ver aparecer, por ejemplo, dos alumnos y futuros doctores como Eliezer ben Hirkanos y Yoshúa ben Jananya. Los primeros puestos están reservados a los escribas y el rabí precede en honor al hombre de edad, incluso a sus padres. En la sinagoga ocupaba también el puesto de honor; se sentaba de espaldas al armario de la torá, mirando a los asistentes y a la vista de todos»[6].

Para completar la escena hemos de figurarnos visiblemente la forma de saludo entre los orientales. Se hacia una inclinación muy profunda, mientras la mano derecha describia una curva aún más baja casi hasta llegar al suelo. Después el personaje de mayor dignidad dejaba que el otro le besase en las mejillas con gran efusión.

La *hipocresía* consiste sobre todo en una devoción ostentosa, basada en la cantidad y largura de las oraciones, hecha como espectáculo para lograr la admiración y estima, especialmente de las mujeres.

Que su religiosidad sea falsa aparece de forma particular en la tercera acusación: *avaricia*. En vez de ayudar a los pobres, a los pequeños, a los indefensos, no dudan en explotarlos descaradamente, aprovechándose incluso de su hospitalidad.

Los letrados, no olvidemos que eran también expertos en el campo juridico y daban consejos en las distintas cuestiones de orden legal, para las que exigían «parcelas» no pequeñas, incluso a los débiles con los que deberían más bien tener comprensión.

Pero quizá aquí sean señalados por algo que va más allá de la, sin duda, odiosa exigencia de los préstamos.

En otras palabras, se sirven de su prestigio religioso para obtener ventajas materiales a costa de los más sencillos. Son parásitos. Y aunque su comportamiento aparezca externamente irreprochable y lleguen a justificar todo, su máscara de «legalidad» caerá ante el severo juicio de Dios.

La conclusión del debate registra sólo el interés de la gente sobre esta enseñanza.

El pasaje, sin embargo, es bastante importante porque concluye la actividad pública de Jesús.

Desde ahora el Maestro, en los discursos, en las comidas de despedida, se dirigirá exclusivamente al círculo restringido de sus discípulos.

## PROVOCACIONES

1. No sé por qué la cita del salmo 110 me recuerda los años en los que se cantaba en latín: «Dixit Dominus Domino meo sede a dextris meis...». Era el primero en las vísperas del domingo.

Mi párroco, al «sede», desde su «trono» en el coro hacía una señal y todos nos sentábamos ruidosamente. Lo que entendía de ese salmo era el «sede» como señal de reposo...

No es que los estudiosos se hayan esforzado demasiado en las interpretaciones.

Tienen razón Maillot-Lelièvre que advierten cómo cuando Jesús quiere poner en un compromiso a los letrados, les pide una interpretación correcta del salmo 110. Pero ninguno es capaz de responder.

Desde entonces no se han registrado progresos apreciables. Ciertamente se ha escrito mucho, pero hemos quedado en el campo de las hipótesis. Los escribas de hoy, como los de ayer, no han sido capaces de ponerse de acuerdo sobre la interpretación de este salmo.

En el fondo, es una grata satisfacción. Sentarse y comprobar que los llamados maestros tienen dificultades, no tienen nada que enseñarnos.

Y acaso ser tocados por la sospecha de que, quizás, continuando con la repetición de esas palabras sin entenderlas totalmente —ni siquiera en nuestra lengua—, y continuando a rezarlas adorando el misterio que expresan, podemos ayudar a los escribas y captar finalmente el significado.

¿O debemos esperar al dia en que podamos controlar personalmente —al menos, lo esperamos— qué hay junto al famoso trono?

2. «La gente, que era mucha, disfrutaba escuchándolo» (v. 37).

Una curiosidad insatisfecha. No podemos saber si «disfrutaba escuchándolo» cuando hablaba del mesias entronizado a la derecha de Dios, o bien después, cuando les levanta la máscara a los escribas.

Parece más probable la segunda hipótesis.

Los gustos son siempre los mismos.

Los sermones más interesantes son siempre los destinados a los demás.

Estamos de acuerdo con el predicador sobre todo cuando los tiros se dirigen a otra parte.

Los exámenes de conciencia más agradables son los que mandamos hacer escrupulosamente a nuestro prójimo.

3. Sí, ante esta página, es bastante fácil decir: ¡pobres escribas, qué papel han hecho, les ha zurrado! O ¡qué lección, se la han merecido!

Seria injusto, además de hipócrita, por nuestra parte.

Además no hay que generalizar. Más bien... alargar el discurso.

Al menos uno de los escribas, estamos seguros, está fuera de aquella requisitoria. El no está lejos del reino.

Una garantía como ésta, en cambio, no la tiene ninguno de nosotros.

Por un escriba que seguramente no importa, pueden existir centenares de millares de escribas potenciales que sí que importan, aunque no se den cuenta (y es un agravante, bien entendido).

4. Más que a los escribas, las acusaciones de Jesús se refieren a una especie de deformación profesional que consiste en utilizar la propia posición religiosa para «hacerse valer».

Jesús, para su propia comunidad, ha enseñado el comportamiento opuesto:

— hacerse los últimos y siervos de todos (en vez de reivindicar honores y privilegios y reconocimientos por parte de los hombres);

— tener fe y perdonar (en vez de complacerse en grandes oraciones con el fin de «hacerse notar»);

— acoger a los pequeños e indefensos (en vez de oprimirlos y explotarlos).

Quede claro que el discípulo no es lo contrario del escriba. Debemos guardarnos de estas burdas simplificaciones.

Es, en cambio, el exacto contrario del «notable» (tanto en el plano humano como religioso).

El discípulo es uno que no se da importancia, que no tiene posiciones que defender (también porque está siempre en camino).

Es un «pequeño» que busca a Dios y a los propios hermanos.

## Confrontaciones

### *El Señor resucitado nos permite comprender al Jesús histórico*

La concepción completa de Jesús como hijo de David y, por tanto, su origen de la estirpe davídica y su entronización como «Señor y Mesias» (Hech 2, 38), corresponde tan plenamente a la primitiva cristologia de la iglesia naciente, que se la puede considerar igualmente en el origen de esta pericopa.

Incluso adoptando una visión critica de este género, no se niega con ella que tal concepción no tenga el propio fundamento en la actividad terrestre de Jesús.

Algo parecido podría decirse respecto de los numerosos títulos de Cristo en los evangelios: Jesús no los usó jamás como fueron más tarde empleados, prefiriendo manifestar su derecho de forma velada e indirecta.

Fue después de la resurrección cuando la comunidad cristiana tomó conciencia clara de la pretensión de Jesús, traduciendola en palabras que, para instrucción de los fieles, fueron atribuidas a él mismo.

La forma elegida por los evangelistas que, al presentar la actitud de Jesús se proponían dar a la fe una interpretación, no contiene nada de ilícito o de poco auténtico.

A causa de su fe en la resurrección y en la glorificación de Jesús, la iglesia naciente se encontró ante el problema de cómo conciliar la esperanza mesiánica del judaismo con los hechos de la vida del Señor y cómo hacer plausible a la mentalidad judía el acontecimiento pascual ya fijado en su credo.

También para la iglesia el antiguo testamento representaba una palabra inspirada por Dios y ella descubría su verdad a la luz de su realización.

Una confirmación clara de que Jesús mismo proclamó el propio derecho mesiánico, aunque no en el sentido de la espera judía relativa al hijo de David, se da en la escena que se desarrolla ante el sanedrín (Mc 14, 61 s). ya que fue precisamente en base a esta pretensión de ser el mesias —entendida a medias o malentendida por los judíos— por lo que Jesús fue entregado a los romanos y ajusticiado por ellos como rey-mesias político.

Sin embargo, en la fórmula con la que Jesús proclama ante el sanedrín que es el mesias (14, 62), una vez más la interpretación de la iglesia primitiva es reconocible por el hecho de que en este pasaje se encuentra la combinación singular de Daniel 7, 13 con el mismo versiculo del salmo 110, 1.

Así por todas partes se encuentra un fundamento sacado de la vida y de la palabra de Jesús y, al mismo tiempo, una interpretación dogmática realizada por la primera comunidad a la luz de las sagradas Escrituras. A este fenómeno importante para la reflexión sobre la fe le da un relieve particular la cuestión central, desde el punto de vista cristológico, del hijo de David.

El Jesús histórico resulta, por tanto, comprensible sólo partiendo del Señor resucitado (R. Schnackenburg, *o. c.)*.

# La calderilla de la viuda

## 12, 41-44[1]

41. *Se sentó frente al arca de las ofrendas*[2],
*y observaba cómo la gente iba echando el dinero*[3] *en el cepillo;*
*muchos ricos echaban en cantidad.*

42. *Se acercó una viuda pobre y echó dos cuartos*[4].

43. *Llamando a sus discípulos les dijo:*
*«Esa viuda, que es pobre,*
*ha echado en el cepillo más que nadie,*
*os lo aseguro*[5].

44. *Porque todos han echado de lo que les sobra,*
*mientras que ella ha echado de lo que le hace falta,*
*todo lo que tenía para vivir*[6].

*Finalmente llegan los frutos*

La escena —que se enlaza con el pasaje anterior por el término «viuda»— está construida cuidadosamente desde un punto de vista literario. Tres cuadros introducidos por estos verbos: «se sentó... y observaba», «se acercó una pobre viuda y echó», «llamando a sus discípulos les dijo...».

Observación, acción, lección. O bien: ver, leer, comprender.

El punto de partida, quizá, esté formado por el contraste entre la avaricia de los letrados y la conmovedora generosidad de este mujer.

Hay más: a la cerrazón altiva de los grandes, de los sabios, se contrapone la disponibilidad de la gente sencilla, hacia la que Jesús no esconde la propia simpatía.

Pero hay que ir más allá. Hasta el episodio de la purificación del templo. Los frutos que Jesús ha buscado inútilmente al principio, son traidos ahora por esta pobre viuda.

La escena se desarrolla en el patio de las mujeres. Alrededor del muro había colocados trece cepillos en forma de embudo al revés —el cuello arriba, anchos abajo, a causa de los ladrones—, llamados «trompas». Parece que eran trece en relación a los distintos destinos de las ofrendas.

1. Cf. Lc 21, 1-4.
2. Literalmente: gazofilacio.
3. Literalmente: calderilla, monedas.
4. Literalmente: dos monedas diminutas.
5. Amen.
6. Literalmente: toda su vida, es decir todo su sustento.

Mc utiliza el término «gazofilacio» o tesoro. Pero con este término se entendía comúnmente el complejo de edificios en donde eran guardados los objetos preciosos del templo. Aquí se trata más bien del *korbana,* ofrendas.

Parece que el oferente debía declarar al sacerdote la entidad de su contribución para el culto o para otra cosa. En tal caso, el observador —aqui Jesús— tenia una doble posibilidad: ver y oír.

La mujer mete dos de las monedas más pequeñas que estaban en circulación, correspondientes a un cuadrante, es decir un cuarto de as romano. Una cosa irrisoria. Unas pocas pesetas.

El motivo por el que esta mujer, a pesar de las apariencias, ha sido más generosa que todos es señalada por Jesús: los otros han dado de lo que les sobraba. La viuda, en cambio, ha echado de lo que le hace falta, de su miseria, de lo estrictamente necesario para vivir. «Ex indigentia», o «de penuria», decian las traducciones latinas.

En los ambientes judíos circulaba la historia de una pobre que había sido recriminada por el sacerdote por la ofrenda de un puñado de harina. Durante la noche, el encargado del templo, había recibido en sueños esta advertencia de Dios: «No la despreciéis: es como si ofreciese la propia vida».

La escena descrita tan vivamente por Mc tiene, sin embargo, todo el aire de haber sido captada de la realidad.

Y la enseñanza de Jesús adquiere un relieve especial porque está colocada al final de las disputas.

Comenta agudamente R. Fabris: «Con esta sentencia sobre el valor de la ofrenda, termina la actividad y la enseñanza de Jesús en el templo. Había comenzado atacando el mercado y el tráfico que se desarrollaban bajo la tutela de los sacerdotes, había desaprobado la seguridad y la jactancia de los circulos dirigentes de Jerusalén que tenían en el templo el símbolo de su prestigio, escribas y saduceos, y ahora concluye exaltando el auténtico valor religioso del gesto de la pobre mujer. El lugar del encuentro con Dios no pasa a través del poder cultual o institucional, sino a través del corazón pobre, es decir totalmente disponible y abierto a Dios».

Y E. Schweizer: «La pequeña narración exalta por tanto ese sacrificio silencioso, completo y natural, que no transforma en historia su acto, pero en el que el hombre deja de modo muy concreto todas las seguridades para abandonarse enteramente a la misericordia de Dios. Esta es, por tanto, una conclusión adaptada a la actividad pública de Jesús».

De todas formas, Jesús concluye de manera sorprendente las disputas. Hace exégesis, no de un pasaje discutido de la Escritura, sino de un gesto claro e inequívoco de una desconocida.

Hace la suma de todos los doctos debates y parece que las cuentas salen gracias a estos cuartos echados por una pobre mujer en el tesoro del templo.

## PROVOCACIONES

1. Aquellas dos monedas que caen en el recipiente de las ofrendas, quizá tengan un sabor, o un perfume, o bien en el momento en que tocan el fondo de la cesta, tengan una musicalidad. O quizá todas estas cosas juntas. Sea como fuere, algo bello, limpio y pacificador.

No me importa que se diga que todo esto es poesia.

También Jesús al acabar aquel dia estaba cansado de tanta teologia. Y se ha permitido una pausa poética. Ha demostrado que le gusta esta música.

2. Es curioso que los cepillos fuesen llamados «trompas». Quizá no sólo por su forma.

La limosna de mucha gente tiene necesidad de trompas, no puede ser de otra manera. En algunos casos no habria «ofrendas» si no se asegura una adecuada publicidad.

Esta mujer, en cambio, no quería hacer ruido. Se ha acercado dudosa a la «trompa». Y ha susurrado con un sentido de vergüenza el *monto* de la suma. Una cifra ridicula, claro, miserable como ella. El sacerdote debe haber sonreído de compasión. El templo tiene necesidad de otras cosas, con todos los gastos que hay que hacer.

Pero alli cerca habia alguien que observaba y registraba el gesto insignificante, el rumor imperceptible —la música— de las dos monedas que caen sobre las grandes monedas de plata.

Y esta mujer ha entrado para siempre en el evangelio, es decir «en el libro de los pequeños, de los desconocidos, de los innominados que son los grandes ante Dios» (G. Dehn).

3. Las monedas pequeñas *(lepta)* eran dos. Y los comentadores no dejan de resaltar el detalle, explicando que la viuda podía muy bien haberse quedado con una.

Si hubiese pedido consejo a algún director «prudente», probablemente habría escuchado que no hay que exagerar, que basta la intención.

Por fortuna la mujer no se ha dirigido a ningún maestro.

Para no hacer cálculos no necesitaba a nadie.

4. Vuelven a escena los discípulos. Hay algo que aprender.

El pequeño episodio es un capitulo importante del método peda-

gógico de Jesús. Que invita a los discipulos a observar. Y sobre todo a observar en profundidad, sin dar valoraciones superficiales de hechos y personas.

Al discípulo de Jesús sabemos que se le propone la lógica de «ir más allá». Más allá de la mentalidad y del sentido común corriente.

Pero esta lógica tiene como punto de partida la capacidad de «mirar más allá». Más allá de las apariencias.

5. La pobre ha dado «más» que todos. Sin embargo «muchos echaban en cantidad». Mientras ella ha echado casi nada.

En la especial contabilidad de Jesús, las cifras son importantes no por su consistencia, sino por su proveniencia.

No se trata de cantidad, sino de valor.

Los que han dado mucho, en realidad han dado «menos», porque han dado la oferta de lo superfluo, de lo que tenían en abundancia.

La viuda ha dado de «más», porque ha dado la oferta de lo que la faltaba.

La diferencia sólo es notada por Jesús.

Para dar de lo que se tiene, todos son capaces.

Pero dar de lo que no se tiene es una caracteristicas de los «pequeños», a los que Jesús ama con predilección.

6. Esta viuda ha tenido, además, el honor de «cerrar» las controversias planteadas por los doctos. La lección final le ha sido confiada a ella.

Esperariamos una declaración final de Jesús, una afirmación suya solemne sobre el plano doctrinal.

En cambio, el Maestro deja la palabra a esta mujer. La cual, como no sabe hablar, se explica con un gesto. Y hay que reconocer que se explica muy bien.

A pesar de tantos profesores a disposición, Jesús nos manda a la escuela de esta pobre analfabeta.

Y peor para nosotros si no sabemos aprender.

7. Si todos nuestros debates interminables encontrasen esta conclusión: un gesto concreto, pequeño si se quiere, pero importantísimo...

Si mientras trajinamos a la búsqueda de soluciones para nuestros embrollados problemas, fuésemos tocados por el pensamiento de que la solución está en otra parte...

Si cuando enseñamos a los demás, fuéramos tocados por la sospecha de que tenemos algo que aprender de los pobres, de los no expertos...

Si el estruendo de nuestras charlas fuese interrumpido, alguna vez,

por el tintineo provocado por dos monedas de compromiso personal, de donación total...

8. Finalmente alguien ha previsto la reparación de los daños. Aquellos que, aunque pocos, fueron provocados por Jesús el día anterior, cuando interrumpió el mercado del templo.

La deuda está saldada ahora. Con dos monedas de la viuda.

Más aún, las cuentas dan un saldo favorable al tesoro del templo.

Pero quizá los «administradores» no se dan cuenta de estas cosas.

Estos aprenden sólo a *contar*.

Captar el valor de una acción, de un gesto, es otra cosa.

9. Lo confieso. En el puesto de los discípulos no habria resistido la tentación. A escondidas, quizá de noche, habría ido a buscar la higuera seca.

Quién sabe si en el momento en que caían las diminutas monedas en el cepillo, no habrá aparecido alguna hoja verde.

## CONFRONTACIONES

### *El loco se queda con el último dinero*

El que se pone a la búsqueda de Dios
y vende todo lo que posee
salvo el último dinero
es sin duda un loco.
Es precisamente con el último dinero con el que se compra a Dios (Proverbio chino).

### *Aquello a lo que Dios está atento*

Dios no se fija tanto en lo que le damos, cuanto en lo que nos reservamos para nosotros (San Ambrosio).

# Discurso escatológico
## capítulo 13[1]

1. *Al salir Jesús del templo uno de los discípulos le dijo:*
*«Maestro, ¡mira qué sillares y qué edificios!».*

2. *Jesús le repuso:*
*«¿Ves esos magníficos edificios?*
*Los derribarán hasta que no quede piedra sobre piedra».*
3. *Estando él sentado en el monte de los Olivos,*
*de cara al templo,*
*Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron aparte:*

4. *«Dinos cuándo va a ocurrir eso y cuál será la señal*
*de que todo esto está para acabarse».*

5. *Jesús empezó:*
*«Cuidado con que nadie os engañe.*

6. *Van a venir muchos usando mi título,*
*diciendo "ése soy yo", y extraviarán a mucha gente.*

7. *Cuando oigáis estruendo de batallas y noticias de guerra,*
*no os alarméis; eso tiene que suceder,*
*pero no es todavía el final.*

8. *Porque se alzará nación contra nación y reino contra reino,*
*habrá terremotos en diversos lugares,*
*habrá hambre;*
*ésos son los primeros dolores.*

9. *Vosotros andaos con cuidado:*
*os llevarán a los tribunales y a las sinagogas,*
*os apalearán y os harán comparecer ante gobernadores y reyes*
*por causa mía; así daréis testimonio ante ellos.*

10. *Además, primero tiene que proclamarse la buena noticia*
*a todos los pueblos.*

11. *Y cuando os conduzcan para entregaros,*
*no os preocupéis de antemano por lo que vais a decir,*
*decid lo que se os inspire en aquel momento*[2]*;*
*pues no seréis vosotros los que habléis, será el Espíritu Santo.*

12. *Un hermano entregará a su hermano a la muerte*
*y un padre a su hijo;*
*los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir.*

1. Cf. Mt 24, 1-36; Lc 21, 5-33.
2. O mejor: hablad como os será sugerido en aquel momento.

13. *Todos os odiarán por causa mía,*
*pero quien resista*[3] *hasta el final se salvará.*

14. *Cuando veáis que el execrable devastador*[4],
*está donde no se debe (entiéndelo, lector),*
*entonces los que estén en Judea que huyan a la sierra;*

15. *quien esté en la azotea*
*que no baje ni entre en casa a coger nada;*

16. *quien esté en el campo que no vuelva por la capa.*

17. *Y ¡ay de las que estén encinta o criando en aquellos días!*

18. *Pedid que no caiga en invierno,*

19. *porque aquellos días serán una angustia*
*como no la ha habido igual hasta ahora desde que empezó*
*este mundo que Dios creó,*
*ni la habrá nunca más*[5].

20. *Si el Señor no acortara aquellos días*
*nadie*[6] *escaparía con vida,*
*pero por sus elegidos los acortará.*

21. *Si alguno os dice entonces:*
*"¡mira, aquí está el Mesías, míralo, allí está!", no os lo creáis.*

22. *Porque saldrán mesías falsos y profetas falsos,*
*y realizarán*[7] *señales y prodigios que extraviarán,*
*si fuera posible, a los elegidos*[8].

23. *Vosotros estad sobre aviso, os he prevenido de todo.*

24. *Pero en aquellos días, después de aquella angustia,*
*el sol se hará tinieblas,*
*la luna no dará su resplandor*[9],

25. *las estrellas caerán del cielo,*
*los astros se tambalearán*[10].

26. *Entonces verán venir al hijo del hombre sobre las nubes,*
*con gran poder y majestad*[11],

3. También: se mantenga firme.
4. O bien: la abominación de la devastación.
5. Dan 12, 1.
6. Literalmente: ninguna carne.
7. Literalmente: darán.
8. Dt 13, 1 s.
9. Is 13, 10.
10. O bien: se agitarán con violencia, se moverán, se desordenarán.
11. Dan 7, 13-14.

27. *y enviará a los ángeles*
*para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos,*
*desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo* [12].

28. *Aprended de esta comparación con la higuera:*
*cuando ya la rama se pone tierna y brotan las yemas*
*deducís que el verano está cerca;*

29. *pues lo mismo, cuando veáis vosotros que suceden estas cosas*
*sabed que está cerca, a la puerta.*

30. *Os aseguro* [13] *que antes que pase esta generación*
*todo eso se cumplirá.*

31. *El cielo y la tierra pasarán,*
*pero mis palabras no pasarán,*

32. *aunque el día y la hora nadie los sabe,*
*ni siquiera los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.*

33. *Cuidado con dormiros,*
*que no sabéis cuándo llegará el momento* [14].

34. *Es como un hombre que se iba al extranjero:*
*dejó su casa, se la encargó a sus criados*
*señalándole a cada uno su tarea,*
*y al portero le mandó estar en vela.*

35. *Por eso estad en vela,*
*que no sabéis cuándo llegará el dueño de casa,*
*si al anochecer, a media noche, al canto del gallo o al amanecer* [15];

36. *no vaya a presentarse de pronto*
*y os encuentre dormidos.*

37. *Y lo que os digo a vosotros se lo digo a todos:*
*¡Estad en vela!*».

*¿Una página incomprensible?*

Es el más largo discurso contenido en el evangelio de Mc. Y plantea problemas bastante arduos.

«El llamado discurso de la parusía, o apocalipsis sinóptica, es uno

12. Dt 30, 3-4; Zac 2, 6.
13. Literalmente: Amen.
14. Kairos, la oportunidad, es decir el tiempo por excelencia.
15. En latín: primera, segunda, tercera, cuarta vigilia.

de los pasajes más difíciles y por tanto más controvertidos de toda la tradicción sinóptica» (J. Schmid).

Intentaré desentrañar las distintas interpretaciones que se dan, todas rigurosa y sustancialmente divergentes.

No es muy alentador. Nos sentiríamos casi autorizados a saltarlo sin más.

Sin embargo, hay que intentar al menos una aproximación, con la máxima delicadeza, en la esperanza de lograr algo, aunque no de dominarlo.

Antes de nada hay que precisar la composición, seguidamente dar con el género literario y después comprender la estructura.

*Composición*

No estará demás aclarar en seguida que el discurso no ha sido ciertamente pronunciado por Jesús tal como nos es presentado.

En efecto, contiene palabras y sentencias bastante distintas como género —anuncios proféticos, exhortaciones en clave moral, parábolas, citas bíblicas, referencias apocalípticas— y distintas también por su origen.

La mano del evangelista ha tenido un peso notable en la composición del texto.

Mc, ciertamente, ha tenido en cuenta la situación histórica particular en la que se encontraba la comunidad cristiana y ha debido responder a sus exigencias específicas.

Sobre esto, están todos prácticamente de acuerdo. En cambio, saltan las discusiones cuando se trata de establecer exactamente en dónde terminan las palabras de Jesús y dónde comienza la parte redaccional. Estos límites resultan obviamente muy inciertos y dan origen a vivaces discusiones.

Hay quien pretende alargar el campo del discurso del Maestro, y quien —sobre todo recientemente— atribuye un espacio preponderante al evangelista (que, según algunos, habría incluso utilizado fuentes de los apocalipsis judíos). Si nos adentramos en este terreno, no saldremos jamás.

Advierte muy oportunamente R. Schnackenburg: «El lector creyente que se dé cuenta de cómo la iglesia primitiva ha interpretado legítimamente la tradición sobre Jesús aplicándola a la propia situación actual, no tiene por qué preocuparse. Los evangelios arrancan de la predicación de los apóstoles y tienen el objetivo según su intención, de continuarla. La iglesia naciente garantiza la fidelidad a la palabra de Jesús al aplicar el mensaje a su propia época. La palabra de Jesús, en cuanto profética asume sus funciones únicamente en la medida en

que es aplicable a cada momento incluso a un determinado círculo de oyentes. Con todo esto se quiere sobre todo afirmar que *no debemos ni podemos congelar las representaciones contenidas en el discurso escatológico* en la cosmología y en la situación histórica de entonces, si queremos comprender el mensaje de Jesús en referencia a nuestra época y a nuestra manera de pensar».

Además, hay que reconocer que los aspectos contradictorios del discurso son muchos.

Parece que esté reservado a pocos privilegiados, se diría «iniciados» —los cuatro apóstoles que interrogan a Jesús «aparte»— pero al final se declara solemnemente que todos son los destinatarios («y lo que os digo a vosotros se lo digo a todos» [v. 37]).

Están los acontecimientos del año 70 —destrucción de Jerusalén y profanación del templo— mezclados con otros elementos «catastróficos» referidos al fin de los tiempos.

Según ciertas frases, parece que la venida del Señor sea inminente, está ya a las puertas, pero después nos encontramos con expresiones que la alejan notablemente.

No debemos impresionarnos, no digo escandalizarnos, ante semejantes antinomias. Más bien, hay que precisar el género literario empleado.

### *Género literario*

Es el escatológico-apocalíptico. Son dos cosas distintas, aunque tienen algunos puntos en común.

La escatología propone un discurso sobre las *realidades últimas*, definitivas.

El término apocalipsis se deriva de un verbo griego *(apokalyptein)* que significa «quitar el velo», «remover el velo». En sustancia, se trata de una *re-velación* [16].

Tanto en la escatología como en la apocalíptica la mirada se dirige a realidades que van más allá de la historia, aunque estén contenidas en cierto sentido en el presente.

«La escatología bíblica es un discurso sobre la historia, un modo de leerla y de asumirla» (B. Maggioni) [17].

Para el griego el tiempo tiene un carácter cíclico: parece que los siglos y los años dan vueltas en círculo, trayendo irremediablemente los mismos acontecimientos. Por lo cual no hay que esperar nada sustancialmente nuevo.

16. Cf. E. Charpentier, *Una lettura dell'Apocalisse.*
17. *Il racconto di Marco*, 181. Soy deudor de muchas aportaciones a este capítulo, caracterizado por la claridad y precisión, dedicado precisamente a la escatología bíblica.

El hombre de la Biblia, en cambio, considera la historia como una trayectoria horizontal, el tiempo tiene un desarrollo lineal, la historia camina, progresa, bajo la guía de Dios, hacia un término muy concreto. Por lo que no se repite jamás del mismo modo, sino que está abierta a la novedad, a lo inesperado, a la esperanza.

La historia, por así decir, tiene dos protagonistas: Dios y el hombre. «Esta es conducida hacia una salvación definitiva; la historia está recorrida por un juicio (no toda elección conduce a la salvación, sino sólo las que se realizan obedeciendo el plan de Dios)» (B. Maggioni).

«El profeta interviene en esta historia en nombre de Dios. Su misión consiste en hacer vivir plenamente a sus contemporáneos en el presente, revelándoles cómo se desarrolla el plan de Dios. La palabra de Dios que él proclama está antes de nada unida a las circunstancias presentes. Ciertamente, también se interesa por el futuro, pero en cuanto confiere un sentido al presente, en cuanto sostiene la esperanza de los oyentes recordando la meta de su camino, el "dia" en el que Dios establecerá definitivamente el propio reino en el mundo. Pero este día permanece escondido, un "velo" esconde el fin de la historia a los ojos humanos» (E. Charpentier).

Existen, sin embargo, tiempos de crisis particularmente graves, en los que el profeta advierte que sus palabras no bastan para alentar la esperanza del pueblo, conmovido por tribulaciones y persecuciones, y que tiene necesidad de ser consolado, asegurado de que la fidelidad de los buenos no es inútil.

Desde el momento en que los tiempos son particularmente dramáticos y parecen contradecir de forma clara con su brutalidad el plan de Dios, se quisiera «ver» el fin de los tiempos. En otras palabras, se tiende a «quitar el velo» que esconde el fin. Y esto es precisamente lo que hace la apocalíptica. La profecía escatológica tiende de esta forma a convertirse en apocalipsis.

No es que el autor vea el fin del tiempo con precisión gracias a una visión especial. Más que nada «toma carretilla desde el pasado» [18]para descifrar el presente, y asi infundir seguridad a pesar

18. La expresión es de Charpentier que se refiere al salto de longitud en atletismo. El pasado es la carrerilla, realizada lo más velozmente posible, el trampolin que ayuda al salto es la fidelidad de Dios, la trayectoria permite sobrepasar el presente y proyectarse en el futuro. Y comenta: «El autor del apocalipsis es como uno de nosotros: ignora el fin de los tiempos. Pero está seguro de una cosa: Dios es fiel. Para saber lo que pasará al fin de los tiempos, él intenta por tanto descubrir de qué modo actúa Dios ahora. Y como es necesario un cierto espacio de tiempo para discernir un movimiento, las grandes leyes del obrar divino. Por eso, junto al propio tiempo, salta hacia adelante, y proyecta al final de los tiempos estas grandes leyes generales... Así escribe el autor del libro de Daniel en tiempos de la persecución de los años 165-164 a.C. Para saber cómo terminará todo, él se coloca de forma ficticia en otro tiempo difícil del pasado: el exilio de Babilonia (entre el

de las conmociones, las contradicciones, apoyándose sobre todo en un fundamento sólido: *la fidelidad de Dios*.

La apocalíptica ha nacido sobre todo en el período siguiente a la experiencia del exilio y se ha desarrollado, no sólo a través de los escritos de algunos profetas, sino en general a través de toda la literatura judia.

Las diferencias entre apocalipsis y escatología se pueden trazar fácilmente (gracias a una cierta familiaridad con los textos, por supuesto).

De esta forma la escatología tiene una visión de la realidad más bien grandiosa, pero con una impronta de *sobriedad* y de *sentido de la mesura*. «Ningún intento de penetrar los secretos de Dios y ninguna concesión a la curiosidad del *cuándo* y del *cómo*» (B. Maggioni).

La apocalíptica, en cambio, es menos discreta, más desenvuelta, casi obsesionada por el *cómo* y el *cuándo*. En resumen, quiere *quitar el velo* a toda costa y lo más pronto posible.

Además subraya casi exclusivamente la acción de Dios, por lo que el hombre queda reducido a comparsa.

Está veteada de pesimismo sobre la historia presente, que es por tanto relegada, o incluso descalificada, en favor del futuro.

La apocalíptica, finalmente, tiene un estilo inconfundible. Utiliza todo un códice de imágenes fantásticas. Recurre al lenguaje de los colores, de los números y de otras imágenes tradicionales[19].

Sobre todo se complace en resaltar los tonos dramáticos, poner en escena elementos catastróficos, terroríficos. Además de las imágenes, se tiene la impresión que recurre a los rumores: y son espantosos.

En el relato de Mc están presentes, indudablemente, algunos rasgos «apocalípticos»: guerras, conmociones, terremotos, carestias, catástrofes cósmicas, el sol y la luna que se apagan, los astros que caen; todo ello con caracteristicas de *inmediatez*. Pero no son los que prevalecen. Forman el marco del cuadro.

587 y el 538); por tanto recorre rápidamente la historia entre el 538 y el 164 y llegado finalmente a la propia época, proyecta hacia adelante lo que ha descubierto en este "repaso" histórico. "Ve", por consiguiente, no los acontecimientos precisos, sino más bien la manera con que, fiel a sí mismo, Dios concluirá la historia. Naturalmente podrá expresar todo esto recurriendo sólo a las imágenes».

19. Algunos ejemplos. En los colores. Blanco = victoria, pureza. Rojo = homicidio, violencia, sangre de los mártires, Negro = muerte, impiedad.

En los números. Siete = la cifra perfecta, la plenitud. Seis = la imperfección (siete menos uno). Tres y medio (la mitad de siete) = sufrimiento, tiempo de la prueba, persecución. Cuatro = el mundo creado. Mil = una gran cantidad.

En las imágenes tradicionales. Cuerno = potencia. Caballos blancos = eternidad (¡no vejez!). Vestidura larga = dignidad sacerdotal. Cintura de oro = poder real. Ejemplos referidos por E. Charpentier en el cuaderno citado.

Se comprende en seguida que el mensaje central no se puede confundir con estos elementos —aunque necesarios— de adorno.

Como revela B. Maggioni, Mc parece tomar distancias de una perspectiva exageradamente apocalíptica. Baste pensar en la insistente exhortación a la vigilancia, que es una llamada al compromiso en la historia. Se tiene la impresión de que Mc nos proyecta hacia el futuro únicamente para devolvernos al hoy y para que concentremos con más fuerza la atención en el presente.

### *Estructura*

El esqueleto del gran discurso puede mostrarse de esta forma[20]:

1. *Cuadro introductorio* (v. 1-5). Jesús anuncia a los cuatro discípulos la destrucción del templo.

2. *El discurso de Jesús* (5-37) articulado en tres partes:

A) *La gran prueba* (5-23):
Advertencia general («Cuidado con que nadie os engañe», 5 b)
a) los que extravían (6)
b) las guerras (7-8)
c) persecuciones (9-13)
b') guerra y sacrilegio devastador (14-20)
a') los que extravían (21-22).
De nuevo la advertencia («Vosotros estad sobre aviso, os he prevenido de todo», 23).

B) *La venida del hijo del hombre* (24-27)
a) fenómenos celestes (24-25)
b) El hijo del hombre vendrá (26)
c) Reunirá a los elegidos (27).

C) *Información y anuncio* (28-37)
a) comparación de la higuera (28-29)
b) dicho sobre el tiempo cierto y cercano (30)
c) dicho de confirmación (31)
b') dicho sobre el tiempo desconocido (32)
a') parábola del hombre que se va de viaje (33-36).
Conclusión con una llamada a la vigilancia.

Se puede advertir inmediatamente. Las partes A y C del discurso de Jesús tienen una forma cíclica característica; por eso lo que se encuentra en medio asume un relieve especial.

20. Sigo el esquema propuesto por J. Lambrecht en el estudio «La struttura di Marco XIII» en I. de la Potterie, *Da Gesù ai Vangeli.*

En la parte A: los que extravian, guerras, *persecuciones,* guerra, los que extravían. Es central por tanto la alusión a las persecuciones.

En la parte C: parábola de la higuera, dicho sobre el tiempo cierto y cercano, *dicho de confirmación,* dicho sobre el tiempo desconocido, parábola del hombre que se va de viaje. Aquí es central la solemne afirmación: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (31).

En la parte B se abandona la estructura circular. De hecho toda *esta parte es el centro del discurso de Jesús.* El anuncio de la venida del hijo del hombre es *el hecho* por excelencia, incontestable. No tiene necesidad de otras palabras. Es significativo a este respecto que esta parte no contenga advertencias como sucede, en cambio, en las otras dos.

*Observaciones generales*

Podemos hacer algunas observaciones de carácter general.

1. Los versículos 23 («vosotros estad sobre aviso, os he prevenido de todo») y 37 («y lo que os digo a vosotros se lo digo a todos: ¡Estad en vela!) están elegidos cuidadosamente para cerrar las dos partes del discurso A y C.

2. No es ciertamente casual que todo el discurso se concluya con la expresión: «Estad en vela» (v. 37). Como nota J. Lambrecht, para Mc la exhortación es lo más actual e importante de toda la información apocaliptica.

3. La apocalíptica, como hemos subrayado, tiende a minimizar la obra del hombre, que es reducido a simple espectador, pasivo y asustado, de los acontecimientos que lo superan y casi lo destruyen.

Aquí, en cambio, son numerosos los *imperativos.*

El hombre, por tanto, está llamado a reaccionar, a tomar posiciones. El «juego» —muy serio— no se desarrolla sin él. Más aún, él puede influir en su éxito.

Solamente en la venida, los hombres aparecen testimonios pasivos del acontecimiento. Entonces será el hijo del hombre con sus ángeles quienes actúen.

Los *elegidos* serán simplemente «reunidos». Pero esto supone que ellos hayan desempeñado ya su papel.

4. La «gran prueba» (A) tiene en los dos extremos a «los que extravían». Las persecuciones están incluidas entre las guerras por

una parte y la guerra con el «sacrilegio devastador» por otra. Un crescendo notable. La colocación central de las persecuciones quiere decir, entre otras cosas, que no son sólo una fase de la «gran prueba», sino que duran durante todo este periodo.

5. Otra palabra caracteristica es «angustia» *(thlipsin)*. La encontramos en los versículos 19 y 24.

La venida, inesperada y definitiva, se coloca después de la «angustia». Por tanto, en cierto sentido, la «angustia» anuncia la venida del hijo del hombre.

6. Algunos versículos parecen indicar una cierta progresión cronológica que conduce hacia el término. Pero cuando este parece alcanzado, se nos dice que no, no se trata de un término sino de un comienzo. «*Primero* tiene que proclamarse la buena noticia a todos los pueblos» (v. 10).

En ello descubren algunos estudiosos la preocupación marciana de reaccionar contra la concepción casi paroxística, en ciertos ambientes, de una inminente parusia.

«Mc afirma que estos acontecimientos no pertenecen aún al fin, sino a la historia. El tiempo que vivimos no es el último, sino el *penúltimo*. Hay un intervalo entre estos acontecimientos y la parusia: un intervalo que no se puede calcular» (B. Maggioni).

A pesar de ello Mc se retarda en el relato de la parusia y de la destrucción de Jerusalén.

La suya, en definitiva, es una llamada de *atención*, pero también una condena de la *impaciencia*.

7. Se refiere una indicación cronológica precisa: «Antes que pase esta generación todo eso se cumplirá» (v. 30).

¿Cómo se concilia esta seguridad con la otra afirmación según la cual ni siquiera el Hijo conoce el dia y la hora (v. 32)?

*Ya en esta generación* y *nadie sabe nada, ni siquiera el Hijo, acerca del momento*.

Tiene todo el aire de una equivocación.

¿O expresa un piadoso deseo?

¿Quizá Mc termine por creer lo que espera?

Probablemente las dos afirmaciones no son contradictorias, sino complementarias. Son verdaderas las dos.

Mc no ha dudado en aportar una palabra que ya en su tiempo suscitaba numerosas perplejidades, porque de hecho había pasado una generación sin que *todas aquellas cosas* hubiesen acontecido.

Tengamos presente también que la frase «esta generación» tiene siempre en labios de Jesús un tono de reproche.

El problema queda abierto. Y quizá nos invita a reflexionar que las cosas, en un cierto sentido, han sucedido ya, aunque haya sido de forma diversa, menos evidente. El juicio ha sido ya dictado. Con su rechazo los contemporáneos de Jesús se han autocondenado.

Respecto a la declaración acerca de la propia ignorancia sobre el día y la hora, Jesús quiere sencillamente decir que no ha venido a la tierra para re-velar semejantes cosas, para satisfacer la curiosidad sobre ese punto. No es ése el encargo que el Padre le ha confiado. Más bien él se remite también a la decisión del Padre.

«No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha reservado a su autoridad» (Hech 1, 7).

*Cuadro introductorio*

«Al salir... del templo» (v. 1). Jesús desde que llegó a Jerusalén había entrado y salido más veces del templo. Ahora sale por última vez. Lo deja definitivamente. La ruptura está consumada.

Se puede recordar el episodio descrito por Ezequiel en el que la gloria de Dios abandona el umbral del templo en el momento de la deportación a Babilonia (Ez 10, 18).

«Uno de sus discípulos le dijo: Maestro, ¡mira qué sillares y qué edificios!» (v. 1).

Los discípulos, más que estar atentos a los gestos pequeños pero significativos, como el realizado por la viuda, se dejan aún fácilmente sugestionar por las cosas relumbrantes.

«Los derribarán hasta que no quede piedra sobre piedra» (v. 2).

En realidad, en el 70, el templo fue incendiado. Sólo en un segundo momento fue «demolido».

En la profecía, sin embargo, más que la anticipación exacta de los acontecimientos previstos en detalle, hay que saber captar el significado profundo. En este caso: «Cualquier falsa seguridad del hombre, que se base en sus obras colosales (incluso religiosas), es atacada y destruida por el evangelio» (E. Schweizer).

Después de la primera destrucción (586 a.C.) la obra de reconstrucción había comenzado con el retorno del exilio (520-515). Pero el resultado obtenido estaba muy lejos de la magnificencia propia del templo de Salomón.

Herodes sería quien volvería a dar a la construcción toda su magnificencia.

En tiempos de Jesús, aún perduraban los trabajos de embellecimiento y decoración. Habían sido ultimados sólo unos diez años antes de los acontecimientos del 70.

Los judíos, a pesar de su visceral antipatía por Herodes y su familia, se enorgullecían de la magnificencia y belleza de su templo.

En el *Talmud* está escrito: «Quien no ha visto ultimado el santuario en todo su esplendor, no sabe qué es la suntuosidad de un edificio» (*Sukka* 51b).

Aún hoy, en el muro de las lamentaciones, es posible ver aquellas enormes piedras que parecían destinadas a desafiar el tiempo.

La profecía de Jesús[21], por tanto, tiene como efecto la turbación profunda de los oyentes[22].

«Estando él sentado en el monte de los Olivos» (v. 3).

La actitud de sentarse significa enseñanza. Jesús que sube a la cátedra.

El monte de los Olivos es más alto que la explanada del templo, que se encuentra de frente, estando en medio el valle del Cedrón. La escena, por consiguiente, está construida con una ambientación perfecta.

Este lugar tiene referencias precisas en la tradición bíblica.

En estas pendientes se desarrolló la que viene comúnmente llamada la «pasión de David» (2 Sam 15, 30 s).

Aquí, en el episodio de Ezequiel citado antes, se ha parado por un instante la gloria de Yahvé que había dejado el templo, antes de ir a alcanzar a los exiliados a Babilonia (11, 23).

21. Sobre la cuestión de si Mc escribe antes o después de la destrucción del templo, sobre la tesis sostenida por S. G. F. Brandon y si, por tanto, se trata de un vaticinio verdadero y propio o bien de una profecía *ex eventu*, construida después que se habían verificado ya los acontecimientos descritos, cf. C. Masson, *L'évangile de Marc et l'Eglise de Rome*, 43 s.

*Un cristiano comienza a leer el evangelio de Marcos*, *I*, 30 s.

22. En los años de la predicación de Jesús y en los siguientes, en los ambientes judíos se acumulaban noticias de voces, visiones, presagios relativos a la catástrofe que se abatiría sobre Jerusalén y sobre el templo.

Flavio Josefo, en su *Guerra judía* (VI, 5, 3) habla por ejemplo de un cierto Jesús, hijo de Ananías, personaje singular, campesino semianalfabeto. Este, cuatro años antes de que se iniciase la guerra había aparecido en la ciudad santa, en una fiesta, y había sembrado la inquietud y el miedo. Daba vueltas por la ciudad gritando: «Voz de oriente, voz de occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y el templo, voz contra los esposos y las esposas, voz contra todo el pueblo». Hay que advertir que en aquel tiempo la ciudad gozaba de un período de tranquilidad y de prosperidad. Por tanto parecía absolutamente inverosímil el anuncio de este profeta extemporáneo.

Para impedirle disturbar la tranquilidad pública —diurna y nocturna— el hombre fue arrestado y enviado ante el procurador romano. Este se hizo a la idea de que estaba ante un loco. Por lo que después de mandar azotarlo, lo puso en libertad.

Pocos años después el profeta analfabeto moría junto a los muros de Jerusalén iluminada por los resplandores del templo en llamas. Incluso en los últimos momentos le oyeron repetir: «¡Ay de la ciudad, ay del pueblo!».

Según Zacarías, el Señor cuando venga al juicio final, comparecerá sobre el monte de los Olivos (Zac 14, 4).

En este mismo monte Lucas colocará la Ascención (Hech 1, 12).

Junto con los tres íntimos aparece Andrés, aunque su nombre está separado del de su hermano Pedro, como habia ya sucedido en la lista de los apóstoles (3, 13-19).

«¿Cuál será la señal de que todo esto está para acabarse?» (v. 4). La expresión *todo esto* suena un poco extraña. No se refiere sólo a la destrucción del templo, sino también probablemente, a los acontecimientos relativos al fin del mundo, de que se habla después. La pregunta, pues, «anticipa» el tema sucesivo.

En la intervención de los cuatro discípulos se puede leer quizá la preocupación de la primera comunidad cristiana ante el pulular de fanáticos que, refiriéndose a la gravedad inaudita de los acontecimientos que se estaban desarrollando, hacían circular un cúmulo de rumores acerca de la inminencia del fin.

Sobre el alcance de la profecia me parece bastante equilibrado el comentario de R. Schnackenburg: «Es posible que Mc haya considerado retrospectivamente el hecho cumplido. En este caso las dificultades y los problemas surgidos dentro de la comunidad se explicarian mejor y asi se aclararia a qué se refiere la respuesta en el discurso inserto en este punto.

La catástrofe de Jerusalén y del templo, que a los contemporáneos aparecía como un espantoso castigo de Dios, planteó en la comunidad cristiana la pregunta de si aquello no representaba «el comienzo del fin», mientras apocalípticos exaltados sembraban turbación entre los fieles. Mc opuso resistencia a tales seducciones, aunque también él estaba convencido de que la parusia de Cristo no estaba lejana.

Pero él era consciente de que Jesús no había querido fijar un plazo, sino sólo exhortar a sus discipulos a estar preparados con una constante vigilancia.

Ante el suceso histórico, obscuro en su polivalente significación, la fe escuchará la voz de Dios que resuena en los acontecimientos transitorios, sin adelantar por ello una respuesta unívoca sobre los objetivos que Dios se proponía con ellos.

Por tanto, las posteriores interpretaciones dadas por los cristianos a la destrucción del templo, como si con ella el pueblo de Israel hubiera sido repudiado y disperso por el mundo para siempre, no están justificadas; más bien éstas resultan peligrosas y contrarias a la fe de Cristo: se ha contribuido de esta forma a las espantosas persecuciones antisemitas que se han hecho culpables de tantas lágrimas y de tanta sangre derramada injustamente.

La palabra profética de Jesús hay que considerarla más bien como una llamada a la reflexión personal y a una renovada escucha de la voz de Dios, también en los acontecimientos que nosotros hoy experimentamos»

Por su parte, R. Fabris comenta: «Jesús retomando un tema de la antigua tradición profética (Jer 26, 6.18; Miq 3, 12), anuncia el fin de los tiempos como lugar de encuentro entre Dios y su pueblo, como signo de la antigua alianza. La tradición evangélica retomada también por Mc, ha conservado otra sentencia de Jesús acerca de la destrucción y que será presentada en la acusación del proceso (14, 58) y en los insultos bajo la cruz (15, 29).

«Con esta afirmación Jesús no sólo anuncia el fin de la institución religiosa representada por el templo, sino que promete la fundación de un templo nuevo, obra definitiva de Dios: la comunidad de los creyentes».

Los discípulos, sin embargo, piden a Jesús una fecha y una señal de preaviso.

El Maestro como de costumbre rechaza el dar precisiones de este género. Se limita a presentar una serie de cuadros, que no hay que «leer» en sentido estrictamente cronológico porque no tienen el objetivo de seguir el desarrollo exacto de los acontecimientos. Más que nada son escenas, episodios de diversa naturaleza. Su objetivo, si acaso, es el de poner a prueba la fe. No por casualidad cada uno de estos anuncios está acompañado de palabras de ánimo.

Jesús no ahorra a los «suyos» la lucha. Y tampoco las sorpresas.

Más que dar indicaciones exactas sobre el desarrollo de la guerra, les arma para la guerra.

### *La gran prueba*

Esta parte del discurso se articula asi:

— signos premonitorios (5-13)

— acontecimientos en Judea (13-23).

Para ser aún más precisos, nos encontramos con que cada uno de los dos bloques está compuesto por algunos *elementos descriptivos y termina con advertencias.*

Tenemos, por tanto, este esquema:

«Cuidado...» (5-6),

«Cuando oigáis...» (7-13),

«Estad sobre aviso» (21-23).

Los elementos descriptivos están introducidos respectivamente por «cuando oigáis» y por «cuando veáis». Las advertencias están fijadas por «cuidado» y por «estad sobre aviso». La única diferencia

está en el hecho de que las advertencias están colocadas al comienzo de los «signos premonitorios», mientras que se encuentran al final de los acontecimientos en Judea.

De todas formas, como hemos dicho ya en el esquema presentado al comienzo del capítulo, la estructura es circular o de inclusión, y por tanto hay una nueva toma de distintos elementos (por ejemplo, los que extravían y las guerras).

Los discípulos, en primer lugar, deben ponerse en guardia contra *los que extravían*, que se hacen pasar por mesías. Los podremos definir como «usurpadores del nombre».

Como recuerda R. Fabris, «la historia bíblica, junto a la genuina experiencia religiosa y profética, registra un pulular de fanáticos e impostores religiosos que, sobre todo en tiempos de crisis, explotan la emotividad popular».

Flavio Josefo presenta una serie impresionante de estos «seductores», que tenían cierto ascendiente sobre el pueblo y lograban conducir las personas de su séquito a formas colectivas de exaltación.

El primer pseudo-mesías parece haber sido un cierto Bar-Kockba (132-135) que logró hacerse tomar en serio incluso por el prestigioso rabí Akiba.

«Van a venir muchos usando mi título, diciendo "ése soy yo"» (v. 6). Es decir «usando mi título» van a decir que son el mesias.

E. Schweizer interpreta: «refiriéndose a mí y a mis palabras». Y subraya el hecho de que el evangelista deja entender que también en las comunidades actuaban estos personajes ambiguos.

Recordemos además que «yo soy» es una de las fórmulas sagradas del hebraísmo para indicar a Dios.

La comunidad es invitada, pues, a adoptar una actitud de extrema vigilancia ante esos y a ejercer una lúcida crítica ante las «señales y prodigios» (v. 22) que eventualmente podrían exhibir. «El prodigio no es una credencial unívoca. Se puede convertir en un signo auténtico sólo cuando es realizado por una genuina praxis de fe» (R. Fabris).

En cuando a las *guerras*, sorprende la declaración «tiene que suceder» (v. 7). Se trata de una fórmula que no hay que entender en sentido fatalista, sino que deriva del lenguaje apocalíptico de Daniel (2, 28).

Cito de nuevo el comentario de R. Fabris: «No es la justificación de la guerra o de las catástrofes cósmicas, sino de una concepción apocalíptica... en la que la historia es interpretada como cumplimiento del plan secreto de Dios. Un plan revelado al autor del Apocalipsis que tiene sus momentos y su calendario de actuación.

Pero más allá de esta concepción mítica de la historia, hay un juicio religioso extremadamente serio: la lógica interna de las potencias históricas que se disputan el poder, es la autodestrucción por medio de la violencia. Ahora bien, los creyentes deben realizar su cometido y encontrar el camino de la liberación en este contexto conflictivo».

«Se alzará nación contra nación...» (v. 8). Se puede citar un pasaje del antiguo testamento que expresa la misma idea.

«Azuzaré egipcios contra egipcios:
peleará uno con su hermano, el otro con su compañero;
ciudad contra ciudad, reino contra reino» (Is 19, 2).

En el pasaje de Mc se habla de guerras cercanas y guerras lejanas. Guerras locales que después, poco a poco, asumen proporciones mundiales.

«Esos son los primeros dolores» (v. 8). Alguno traduce dolores como «punzadas». La imagen sería la de un parto. Precisamente las guerras destructoras, la violencia homicida, las carestías, se convierten, en esta perspectiva, en elemento de dolorosa fecundidad.

Este es, por tanto, el *principio* no el fin. No sólo porque la tribulación inimaginable debe aún venir (v. 19), sino también porque estos acontecimientos desembocan en un mundo nuevo. Y quizá aquí se puede señalar una alusión a la verdadera, gran «angustia»; la que soportará Cristo en su pasión y de la que nacerá el mundo nuevo.

Sin embargo, otros autores interpretan la expresión en clave rigurosamente escatológica.

La vuelta al tema de la guerra se registra desde el versículo 14 al 20.

Aqui aparece el «execrable devastador» (v. 14).

La expresión está en el libro de Daniel (9, 27). Se refiere al hecho sacrílego del que fue protagonista Antioco IV Epifanes que en el 168 a.C. había osado erigir dentro del templo un altar en honor de Zeus Olimpico.

Se puede quizá colegir una referencia a Calígula obstinado en colocar en el templo su propia estatua (40 a.C.). O, según algunos, es una alusión a la destrucción de Jerusalén, cuando los soldados romanos alzaron en el Santo de los santos los estandartes de su emperador Tito.

Finalmente, alguno ve la figura del Anticristo.

De todas formas, en el centro de las preocupaciones nos parece que no está la profanación del templo, sino la situación dramática en la que se encuentran los más débiles, especialmente las madres, obligadas a huir en condiciones precarias, de emergencia.

«Quien esté en la terraza...» (v. 15) debe bajar por fuerza. Pero debe hacerlo deprisa, por la escalera exterior, sin entrar en casa. Algunos estudiosos, en cambio, interpretan así: algunas casas tienen las terrazas adosadas a las pendientes de la colina. Entonces será oportuno descender abajo. Indicando que cualquier incertidumbre y pérdida de tiempo puede resultar fatal.

Tengamos presente que aquellos «que estén en Judea» (v. 14) se encuentran ya en una zona montañosa. Aquí, probablemente son consideradas las montañas como refugio seguro y probablemente como lugar en donde se puede organizar la resistencia.

Hay que tener en cuenta además que en Palestina las noches son crudas y por tanto la capa seria bastante útil (v. 16).

La alusión al invierno (v. 18) está motivada por las especiales incomodidades provocadas por esta estación en la que, entre otras cosas, los ríos llevan el máximo caudal y dificultan la huida.

El tema de los elegidos, gracias a los cuales es reducido el tiempo de la angustia (v. 20) recuerda el del «pequeño resto» y es clásico en la apocalíptica.

«Vosotros andaos con cuidado» (v. 9). La atención es dirigida a la comunidad, que debe afrontar por su parte una prueba terrible.

Los discípulos serán «entregados» como el Maestro, bien a los tribunales religiosos o civiles, al poder en todas sus formas (sanedrín, sinagogas, vasallos de la autoridad imperial). Basta leer los Hechos de los apóstoles para encontrar una precisa confirmación de esta profecia.

Todo esto por causa del evangelio (por causa mía).

Pero tampoco esto es el fin. «Primero tiene que proclamarse la buena noticia a todos los pueblos» (v. 10).

«Para Mc la predicación al mundo entero tiene una importancia central; por ello no puede faltar en absoluto en una visión del futuro, y debe ser insertada aqui, en donde se habla de testimonio, también para excluir el equivoco de que un testimonio sea sólo necesario ante los tribunales judíos» (E. Schweizer).

El versiculo 11 tiene un acento particular de consuelo. Los discípulos no deberán preocuparse ante los tribunales. De hecho, tendrán como abogado defensor e «inspirador» al Espíritu Santo.

Inmediatamente después los tonos vuelven a ser obscuros. Delaciones, traiciones dentro de la misma familia [23], odio por parte de todos a causa de Jesús (v. 12-13).

23. Viene a la mente un texto de Miqueas: «No os fiéis del prójimo, no confiéis en el amigo, guarda la puerta de tu boca de la que duerme en tus brazos; porque el hijo deshonra al padre, se levantan la hija contra la madre, la nuera contra la suegra y los enemigos de uno son los de su casa» (7, 5-6).

«Los cristianos a diferencia de cuanto se dice en la apocalíptica judia, no pretenden realizar sólo una supervivencia material, sino que aspiran a la salvación interior incluso a costa de su vida» (R. Schnackenburg).

Firmeza y perseverancia, incluso en la fragilidad de la carne, contradistinguen la actitud del cristiano en medio del aluvión de persecuciones.

«Pero quien resista hasta el final se salvará» (v. 13). No es otra cosa que una versión de la paradoja ya proclamada por Jesús antes: «El que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará» (Mc 8, 35).

## *La venida del hijo del hombre*

Es, como hemos dicho, el núcleo central en torno al cual gira todo el complejo discurso de Jesús.

Los cuatro versiculos (24-27) han sido construidos casi totalmente a través de un sabio «montaje» de textos del antiguo testamento.

Es la *parusía,* que significa literalmente, *presencia,* o bien *venida* (podemos decir: hacerse presente). El término se usa habitualmente para indicar el retorno de Jesús al final de los tiempos.

Las indicaciones cronológicas resultan más bien vagas: «en aquellos días...». Las intervenciones divinas no son jamás datables.

Sin duda Mc debe haber luchado bastante para resistir a la tentación de recurrir a su adverbio preferido «de repente», «inmediatamente» —lo usa 42 veces en su evangelio— y limitarse al más impreciso «en aquellos dias».

La misma expresión «después de aquella angustia» (v. 24) más que especificar un tiempo preciso, sirve para poner en evidencia el *contraste* entre una situación de opresión, sufrimiento y angustia y la salvación traída por Dios, su intervención liberadora.

Mientras todos los acontecimientos precedentes se insertaban en la trama de la historia, aquí estamos proyectados decididamente más allá de la historia, situados ante aquel *acontecimiento* decisivo que da significado a la historia.

Las imágenes ambientales empleadas para describir la venida, son las características de la tradición profética, en donde la intervención de Dios es siempre señalada por acontecimientos cósmicos excepcionales.

Hechos enojosos, de esta especie, han ocurrido, tanto en el ámbito de las familias como de las comunidades, en la persecución de Nerón. Basta leer algunos testimonios como los de Tácito o Clemente, para comprender que este pasaje de Mc era de plena actualidad en el tiempo en que escribía su evangelio.

«Los astros del cielo, las constelaciones, no destellan su luz; se entenebrece el sol al salir, la luna no irradia su luz» (Is 13, 10). «El cielo se abarquilla como un pliego y se marchitan sus ejércitos...» (Is 34, 4).

Parece que se vuelve atrás, al relato de la creación. Cielos, estrellas, luna, luz... Pero esto, en cierto sentido, es lo contrario de la creación. Los astros han terminado su servicio. Pueden también apagarse. Ahora la luz viene de otra parte. Los hombres tendrán posibilidad de «ver» gracias a la luz que emana directamente del hijo del hombre. No hay ya posibilidad de engaño. La mentira no tiene ya lugar. Esta es una luz que elimina cualquier zona de obscuridad, cualquier posibilidad de duda.

En la aparición del hijo del hombre «sobre las nubes, con gran poder y majestad» (v. 26), se puede percibir, en filigrana, la visión de Daniel (7, 13-14). Es evidente el contraste entre un contexto de persecución y el cuadro grandioso propuesto (nubes, poder, gloria, ángeles).

Hay que advertir que la reunión (v. 27) está limitada a los elegidos, aunque sean de toda la tierra. No se alude al juicio que sufrirán los malvados.

El término «reunir» merece una precisión. Es una palabra-clave que en la Biblia no se utiliza jamás en un contexto de prueba. Más bien indica el final de la prueba. Cuando se trata de la prueba, de la tentación, la palabra-clave es la opuesta a reunir: *dispersar*. No por nada encontramos el verbo «dispersar» en el relato de la pasión (14, 27).

El texto de Mc se aleja de los apocalipsis judíos porque no registra la descripción del castigo y de la aniquilación de los enemigos. Será suficiente compararlo con el texto más o menos contemporáneo del judaísmo, *La asunción del Moisés*. En él es descrito un aspecto de la felicidad de los elegidos, que pueden asistir al espectáculo de la condena de los enemigos... ¡Forma parte del premio!

En el discurso de Jesús, toda la atención está dirigida a la comunión ya definitiva de los elegidos con su Señor, al que han permanecido fieles en el período de la prueba, de la gran tribulación. No interesan los que están fuera (los que se han excluido). La luz está concentrada sobre la gran familia de Dios.

Ciertamente el pasaje subraya fuertemente el *triunfo* del hijo del hombre. Un triunfo que, en las actuales circunstancias de la historia, parece puesto en duda, más bien incierto e incluso brutalmente desmentido. Ahora el hijo del hombre, y los que tienen el coraje de testimoniarlo, es perseguido, llevado ante los tribunales, acusado, condenado. Pero, he aqui que de improviso, los papeles se cambian. Y precisamente el hijo del hombre —derrotado, humillado— aparece en

un contexto de magnificencia para pronunciar el juicio inapelable sobre la historia y sus llamados protagonistas.

«Hay un punto que precisar: el retorno del hijo del hombre en poder y majestad no significa en modo alguno que Dios, al final, abandonará el camino del amor para sustituirlo por el del poder. Si fuera asi, la cruz no sería ya el centro del plan de salvación y el mismo comportamiento de Dios daria razón, en definitiva, a los que afirman que el amor es inútil, incapaz de conseguir el objetivo: ¡sólo el poder es eficaz! Nada de esto. El triunfo del hijo del hombre será el triunfo del crucificado (14, 61-62), la demostración de que el amor es poderoso, victorioso» (B. Maggioni).

### *Información y anuncio, es decir, el compromiso del cristiano: vigilancia*

Es la parte conclusiva del discurso. Jesús saca la suma de cuanto ha dicho, sobre todo en relación a la situación y responsabilidad de los discípulos, los de ayer y los de mañana.

En los extremos tenemos dos comparaciones o parábolas: la higuera (28-29) y el hombre que se va de viaje (33-36).

Adentrándose hacia el centro, partiendo de estos dos extremos opuestos, dos *dichos* sobre el tiempo, en apariencia contradictorios: según el primero (v. 30) parece cercano y cierto, según el otro (v. 32) es más bien incierto, casi evanescente.

En el centro la afirmación solemne: «El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán» (v. 31).

Esta parte está caracterizada por una fuerte llamada a la espera y a la vigilancia, que excluyen tanto la impaciencia como el sueño, tanto la «huida hacia adelante» como el permanecer prisioneros en el horizonte del presente, tanto el temor como el relajamiento.

Jesús parece responder sólo ahora a la pregunta inicial de los discípulos (v. 4). Pero responde según su estilo habitual, desviando en otra dirección los términos de la cuestión.

El problema no es el «cuándo», sino el hallarse preparados.

No se trata de saber «cómo» sucederán «todas estas cosas», sino «cómo» debe comportarse el cristiano en la espera.

En cuanto a los signos premonitorios son numerosos, pero imprecisos y confusos en su acontecer histórico. El discípulo debe saberlos captar, adivinar a la luz de Jesús y de su evangelio.

Los mismos fenómenos de la naturaleza pueden enseñarnos algo.

En Palestina inmediatamente después de la estación de las lluvias, la higuera echa brotes y anuncia asi el aproximarse del verano.

«Pues lo mismo, cuando veáis vosotros que suceden estas cosas sabed que está cerca, a la puerta» (v. 29).

¿Qué *cosas?* ¿La destrucción de Jerusalén, o las distintas calamidades que se abaten sobre los hombres en el curso de los siglos, o los trastornos finales?

Jesús —a través de Mc— deja en suspenso esta cuestión, parece que no quiere, a sabiendas, precisar este aspecto.

Para el creyente todo es signo, todo es presagio, todo es huella, anuncio del que viene, que está ya a la puerta.

El creyente sabe que cada instante es el *tiempo favorable,* en el que debe tomar una decisión, dar una respuesta. En cada acontecimiento del presente se juega su futuro.

De la contradicción de los versículos 30 y 32 ya hemos hablado. R. Pesch afirma que «sopesan como sobre una balanza dos *logia* los cuales se integran y se interpretan mutuamente» acentuando y al mismo tiempo corrigiendo los dos aspectos complementarios de la realidad: certeza, que no hay que entender sin embargo como término definitivo. Esperanza, que no elimina la incertidumbre y el riesgo.

El peor modo de leer esta página me parece que es el de plantear aqui el problema —bastante debatido en teología— de la autoconciencia de Jesús, que es del todo extraño a ella.

El Maestro no habla de conocimiento, como nosotros entendemos, en relación a su persona, sino en relación al mensaje que el Padre le ha consignado para nosotros. Ahora bien, en este mensaje la fecha permanece secreta.

El cristiano, por tanto, no debe hacer previsiones y cálculos.

«El "tiempo" que no se puede calcular y que precisamente por esto se refiere a cualquier instante del hombre, llama a "vigilar", es decir a tener hacia la vida una actitud en la que se esté siempre responsablemente ante el Señor que viene, y no se permite que nada nos distraiga de una constante disponibilidad hacia él.

De esta forma el "tiempo" que viene se convierte en el que determina plenamente el presente, y le da su tensión, su esperanza, su fin, y por tanto su sentido. Esto es afirmado con la imagen de las tareas que son asignadas para el tiempo presente, antes de la venida del Señor, mientras que la imagen del vigilar y la referencia a la hora incierta de su venida da a esta responsabilidad toda su urgencia: ningún instante es secundario, porque cada uno puede ser el de la venida definitiva del Señor; por eso es imposible para la comunidad hacer pasar el tiempo en el sueño, como si fuese tiempo vacío, no tiempo ya lleno de la futura venida del Señor; como si no se tratase del uso que se hace de él» (E. Schweizer).

En medio de todas las incertidumbres, Jesús ofrece un terreno sólido sobre el que la comunidad puede apoyar los pies, mientras todo

parece caerse y destruirse. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Sorprende la expresión «mis palabras» insólita en el lenguaje de Marcos, que habla habitualmente de «enseñanza».

Queda, sin embargo, el acento de un fuerte contraste: entre el cielo y la tierra que pasarán y las palabras de Jesús que permanecen.

Se diría incluso que el acento, más que sobre el mundo que acaba, se pone sobre la «palabra» que no pasa.

La parábola final es una de las más breves. Más que nada un esbozo de parábola.

Alguno sostiene que está compuesta con elementos traídos de otras parábolas: la del ladrón nocturno y la de los talentos (o de las minas).

Un estudioso, llega a lanzar la hipótesis de que Mc ha juntado cuatro parábolas diversas. ¡Un verdadero récord de síntesis elaborada en tres versículos!

No es una parábola fácil. No se está de acuerdo ni siquiera en el título de la misma. Alguno la llama «la parábola del portero». J. Dupont[24] la titula «la parábola del amo que vuelve durante la noche». Y el prestigioso, gran estudioso, debe haber recibido informaciones «reservadísimas» sobre esta llegada nocturna, desde el momento que el texto *de Mc* no excluye la hipótesis de la mañana...

Justamente J. Dupont advierte que mientras la comparación de la higuera responde a la segunda parte de la pregunta de los discípulos (v. 4) relativa al signo a través del cual es posible discernir la inminencia del fin, la parábola final está en relación a la primera parte de la pregunta («¿cuándo?»).

Se trata de un hombre que debiendo ausentarse, confía la propia casa a los criados. Sobre todo, inicialmente, se eleva la figura del portero, que recibe el encargo específico de «vigilar». Cada uno, sin embargo, tiene su propio papel que desempeñar, la propia precisa responsabilidad.

El «núcleo» de la parábola me parece que es... doble:

— La *incertidumbre acerca de la hora del retorno.* Puede ser —como observa agudamente R. Schnackenburg— antes de lo que uno espere, pero también más tarde de lo que se cree. «De repente» se presta a las dos hipótesis.

— La *espera vigilante* consiste en estar en el propio puesto en sentido activo, es decir trabajando.

La más grave desgracia que pueda suceder es que se encuentre a alguno «dormido». Y esto puede ocurrir no sólo de noche.

24. *Mèlanges bibliques en hommage au R. P. Bèda Rigaux*, 89 s.

Por tanto, no es sólo el portero el encargado de vigilar. El no puede hacerlo supliendo a los demás.

Una vez más, por tanto, Cristo rechaza el responder a la pregunta sobre «cuándo». Dice sólo que la venida está cercana, es cierta, «imprevista» (v. 36). Y por eso hay que vigilar.

Como era importante no engañarse acerca de la aparición de falsos cristos y falsos profetas —no son estos el «señor de la casa»—, como era necesario mantenerse fuerte en las persecuciones, también hay que estar preparados en todo momento.

Podríamos sintetizar así las consignas contenidas en las exhortaciones insertas en todo el «discurso escatológico»:

Desde un punto de vista negativo:

— no dejarse engañar,

— no dejarse desanimar,

— no dejarse coger de improviso (es decir, no dejarle encontrar «dormidos» en el momento del retorno de Cristo).

En sentido positivo:

«Estad en vela». Y no por casualidad se ponen estas palabras como conclusión. Que se refieren a todos.

Me agrada citar aún dos pasajes significativos de dos de los mejores estudiosos italianos de Mc.

R. Fabris: «Esta insistencia sobre la vigilancia, a causa de la incertidumbre sobre la venida del Señor, da una perspectiva práctica a todo el discurso escatológico. Las palabras de Jesús, como parece sugerir Mc a los cristianos, no intentan dar informaciones acerca del fin y de los signos del fin, sino inculcar a los creyentes una actitud de responsabilidad vigilante. La vigilancia responsable excluye tanto el fanatismo apocalíptico que proyecta el futuro elaborando un fantástico calendario del mundo, como el narcótico o la alienación mundana que pierda de vista la tarea y la meta de un proyecto histórico a medida del hombre. En otros términos, la tentación escatológica de la comunidad cristiana que espera al Señor es una fuerza crítica ante la fuga hacia la utopía y ante una congelación de la situación presente».

B. Maggioni: «Vigilar significa estar constantemente alerta, *despiertos*, a la espera. Significa vivir una actitud de *servicio*, a disposición del amo que puede volver en cualquier momento. Implica lucha, *esfuerzo*, renuncia. No es en modo alguno falta de compromiso o indiferencia».

PROVOCACIONES

1. Me pregunto si el discurso escatológico contiene más referencias al futuro o al presente.

Ciertamente, el cuadro está dominado por la perspectiva de las realidades últimas, sobresale sin duda la visión de la venida del hijo del hombre.

Sin embargo, la mirada está concentrada en el hoy.

Casi como si la única manera para ser «contemporáneos» del futuro consista en vivir en plenitud el presente.

El único modo para permanecer fieles a lo eterno está en no traicionar el presente.

2. El creyente no es alguien que viaja con el calendario en la mano. A lo sumo tiene en la mano una brújula.

Cristo da la dirección del camino. No nos ofrece la descripción anticipada de lo que ocurrirá a lo largo del camino.

Su palabra —la que no pasa— no es una clave mágica para resolver los enigmas de la historia, los jeroglíficos de la crónica cotidiana.

Es luz que permite captar el significado de los acontecimientos.

El cristiano no es uno que ya sabe todo antes. Es uno que es capaz de coger el hilo conductor de las distintas vicisitudes.

La culpa del cristiano no es la de no estar informado. Sino la de no estar preparado.

3. En vez de curiosidad, vigilancia.

En vez de informaciones, exhortaciones.

Jesús no dice: «Estad tranquilos». Dice: «Estad en vela».

No nos dice: «poned el despertador a una hora determinada». Impone: «no durmáis».

4. Muy agudas las observaciones de E. Pousset. Ante un texto enigmático, debemos arriesgar una lectura que busque, adivine, intuya, descubra.

Las cosas que hay que entender no están allí como algo que se encuentra por el suelo.

Se trata de adquirir una cierta manera de *orientar* nuestra atención sobre lo que es verdaderamente importante y que no es otra cosa que *un cierto arte en ser puntuales*, es decir, de no dejarse sorprender por los acontecimientos decisivos de la existencia.

5. El amo que parte no deja individuos que le esperan, sino individuos que tienen algo que hacer, a los que *ha dado* algo que hacer.

Cuando vuelva no le interesará tanto saber si le estaban esperando, sino si han desarrollado la tarea para la que les ha «dejado».

6. No sé si Mc ha utilizado realmente la parábola de los talentos.
En todo caso, el equivalente del siervo que va a esconder el talento recibido, aqui es el siervo que se deja sorprender dormido.

7. Cierto, el Señor llega de improviso. Por la tarde, de noche o a las primeras luces del alba.
Puede suceder que esté ya al llegar.
Justamente J. Dupont resalta que Jesús no habla tanto de su reino, cuanto del reino de Dios.
Ahora el reino de Dios ha llegado *ya*, está presente aquí, en medio de nosotros.
Por tanto, hay algo peor que estar dormidos.
Y es el no darse cuenta de una presencia.

8. Produce cierto efecto la presencia de ese imperativo: «estad en vela».
Podría ser que con todo ese fracaso provocado por guerras, persecuciones, cataclismos, desconciertos cósmicos, se estuviera a la fuerza en vela.
En cambio, no.
No son los acontecimientos externos —por muy ruidosos y terroríficos— los que nos hacen estar en vela. A lo sumo, no nos dejan dormir.
La vigilancia cristiana es otra cosa. Depende de algo que hay dentro. Una espera vivida en la esperanza. Son los pasos ligeros de una persona los que nos mantienen despiertos. Y se está en escucha del silencio.

9. Y reaparece la higuera. Debe existir un motivo para que Jesús preste una atención tan especial hacia esta planta.
En el discurso sobre las «realidades últimas» hubiera encajado perfectamente la imagen de la higuera seca de raiz.
En cambio la encontramos con las «ramas tiernas», reverdeciendo con brotes nuevos.
Una imagen de vida, enmarcada en medio de un cuadro que parece reclamar la desolación y la muerte (¡qué lección para los muchos «catastrofistas»!).
Jesús no se sirve de la planta «maldita» para sugerirnos que es el fin.
Lo debemos comprender —debemos advertir que él está a la puerta— por un árbol lleno de brotes.

¿O quizá él continúa a retrasar el fin, no se resigna a cerrar el discurso con el hombre, hasta que la planta no haya aprendido a no desilusionar las esperanzas?

¿En este caso el discurso escatológico no documenta también las esperanzas de Dios?

Cierto. El no está dispuesto a renunciar a la estación de los frutos.

## CONFRONTACIONES

### *Una esperanza que activa las energías históricas*

La *parusía*, venida-presencia del Señor resucitado, no es un residuo cultural de la mentalidad apocalíptica sino el desarrollo lógico de la fe cristiana en Jesús resucitado. La resurrección no es un acontecimiento privado relativo sólo al destino de Jesús de Nazaret en la ultratumba, sino un acontecimiento que señala un cambio en el destino de la humanidad y del cosmos con el que ésta es solidaria.

En Jesús resucitado ha surgido ese reino de libertad y de justicia que ahora indica la meta hacia la cual madura toda la entera historia humana. Pero esta maduración hacia la plena y definitiva libertad y justicia, no sucede de forma fatalista o mecánica, sino a través del compromiso de cuantos, rompiendo la solidaridad con las potencias de destrucción y opresión, se encaminan hacia el nuevo futuro. Esta esperanza operativa es la espera de la parusía, de la venida del hijo del hombre. Una esperanza que pone en movimiento las energías históricas de la comunidad creyente porque se funda en la garantia histórica que no desilusiona: la fidelidad de Dios manifestada y operante en Jesucristo (R. Fabris, *o. c.)*.

### *Los acontecimientos presentes no son secundarios*

Si dirigimos una mirada retrospectiva a todo el discurso, podemos poner en evidencia una vez más las típicas diferencias respecto a los distintos apocalipsis de la época:

a) Mc 13 no ofrece al lector una especie de hoja de ruta de los acontecimientos finales, para que él pueda establecer, consultándola, en qué etapa del viaje nos encontramos. No repite una historia ya sucedida, presentándola bajo forma de profecía (ficticia) escribiendo bajo la cobertura del nombre de un famoso personaje del pasado; ni

describe acontecimientos históricos contemporáneos o esperados a corto plazo de modo que se adapten a su objetivo, aunque originariamente los versiculos 14-20 se hayan entendido así.

Además las indicaciones sobre el tiempo son tan generales que se trata más de transiciones redaccionales sin especial importancia, que de indicaciones precisas de sucesión cronológica.

De esta forma es conservada la perspectiva veterotestamentaria de que también detrás de la guerra, la pestilencia y el hambre está Dios, que a través de todos los sufrimientos conduce a los suyos al justo fin.

b) Este fin no es el aniquilamiento de los enemigos o su condena a una pena eterna, sino el poder y señorío del hijo del hombre, que comprende también la reunión de los dispersos en la comunión definitiva con su Dios.

Se trata, en definitiva, del cumplimiento de la oración: «Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad» que incluye también el «líbranos...».

c) Sobre todo llama la atención la repetida interrupción del estilo de descripción de los acontecimientos futuros con llamadas directas a la comunidad, referidas a su presente.

También en esto Mc 13 coincide con los profetas del antiguo testamento, que hablan siempre del que debe venir sólo para hacer urgente e inevitable la conversión de Israel ahora, en el presente del profeta.

Aunque nosotros seamos capaces de explicar el origen general de todos los detalles, y aunque estos no puedan tener carácter vinculante como descripción precisa del curso de los acontecimientos finales, las afirmaciones decisivas de este capítulo no son por esto menos centrales e importantes:

(*a*) Cualquier sufrimiento del presente está subordinado a Dios; forma parte de una historia de la que Dios es el Señor y que él conducirá a su meta. Se trata de una espera intensa y de una alegre esperanza que caracterizan la posición de la comunidad en relación a la historia con todos sus sufrimientos.

(*b*) La meta es el poder y la soberanía de Dios y el retorno de los elegidos a la plena comunión con él. Con esto se ha dicho ya que en definitiva, se trata sólo de Dios, de su victoria y de su gloria, y que Dios, que nos encontrará en esta victoria, tendrá el rostro del hijo del hombre.

Entonces, cuando él sea todo en todos y nada se le resista ya, él no será un Dios abstracto en su aseidad, sino un Dios que se dirige a nosotros, como se ha revelado en el hijo del hombre Jesús de Nazaret.

(*c*) Precisamente por esta razón los acontecimientos del presente no son secundarios, sino que se convierten en presagios de esa venida conclusiva de Dios, y por tanto del mundo y del tiempo, en el que la comunidad debe realizarse, viviendo de aquel que le ha sido dado en el hijo del hombre, y en el que ya ahora puede experimentar siempre de nuevo la potencia y la gloria de Dios.

Asi se debe creer también hoy. Entonces cualquier cosa desde la «pequeña» experiencia del fugitivo que no tiene ni tiempo de entrar en casa a coger la capa (v. 16) hasta la «gran» experiencia de la misión en el mundo (v. 10) es puesta en la luz de Dios que viene y recibe de esta fuente su significado y su orientación (E. Schweizer, *o. c.*).

# INDICE GENERAL

conocido autor de este volumen, inaugura aquí un estilo muy distinto al ıe nos tiene habituados. Es un nuevo Pronzato. "Un cristiano comienza a er el evangelio de Marcos" es una aportacion valiosa para acercarse a la ılabra revelada. Y tiene un lugar preciso en este campo: se situa entre ıuellos comentarios muy eruditos del evangelio y aquellos otros excesiva-ente divulgadores. A. Pronzato es el autor apto para este trabajo de media-on tan arduo y necesario. Se ha preparado durante años, y logra ahora partir pan de las más sólidas investigaciones teológicas, exegéticas e interpreta-vas en un lenguaje accesible a todos y con una admirable claridad de método exposición. Este libro, pues, es válido tanto para quienes personal o comuni-ıriamente no quieren perder el ritmo con el progreso de las ciencias bíblicas, omo para quienes se acercan por primera vez a la palabra de Dios, e incluso ıra los no-creyentes.